



AHM/00665957

CIENCIA
BIBLIOTECA
DE MATERIA
SERIAL

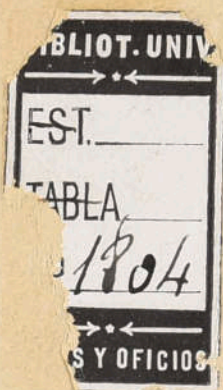
AHM
665957

J. A. D. P.
Sección Circulante

11729

AHM
665957

3-f



726

JOS

HIS

726.7(464.1. El Escorial) Monasterio

HISTORIA PRIMITIVA Y EXACTA

DEL

MONASTERIO DEL ESCORIAL.



EL P. FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA.

42/1176073



HISTORIA

PRIMITIVA Y EXACTA

DEL

MONASTERIO DEL ESCORIAL

LA MÁS RICA EN DETALLES DE CUANTAS SE HAN PUBLICADO.

ESCRITA EL SIGLO XVI

POR EL PADRE FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA,

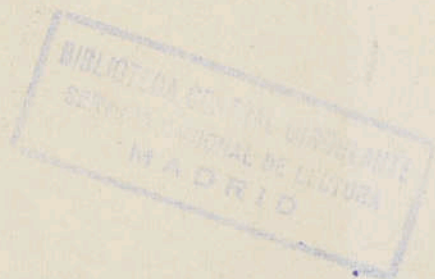
Bibliotecario del Monasterio

y

PRIMER HISTORIADOR DE FELIPE II,

ARREGLADA POR

D. MIGUEL SANCHEZ Y PINILLOS.



R. 11729

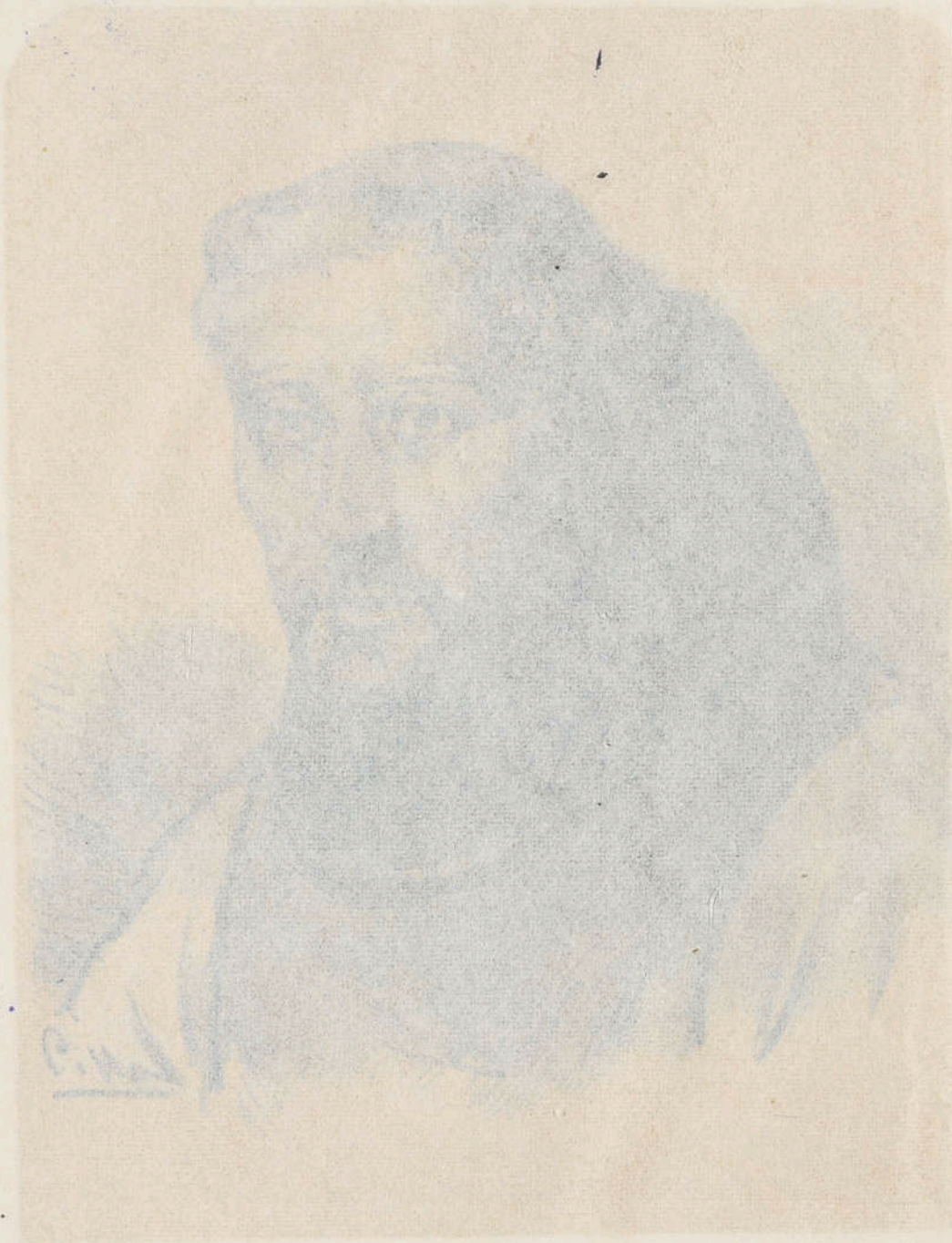
MADRID.

IMPRESA Y FUNDICION DE M. TILLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23.

1881.



EL P. FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA

47/1176073



HISTORIA

PRIMITIVA Y EXACTA

DEL

MONASTERIO DEL ESCORIAL

LA MÁS RICA EN DETALLES DE CUANTAS SE HAN PUBLICADO.

ESCRITA EL SIGLO XVI

POR EL PADRE FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA,

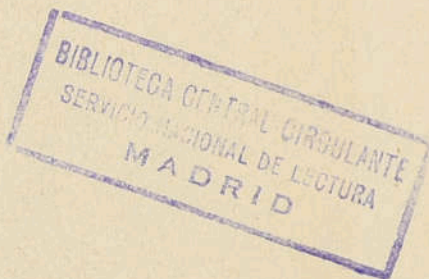
Bibliotecario del Monasterio

y

PRIMER HISTORIADOR DE FELIPE II,

ARREGLADA POR

D. MIGUEL SANCHEZ Y PINILLOS.



R. 11729

MADRID.

IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23.

1881.



R. 4124538

Biblioteca Nacional de España

LIBRO PRIMERO.

LA FUNDACION DEL MONASTERIO DE SAN
LORENZO EL REAL: FÁBRICA DEL REY
DON FELIPE II.

AL LECTOR.

Varios son los libros que se han escrito acerca de la inapreciable joya española, llamada MONASTERIO DEL ESCORIAL: unos voluminosos, de todo lujo, y sólo al alcance de muy corto número de personas: otros breves y económicos, que no es posible adquirir por medio de ellos, verdadero conocimiento de cuanto en sí encierra esa maravilla, admiración de propios y extraños.

Dar á conocer una historia que por su antigüedad y copia de datos, ofrece garantía de ser la más auténtica, y que lo mismo pueda figurar en el taller del humilde artesano, que en la biblioteca del más opulento magnate, es la aspiración que me guía; obra que, siendo la primera que vió la luz, conocida tan sólo de las personas que escribieron las anteriores, citada por éstas por su gran competencia y compuesta por un Monje, que desde el principio hasta su terminación presenció los trabajos de tan colosal Monasterio, ni ha de contener inexactitudes, ni carecer de interés positivo: tal es la série de detalles desconocidos que vienen á revelar su importancia.

Comprendo mi osadía al acometer con tan escasa inteligencia empresa tan atrevida, pero sírvame de disculpa la buena intencion: la obra, en el estado que por una feliz casualidad vino á mis manos, no podia presentarse al público, y mi trabajo queda reducido á una laboriosa restauracion; que desde luego carecerá de todo mérito, pero en la que he suprimido lo mucho que, á mi juicio, tenia este libro de inoportuno para este siglo, llenando los claros que de estas eliminaciones resultaban, para dar cohesion á las ideas y limpiando á la vez el discurso de divagaciones intempestivas, guardándome muy mucho de alterar el estilo de la época, con el fin de que tenga para los inteligentes un verdadero valor histórico.

MIGUEL SANCHEZ Y PINILLOS.

APROBACION.

Por mandado de los señores del Consejo Real de S. M. ví este libro de la «Historia de la Orden del glorioso Doctor San Jerónimo,» (1) compuesta por el muy reverendo padre fray José de Sigüenza, y no hallo en ella cosa que derogue nuestra santa fé católica, ni contraria á las buenas costumbres, antes le juzgo por libro de mucha erudición y curiosidad para todos los fieles. ¡Al fin estudio de tal autor! Por tanto me parece, no sólo digno de que se imprima, mas de que ande en manos y á vista de todos. Dada en este Colegio de Valladolid, á diez y seis de Marzo de 1603.

FRAY ANTONIO DE VIEDMA.

(1) En esta voluminosa historia se halla publicada la actual del Monasterio de San Lorenzo.

TASA.

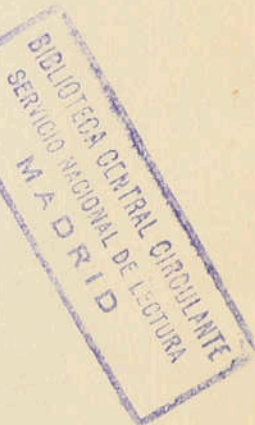
Yo Juan Gallo de Andrada, Escribano de Cámara de S. M. de los que residen en su Consejo, doy fé: que habiéndose presentado ante los señores del dicho Consejo un libro intitulado «Historia de la Orden de San Jerónimo,» compuesta por fray José de Sigüenza. Taron cada pliego del dicho libro á cuatro maravedís: el cual dicho libro tiene 227 pliegos sin el principio y tabla, que monta cada libro 908 maravedís, y más los pliegos que tuviese el principio y tabla. Y mandaron que esta tasa se ponga al principio de cada uno de los dichos libros, y no se puedan vender de otra manera, so pena de incurrir en las pre-máticas que sobre ello disponen. Y para que de ello conste de mandamiento de los dichos señores del Consejo, y pedimento del dicho fray José de Sigüenza, dí la presente. Fecha en Valladolid á veintiun dias del mes de Junio de mil seiscientos cinco años.

JUAN GALLO DE ANDRADA.

DISCURSO I.

El principio, los motivos y fines que el Rey Don Felipe tuvo para edificar el Monasterio de San Lorenzo, y entregarlo á la Órden de San Jerónimo.

Despues de retirado el invictísimo Emperador Carlos V en el Monasterio de San Jerónimo de Yuste, y hecha aquella tan ilustre hazaña, que fué como la corona de otras muchas de su vida, Felipe II, su hijo, que á la sazón era de 29 años de edad, recibió el gobierno de estos reinos, que le tocaban por heredad legítima. Habia quedado á esta sazón en Flandes, para entender en las cosas que convenian á aquellos Estados, hallarse cerca del nuevo reino de Inglaterra, proveer á los unos y á los otros, y asentar, si fuese posible, alguna manera de paz y de concordia entre él y el Rey de Francia: pretendia esto la Reina de Inglaterra con muchas veras, porque con estas paces pudiese sosegar un poco la cristiandad y entender con más quietud en la restauracion perfecta de la religion y fé de aquel su reino, que con el nuevo casamiento de Felipe se habia comenzado. Jun-
táronse para ello los procuradores de una y otra



parte, y despues de haber tratado muchas cosas sobre el derecho del Estado de Milán, no se hizo nada; comenzó de nuevo á encenderse la guerra; pretendió el francés otra vez ir sobre Nápoles; envió al Duque de Guisa para esto con un grueso ejército; por otra parte comenzó á fatigar algunos pueblos de Flandes, de suerte que antes que se acabasen los cinco años que estaban asentados de treguas, ya estaba todo ardiendo en guerras. Envió el Rey Don Felipe á Filiberto, Duque de Saboya, por General de un grueso ejército, para que entrase en las tierras del enemigo, le divertiese en Flandes, y le pusiese en necesidad de volver á defenderse. Puso el Duque con extremada diligencia su gente sobre San Quintin, y apretóla bien. El francés mandó á Memoransi, Condestable, que fuese contra el Duque de Saboya con 32 banderas de infantería y 5.000 caballos, y muy buena artillería, 14 piezas gruesas de batir, y muchos cañones de campaña. Ordenó que divertiesen á los del cerco los suyos con algunas escaramuzas, para que entre tanto pudiese él poner socorro dentro de la villa. El Duque, entendido el designio, sin darles lugar á esto, les salió al encuentro: llenaba en su campo buena copia de herreruelos, y escogida infantería de españoles y caballos de alemanes acometieron á los franceses con gran ímpetu; comenzóse una batalla reñida, aunque duró poco en señalarse la victoria por la parte del Rey Felipe; desbaratóse la gente de caballo, turbáronse los escuadrones

franceses, rompieron las compañías de la infantería, volvieron las espaldas sin poder resistir la fuerza, y en el alcance murieron casi todos, ó quedaron cautivos, rendidas por muchos de ellos afrentosamente las armas. Prendieron al Condestable con un hijo suyo y otros muchos señores de la nobleza de Francia; perdióse á vueltas toda la artillería, y fué grandísima la presa de los despojos y cautivos, porque no quedó bandera que no viniese á manos de la gente de Felipe. Con esta tan insigne victoria, y con otras muchas que á todos son notorias, habia Dios declarado bien cuán injusta causa era la del Rey de Francia, sino que no quiso abrir los ojos. Iba el Rey Don Felipe acercándose á su campo, y antes que llegase le encontró la nueva, trayéndole luego delante al Condestable y á los otros caballeros que habian sido presos en la batalla. Fué ésta la primera de las victorias que tuvo Felipe II, y acertó por celestial acuerdo á ser en 10 dias de Agosto, fiesta del glorioso martir San Lorenzo, español, á quien desde su niñez tuvo este piadoso Príncipe singular devocion: entendió que un principio tan ilustre de sus cosas le venía por su favor é intercesiones en el cielo, y así, desde aquel punto, concibió en su pecho un alto propósito de hacerle algun señalado servicio.

Parece que desde allá aceptó luego el glorioso mártir el santo propósito y pios intentos, porque le fué favoreciendo abiertamente en todas sus empresas. Los de San Quintin, aunque vieron la

derrota del Condestable, y quedaron desamparados de socorro, no desmayaron animados con el valor del Almirante de Francia, que mantenía la fuerza, fiados en el fuerte sitio y en la buena gente y artillería que tenía dentro. Todo aprovechó poco, apretóse el cerco, y al fin se entró la ciudad por fuerza de armas á 26 dias del mismo mes de Agosto el año 1554. Hallóse dentro mucho despojo, y fué preso el Almirante con otros muchos caballeros, y llevado en guarda á la Esclusa, villa de Flandes, de suerte que dentro de quince dias tuvo el Rey de España dos muy claras y señaladas victorias del Rey Enrique de Francia; una en batalla campal, y otra en el combate y expugnacion de una tan importante fuerza, presa y cautiva la más ilustre sangre de Francia, y entre ellos dos tan grandes Príncipes como el Condestable y el Almirante. Aquí acabó de confirmarse nuestro Felipe en sus altos designios, entendiendo claro el patrocinio de su santo; propuso de edificarle un templo, sin descender á otros particulares, aunque nunca hizo voto de ello, como algunos, sin saberlo bien, han osado afirmar y sacarlo en público: verdad es que las buenas obras que se hacen por voto, son, según lo definen nuestros teólogos, de mucho mayor mérito por llevar dentro la más alta y preciosa joya nuestra, que es la libertad, que se rindió con el voto, que no las que se hacen libremente: mas en los Reyes una fuerte determinacion de su buen propósito vale mucho, especialmente en cosas santas. Usanza

fué de Reyes y capitanes pios, volver luego los ojos al Señor, en cuyas manos están los reinos y los corazones de los Reyes, la salud y las victorias, y hacerle gracias cuando alcanzaron alguna señalada de sus enemigos: no tenemos que buscar ejemplos profanos, pues nos los da á la mano la Santa Escritura; hiciéronlo así los de Betulia con su victoriosa Judit, y todo el pueblo de Israel con Delbora y Jael, y el valiente Judas Macabeo, con el pueblo y con sus hermanos, y otros cien ejemplos de estos: el rey Josafat hizo gracias con todo su ejército en el valle de Engadi por una insigne victoria que tuvo contra los amonitas, y mudaron el nombre al valle, donde se hizo este reconocimiento, y se llamó de allí adelante el valle del hacimiento de gracias, ó como dice el original hebreo, de bendiciones; pudiéramos tambien mudarle el nombre á la ciudad de San Quintin y llamarla ciudad de bendicion y de paz, porque con estas dos pérdidas y con otras que luego sucedieron, cayó en la cuenta el Rey Enrique, y vió como de manifiesto que Dios peleaba por la causa de España, dando tantas victorias al Emperador Carlos V y comenzando á favorecer tan abiertamente á su hijo Felipe. Parecióle, viéndose tan acabado en poder, gente y fuerzas, era bien mover tratos de paz; quiso Dios viniesen á tan buen efecto, que asentadas las condiciones muy á honra y provecho de nuestro Rey, se remataron y confirmaron con que recibiese por mujer á Doña Isabel, primogénita de Enri-

que, de suerte que desde la primera victoria, que fué el día de San Lorenzo, el año de 54, hasta este del casamiento de nuestro Rey, que era el de 59, fueron las cosas de Felipe creciendo de bien en mejor, hasta venirse á apaciguar del todo aquellas guerras, que desde los Reyes Católicos apenas habian tenido treguas entre España y Francia; hasta este punto el hacimiento de gracias de Felipe por todos estos favores no fué para que se rematase en un día, ni siete, ni pãrarse solo en nombre; propuso con mucha resolución edificar un ilustrísimo templo al martir español, que fuese tan famoso en todo el mundo como su glorioso nombre, donde de día y de noche se celebrase su memoria y se hiciesen y diesen á Dios para siempre bendicion y gracias. El primer mártir que en la iglesia de Dios tuvo público templo (en tiempo de los Emperadores gentiles, por grutas y cementerios andaba escondida la Iglesia, celebrando sus santas memorias) fué San Lorenzo: edificó el Emperador Constantino en la misma heredad de la santa viuda Ciriaca, donde fué sepultado, y refiere San Dámaso fué tan suntuoso, que la capilla donde estaba el santo cuerpo se sustentaba sobre columnas de pórfido, materia preciosa y rara de que ahora no se sabe, ni se halla la mina ó cantera; la cúpula ó cimborrio era de plata, y áun tambien la reja, con otros grandes y costosos adornos de cosas de oro y otros metales preciosos: y movióse á esto y á otras insignes obras de piedad, despues de ha-

ber recibido la fé por una insigne victoria que le dió el Señor contra Magencio: desde allí se comenzó la paz y el sosiego general de la Iglesia con todo el Imperio romano, que poco ménos era el del mundo, y desde entonces apenas hay lugar, ciudad ni áun aldea, donde no tenga templo San Lorenzo, pues áun sin este, tiene otras cuatro en Roma: tan de atras le viene nacerse con su memoria y patrocinio la paz entre cristianos, que parece peleó por todos, y tan de antiguo tiene que en hacimiento de gracias se hagan templos á su memoria. Con todo esto no habia llegado al punto que de agradecimiento se le debia en toda la Iglesia, y particularmente en su propia patria España, hasta que Felipe concibió esta fábrica en su pecho y despues la trajo á tanta perfeccion como vemos, y es de consideracion (porque digamos esto de paso) para consuelo de los fieles y gloria de nuestro Santo, que de tantos Emperadores como hubo en Roma tan poderosos y ambiciosos de su fama, porque no conocian otra inmortalidad, no se sabe de las urnas de sus cenizas, ni se hallan los sepulcros de cuatro, y de estos solos las reliquias de aquellas ruinas, y de un solo Lorenzo mártir hay cinco templos de mucha magestad y gloria. Este fué el primer motivo y el despertador para venirle á levantar esta tan ilustre fábrica; así lo afirma su mismo fundador en la carta de dotacion que ordenó de ella, como se verá despues por sus mismas palabras. Lo demas que toca á estos negocios de Flandes, la benigni-

nidad y largueza que Felipe usó con los presos vencidos y muertos, ya otros han tratado de ello; para mi propósito basta esto.

Murió el año de 58, como vimos en su propio lugar, el nunca vencido emperador Cárlos V, en el Monasterio de Yuste; en el codicilo postrero que allí ordenó, dejó á la voluntad y parecer de su hijo Don Felipe todo lo que tocaba á su entierro, lugar y asiento de sepultura, y de la Emperatriz Doña Isabel, su mujer, y la disposicion de los aniversarios y memorias que para siempre se habian de hacer por sus almas: llególe de todo esto la nueva triste estando en Flandes, y con ello propuso y cerró del todo en su pensamiento, que el templo que tenia determinado levantar á honra de San Lorezo, fuese un Monasterio de la Órden de San Jerónimo, que juntamente fuese sepultura digna de un tal Emperador y padre, y una Emperatriz tal como Doña Isabel, su madre, y que despues tambien lo fuese suya, de sus carísimas mujeres é hijos; y aunque es verdad que él desde sus primeros años habia tenido particularísima devocion á la Órden de San Jerónimo, no se puede negar sino que haberla escogido su padre para acabar el último tercio de su vida y estar en ella sepultado, le fué gran despertador para resolverse del todo en sus intentos. Juntábase á esto la consideracion que es sobre todas estas, y la primera, que las casas de religion son unas moradas donde siempre, á imitacion de las del cielo, se está sin diferencia de noche y de dia haciendo

oficio de ángeles, rindiendo á Dios el general tributo que todos, y más particularmente los Reyes, le deben hacimiento de gracias y loores; donde la fé viva se conserva y fortalece, la doctrina sana persevera, y aquellas primeras costumbres de la Iglesia se mantienen; donde con oraciones continuas se ruega por la salud de los Príncipes, conservacion de sus Estados, se aplaca la ira divina y mitiga la saña justamente concebida contra los pecados de los hombres. Poniendo los ojos en la Órden de San Jerónimo, halló que era una de las que en todo esto ponía siempre gran cuidado, y así juzgó sería obra muy grata á los divinos ojos levantar en ella un insigne convento donde pudiese ver estos fines juntos. Y sin duda, cuando no concurrieran tantos y tan santos respetos y buenas costumbres, y sólo se pretendiera hacer un sepulcro á un Emperador Cárlos V y á una Emperatriz Doña Isabel, y que tras ellos lo habia de ser de tantos Reyes, Príncipes y personas reales como ahora se ven sepultadas en este templo, no parece grande este edificio, que les parece á tantos excesivo ó supérfluo. Los gentiles tenían tanto primor en el hacer sus memorias y estátuas, que las de los hombres ordinarios las hacían ordinarias y á la medida de los mismos hombres. Las de los héroes, ó como ellos decían medio dioses, cuales eran Aquiles, Eneas, Ajax, Turno y otros, un tercio mayor que las primeras, y las de sus dioses vanos mucho mayores y de gran exceso, donde vinieron aquellos colosos de

tan descomunales grandezas, que hubo algunos de más de cien piés en alto. Pues quien pretendió hacer memoria y sepulcro donde se encierran y veneran tantas reliquias de divinos hombres, cuerpos y huesos de tantos héroes, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes; y en su compañía y como á sus piés, Emperadores, Reyes, Príncipes é Infantes, que son como unos visodioses en la tierra, ¿qué mucho levante para esto un templo tan ilustre y un mausoleo de tanta grandeza? Sin duda á quien todos estos motivos mirase sin pasion y como ellos lo merecen, no llamara grande á esta fábrica, ni áun osara afirmar que los iguala. Porque ninguno piense que yo los adivino ó los invento, será bien que se los oigamos decir con sus mismas reales palabras al fundador, que nos manifestó sus pensamientos en el principio de la carta de fundacion de este Convento. Despues de los títulos comunes, dice así:

«Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios nuestro Señor hemos recibido y cada dia recibimos, y cuanto él ha sido servido de encaminar los nuestros hechos y los nuestros negocios á su santo servicio, y de sostener ó mantener estos nuestros reinos en su santa fé y religion, y en paz y justicia. Entendiendo con esto cuánto sea delante de Dios pia y agradable obra y grato testimonio y reconocimiento de los dichos beneficios, el edificar y fundar iglesias y monasterios, donde su santo nombre se bendice y se alaba, y su santa fé, con la doctrina y ejemplo de

los religiosos siervos de Dios, se conserva y aumenta, y para asimismo se ruegue é interceda á Dios por nos y por los Reyes nuestros antecesores y sucesores, y por el bien de nuestras ánimas y la conservacion de nuestro Estado Real, teniendo asimismo fin y consideracion á que el Emperador y Rey, mi señor y padre, despues que renunció en mí estos sus reinos y los otros sus Estados, y se retiró en el Monasterio de San Jerónimo de Yuste, que es de la Órden de San Jerónimo, donde falleció y está su cuerpo depositado, en el codicilo que últimamente hizo nos cometió y remitió lo que tocaba á su sepultura y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la Emperatriz y Reina, mi señora y madre, habian de ser puestos y colocados, siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean muy honorablemente sepultados, y por sus ánimas se hagan y digan contínuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones y memorias. El por qué otrosí, nos habemos determinado, cuando Dios nuestro Señor fuese servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar, juntamente con el de la serenísima Princesa Doña María, nuestra muy cara y amada mujer, que sea en gloria, y de la serenísima Reina Doña Isabel, nuestra muy cara y amada mujer, que asimismo tiene determinado, cuando Dios nuestro Señor fuese servido de llevársela, de se enterrar juntamente en el dicho Monasterio; y que sean trasladados los cuerpos de los Infantes Don Fernando y

Don Juan, nuestros hermanos, y de las Reinas Doña Leonor y Doña María, nuestras tias. Por las cuales consideraciones fundamos y edificamos el Monasterio de San Lorenzo el Real, cerca de la villa del Escorial, en la diócesis y arzobispado de Toledo; el cual fundamos á dedicacion y en nombre del bienaventurado San Lorenzo, por la particular devocion que, como dicho es, tenemos á este glorioso santo, y en memoria de la merced y victorias que en el dia de su festividad de Dios comenzamos á recibir. El otrosí le fundamos de la Órden de San Jerónimo, por la particular afeccion y devocion que á esta Órden tenemos, y le tuvo el Emperador y Rey, mi señor. Y además de esto hemos acordado de instituir y fundar un colegio en que se enseñen y lean las artes y santa teología, y que se crien é instruyan algunos niños, á manera de Seminario, etc. Todas las cuales obras esperamos en Dios serán para su santo servicio, y de que se conseguirá y resultará mucho fruto y bendiccion al pueblo cristiano, etc.» Bien claro queda con esto lo que hemos dicho, y con harta fuerza la verdad de todos los motivos.

DISCURSO II.

*Vuelve el Rey Don Felipe, de Flandes á España:
escoge sitio para el Monasterio: dícense sus
cualidades: propónese á la Orden la
aceptacion del Monasterio.*

El mismo año 1559 envió el Rey Don Felipe á llamar á su hermana Margarita de Austria, Duquesa de Parma, viuda por muerte de Alejandro de Médicis, Duque de Florencia, y á la sazón casada con el Duque de Parma Farnesio Octavio: pretendiendo dejarla por Gobernadora de los Estados de Flandes, vino esta señora á Gante por el mes de Agosto, donde la salió á recibir Felipe con gran acompañamiento; entrególe el Gobierno y partió para España, haciendo su viaje con viento tan próspero, que llegó en brevísimo tiempo á Laredo. Aquí tambien pienso que le ayudó su mártir San Lorenzo y los altos propósitos que traia de servirle, pues fué cierto que si un dia se tardara, fuera mucha ventura que escapara hombre, por despertarse en la mar la más furiosa tempestad que habian visto los moradores de aquellas riberas. Luego trató nuestro Felipe de poner en ejecucion sus buenos propósitos; co-

menzó lo primero á poner los ojos dónde asentaria su córte, entendiendo cuán importante es la quietud del Príncipe, y estar en un lugar para desde allí proveerlo todo y darle vida, pues es el corazon del cuerpo grande del reino. Contentóle sobre todo la villa y comarca de Madrid, por ser el cielo más benigno y más abierto, y porque es como el medio y centro de España, donde con más comodidad pueden acudir de todas partes los negociantes de sus reinos y proveer desde allí á todos ellos; razon es que es bien la miren los reyes, pues no se hicieron los reinos para ellos, sino ellos para el bien de su reino, y así están obligados á mirar más las comodidades comunes, que los propios gustos, dejando aparte que áun para estos ninguna villa ó ciudad de España es mas á propósito. Tras esta determinada resolucion, miró lo segundo dónde estaria bien asentada la fábrica que traia en su pecho. Pretendia siempre que fuese propia casa de San Jerónimo, que estuviese fuera y áun lejos de poblado, donde los religiosos, ni tuviesen quien los estorbase la quietud de su contemplacion, y cuando él quisiese retirarse del bullicio y ruido de su córte, el lugar mismo le ayudase á levantar el alma en santas meditaciones de que no tenia poco ejercicio y gusto. Por esto le parecia bien el sitio del Monasterio de San Jerónimo de Guisando; iba allá algunas veces, holgábase de ver aquellas montañas y peñas vestidas de diversas plantas, estuvo allí algunas Semanas Santas, vió que la aspereza

del sitio no podia domarse fácilmente, ni habia llano ni suelo en toda aquella sierra donde cupiesen sus designios. Tambien se le hacía la distancia de allí á Madrid larga, porque queria tener más á la mano y familiar el oratorio de su retraimiento. Inclínose otras veces á aquellas laderas de las cuestas que están como á repecho de Madrid en el Real de Manzanares. No se halló allí tampoco cosa que satisfaciese; tratóse si sería bien ponerla en Aranjuez; halláronse muchos inconvenientes que no importa referirlos. Resolvióse, al fin, que en medio de estas dos distancias, entre el Monasterio de Guisando y entre el Real de Manzanares, se buscase un buen sitio donde se señalase la planta del edificio; encargólo á diferentes personas que podian tener parecer en esto, filósofos, médicos y arquitectos. Pasearon las faldas y laderas de estas sierras, y mirando las calidades y partes de uno y otro sitio conforme á la doctrina de Vitruvio, autor de excelente juicio en el arte, se fueron siempre resolviendo en éste donde ahora está sentada la casa. No se contentó Felipe con la relacion que otros le dieron de este sitio, quiso él mismo verlo y considerarlo; las veces que se iba á retirar á Guisando la Semana Santa iba y venia por esta misma parte, y así se fué certificando era el mejor que en el contorno de la comarca de Madrid se podia hallar. A estas sierras de Segovia, Avila y Buitrago, llaman algunos modernos (no sé con qué razon) los montes Carpetanos, movidos, por

ventura, porque Clinio llama á los moradores de las riberas del Tajo y pueblos del reino de Toledo, Carpetanos ó Carpentanos, que tampoco se sabe bien la razon de este nombre; mas Pomponio Mela, nuestro español, los llama montes Pirineos en el segundo de su Cosmografía, porque son ramos ó brazos que salen de ellos, y poco ménos abrazan la mayor parte de España. En la ladera de esta sierra, junto á una pequeña poblacion que se llama el Escorial, en aquella parte por donde mira más derecha al Mediodía y reino toledano, siete leguas de Madrid, muy á su vista, á la parte del Poniente, nueve de Segovia, que está al Norte, otras siete ó poco más de Avila, que mira al Poniente, se descubrió una llanura ó plaza, suficiente para una grande planta, y el contorno de la tierra lleno de muchas comodidades para el propósito, levantando en la ladera donde no llegan los vapores gruesos que se exhalan con el sol á la mañana, puesto al Mediodía, que para las tierras frias como lo son estas sierras, es de mucha consideracion. Guardadas las espaldas con el mismo monte de los cierzos frios, aunque por una canal que hacen las sierras, descubierta á los Céfiros ó Fabonios, que la fatigan en el invierno, mas refréscanla y tienen fama en el verano. Por el contorno muchas fuentes de buena agua, sin las gargantas y arroyos que se derivan de la sierra, grande copia de hermosa piedra cárdena, mezclada de una honesta blancura de buen grano, con más máculas pardas y negras, que

hace en ella la mezcla de aquella piedra ambiciosa que quiere entremeterse en todas: llamámosla nosotros Marquesita, los griegos la llaman Piritis, porque enciende fuego, el más principal material de toda la fábrica, y tiene en sí un lustre y nobleza grande, que hace parecer fuerte y de grandeza el edificio; es muy conforme toda en el color y dureza, y así resisten todas la piezas igualmente y guardan tanta conformidad, que no parece sino que toda la gran fábrica es de una pieza y cavada en una peña. Aquí pudiera tener alguna semejanza de verdad y de efecto lo que prometió á Alejandro Magno aquel valiente arquitecto Dinócrates, cortar y labrar el monte Athos, de tal suerte que hiciera de él una estatua del mismo Alejandro y que tuviera en su mano una ciudad de grande poblacion, propia arrogancia de griegos, tan atrevidos en prometer como sus historiadores en fingir. Por el contorno y comarca, grandes pinares, el de Balsain de Sogovia, el Quejigar y Navalunga de Avila, y los de Cuenca no desacomodados, donde se crian tan hermosos pinos, que los podemos llamar cedros de España, de poca menor firmeza y hermosura que los del monte Líbano, especie particular de pinos, como lo vemos aquí en sus maderas y piñas: la cal, el yeso y la arena y los demás materiales, en tanta copia y de tan buenas condiciones como las saben pintar y pedir los maestros del arte. Junto de este punto están dos dehesas de grande frescura y arboleda acomodadas para caza, pesca,

jardines y leña para el servicio del convento, llamada la Herrería; tiene en contorno poco ménos una legua poblada de diversas plantas y de mucho pasto y verdura, donde se ven grandes manadas de venados, puercos, javalíes en piaras, conejos sin número; mirada desde el mismo convento parece una mata de albaca en el verano, que es gran alivio de la soledad y de la vista. Antiguamente hubo en ella herrerías, de donde tomó el nombre, y de ellas y de una iglesia que estaba allí y tenia pila de bautismo, se llamaba la dehesa de la Herrería de Nuestra Señora de Fuentelámparas. En la montaña hay muestras de hierro, y el pueblo que está allí cerca conserva tambien el nombre y se llama el Escorial, donde se ven ahora al rededor de él, las cenizas y montones de escorias. La otra se llama la Frejeneda, algo más apartada de la casa, aunque tambien á su vista, distancia de media legua escasa. De la hermosura de esta dehesa, de sus jardines, estanques y arboledas, haremos despues discurso aparte, y así no hay que detenerme en ella: esto es brevemente lo que toca al sitio y sus comodidades.

La experiencia ha mostrado cuán sano es, pues con ser toda España, desde el año de 98 hasta el de 601, tan reciamente fatigada con diversas fiebres y dolencias, y la peste general con que Nuestro Señor aún no parece que ha alcanzado la mano de castigarnos, apenas lo hemos aquí sentido sino por relacion: digo esto en particular por la gana que tienen algunos de hacer enfermo este

sitio, que hasta esto llega la envidia del bien y salud ajena; otros quieren hacerle tan frio y tan helado, que sea como los rifeos más inhabitables, siendo cierto que en los más recios inviernos ni se hiela el agua en las pilas que están en las puertas de la iglesia, ni el aceite en los aposentos, y muchas celdas de religiosos se pasan sin los reparos ordinarios que suelen hacerse en tierras muy templadas contra el frio; que aunque las tierras de Segovia son frias, el asiento de esta fábrica participa poco de sus nieves y hielos, por estar algo traspuesta de ellas, guardada, como dije, del cierzo, y puesta al Mediodía, gozando del sol desde que sale hasta que se pone. Con esto queda, á mi parecer, respondido á lo que suelen oponer algunos, y áun se enojan sobre el caso, tan de veras como si fuera este edificio para solos ellos; que por qué no puso el Rey esta fábrica tan hermosa en medio ó junto de una ciudad principal de España, donde todos la gozaran, donde entraran chicos y grandes, y fuera una comun vista y recreo del pueblo, y no un lugar tan apartado, tan áspero, frio, seco, feo, inaccesible y enfermo, y otras cien tachas nacidas ó inventadas de sus antojos. Digo, pues, que está respondido á todo esto con lo que hemos declarado, los intentos del Príncipe y sus fines, y el fin de esta religion, las comodidades y partes del sitio; y si no se satisfaciesen con esto, no importa, y quéjense de camino tambien de Nuestra Señora de Monserrat, y del asiento de la casa de Guadalu-

pe, y de la Peña de Francia y otros santuarios casi inaccesibles por la aspereza del lugar; y si dijeren que estos son milagrosos y escogidos del cielo, y de otro género, tambien afirmaremos que los motivos del Rey parece por los efectos que fué inspiracion divina.

Escogido el sitio con tan maduro acuerdo, que duró la resolucion hasta el año 1561, en que celebró la Órden Capítulo general en San Bartolomé de Lupiana, y fué electo en general, como vimos en su lugar propio, el santo varon fray Francisco de Pozuelo, planta y verdadero hijo de aquella casa de Montamarta; propúsose en este Capítulo á la Órden, de parte del Rey Don Felipe II, como tenia intento de edificar un Monasterio á la gloria de Dios, dedicado y con título del glorioso martir San Lorenzo; y por la particular aficion que desde sus primeros años habia tenido á la Órden del glorioso Doctor San Jerónimo, deseaba que fuese en ella que viesen lo que en esto les parecia, y señalasen luego personas que con título de Prior y de Vicario, y otros officios, fuesen á tomar la posesion del sitio. Incliné todo el Capítulo humildemente la cabeza, aceptando el favor y la merced que S. M. hacía á la Órden, reconociéndose de nuevo por capellanes y hechura de sus gloriosos predecesores y suya; y haciéndole las debidas gracias, lo dejaron todo en sus manos, para que en esto y en todo lo demas de la Órden dispusiese á su servicio, aceptando, por virtud de las gracias y privilegios que

tiene la Órden para esto, el nuevo convento de San Lorenzo el Real, que S. M. queria edificar junto al Escorial. Quanto al señalar de las personas que habian de dar principio á tan gran negocio, la Órden escogió en primer prelado y fundador al padre fray Juan de Huete, Prior y profeso de la misma casa de Zamora, y Visitador general de la Órden, y por Vicario al padre fray Juan del Colmenar, profeso de San Jerónimo de Guisando, donde habia sido Prior muchos años, aunque, como varon humilde, á la sazón era Vicario. Puso la Órden los ojos en estos dos padres por las muchas partes que en ellos concurrían, la principal ser grandes religiosos, de mucho ejemplo y virtud; tras esto de mucha experiencia en gobiernos, prudentes, desasidos, y que en cosas de arquitectura tenían entrambos buen parecer y juicio, como lo habian mostrado en las fábricas que habian ejecutado en sus propias casas, que para esta ocasión eran de importancia. Vista la respuesta del Capítulo por S. M., holgó mucho de ello; conocia al padre fray Juan del Colmenar por las veces que habia estado en Guisando, y tenia buen concepto y relación de su virtud. Mandó luego que para el día de San Andrés del mismo año se juntasen en la villa de Guadarrama su Secretario Pedro de Hoyo y Juan Bautista de Toledo, varon de grande juicio y excelente maestro en arquitectura, con los dos religiosos nombrados por el Capítulo, fray Juan de Huete y fray Juan del Colmenar, y fray Gutierrez de

Leon, Prior de San Jerónimo de Madrid, con los religiosos que llevase en su compañía, para que desde allí, todos juntos, viniesen á ver el sitio que se habia escogido para el nuevo Monasterio, y le considerasen y viesen si era á propósito para la manera de vida que se tiene en la Órden de San Jerónimo. Escribió S. M. al General sobre esto, y á los mismos padres que habian de venir con los oficios de Prior y Vicario, y porque se vea la verdad de todo y nadie se atreva á decir, tan sin fundamento, otra cosa, pondré aquí el tenor de las cartas, para los que quieran que ellas hablen.

Carta del Rey, para el Vicario de Guisando, fray Juan del Colmenar.

EL REY.

Devoto padre Vicario: por la carta del General, que será con esta, entenderéis como deseamos tomar resolucion en lo del sitio y traza del Monasterio de San Lorenzo, que queremos edificar y está recibido en vuestra Órden; encargámoos, que en todo caso os llegéis á la villa de Guadarrama, para el dia de San Andrés, primero donde hallareis otros padres y á Pedro del Hoyo, nuestro Secretario, con algunos oficiales nuestros, para que juntamente con ellos veais el sitio donde nos ha parecido que se debe edificar el dicho Monasterio y se platiquen las demas cosas concernientes al edificio, y si tuviéreis la traza de

esa casa de Guisando, ó supiéreis de alguna otra que sea buena, traerla con vos y avisarnos con este correo, si será cierta vuestra venida. De Madrid á 14 de Noviembre de 1561. Por mandado de S. M., *Pedro del Hoyo.*»—De la misma forma escribió el Prior de Zamora, como parece por la carta del Secretario Pedro del Hoyo, al mismo fray Juan del Colmenar, que es esta:

«Muy reverendo señor: Por las cartas de S. M. y del padre General, entenderá vuestra merced su voluntad, y porque asimismo envia á mandar al padre Prior de Zamora, que venga para el dia de San Andrés á Guadarrama, y tengo entendido que está cuartanario, de cuya causa podría ser que no pudiese venir para aquel dia, le escribo que en este caso avise á vuestra merced de ello con este correo propio; si él escribiese que no venia, tampoco vuestra merced venga, hasta que se le avise á mandar otra cosa, que tambien escribo al padre Prior que cuando se hallare en disposicion para poderse poner en camino avise el dia que podrá ser en Guadarrama, para que todos los que nos hemos de juntar nos hallemos allí el mismo dia, etc.....» Acudieron todos para el dia señalado y partieron de Guadarrama muy alegres; vinieron á la villa del Escorial, desde allí caminaron juntos al sitio, comenzando á subir la cuesta; se levantó un aire furioso, como era en lo recio del invierno venia fríisimo, y soplaba con tanta furia que arrebató las bardas de la pared de una viñuela que estaba

á la mitad de la cuesta y dió con ellas en las caras de los que subian. De este viento despertado tan de repente en esta ocasion, y de otros muchos que en otras muy notables, como veremos en estos discursos, se han levantado, han conge- turado algunos, no con poco fundamento, cuánto le ha pesado al demonio de que se levantase una fábrica, donde como de un alcázar fuerte, se le habia de hacer mucha guerra, sustentarse en ella lo que derriba en otras partes, y al tiempo que otros Príncipes destruyen las iglesias, asolan las religiones, rien de las imágenes, burlan de las reliquias, de los santos y de todo cuanto tiene de bien y piedad la Iglesia, aquí se comience á eternizar, ennoblecer y tener sobre los ojos de un Rey que le hace en todo esto santa contradiccion. Parece quiso en este torbellino entristecer ó desmayar los ánimos de los que venian á explorar la tierra, para que dando al Rey noticia de su des- templanza, entibiasen los propósitos y se dilata- sen hasta que con muchos sucesos se pusiesen en olvido. Los religiosos y siervos de Dios, enten- diendo estos designios, ó los sospecharon como gente experimentada en estos combates, anima- ron á los que iban con ellos, y el santo fray Juan del Colmenar, que iba como por capitán ó adalid de este escuadron, dijo en alta voz á todos los que iban con él: «esta tempestad despierta el demonio para que desmayemos ó para engañarnos; mas no ha de sacar de ella ningun fruto; pasemos ade- lante y no hagamos caso de su malicia.» Anima-

dos con esta voz llena de fé y espíritu, subieron hasta el mismo sitio, y amansó mucha parte del aire, de suerte que pudieron considerarle bien y mirar las circunstancias; agradóles mucho porque conocieron las grandes comodidades que tenía el contorno: tornaron al lugar del Escorial, donde convinieron todo lo que había que advertir. Otro día llegó un correo de S. M. con una carta, en que les decía no se espantasen del aire y tempestad que había hecho, porque también en Madrid había sido el día muy áspero y de grandes aires. Maravilláronse todos del aviso y cuidado del Rey, estimando en mucho el fervor con que emprendía el negocio; hicieron gracias á Nuestro Señor; fueron juntos todos á Madrid á dar relación de lo que les había parecido; así quedó resuelto y asentado lo que tocaba al sitio. No se hizo otra cosa el año de 1561.

DISCURSO III.

Comiéndase á fundar la casa de San Lorenzo el Real: vienen los primeros religiosos fundadores y otros ministros y oficiales: asiéntanse las dos primeras piedras de la casa y de la iglesia.

Luego el año siguiente de 1562 se determinó el Rey á dar principio á la gran fábrica, y para que desde luego los religiosos de la Órden de San Jerónimo comenzasen á servir en ella, y las cosas se fuesen haciendo á su modo, y él pudiese gozar de su conservacion y manera de vivir, recogida, devota y honesta, acordó que viniesen luego algunos al lugar del Escorial, y desde Madrid escribió esta carta al Vicario de Guisando.

«EL REY.

Devoto padre Vicario: He entendido que el padre General de vuestra Órden os ha proveido del cargo de Vicario del Monasterio de San Lorenzo, de que hemos holgado, por el contenta-

miento y satisfaccion que tenemos de vuestra persona, y porque ya hemos proveido del oficio de contador y veedor de las obras del dicho Monasterio á Andrés de Almaguer, y tenemos acordado que vos y él vayais al lugar del Escorial, y entendais en comprar y prevenir algunas cosas para que se pueda dar principio á la fábrica de que se os dará memoria, os encargamos os des- embaraceis y desocupeis de lo que en esa casa de Guisando tuviereis que hacer, con la misma brevedad que buenamente podais, para que cuando yo os mande avisar, os partais al dicho lugar del Escorial, y teneis prevenido un fraile que vaya y ande en vuestra compañía, que sea hombre de buena edad y hábil y diligente, que os pueda ayudar y descansar en algo, y nos avisareis para cuando penseis estar desocupado de ahí, que en ello seremos servido. De Madrid á 6 de Marzo 1562 años.—*Yo el Rey.*»

Respondió el Vicario con humildad, estaba siempre aparejado, para lo que S. M. fuese servido. Llegóse luego la Semana Santa; fuese el Rey á tenerla al mismo Monasterio, acompañado del Duque de Alba, y el Prior de San Juan, Don Antonio de Toledo, y el Maqués de Cortes, Don Francisco de Benabides, Marqués de las Navas, y el de Chinchon, y otros caballeros; llevó consigo á Juan Bautista de Toledo, arquitecto mayor que ya á este tiempo iba haciendo la idea y el diseño de esta fábrica, hombre de muchas partes, escultor y que entendia bien el dibujo, sabía len-

gua latina y griega, tenia mucha noticia de filosofía y matemáticas; hallábanse, al fin, en él muchas de las partes que Vitruvio, príncipe de los arquitectos, quiere que tengan los que han de ejercitar la arquitectura y llamarse maestros en ella. Estuvo el piadoso Príncipe recogido aquellos dias santos hasta el segundo dia de Pascua de Resurreccion, en mucha oracion y meditacion. Con estas buenas prevenciones partió de allí y vino á este sitio del Escorial; mandó que viniese con él el Vicario fray Juan del Colmenar, acompañándole dos religiosos de la misma casa: llamábanse el uno fray Juan de San Jerónimo, fraile humilde, devoto, aplicado en las cosas de dibujo y de trazas, y tuvo el libro de la razon, junto con el contador Almoguer; el otro se llamaba fray Miguel de la Cruz, para que fuese como procurador y atendiese á las cosas temporales y provision de lo que fuese menester, entrambos sacerdotes y de mucho ejemplo. Tornó S. M. á mirar el sitio, estuvo un dia en el Escorial y paseó las dehesas del contorno, volvióse á Madrid, y los tres religiosos quedaron aposentados en la casilla de un aldeano, estrecha y pobre, que aunque se escogió por buena, el pueblo era tan miserable que la mejor no valia nada, fuera de la casa del cura, que sirvió muchas veces de palacio al Rey Don Felipe. No habia en esta aldea casa con ventana ni chimenea; la luz, el humo, las bestias y los hombres, todos tenian una puerta, donde se verificaba bien lo del poeta, cuando pinta el

tiempo que moraban en la tierra, honestidad y vergüenza, que llamaba reino de Saturno, y los hombres y las bestias tenían un comun aposento en las cuevas y en las chozas, y las mujeres componían las camas de hojas de árboles, ramas y pieles de sus ganados: tal era esta aldea, que con no estar lejos de Segovia apenas sabían los escribanos y alguaciles, gente que anda á descubrir cuestiones para sus intereses lícitos, el nombre del Escorial, y cuando vinieron á conocerla la hallaron hecha villa, exenta de jurisdiccion y aún hecha aposento real. Principió el mes de Abril del mismo año, comenzaron á desmontar y quitar la jara de todo aquel contorno donde había de señalarse y elegir la planta, que estaba grande y crecida, abrigo en el invierno de los ganaderos, de la pobre gente de aquella aldea, y donde en verano pasaban la siesta y tenían sus abrevaderos; había dos fuentes caudalosas, sin otras que jamás por estéril que fuese el año las vieron agotadas, la una, que está ahora, junto al estanque y alberca de la fuente de la huerta, se llama la fuente de Blasco Sancho, la otra más apartada hácia el Poniente se llamaba Matalasfuentes; pusieronla este nombre los pastores de la sierra porque los ganados bebían allí de mejor gana que en las otras, no por ser más delgada, ni mejor agua, sino por tener alguna más sal: llámase ahora la fuente de la Reina. De allí á pocos días tornó S. M. acompañado con los mismos que arriba dijimos, trayendo consigo á su arquitecto

Juan Bautista de Toledo, que tenia ya hecha la planta de los principales miembros del edificio, aunque se fué siempre puliendo y mejorando, procurando se pusiese lo más acomodado á los usos y menesteres, que es dificultoso acertar de la primera vez tantas cosas. Mandó S. M. que se acordelase el sitio y se pusiesen las estacas por donde habian de abrirse los cimientos: y lo que hasta allí habia sido majadas de pastores pobres, mudó el estado y el nombre y se llamó Sitio del Monasterio de San Lorenzo el Real.

Quiso y parecióle así tambien al arquitecto, que la casa no mirase tan puntualmente al Mediodia, que no tuviese un grado poco más de declinacion al Oriente, porque el paño y perfil de Mediodia, donde habia de ser la principal habitacion de los religiosos, y del aposento real, gozase más presto del sol en el invierno, que era lo que más entonces se temia de este sitio. Tiraron la línea de Levante á Poniente, que llaman los cosmógrafos de longitud, por espacio de 580 piés, que tienen 16 dedos partidos en 4 palmos (palmo se llama hablando propiamente los cuatro dedos de la mano por las coyunturas más altas); es este pié lo que responde á una tercia de la vara castellana, y con esta medida se irá siempre hablando en lo que tocare á las de este edificio.

De los extremos de esta línea de 580 piés, sacaron otras dos perpendiculares de Norte á Sur, de 735 piés, cerraron desde los dos extremos de

estas dos líneas, con la cuarta de otros 580 piés, y así quedó hecha una plaza cuadrángula, que por la parte del Oriente y de Poniente tenía 155 piés más que de Oriente á Poniente, y por aquí se fueron abriendo los cimientos.

No estaba toda esta área llana, sino con altos y bajos, que aunque la vista no hacía mucho exceso, cuando echaron los niveles no fué pequeña la diferencia. Comenzáronse luego á hacer hornos de cal y balsas, ó como ellos dicen, bascas á donde matarla. Vinieron peones y oficiales, canteros, albañiles, carpinteros; por juez, veedor y contador, vino, como dije, Andrés de Almaguer, natural de Almorós, hombre de buen entendimiento y de verdad; por esto y por haber sido el primer ministro de esta fábrica, le hizo el Rey mercedes, dióle privilegio de hidalgo y que pudiese en sus armas unas parrillas.

Vino por pagador Juan de Paz; el primer aparejador ó maestro de cantería, Pedro de Tolosa, traído desde Guisando por fray Juan de Colmenar. Tras estos vinieron otros muchos oficiales menores, como sobrestantes y ministros de justicia. Por obrero general, debajo de cuyo gobierno se habia de ejecutar todo, vino ó trájole Dios á fray Antonio de Villacastin, religioso corista, que es en esta Órden un estado medio entre sacerdotes y hermanos legos; profeso de la Silla de Toledo, tenía ya alguna noticia de su entereza y valor, aunque nunca se pudiera imaginar que á un hombre al parecer de todos basto, sin letras,

y de pocas palabras, se encerraran tantas virtudes juntas. No quiero hacerle agravio en atropellar aquí lo que espero decir de sus cosas, que no haré poco si acierto á decirlas, aunque he sido testigo de ellas muchos años. Vino luego fray Marcos de Cardona, profeso de la Murta de Barcelona, que tambien habia estado en Yuste, haciendo oficio de jardinero. Pretendió desde luego el Rey que en lugar de la Fregeneda y la dehesa junto de ella comprada de diversos herederos y personas de Segovia, se plantase de arboleda y de jardines, para que cuando la casa estuviese en perfeccion, las personas Reales y los religiosos tuviesen donde recrearse honestamente. Tenia este religioso habilidad para esto: desembarazó el suelo, comenzó á disponerlo por sus calles, y plantó el primer jardin que allí hubo. El postrero de todos vino el padre Prior fray Juan de Huete; llegó al Escorial en 1.º de Marzo de 1563; no pudo venir antes por sus indisposiciones; hombre anciano, de experiencia y virtud, aunque cargado de ayes, adquiridos de la penitencia contínua. Trajo en su compañía otros dos religiosos de su casa, fray Diego de Oviedo, sacerdote, y fray Bartolomé de Madrigal, lego. Cuando llegó el Prior, los cinco frailes que acá estaban habian mejorado algo de aposento; dejaron aquella primera casilla ó tugurio, compróles otra poco mejor el Rey, aunque, por tenerles más ancho sitio, pudieron hacer en ella unos aposentillos á modo de celdas; aliñáronlo, hicieron un huertecillo, pu-

sieron en él verduras y naranjos, que habia traído fray Marcos de la vera de Plasencia, aunque la tierra les hizo mal hospedaje. En la fábrica no se hizo en la resta de este año otra hacienda más de abrir cimientos, y no era poco, por ser tan hondos y tan grandes, aparejar cal, cortar piedras y proveer otros materiales.

A 23 dias de Abril de este mismo año de 63, en que se celebró la fiesta de San Jorge, le pareció á Juan Bautista de Toledo que era ya tiempo de comenzar la fábrica y asentar la primera piedra, fundamento de todo el cuadro y planta: juntó los aparejadores y oficiales, llamó á los religiosos para que se hallasen presentes (no pudo subir el Prior al sitio porque estaba fatigado); el Vicario y los demás que hemos nombrado llegaron al medio de la zanja, que estaba abierta en la línea y perfil que mira al Mediodía, que es ahora debajo del asiento del Prior en el refectorio, en la mitad de aquel lienzo ó fachada. Hincáronse todos los religiosos y todos los circunstantes de rodillas, dijeron muchos himnos y oraciones invocando en favor y gracia divina, levantáronse y tomaron una piedra cuadrada, que tenian ya aparejada para el efecto, y asentáronla con mucha devocion y áun lágrimas, suplicando á Nuestro Señor fuese servido prosperar aquella fábrica y levantarla para su gloria y servicio: tenia la piedra escrita en sus lados el nombre del fundador y del arquitecto, el dia y el año en que se asentaba, con estas letras.

En la superficie alta:

DEVS O. M. OPERI ASPICIAT.

En el otro lado:

FILIPVS II HISPANIARVM REX, A FVNDANENTIS
EREXIT M.D.LXIII.

En el otro lado:

IOAN. BAPTISTA ARCHITECTVS. IX KAL MAII.

— Hecha esta hacienda, se volvieron al pueblo todos con grande alegría, y sucedió que al tiempo de asentar la piedra, el Vicario y el arquitecto, y Andrés de Almaguer y otros, llamaron al obrero mayor fray Antonio de Villacastin para que les ayudase á ponerla, y dijo con aquella entereza que hasta hoy dia ha guardado: «Asienten ellos la primera piedra, que yo para la postrera me guardo.» Y así se lo concedió Nuestro Señor, pues há ya 39 años que la asentó, y le ha conservado Dios entre mil peligros, con admirable fortaleza y vigor, hasta este año de 1602.

Hicieron luego relacion de esto al Rey Don Felipe; holgóse mucho; determinó que luego aquel verano se asentase la primera y fundamental piedra del templo, con la solemnidad y ceremonias santas que la Iglesia tiene determinadas. Partió de Madrid acompañado con los caballeros y criados de su casa que hemos dicho, trayendo tam-

bien consigo á Don fray Bernardo de Fregeneda, su confesor, Obispo ya á esta sazón de la iglesia de Cuenca, religioso de San Francisco, y á fray Francisco de Villalba, su predicador, profeso de San Jerónimo de Zamora; llegó al Escorial y determinó que el día de San Bernardo, 20 de Agosto del mismo año de 1563, se asentase la primera piedra. Subió al sitio este día, á las tres de la tarde, acompañado del Prior fray Juan de Huete, del Vicario, y todos los demás religiosos, oficiales y maestros de la fábrica. Estaban aderezados tres altares en la parte señalada donde se había de edificar la iglesia, el uno con una cruz grande en el mismo lugar donde había de ser el altar mayor, el otro al lado del Evangelio, con un crucifijo que había sido del Emperador Carlos V, y el otro de Nuestra Señora junto al lugar donde se había de asentar la piedra fundamental, que es al lado de la Epístola, junto al altar de las reliquias de nuestro padre San Jerónimo, arrimada un tanto á la reja, por donde se sale de la sacristía á la iglesia. Hízose también un sitial donde estaba sentado el Rey en tanto que se hacía el oficio. La piedra fundamental, que sólo la bendice el Obispo, ha de ser cuadrada y angular, y de ordinario pequeña, que pueda traerla en la mano el dueño y señor de la fábrica, y así lo era ésta; estaba encima de un altar raso, cubierta con unas tohallas, y pintada encima una cruz colorada: bendice el Obispo el agua que ha de echar en ella, y después de haber cantado algunas an-

tífonas y salmos, que encierra en sí el misterio que la piedra significa, llega el Obispo, y con un cuchillo hace en ella cuatro cruces por todas las cuatro esquinas ó ángulos, y dichas otras antífonas y salmos la manda sentar á los arquitectos y oficiales, despues camina por los cimientos que están abiertos, echando agua bendita, cantando el clero que se halla presente, himnos y salmos, y por sus tercios dice ciertas oraciones hasta que da la vuelta y torna al mismo lugar donde partió, y allí dá la bendicion al pueblo y le despide. Esta es la suma de la bendicion y asiento de la piedra fundamental de los templos, figura expresa de Jesucristo.

Quiso tambien el prudentísimo Príncipe, que se hiciese luego un hospital donde se curasen los peones y otra gente pobre que trabajaba en esta fábrica, y primero los proveyó á ellos de este socorro y abrigo que á sí mismo de aposento. Alquilóse una casilla, la que pareció más á propósito para esto, donde se pusieron diez ú once camas, y como fué creciendo el número de la gente se fué aumentando, hasta que despues creció tanto, que vino tiempo que llegó á tener más de sesenta, donde eran tan bien servidos, que muchos sólo con el regalo y limpieza sanaban. Consideraba el santo Rey que esta no era gente forzada ni pagana, no Gebuseos ajenos de la casa de Israel, como lo fueron muchos millares de hombres que trabajaron el antiguo templo de Salomon, sino cristianos, que aquí con el sudor de su rostro ga-

naban el sustento de sus vidas: los miraba como propios hermanos, no permitiendo que los importunos sobrestantes los sacasen de su paso, sino que fuese lo que ganaban más limosna que jornal, como en la verdad lo ha sido siempre, y aún es la causa de que la obra como tan acepta á Dios haya tenido tal fin.

DISCURSO IV.

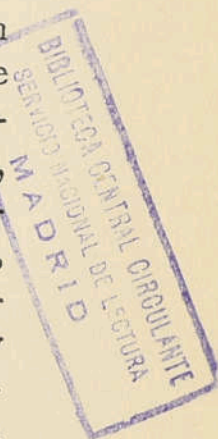
Prosíguese la fábrica de San Lorenzo el Real, en lo espiritual y temporal: los primeros claustros que en ella se levantaron, y los religiosos que fueron viniendo á su fundacion, y otros particulares dignos de advertirse.

Cuando los antiguos, que sabian tanto y procedian en sus cosas con tanta consideracion, fundaban sus colonias, hacian una yunta para echar el surco por donde habian de ir los muros de la nueva ciudad que querian edificar. Esta yunta era de una vaca y un buey, á la parte dentro del muro que se señalaba iba la vaca, y el buey á la de fuera, como se ve ahora en muchas monedas y medallas antiguas, significando que de las paredes adentro toca á la hembra la guarda de la casa y de la hacienda y crianza y buenas costumbres de los hijos y criados, y de los muros afuera pertenece al varon la granjería, el trabajo, la labranza, la fuerza, la defensa y otras cosas de varones. Así le ha acontecido á esta nueva fundacion y colonia santa del Monasterio de San Lorenzo, que como la feliz yunta del católico Rey Don Felipe, y de la religion de San Jeróni-

mo, en lo de dentro, en costumbres santas, buen ejemplo, vida espiritual, letras multitud, y buena crianza de hijos, ella se ha dado buena maña; y en lo de fuera en grandeza, majestad, fortaleza, hermosura y perfeccion, hace raya entre lo mejor que conocemos por el fuerte amparo y brazo de su fundador, como lo iremos descubriendo desde este discurso adelante. Y porque se vea de cuán humildes principios se fué levantando todo esto y de camino se conozca la insigne piedad y devocion del Rey Don Felipe, diré brevemente el estado que en este año de 63 tenían las cosas. Era la casilla en que los religiosos vivian harto pobre, y en ella hicieron unas estrechas celdas, escogieron un aposentillo para capilla, el retablo fué un crucifijo de carbon pintado en la misma pared de mano de un fraile que sabía poco de aquello; tenia por cielo, porque no se pareciesen las estrellas por entre las tejas, una mantilla blanca de nuestras camas; la casulla y el frontal eran de una cotonia vieja, y aquí celebraban sus sacrificios los religiosos, y con poco mejor estado estaba el palacio del Rey. Acudia algunas veces desde el Pardo, que, como estaba cerca, cuando no cazaban le veian allí con cuatro ó cinco caballeros no más; aposentábase en casa del cura, y sentábase en una banqueta de tres piés, hecha naturalmente de un tronco de un árbol, que la ví yo muchas veces cuando iba á oír misa á esta capilla que dije; porque estuviese con alguna decencia, rodea-

ban la silla con un pañuelo francés, que era de Almaguer el contador, que de puro viejo y deshilado daba harto lugar para que la vieses por sus agujeros. Desde allí oía misa, y podía bien, porque estaba todo tan estrecho, que fray Antonio de Villacastin, que servia de acólito, hincado de rodillas, llegaba con sus piés á los del Rey. Jurábame llorando este siervo de Dios, que muchas veces, alzando los ojos á hurtadillas, vió por los del Rey correr las lágrimas: tanta era su devocion y ternura, mezclada con alegría, viéndose en aquella pobreza, y considerando tras esto aquella idea tan alta que tenia en su mente de la grandeza en que pensaba levantar aquella pequeñez del culto divino. Y pues ya llegué á tocar en esto, diré otras cosas en que se conozca la aficion, devocion y modestia de este Príncipe. Edificóse allí luego en la misma casa, por tener algun espacio como convento, donde se acomodaron los religiosos en celdillas harto estrechas; hízose una capilla razonable, que servia de iglesia, y por estar en su compañía, mandó el Rey le hiciesen tambien allí un aposento; acomodáronlo de suerte que desde él podia oir los oficios divinos, misas y sermones; otras veces se salia al coro ó tribunilla con los religiosos, y como todo era tan estrecho, forzosamente estaban hombro con hombro, y de verse así, más de una vez á él y á ellos se les venian las lágrimas á los ojos, aunque los unos y los otros procuraban cubrirlas ó sorberlas. Aquí, por algunos años, probó el devoto

monarca la pobreza de Belen y del pesebre de Jesucristo, para despues gozar con merecidos gustos la representacion de su grandeza y gloria en este espacioso templo y convento. Aconteció (una víspera de San Pedro) que los frailes pusieron una campanilla para llamarse y hacerse señales al coro; la primera vez que la tañeron fué para los maitines de esta fiesta, á prima noche, oyóla el Rey, que aún se estaba aposentando en aquellos pobres palacios del cura, y sentado en aquella natural tríпода, mejor que la de Apolo, para adivinar grandes cosas, preguntó á Miguel de Antona, un hombre de placer que traia consigo, dónde era la campanilla que sonaba; respondióle que en el convento tañian á maitines; sin más aguardar se levantó y fué allá, siguiéndole sólo este hombre; entró en la capilla, hizo oracion, halló un labrador sentado en un banquillo, y en la parte que de él sobraba se sentó el modestísimo Príncipe; así estuvieron juntos un rato, hasta que se juntaron los religiosos, y Miguel hizo señal para que bajasen á abrirle; bajaron, y subió á la tribunilla á oír maitines. Otra vez, estando ya en el aposento que mandó labrar para sí en esta casa, y viviendo juntos él y los religiosos en ella, supo que habian traído un libro de los de Canto llano para los oficios divinos; habíanle puesto en el facistol aquella noche; tuvo tanta gana de verlo por ser el primero, que despues de recogidos los religiosos, entró á gatas, por una ventana que salia de su aposento, al co-



ro, alumbrándole Santoyo con una candela. Andaba el Prior mirando, como es costumbre, si estaban los frailes recogidos, y como vió luz en el coro, entró á ver quién era, y halló al Rey dentro, y cogióle con el hurto, de que sin duda se puso colorado, porque era fuerza entender que habia entrado por la ventana; menudencia fué para tan grande Príncipe, mas evidente señal de su codicia, curiosidad y deseo santo y pio. Mostrólo tambien en otras muchas ocasiones que se irán tocando de camino, ni me extrañaré de referir estas pequeñeces; en Príncipes tan grandes son de mucha consideracion.

La Órden iba enviando religiosos de los que parecian más á propósito para el aumento de esta fundacion; estaba en el colegio de Salamanca fray Juan del Espinar, con título de Rector profesado de Nuestra Señora de Guadalupe, natural del Espinar, hombre que á juicio de todos tenia habilidad é inteligencia en cosas de hacienda; pareció era á propósito para esto, dieron parte de ello al Rey, y vista la buena relacion de su persona, holgó que le trajesen para que administrase la hacienda: vino y entregósele todo; comenzó á comunicar con el Rey, y cóbrole tanta aficion, que no habia puerta cerrada para él, porque conoció una alma verdaderamente de fraile, muy observante y religioso, en quien el favor ni la privanza jamás hicieron levantar un punto el pié, ni los pensamientos á más de lo que la modestia religiosa le habia enseñado, y probóse esto

con un largo discurso de vida, buen ejemplo y limpieza hasta la muerte, desengañándonos á todos que sabía harto más de ser humilde, pobre y buen fraile, que de no tratar hacienda y cosas temporales. Vino luego, y junto con él, el padre fray Francisco de Segovia, profeso de San Jerónimo de Granada, el primer predicador que aquí envió la Órden, varon de mucho espíritu y que con su doctrina y ejemplo hizo mucho fruto en todos estos lugares comarcanos; porque aún vive, no quiero decir más. Vinieron tambien otros religiosos de Zamora y otras casas, con que aún en aquella pequeña casa, y de prestado, se iba fundando, levantando, y en mucha religion y buen ejemplo, el edificio espiritual, lo material de las paredes y fábrica; se comenzó por la torre que llaman del Prior, que es la esquina que mira entre Levante y Mediodia, y porque algunos gustarán de entender cómo fué esto procediendo, quiero advertir que aunque los perfiles y la planta general, en lo que toca al cuadro de toda la casa, fué siempre el mismo, en lo demas ha habido grande mudanza, y así será bien mostrar algo de la diferencia en este principio. Pretendió el Rey hacer una casa para cincuenta religiosos no más, y junto con ella, otra casa para sí, donde se aposentasen suficientemente no sólo él y la Reina y otras personas Reales, sino sus caballeros y damas; en medio de estas dos casas habia de ponerse un templo, donde concurriesen unos á celebrar el oficio divino y otros á oirlo: para esto

dividió el arquitecto Juan Bautista el cuadro ó cuadrángulo en tres partes principales, la del medio quedó para el templo y entrada general; el lado que mira al Mediodia dividió en cinco claustros, uno grande y cuatro pequeños, que juntos fuesen tanto como el grande. La otra tercera parte dividió en dos principales, en la una hizo el aposento para damas y caballeros, y la otra quedó para que sirviese de oficinas á la Real Casa y al convento, cocinas, caballerizas, graneros, hornos y otros menesteres, y en la parte que mira al Oriente, sacó fuera de la línea y fundamentos que vinieron corriendo de Norte á Sur, la casa ó aposento Real, para que abrazase por los lados la capilla mayor de la iglesia y pudiesen hacerse oratorios y ventanas que estuviesen cerca del altar mayor. Esta es así en comun la primera planta del edificio que trajo Juan Bautista, que hace poca diferencia de la de ahora; la montea se trocó mucho, porque los cuatro cuadros ó claustros pequeños no tenían más de un suelo levantado y de un alto, y con solos dos órdenes de ventanas por fuera, y el claustro grande, tenía tres órdenes, aunque las unas eran fingidas, y en el remate del claustro grande, porque las aguas de los tejados no eran iguales, hacía dos torres, de suerte, que fuera de las cuatro torres de las esquinas, que se ven ahora, tenía otras dos, una en medio del lienzo del Mediodia, que dividía el claustro grande de los cuatro pequeños, y otra en el lienzo del Norte, que dividía la casa de

los caballeros de las oficinas comunes; sin estas tenia otras dos torres á la entrada principal de toda la casa en el lienzo de Poniente, y otras dos á los lados de la capilla mayor de la iglesia, que caian sobre el aposento Real, donde se habian de poner las campanas, como se ve en la traza y modelo de madera que hoy se guarda en este convento; sin estas principales diferencias habia otras más menudas en la forma de los claustros y cimborrios: no hace mucho al caso la noticia de ellas. Parecióle despues al Rey que no igualaba esta traza á sus deseos, que era cosa ordinaria un convento de San Jerónimo de cincuenta religiosos, y que conforme sus intentos y la majestad del oficio divino que pretendia resplandeciese aquí, y para las memorias que se habian de hacer por sus padres, era pequeño número, acordó que fuesen los religiosos ciento, y el convento fuese el más ilustre que hubiese en España, no sólo de religiosos de San Jerónimo, sino de las Órdenes Monacales; pidió parecer á algunos maestros de arquitectura sobre cómo se podia hacer esto; unos decian que se mudase la planta, otros que se hiciesen nuevos claustros, y otros daban otras trazas.

Fray Antonio de Villacastin, el obrero principal, dió en lo que ahora se ve, que sin mudar la planta, el edificio se levantase en alto otro tanto más, pues los cimientos que estaban sacados lo sufrían, y doblando todo, habria para cien religiosos donde no cabian sino cincuenta, correria

la cornisa de toda la casa al rededor en un nivel, vendrian todas las aguas de los tejados iguales, las fachadas por fuera serian más hermosas, y todo el edificio cobraria doblada majestad y grandeza. Satisfizo á todos su parecer, que sin duda fué digno de la claridad y grandeza de su ingenio, y así se fué prosiguiendo, y por otros pareceres semejantes, que ha dado este siervo de Dios, se ve una de las más acabadas y bien acertadas fábricas que se sabe haya habido en Europa. Estaba ya á este punto hecha la caja del refectorio, y la cocina, y aunque toda la casa se mejoró con este aumento, aquella pieza quedó pequeña sin remedio; los primeros dos claustros que se edificaron fueron el de la iglesia pequeña y el de la enfermería; aquí se dispuso una forma de monasterio, con las celdas, partes y oficinas que bastaban para un moderado convento, teniendo intento S. M. que en acabándose esto se pasasen los religiosos que vivian en el pueblo al nuevo Monasterio: trazóse una iglesia pequeña, aunque muy devota; levantaron el coro en una parte de esta iglesia, conforme á nuestra manera de vida, y debajo de él estaba el aposento del Rey, que era una celda y un pequeño retrete, con una tribunnilla harto pequeña, de donde oia la misa mayor y los divinos officios. Entretanto que esto se iba haciendo, vivian los religiosos donde hemos dicho; compró luego las dos dehesas de que hice arriba memoria, Fregeneda y Herrería, de que trataremos en su discurso particular.

El año de 1565, á 20 de Junio, murió el padre fray Juan de Huete, primer Prelado de esta nueva fundacion; era ya viejo, y, como dije, enfermo, á quien hace mucho mal la mudanza de los lugares y de los aires; fué siempre religioso de gran ejemplo, y quien se conservaba el olor de la mucha religion de aquella casa de Montamarta, que ya estaba trasladada á Zamora; acabó santamente el discurso de una vida, dando mucho ejemplo de paciencia en medio de los continuos dolores de sus ayes. Fué Prior dos años y tres meses, y lo más del tiempo estuvo en la cama padeciendo las penas de la gota; depositáronle en aquella capilla que aún á esta sazón no estaba bendita, para trasladarle á su tiempo arriba. Sabido por el Rey su tránsito, escribió al General de la Órden, dándole á entender era su gusto sucediese en el oficio de Prior el padre fray Juan de Colmenar, Vicario del mismo convento, estando satisfecho de su prudencia y de religion. Envió luego el General la confirmacion, y aunque el electo se excusó porque era humilde, no le aprovechó nada, y fuéle forzado rendirse á la voluntad y poder de dos tan fuertes brazos; confirmóle el padre fray Pedro de Avila, confesor de la Princesa Doña Juana, y profeso del Parral, á 30 del mismo mes.

Vino luego por Vicario el padre fray Juan de Badarán, profeso de Nuestra Señora de la Estrella, varon religioso, venerable y de mucho marco; habia sido Prior en su casa años, tuvo de

él S. M. mucha satisfaccion, y si no hubiera muerto tan presto, sin duda le hiciera Prior de esta su casa; acabó santamente la vida del Monasterio de Fres de Val, habiendo ido por ciertos negocios, el año de 1568. Sucedió en el oficio el padre fray Miguel de Santo Domingo, profeso de la Victoria de Salamanca, y tambien habia sido Prior en San Miguel del Monte, religioso de mucha observancia. Vinieron tambien á esta sazón otros religiosos de cuenta, que por ser de los primeros fundadores no es razón pasarlos en silencio.

De la Mejorada vino fray Alonso de Madrid, hombre inteligente y para mucho, y en el siglo habia sido criado de S. M.; junto con él y profeso de la misma casa, fray Andrés de Leon, el primero que con gran ingenio y casi sin maestro enseñó en España la perfecta pintura, que llamamos iluminacion, y de ordinario se hace en membranas, de quien todos despues acá han aprendido: no sé si alguno le ha igualado; tuvo por discípulo y le crió desde sus primeros años, á fray Julian de Fuente el Saz, profeso de este convento, que si con el primor de labrar y el colorido igualara el dibujo, tuviéramos en España un nuevo Don Julio de Clovio. Tras estos llegó luego el padre fray Juan de San Jerónimo, profeso de la Victoria de Salamanca, y el primer Prior que eligieron los hijos de aquella casa, conocido en la Universidad por su púlpito y letras; ejercitose en predicar con mucha fuerza y espíri-

tu hasta la vejez, y tambien fué el primer hijo profeso que tuvo esta casa por Prior. Súfraseme escribir estas menudencias, por ser fundacion de piedras espirituales, que bien se habian de callar si escribiera otra historia.

DISCURSO V.

*Anéjase la Abadía de Parraces y otros beneficios:
pide el Rey al Capítulo general algunas cosas:
recíbense las primeras reliquias: profesan
algunos religiosos de la Orden: bendícese
la capilla del Escorial, y otros sucesos.*

Las fábricas grandes tienen partes y miembros grandes, y no se pueden dejar en olvido sin hacerles agravio. En esta hay mucho de esto, porque dejada su grandeza, es un agregado ó junta de tantas cosas y una mezcla tan nueva, que no hay ejemplo ninguno de los antiguos y modernos con quien compararlo, ni donde tomar estilo; así tambien voy procediendo de una manera desusada, guardando, por una parte, las leyes de historia que pide se cuenten las cosas como fueron sucediendo; y por otra, tengo necesidad de adelantarme y posponerme, y hacer del pintor y del arquitecto, salir á cosas de Palacio y retirarme á la iglesia, pasarme á las casas Reales y recogerme en el coro, tocar las cosas de las armas y acudir luego á las letras. ¿Como saldré de tantos laberintos? No sé; procuraré al ménos que no quede cosa intrincada ni oscura, así para mis

religiosos, á quien particularmente enderecé esta historia desde sus principios, y por quien me derribo á muchas menudencias, como para los de fuera, que quisieren algun rato saber lo que fué esto. Dije que desde sus principios tuvo intento nuestro gran fundador que en esta su casa hubiese ejercicio de letras no sólo humanas y filosóficas, sino tambien teológicas, así de las que se llaman de escuelas, como de las positivas y escritura sacra. Para la ejecucion de esto le deparó Dios una singular comodidad; estaba en el obispado de Segovia, á cinco leguas de aquella ciudad, una Abadía antigua que llaman Nuestra Señora de Parrares, donde el Abad y canónigos profesaban la regla de San Agustin; los canónigos habian tratado con el Rey que los pasase á la villa de Madrid, y llegó esto tan adelante, que se trajo bula del Papa Pio IV para la ejecucion; despues, por otras justas y nuevas razones, se mudó de parecer: alcanzó S. M. otra bula del Papa Pio V, por la cual anejó al Monasterio de San Lorenzo esta Abadía; dicen fué mucha parte para esto el doctor Velasco, que entonces, por ser hombre de gran talento, doctor y experimentado, valia mucho con el Rey, y así le debe esto el convento y la Órden, y es razon se lo agradezcamos. Vino cometida la anexion al Nuncio y al Obispo de Cuenca; hechos los autos requisitos la concluyeron, y tomó la posesion, por este convento, el padre fray Juan del Espinar, el año 1567 á tantos de Enero. El Rey hizo recompensar á los canó-

nigos y racioneros, á unos con pensiones, y á otros con dignidades, aunque ya á este tiempo no habia más de dos canónigos profesos; tan acabada estaba esta casa de aquello que fué en sus principios.

Celebróse este mismo año Capítulo general en nuestra Órden; entre otras cosas que veremos luego, pidió en él S. M. enviase allí veinticuatro colegiales, doce para oír teología y otros tantos para comenzar á oír el curso de artes. Tenia ya proveidos tres catedráticos, dos para leer teología, prima y vísperas, y otro para dar principio á las artes; quiso que tambien hubiese un seminario ó colegio de gramática, donde se practicase lo que habia ordenado el santo Concilio de Trento; aquí fueron otros veinticuatro muchachos de doce años arriba; les dió dos maestros, uno que llaman Preceptor y otro Repetidor para la gramática y retórica, y para las buenas costumbres: ordenó que los gobernase un religioso, cual el Rector de este colegio quisiese, para que juntamente lo aprendiesen todo, letras, costumbres y canto. El primer Rector de este colegio fué el padre fray Francisco de la Serena, profeso de Santa Catalina de Talavera y á la sazón Prior de Almedilla. Comenzáronse á entablar los estudios un dia despues de San Lucas, del mismo año de 67, y se han proseguido hasta hoy con todo el cuidado posible, porque es uso de esta religion ser muy constante en las cosas que una vez abraza. Pidió, como dije, el Rey en el Capítulo ge-

neral, algunas cosas para su nuevo convento, que iba creciendo con felicidad; envió con ellas al doctor Velasco, del Consejo y Cámara de S. M. Entró en el Capítulo estando toda la Órden junta, y presentó la carta de dotacion del convento hecha á la Órden, y en particular al Prior y frailes de él, para efecto que si leído á la Órden le pareciese bien, la aceptasen é incorporasen en sí como una de las otras casas, y si no respondiese lo que bien les estuviese; hecho esto, se salió del Capítulo para que todos dijesen con libertad su sentir. El General y definidores habian ya muy en particular visto la carta, y por ser larga y no poderse leer mucho sin fatigarle á la Órden, hicieron una sumaria relacion de los puntos más principales: enterados en ellos, dieron su consentimiento plenísimo, humillando sus cabezas, alabando á Dios por ver un ánimo real tan lleno de piedad y celo divino, y por la singular devocion que á la Órden mostraba, significando esto con el semblante todos, con las palabras algunos de aquellos más ancianos Piores. Los primeros moradores, que por serlo es bien poner aquí sus nombres, fué el primero fray Juan del Espinar, profeso de Nuestra Señora de Guadalupe, en nombre de Dios, porque se entre con buen pié; el segundo fray Juan de San Jerónimo, profeso de Nuestra Señora de la Victoria de Salamanca; el tercero fray Juan de San Jerónimo de Guisando Arquero, y que tenia el libro de la razon, y á quien se le debe lo que aquí voy dando

de estos principios, por haber sido cuidadoso en hacer memoria de todos estos particulares; el cuarto fué fray Francisco de Cuellar, profeso de Nuestra Señora del Armedilla, tenia cargo de las canteras y de toda la piedra que se recibia, y el quinto fray Antonio de Villacastin, profeso de la Sista de Toledo, obrero principal que ya á este tiempo era conocido y estimado su talento por el Rey, en lo que merecia, y admitido á muy particular trato, cual se puede permitir ó imaginar el de un religioso humilde con un tan severo y grande Monarca; el sexto fué un hermano lego que se llamaba fray Alonso del Escorial (que el nombre le bastaba, aunque no era de éste), profeso de San Leonardo de Alba, y el sétimo, que por estar ausente no pudo profesar este mismo dia, fué fray Alonso de Madrid, sacerdote, hijo de la Mejorada, hizo profesion á 11 del mes de Enero del año siguiente; y así este convento de San Lorenzo comenzó con siete hijos, los cinco sacerdotes, un corista y un hermano lego. No pongo en este número á fray Lorenzo de Monserrat, natural de Borgoña, que hizo profesion mucho antes por el mes de Marzo del mismo año, y aunque le recibió la mayor parte del convento, el año de noviciado, que es tan importante para esto, le pasó como él quiso, y aunque es verdad que traia el hábito, me parece más su profesion de donado que de fraile, y al fin no sé cómo se fué, porque ni era corista, ni lego, ni nada. Mostráronle el Rey y la Reina mucho amor; tenia

mil habilidades en hacer perfumes, pastillas, adobos de guantes, almohadillas de flores y cosas de esta suerte; tuvo el tiempo que vivió á su cargo las cosas de la sacristía. El año de 1568, á 6 de Enero, bendijo el Obispo de Cuenca, Fregeneda, la capilla ó iglesia pequeña del Escorial con la solemnidad acostumbrada; estaba presente el Rey y los caballeros que venian con él: hizo el mismo Obispo un sermon harto discreto sobre la inmunidad de la Iglesia, encargándole la tuviese siempre mucho y la hiciese respetar en todos sus reinos.

Sea lo postrero de este discurso, el principio que se dió á un divino y celestial tesoro, que en este convento se encierra, reliquias de muchos santos, en la mayor copia que se juntan, en comunidad de la Iglesia; dejo aparte las como naturales de Roma, de Zaragoza y de otras semejantes á estas (si las hay), hablo de las traídas y ajuntadas por celo santo, y por alguna fé y santa codicia. Esta sin duda fué en el Rey Don Felipe grande, de que haré adelante particular discurso, si se puede cifrar en uno; aquí solo haré memoria del primer recibo. Luego, como se puso aquella iglesia de prestado en alguna forma y se bendijo, envió para consuelo y alegría de los nuevos hijos de San Lorenzo, el brazo de tan santo patron, porque, quien pensaba tirar tanto en su servicio la barra, necesidad tenia de tan fuerte brazo: está guarnecido en un brazo de plata, labor antigua, que sin otro testimonio arguye verdad y

probanza legítima. Andaba echando el pio Rey sus redes para tan buena pesca; ofreciéronle de la ciudad de Huesca buena parte de las reliquias del padre y madre del mártir español, Florencio y Pacencia, y de San Justo y Pastor, mártires de Alcalá; para el efecto escribió á fray Juan Regla, Prior de Santa Engracia en Zaragoza, cuyo tenor de la carta porque haga más fé era éste:

«EL REY.

Devoto religioso y amado nuestro: Porque habiéndose de traer acá, de la ciudad de Huesca, ciertas reliquias de los santos Justo y Pastor y de los padres de San Lorenzo, es nuestra voluntad se haga con el menor ruido que fuera posible, y para ello habemos ordenado que hasta esta ciudad las traiga un canónigo de la Seo de aquella ciudad, y otro de Montaragon, y que vos las entregueis si ahí estuviéreis, y sino á vuestro Vicario, advertimos de ello, para que como ahí llegaren los dichos canónigos, los recibais juntamente con los testimonios que de allá trujeren, y hagais de ello hacer acto; y sin abrir el cofrecillo de donde vinieren, sino cerradas y selladas como os las dieren, de allí algunos dias nos las envaisis disimuladamente con un religioso de esa santa casa que os pareciere, á quien tambien las entregareis con acto, y él mismo nos traerá todos los instrumentos y testimonios que sobre ellos se habrán hecho, y los dichos canónigos os habrán dado, en

lo cual os habreis con el cuidado y celo que habeis siempre acostumbrado en las cosas de nuestro servicio, que en ello lo recibimos de vos muy acepto. De Madrid á 8 de Octubre de 1568.»

Todo se hizo así porque en la instruccion iba con hartos recatos y circunstancias. El secreto no fué posible guardarle como el Rey mandaba; parecia que venia algun correo ó algun ángel delante (caso milagroso), avisando del traslado del tesoro por todos los pueblos, cosa que affigia mucho al buen Prior, que deseaba cumplir á la letra la instruccion del Rey. Afirmaba el siervo de Dios (merece ser creido por su santidad, más que mil testigos, pues los santos cuando dan testimonio, no están solos) que antes que llegase á los pueblos, le estaban aguardando en los caminos y en las puertas, y le rogaban les dejase adorar la santa reliquia de San Justo y Pastor, que bien sabian que las llevaban, cosa que ponía en admiracion al buen fraile, por haber tenido tanto recato en todo lo que habia hecho. En Daroca le aconteció un caso milagroso: á las cuatro poco más de la mañana, estando durmiendo, vió dos mancebos vestidos como de sobrepellices, y hermosos á maravilla; llegaron á él y le despertaron diciendo: «Levántate, digamos misa:» despertó al punto, y respondió como si no durmiera, digamos por cierto; levantóse y fué á la iglesia lleno de un alboroto del cielo, y dijo misa de los Santos Mártires en el altar donde están los Santos Corporales, que con tal recuerdo y tales acó-

litos bien se puede creer sería el holocausto bien ardiente. Desde aquel día, hasta que llegó aquí, jamás dejó de decir misa; tuvo siempre por cierto el siervo de Dios que sus acólitos fueron allí, y en toda la jornada, los dos santos mártires de Alcalá. Venía el arca en un machuelo, y no sé quien se le adiestraba, que sin gobernarle nadie, siendo el tiempo muy lluvioso y de muchos malos pasos, jamás tropezó en ninguno, y el Prior y su compañero sí, más de dos veces, y tras esto parece adivinaba, porque se iba derecho á las posadas donde había imágenes de San Justo y Pastor. En Alcalá de Henares se halló el Prior muy apretado, porque le dieron mucha prisa en llegando para que se detuviese allí y pudiesen hacer algún servicio y adoración á sus divinos huéspedes y naturales: cumplió con ellos como pudo de palabra, y medroso de no pasar de la orden que se le había dado, madrugó y se vino sin ser sentido dejándolos á todos lastimados. Llegó al fin á San Lorenzo, digo, á la Fregeneda; allí las entregó haciendo sus autos al Prior, fray Juan del Colmenar; desde allí las llevaron con grande regocijo de todos estos pueblos comarcanos, que acudieron con gran devoción, á la iglesia pequeña del Monasterio. Tras ellas vinieron luego otras muchas, extendiéndose por todo el mundo la devoción que el Rey pío tenía en ellas; y como edificaba un templo y casa tan suntuosa, por servirle en esto, unos y otros acudían de su voluntad. Entre los primeros fué el Cardenal de Augusta

Otho Trunches, le hizo un presente de ellas y lo envió con un padre de la Compañía; le fué muy grato y le recibió con mucho amor y agradecimiento; las envió con el mismo padre al Prior de su convento, las pusieron en la misma iglesia de la Fregeneda, en tanto que se aparejaba un solemne recibimiento. Las reliquias eran trescañillas y huesos grandes de los tres apóstoles, San Felipe, Santiago y San Bartolomé, precioso tesoro; una cabeza de Santa Undelina, mártir, reina de Sicilia; otra de las once mil vírgenes; otro de un mártir de la compañía de los Tebeos; otra de una de los compañeros de San Gereon, con un hueso de este mismo santo, y otro de los santos Macabeos, todas con sus gravísimos testimonios. Se les hizo un recibimiento solemnísimó á 28 de Mayo; acudieron todos los curas y clérigos de los pueblos comarcanos, el Espinar, Robledo, Valdemorillo, Galapagar y Guadarrama, todos con sus danzas é invenciones, mostrando una alegría y devocion extremada; la gente fué mucha, y en todo se vió un espíritu del cielo que los alentaba. Todo esto quisiera estorbar el enemigo de la salud del hombre; hizo todo lo que pudo ó lo que se le permitió; no se descuidó jamas de mostrar la rabia, y contra este santo templo concibió desde sus primeros principios, como ya en ello lo advertí, y es bien se vaya siempre considerando; despertó el punto que movieron las santas prendas de la iglesia de la Fregeneda, con la procesion por el Escorial, en medio del dia

más sereno una tan repentina y furiosa tempestad, que se oscureció el cielo, y el aire, descargando de una nube negra aire y agua con tanto ímpetu, por espacio de una hora, que le dieron de licencia, que parecia queria anegarlo todo. Rompió allí el coraje, se tornó á serenar el cielo, y acabaron su procesion con extremada alegría. Estas fueron las primeras reliquias y segundas con que desde luego se fué enriqueciendo este templo: no era razon pasar en silencio tan feliz entrada sin darles la enhorabuena.

DISCURSO VI.

Renuncia el Priorato el padre fray Juan del Colmenar: sucede el tercer Prior fray Hernando de Ciudad-Real: pásase á vivir al propio convento de San Lorenzo: bendícese la Iglesia de prestado, con otros particulares de esta fundacion.

Sentíase el siervo de Dios fray Juan del Colmenar cansado, viejo y como humilde y santo; medía sus pocas fuerzas con la grandeza de la carga, tanteo que le aciertan hacer pocos viejos, que no saben deshacerse de los oficios, no tienen otra excusa sino que caducan; y aquí le nacian (porque no podia cumplir con sus obligaciones) mil escrúpulos; importunó al Rey muchas veces, y por largo tiempo, que proveyese aquel oficio de Prior á quien pudiese dar mejor cuenta. Esta misma bondad, conocida del Rey, le hacía detenerse más en concederle, pareciéndole que quien con tan buen seso sentia la dificultad y con humildad queria salir de ella, por el mismo caso la merecia y era digno: al fin venció con la importunacion y con el ruego al Príncipe. Se echa luego de ver cuando esto va de veras, y no se envi-

dia, como dicen, de falso. Concedió con la petición justa; mandó al General de la Órden le admitiese la renunciacion, y estaba el siervo de Dios bien prevenido, porque la tenia dias há en escrito en su poder, enviado del General, para que al punto que S. M. diese el consentimiento, él se diese por absuelto del oficio de Prior: lo fué cinco años y medio, y en todos conforme á la edad y á las fuerzas dió muy grande ejemplo; quiso tornarse á Guisando, casa de su profesion, para acabar en compañía de tantos varones santos, como allí reposan, en Cristo; no lo consintió el Rey: quiso que se quedase aquí, mandando que todos le sirviesen y regalasen en su última vejez y en sus enfermedades. Fué como dijimos el primer religioso señalado, y el primero que puso sus piés en este sitio el año 1562, y esta renunciacion del Priorato se hizo el año de 70, el postrero de Diciembre; profesaron en sus manos, sin los siete que dijimos arriba, otros cuatro novicios, que se criaron el año del noviciado en San Bartolomé de Lupiana.

Informóse el Rey de la persona que parecia en la Órden á propósito para encargarle de este oficio, señalándole más en particular al padre fray Hernando de Ciudad-Real, Prior á la sazón de Nuestra Señora de Guadalupe, donde el General le confirmó en Prior de esta casa de San Lorenzo á 16 de Enero de 1571.

Aunque la fábrica no habia caminado con mucha prisa, estaba ya levantado todo el lienzo que

mira al Mediodia, cubierto y puesto en perfeccion, y los dos que miran á Oriente y al Poniente hecha buena parte, de suerte que habia mucha casa y aposento y las oficinas de mayor importancia, para poder habitar no sólo en el convento, sino tambien S. M. y caballeros de su estado, bien que mucho de esto era prestado, y que se iban acomodando las piezas; como iba el edificio creciendo, estaban hechos dos claustros de los pequeños, y de otros dos más que mediados, un lienzo del claustro grande, y buena parte de otro. Aquí se formó una iglesia pequeña con su coro y sacristía, enfermería, botica, refectorio, cocina y hospedería, lo mismo que es ahora: S. M. tenia gran gana de verse fuera de la aldea, digo de la villa, del Escorial, que ya se habia mejorado mucho, y entrar en su nuevo Monasterio. Se determinó que en todo caso, el dia de Corpus-Cristi se celebrase allá la fiesta, y así se dieron prisa en todo; el dia de San Bernabé, 11 de Junio de 1571, dijo la última misa cantada el Prior fray Hernando de Ciudad-Real, en la capilla del pueblo, asistiendo á ella S. M. con muchos caballeros, y á la noche se subió á dormir al aposentillo que se habia hecho debajo del coro, para desde su ventana oír las misas y oficio divino, aunque todo harto angosto y apretado; tras él tambien subió el Prior con algunos religiosos: el siguiente dia se consumió el Sacramento de la capilla del pueblo, con la postrera misa; se mandó una lámpara, subieron arriba todos los religiosos que quedaron, y á 13 del mis-

mo mes Don fray Bernardo de Fregeneda bendijo la iglesia y los claustros donde se habian de enterrar los religiosos del convento, consagró muchas aras, predicó devotamente al propósito, quedó cansado de tantos ejercicios, no se atrevió á decir misa, y aunque era tarde, por ser víspera de Corpus-Cristi, dijo fray Juan de Espinar la primera misa rezada en el altar mayor de la nueva iglesia, oyéndola el Rey y todos. Luego el dia siguiente, dia del Santísimo Sacramento, dijo el Prior la primera misa cantada en la iglesia; acabada se hizo la procesion por el claustro, que estaba bien aderezado; llevó S. M. una vara del pálio del Sacramento, con los caballeros de su cámara, el Prior de San Juan, Don Antonio de Toledo, y otros. Mandó luego el Rey que viniesen los novicios que en nombre de esta casa se criaban en San Bartolomé, que eran ocho ó nueve; les envió desde Madrid mulas, porque la casa no las tenia; vino con ellos su maestro y otros dos religiosos, todos ellos eran doce, y mostraban bien en la mortificacion y compostura la buena doctrina que en tan religiosa casa habian aprendido: llegaron aquí á 8 de Agosto del mismo año, y luego á otro dia, á 9 llegaron una docena de religiosos de Guadalupe, que por consejo del padre fray Hernando de Ciudad-Real, Prior, vinieron para acabar de poblar la casa y que hubiese cumplido número de frailes para el oficio divino, y otros ministerios necesarios. Se celebraron las vísperas de San Lorenzo con gran solemnidad,

vinieron los seminaristas de Parraces, y representaron el martirio de San Lorenzo en una tragedia latina, y estuvieron todos muy regocijados, y el Rey mostró gran contento, porque veía ya alguna buena parte de sus intentos ejecutada, y cobró aliento para lo demás. Este mismo año de 1571 quiso el cielo y el glorioso mártir Lorenzo engrandecer, ó digámoslo así, gratificar á su devoto Felipe lo que por él hacía en la tierra. Estando el Rey en el coro oyendo las vísperas, le llegó la alegre nueva de aquella famosa victoria de la batalla naval, contra la armada del Turco, siendo General en ella Don Juan de Austria, su hermano, hijo del gran Cárlos V, cosa muy sabida de todos, en que no tengo que detenerme; solo diré lo que otros no han escrito y es propio de este lugar. Estando el Rey en el coro oyendo las vísperas, entró Don Pedro Manuel, caballero de su cámara, alborozado, en el semblante y meneo se le conoció luego que había alguna cosa grande; dijo á S. M. con voz alta: «Señor, aquí está el correo de Don Juan de Austria, que trae la nueva de una gran victoria;» no hizo el magnánimo Príncipe mudanza ni sentimiento, gran privilegio de la casa de Austria, entre otros, no perder por ningún suceso la serenidad del rostro ni la gravedad del imperio. Acabadas las vísperas llamó al Prior fray Hernando, y mandó que dijese *Te Deum laudamus*, en hacimiento de gracias, con las oraciones que la Iglesia tiene para esto; le fué á besar la mano el Prior y darle la enhorabuena de

parte de todo el convento; la recibió con alegre rostro y se fué á su aposento. A la mañana mandó se hiciese procesion solemne, y salió á ella con todos los caballeros; y á la tarde, una vigilia con misa de *Requien*, el dia siguiente por los difuntos en la batalla, que todo arguye ánimo no ménos valeroso que pío, y que tenia conocido cuyo es el poder y la virtud, y de qué mano venia la victoria. Trajo el correo tambien, como por señas y despojo de grande estima, el estandarte real del Turco, tenido entre ellos en tanta reverencia, como si fuera el Sacramento; dicen le habia mandado traer de la casa de Meca, para que en virtud de tan preciosa reliquia, fuese su armada inexpugnable; se echó de ver su deidad en el suceso; la materia es, como tejida de algodón y lino, la forma ó figura como una sábana mediana, el campo todo blanco, y escrito por una parte y por otra, de letras arábigas, mayores y menores, muchas de ellas doradas, lleno de círculos, cuadrados y triángulos, que entre otros errores, de aquella perniciosa y maldita secta que tanto ha fatigado á la Iglesia, es que no admite figuras ni imágenes vivas, y así usan de esta labor de círculos, cuadros y lazos, y en las orlas y centros, letras en que de ordinario, como se ve en este estandarte, están muchas alabanzas de Dios, epítetos y atributos, llamándole omnipotente, sabio, misericordioso, alto, excelente, invencible y otros muchos de esta suerte, con que los engañó aquel astuto enemigo del nombre cristiano, per-

suadiéndoles que les habia dado grande y clara noticia del verdadero Dios; no habiendo cosa más lejos de este conocimiento que la ceguedad suya, pudiera poner aquí la interpretacion toda á la larga, si fuera cosa de importancia, porque guardamos aquí esta abominable joya, no para estimarla, sino para recuerdo de tan gran victoria, junto con los faroles ó fanales de la galera capitana; así lo quiso nuestro fundador, para que se entendiese que le cogió aquí la nueva de la victoria.

Tras esto, vino aún otro más alegre suceso para el Rey y para todo el reino, que fué el nacimiento del Príncipe Don Fernando, á 8 de Diciembre, dia de Santa Bárbara del mismo año 1571, en el alcázar de Madrid, primogénito de la Reina Doña Ana, cuarta mujer del Rey nuestro fundador, hija del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz Doña María, hermana del mismo Rey. Fué grande el regocijo que hubo en toda España, por ser cosa tan deseada como necesaria para tantos reinos, aunque se aguló de allí á pocos años este regocijo con su muerte, propio parto de nuestros pecados; luego el año de 73 mandó nuestro fundador que se comenzasen á trasladar los cuerpos Reales que estaban depositados en diversas partes de estos reinos, á este tan célebre mausoleo que les iba levantando: viendo que el número de religiosos era ya suficiente, para que todo esto se hiciese con la solemnidad decente, ordenó que los primeros

fuesen el cuerpo de la Reina Doña Isabel, su tercera mujer, y del Príncipe Don Carlos, su hijo; para esto envió una carta al Prior y convento, que porque nos dirá todo de una vez, la pongo aquí á la letra.

«EL REY.

Venerables y devotos padres, Prior, frailes y convento del Monasterio de San Lorenzo el Real: Ya debéis saber que por nuestra orden y mandado, estaban depositados los cuerpos de la Serenísima Reina Doña Isabel, mi muy cara y amada mujer, y del Serenísimo Príncipe Don Carlos, mi hijo, (que sea en gloria), en los monasterios de monjas de la Madre de Dios de Consolacion de las Descalzas Reales y Santo Domingo el Real, extramuros de la villa de Madrid, por el tiempo que fuese nuestra voluntad, hasta que otra cosa proveyésemos, y porque ahora hemos ordenado que los dichos cuerpos se entreguen, como se ha hecho, á los reverendos en Cristo padres, Obispo de Salamanca y de Zamora, electo de Sigüenza, del nuestro Consejo, y á los Duques de Arcos y Escalona, para que se trasladen y lleven á este Monasterio, como lo hacen, y os los entreguen, os encargamos y mandamos los recibais luego en vuestro poder y pongais en la iglesia de prestado de este Monasterio, en la bóveda que está debajo del altar mayor de ella, para que estén allí en depósito, y se haga escritura de ello en la forma que

convenga, hasta tanto que se hayan de enterrar y poner en la iglesia principal de él, en la parte y lugar que nos mandaremos señalar, que esta es nuestra voluntad. Fecha en el Pardo á 6 de Junio de 1573.»

Todo se hizo así con mucho aplauso y majestad; vinieron acompañando los cuerpos mucho número de religiosos de todas las Órdenes que habia en Madrid: vino tambien la capilla Real, y el limosnero mayor Don Luis Manrique, y Don Rodrigo Manuel, capitan de la guardia de á caballo, con su gente. En el atahud de la Reina se puso una memoria que dice así: «En este atahud está la Reina Doña Isabel, tercera mujer del Rey Don Felipe, nuestro señor, segundo de este nombre; fué hija de Enrique II y de Doña Catalina de Médicis, Reyes de Francia, la cual murió en la villa de Madrid, en la casa Real á 3 de Octubre, víspera del bienaventurado San Francisco, año de 1568, fué depositado su cuerpo en el Monasterio de las Descalzas, y de allí fué trasladado á este Monasterio de San Lorenzo el Real, á 7 de Junio de 1573.» En el del Príncipe otro de este tenor: «En este atahud está el cuerpo del Serenísimo Príncipe Don Carlos, hijo primogénito del muy católico Rey Don Felipe II de este nombre, nuestro señor, fundador de este Monasterio de San Lorenzo el Real, hijo de la Princesa Doña María, su primera mujer, el cual murió en la villa de Madrid en el palacio Real, vigilia del Apóstol Santiago, á 24 dias del mes de Julio de 1578, á los 23 años

de su edad, nació á 9 Julio de 1545 en la villa de Valladolid; fué depositado su cuerpo en la dicha villa de Madrid en el monasterio de monjas de Santo Domingo Real, y de allí fué trasladado á este Monasterio de San Lorenzo el Real, por mandado del mismo Rey, su padre, á 7 de Junio 1573;» y porque se vaya mezclando muertes y nacimientos, el mismo año, hallándose aquí nuestro fundador con la Reina Doña Ana, su mujer, en la fiesta de San Lorenzo á 10 de Agosto, le comenzaron á tentar algunos accidentes de parto; se partió para Madrid, y llegando á Galapagar, á los 12 del mismo mes, y á las doce de la noche, parió al Infante Don Cárlos Lorenzo, que este sobrenombre se le pegó de tan buen vecino, y luego, á 8 del mes de Diciembre siguiente, se turbó toda esta alegría con la muerte de la Princesa de Portugal Doña Juana, digna hermana de Don Felipe II, dignísima hija de Cárlos V, y de tanto valor en su manera como entrambos, que es cuanto puede carecerse; murió en el aposento Real de este Monasterio, nos cubrió á todos de tristeza, y más á su hermano, porque la amaba tanto, que no llegó su valor y entereza á poder disimular su sentimiento; no hizo menor efecto en la Reina, porque la tenia como madre, y llegó á tanto que la causó un accidente de calentura tan recio, que resultó de él una quartana. La llevaron desde aquí con solemnísimo acompañamiento, á su Monasterio de Descalzas, fundacion suya, tan ilustre que es conocida y famosa en todo Europa: allí la enter-

raron con toda la majestad posible, aunque toda menor de lo que fué su valor y mérito. También quiso S. M. que se trasladase en aquel mismo año, á 12 de Diciembre, los huesos de los religiosos que habian muerto en el Monasterio del pueblo, pues estaban aún no más que depositados, y allí no habia ya Sacramento; se hizo á nuestro modo una solemne traslacion, con las exequias y sufragios debidos: tan atento estaba siempre el Rey á todo lo que es piedad con vivos y con muertos.

DISCURSO VII.

La traslacion que se hizo de los cuerpos del Emperador Cárlos V y de la Emperatriz y Reina Doña Juana, y Princesa Doña María, y de las Reinas de Francia y Hungría y otras personas Reales.

Siendo uno de los principales motivos y fines de esta casa y fábrica, levantar sepulcros á tan ilustrísimos héroes y Príncipes, sería defecto ó descuido pasar por esto ligeramente; así dedicaré este discurso á las traslaciones de los huesos y cuerpos Imperiales y Reales, que mandó hacer el pío fundador, descendiendo algunos particulares de que voy acortando en otras partes; ahorraré tambien aquí de decirlo con mis palabras, pues tengo la forma misma del hecho dicho con las de su autor. Sea lo primero esta casta carta, que escribió al Vicario y convento, porque el Prior estaba ausente.

«Devotos padres Vicario y Diputados del Monasterio de San Lorenzo el Real, que yo he fundado y edificado: Ya teneis entendido como á principio del mes que viene, llegarán á esa casa los cuerpos del Emperador y Emperatriz mis se-

ñores (que sea en gloria,) y las demas personas Reales que he mandado trasladar y depositar en la iglesia de prestado de ella, conforme á lo que en la escritura de fundacion y dotacion tenia ordenado, y porque así en su recibimiento como en los sufragios que por sus ánimas se han de hacer, y en lo demas que ahí ocurra, haya la buena órden y concierto que en semejantes actos se requiere, he mandado ordenar el memorial é instruccion que se os enviará con esta, señalado de mano de Antonio de Gracian, mi secretario, y otro papel aparte, del sitio y forma en que se han de colocar los atahudes de los dichos cuerpos Reales en los lugares que por él vereis; y así, os encargo que vista y leida la dicha instruccion, hagais que en todo y por todo se guarde y cumpla, dando asimismo parte de ello á las personas á quien tocare, para que todos tengan entendido y sepan lo que han de hacer, y procurareis haya en todo la buena órden y recado que conviene, conforme á lo que se ordena por la dicha instruccion, que esta es nuestra voluntad. Del Pardo á 22 de Enero de 1574 años.—*Yo el Rey.*—Por mandado de S. M., *Antonio Gracian.*»

Se sigue luego esta instruccion. El Obispo de Jaen y Duque de Alcalá, que trajeron á su cargo los cuerpos del Emperador, Emperatriz y Princesa, Reina de Francia, é Infantes Don Fernando y Doña Juana, entraron tres dias primero que los que vinieron de Valladolid, como se dirá adelante: vinieron con gran acompañamiento, así

de personas eclesiásticas y religiosos de diversas Órdenes, como de seglares y gente noble, é hicieron por el camino grandes gastos: no es de esta historia descender á todos los singulares; sirva como de episodio en esta tragedia de muertes tan ilustres (si se sufren episodios en historia), un dicho que á propósito de estos grandes gastos dijo un cortesano al sobrino del Obispo de Jaen, en quien (aunque no lo creo), decia queria fundar un mayor rasgo por la fama de que tenia mucho dinero: «paréceme que vuestro tio lleva unos huesos que tendreis vos que roer toda la vida.» El Duque, pues, y el Obispo de Jaen (poniendo en silencio lo demás de esta jornada, que fué larga), llegaron á Valdemorillo, dos leguas de San Lorenzo, donde hicieron noche: desde allí avisaron al Vicario del convento de su llegada para que se apercibiese. Partieron otro dia despues de comer; en descubriéndoles desde el convento comenzaron á hacer la salva; con los clamores vinieron por donde les guiaba Juan Bautista de Cabrera, hasta la puerta de la casa; entonces era la que ahora se llama de la cocina; á diez pasos de ella estaba hecho un rico túmulo ó estrado de 28 piés de mesa, cuadrado, con tres gradas en contorno, por donde se subia; encima de esta como plaza, se levantaba otra mesa, donde se habian de asentar los atahudes, de cinco pies de ancho y 19 de largo, cubierta de brocado, y todo el resto de terciopelo negro; estaba en medio de cuatro columnas altas con sus basas, y vestidas

tambien de brocado, con una cobertura ó cielo á manera de pabellon, con sus goteras caidas y flocaduras, todo de brocado de mucho adorno y vista. Llegados aquí, los salió á recibir el convento en procesion, por dentro de un palenque, para que la gente no apretase y dejase en calle ancha y estuviesen mirando por de fuera. Salió el Vicario vestido con alba, estola y casulla, con Diácono, Subdiácono y acólitos, delante la cruz, como en las demás procesiones se acostumbra. En tanto que sacaron los cuerpos de las literas, cantaron un responso solemne, en canto de órgano, puestos en la mesa alta por su orden, los incensó el Vicario y echó agua bendita, dijo cuatro oraciones, para cada uno la suya; acabado, los tomaron en hombros: iban delante los de los dos Infantes, luego las dos Reinas Doña Leonor y Doña María, á la postre Emperador y Emperatriz; estaba Don Rodrigo Manuel con su guardia á la puerta principal, para no dejar entrar sino la gente contada, y fueron así caminando al claustro de la iglesia, dando la vuelta por sus tres paños, porque la gente no se apretase, cantando siempre el coro de los religiosos el responso acostumbrado en nuestros oficios de difuntos. En cada uno de los lienzos del Mediodia de estos dos claustros, habia otro estrado ó descanso, donde ponian los atahudes; por el mismo orden iban caminando, y allí se decia la oracion conveniente; la iglesia tambien estaba cubierta de terciopelo negro. Despues de todos los respuestas y oracio-

nes, tomaron el atahud, y le llegaron á la puerta de la bóveda, y antes de ponerle dentro se hizo el auto de la entrega por Martin de Gaztelu, ante el Alcaide Martin Velazquez, al Vicario y convento del Monasterio de San Lorenzo el Real: hecho, los monteros tomaron el atahud y le pusieron dentro de la bóveda, quedándose los demas cuerpos en el mismo sitio que estaban. Así se acabó el oficio que tocaba á la traslacion del Emperador, y en estos dos dias tercero y cuarto de Febrero; luego al quinto, el Obispo de Segorbe dijo la misa de Requien (para esto fué enviado de Madrid por la Emperatriz), y predicó el padre fray Francisco de Segovia; por la tarde se hizo el oficio del entierro y depósito, por la misma forma que al Emperador; á la mañana del dia siguiente, que fué 6 de Febrero, se dijo una misa de ángeles, memoria de los dos Infantes Don Juan y Don Fernando, y luego allí se hizo la entrega: en esta ocasion fué tan fuerte el viento que se levantó, que en el túmulo que estaba delante de la puerta hizo tal riza en los brocados con que estaba cubierto y aderezado, que aunque estaban los guarda-joyas de S. M. presentes, y rodeados de oficiales y peones y otra gente trabajadora que se les prometian buenos premios si socorrian los brocados, no hubo ninguno tan osado que quisiese poner su vida en tan manifiesto peligro; así descargó allí todo el coraje, y azotándolos y batiéndolos con increíble fuerza, los molió é hizo pedazos, y los llevó muy lejos por aquella dehesa

y campos, de suerte que apenas se pudo aprovechar de ellos media vara junta; cosa de extraña admiracion, aunque para los que aquí vivian, que estaban hechos á ver otros grandes aires; fué al fin de suerte que llegando aquella tarde el Obispo de Salamanca y el Marqués de Aguilar, desde Guadarama, hasta este túmulo ó estrado, con los cuerpos de la Reina de Hungría y Reina Doña Juana, madre del Emperador Cárlos V, le hallaron sin adorno ni compostura, ya habia sosegado el tiempo y pasado la furia; así los pusieron en él, y el Vicario y convento los hizo los mismos oficios que hemos dicho arriba, hasta llegar al estrado de la iglesia, donde se vieron juntas en cuatro atahudes cuatro Reinas grandísimas. ¡Gran triunfo de la muerte! En cada uno de los atahudes, por mandado del mismo Rey, se puso un pergamino envuelto en un tafetan doble, en que está escrito el nombre de la persona Real cuyo es aquel cuerpo, con el dia, mes y año del nacimiento y de la muerte y de este depósito ó traslacion; y de fuera, sólo el nombre de la persona Real. Este mismo año de 1574, á 12 de Abril, se trajeron á este convento gran cantidad de reliquias, enviadas por Guzman de Silva, á quien el Rey habia encomendado se las buscase, por ser mucha la cantidad y muchas de ellas piezas menudas; aunque con muy bastantes testimonios, no hago memoria de ellas; se entregaron junto con otras, que la Princesa Doña María mandó que las pusiesen en

la iglesia donde estuviese enterrado su cuerpo; se entregaron con ellas muchas joyas de plata para el altar y sacristía, imágenes y pintura de nuestra devoción, con que iba hermoseando y adornando su fábrica el magnánimo fundador.

DISCURSO VIII.

Renuncia y muerte del tercer Prior de San Lorenzo y eleccion del cuarto. Se comienza á levantar la Iglesia principal: la fiesta que hicieron los estajeros y laborantes. Se pasa el colegio de Parraces aquí, y el asiento que allí quedó, y otras cosas.

Le apretaron al padre fray Hernando de Ciudad-Real, tanto las enfermedades en este sitio, que le fué forzado, pensando convalecer de ellas, irse algun tiempo á su casa de Guadalupe, donde estuvo en el tiempo que se hicieron estas traslaciones de los cuerpos Reales: volvió con poca mejoría; habia tenido todo el tiempo que fué religioso, poca cuenta con su salud, estudiando mucho, quitándose el sueño y la comida; y esto, aunque con el gusto de las letras y otros santos ejercicios de oracion y meditacion, junto con el peso de la vida ordinaria de esta religion, que es grande, no se siente, va limando, de manera que derriba y al fin agota las fuerzas y la vida á vueltas. Se añadió á esto un continuo desabrimiento que hubo con él en este convento; pretendió asentar aquí las costumbres de su casa, cosa que lle-

vaban mal los hijos de éste y los que se hallaban de la Órden, porque aunque son tantas y buenas y saben aquella primera mortificacion de la Órden, son al fin singulares, y es menester criarse con ellas: todas estas cosas le trajeron á tal estado, que se determinó renunciar este Priorato; así lo hizo en manos de los Visitadores generales de la Órden, que llegaron aquí aquel año 1575 á 23 de Febrero, y junto con esto hizo voto, si Nuestro Señor le daba salud, de no ser jamás Prior aquí ni áun en su casa de Guadalupe. Atento á sus indisposiciones y enfermedades, que eran muchas, S. M. y el general de la Órden se le admitieron, y por fin murió el 19 de Abril siguiente: fué hombre de claro ingenio, estudió por sí la lengua griega, hizo una traduccion de las obras de Eutinio, comprendió á Aristóteles tambien, como cualquiera de su tiempo se divertió en estudiar música y tecla, y áun poesía, y tanto en lo uno como en lo otro, compuso algunas cosas no malas; tambien estudió matemáticas, y puso las partes de Santo Tomás de Aquino en una disposicion de tablas harto ingeniosamente. Se comenzaron á hacer en su tiempo las costumbres de este convento, porque como tiene tantas partes y miembros, son menester para la uniformidad de buen concierto. Mandó S. M. venir para este efecto religiosos graves de la Órden, y aún no están acabadas, porque cada uno las quiere hacer á su modo y gusto. Tambien se recibió el breviario reformado de San Pío V, y con

él se acabaron muchas diferencias que habia entre los religiosos de Guadalupe y de la Órden, porque unos y otros querian hacer en el altar y en el coro lo que habian aprendido en su convento. Se informó luego el Rey de las personas que habia en la Órden para escoger Prior, cual convenia á un convento tan grande, y que cada dia iba creciendo; nombraron algunos, y entre ellos al padre fray Julian Tricio, Prior y profeso de la Estrella; mandó al General le hiciese venir, y renunciando aquel Priorato, se encargase de éste. Así se hizo; llegó á esta casa á 20 de Mayo del mismo año, y le confirmaron en presencia del mismo Rey el padre Prior de Madrid y fray Francisco de Segovia.

El principal cuidado que S. M. tenia en esta fábrica, era la iglesia, por ser como el fin último, y digámoslo así, el todo de lo que se pretendia. La primera y más grave dificultad fué convenir en la traza; la que habia dado Juan Bautista de Toledo no le contentaba mucho al Rey; le pareció cosa comun, dejado que no respondia bien con su pensamiento; se trajeron muchas de diferentes partes; la que desde luego le aplació fué esta que ahora vemos ejecutada, harto felizmente; la trajo un arquitecto italiano, llamado Pachote, que á mi parecer hay poco que agradecerle, porque no es más que la capilla y templo del Vaticano cortada por el cuerpo de la iglesia, y dejando frontispicios cuadrados lo que allá está en medio círculo. En su lugar trataremos parti-

cularmente de toda esta fábrica; escogida la traza se echaron fuertes y hondos cimientos de mucha trabazon y encadenamiento, despues de haber estado abiertos algunos años, en que cobraron mucha firmeza. Se determinó S. M., visto que estaban iguales con la tierra, que se eligiese la planta y se comenzase la obra á toda furia, cuándo se habian de traer las primeras piedras, dónde se habia de hacer la eleccion para las columnas, paredes y pilastras. Fray Antonio de Villacastin, obrero principal, ordenó de secreto una regocijada invencion, aunque es hombre de pocas burlas y fiestas; todos los extranjeros, maestros, sobrestantes, peones y oficiales, se disfrazaron (serian poco ménos mil personas); hicieron un hermoso alarde y zuiza; en la vanguardia venia el peonaje, y en vez de las picas y lanzas, traian las herramientas de sus artes y oficios, picos, escodas, palas, azadas, batideras, azadones, con extraños disfraces; en medio, y como el cuerpo de batalla, un escuadron de lucida infantería, con picas, lanzas y arcabuces; en la retaguardia venian cuatro cuadrillas de bueyes de la fábrica, cada mayoral con su cuadrilla; la primera, en que venia la piedra principal, traia un carro triunfal, bien aderezado de yedras y flores, que en estos jardines, áun en medio del invierno, nunca faltan. Venia en la delantera, y como á la puerta, una figura de San Pedro, con una llave en la mano, y en el segundo carro otra de San Lorenzo, significando que con el favor del Papa,

y para ensalzamiento de la Iglesia, se habia de levantar una gran fábrica al glorioso mártir San Lorenzo; en el tercer carro, y con el mismo adorno, venian las cuatro virtudes cardinales; en el cuarto carro, venian tres mujeres, que eran las tres Marías, que iban á buscar á Nuestro Señor en el sepulcro; y preguntándole al maestro de la obra y de la invencion, qué querian representar aquellas Marías, respondió: que eran figura de los religiosos y de las almas pías y santas, que en este templo habian de buscar de noche y de dia á Nuestro Señor. Despues de descargadas las cuatro piedras en sus propios asientos, de donde se habian de comenzar á tirar las líneas y echar los niveles de la eleccion, hicieron sus danzas, despues los alardes y paseos; á la postre trajeron un novillo muy bravo, que trompicando unos, y atropellando otros, sin hacer mal á ninguno, remató la fiesta con mucho regocijo, dia de Santo Tomás de Aquino el año 1575. Se estimó en mucho la fiesta por ser muy alegre, y porque los cogió á todos de repente, y más por ser invencion de un religioso tan santo y tan enemigo de invenciones. Luego de allí á ocho dias, ó poco más, vino desde Madrid, por la posta, el señor Don Juan de Austria á visitar esta casa y los religiosos que en ella conocia, desde que estuvieron en el Escorial; visitó los dos Piores, al padre fray Juan del Colmenar, que su vejez le tenia en la cama, y al padre fray Hernando de Ciudad-Real, que ya habia renunciado el Priorato y es-

taba aguardando á la muerte. Tambien el dia que llegó tan valeroso Príncipe, lo hizo sólo, sin poderle seguir ninguno de sus criados, derribados de la furia del aire, y por ser tan bueno su caballo, él sólo pudo vencerlo, certificando, que en tierra ni en mar habia visto ni pasado cosa semejante; se despidió de todos el gallardo soldado y capitan valeroso, y abrazó con mucha humanidad á muchos que conocia, y desde aquí partió á Valladolid á visitar la mujer de Don Luis Quijada, que le habia criado y le amaba como madre. Diré otro particular tras este (alguno se holgará de saber estas menudencias): estando aquí el Rey y la Reina Doña Ana con las señoras Infantas Doña Isabel y Doña Catalina y los dos Príncipes Alberto y Wenceslao, hermanos de la Reina, este mismo año de 1575, trajeron las quijadas de aquella descomunal bestia, que vino á morir á la Albufera de Valencia, que llamó el vulgo pez mular, siendo cosa tan distinta; porque no he visto quien haya hecho memoria de esto, la daré aquí brevemente, pues están presentes los fieles testigos de este mónstruo de la naturaleza, y no nos espanten sus obras admirables cuando la refieren autores graves, y en ellas alabemos al Criador. Dia de Corpus-Christi, el año antes, apareció muerta en aquella playa esta disforme bestia; tenia ciento cincuenta palmos en largo, la corpulencia, ó grosez, ó ancho por el medio, como una torre que sería en contorno como unos cien palmos, la cabeza tan grande que podian estar siete

hombres en el cóncavo de los sesos, por la boca entraba un hombre sobre un caballo, las quijadas que están aquí, á nuestros ojos, colgadas, cada una tiene diez y seis piés de largo, á veinte dientes por banda, algunos de á media vara, los más menudos de á palmo, los ojos como dos rodela, y dos alas como de galera cada una, los miembros de la generacion (por lo que llamaron pez mular), de desmesurada grandeza: dicen que más allá del Estrecho de Gibraltar le tiraron desde una nave con un cañon fuerte y le quebraron una ala; herido, con la rabia y furor entró por la canal del Estrecho, dando espantosos bramidos, y llegó hasta esta playa, donde murió. Fué cierto que en muchos dias no se tomó un pez en ella, porque huyeron todos, bien fuese del miedo, bien del mal olor que dejó de la corrupcion en el agua. Algunos curiosos dicen que este pez es de los que llaman Lámias, por la grandeza y por otras partes que se semejan á las de éste; le llaman Lámia por el gran tragadero ó garganta, y tambien le llamaron Carcario por la aspereza y agudeza de los dientes; dicen que se ha visto de tanta grandeza que no lo podian llevar dos carros, hechos pedazos, y que se han hallado hombres enteros dentro, y que creen sería de este género la bestia ó ballena que trajo Dios para que se tragase á Jonás. En Esaías y Jeremías, donde se hace memoria de Lámias, no se entienden de estos peces, sino de otros mónstruos diferentes, en lo que se llama ballena entre nosotros; es un vocablo genérico,

que en hebreo se llama Leviatan, y en Jonás no se dice en particular qué género de pez fuese, sino en comun, un pez grande; en los autores no hallo hecha memoria del miembro viril de esta bestia, que por ser cosa tan notable, si fuera alguno de ellos de este género y describiendo las demás partes, pienso que no callarán ésta, especialmente los que tan despacio contaron los dientes y pintaron sus diferencias; sólo hallo en Gomerio, que le envió un amigo suyo la descripción de un *Canis Carcavia*, hembra, que tenía sexo femenino, y así imagino que este nuestro era el macho de aquella especie, porque también la hace de mucha grandeza; todo cuanto refieren los autores no tienen que ver ni igualan con la grandeza de esta bestia, y pienso que en muchos siglos no se ha visto cosa semejante; quede esto dicho por si otro no lo dijere. El ejercicio principal de S. M., estando aquí con la Reina, Infantas y Príncipes, despues de haber cumplido con su oficio, y despachado los negocios (se sabe de cierto que se negociaba aquí más en un día, que en Madrid en cuatro, por el concierto de la vida), era oír los divinos oficios, gustar de ver despacio ceremonias eclesiásticas, que si no es en estos lugares, jamas las ven, ni saben lo que son. Así quiso que la Reina y sus hermanos vieses hacer órdenes sacras, que vino á hacerlas el Obispo de Segorbe, Don Francisco de Soto; se juntaron cien ordenantes religiosos; estaban el Rey y la Reina en las ventanas de su oratorios, que gozaron y

vieron distintamente todo lo que se hacía; esto estiman en poco, y aún se burlan de ello los hijos de este siglo, pareciéndoles que no es de Reyes ver esto, sino de sacristanes; y los Reyes, que sean todo juntas, torneos, toros, cazas y otros ejercicios; luego el día de la Trinidad siguiente confirmó el mismo Obispo á las dos señoras Infantas Doña Isabel y Doña Catalina; un poco antes de vísperas, y tras ellas, muchos otros niños de los del Sitio y del pueblo, en presencia tambien de los Reyes, sucedió que le dió á un niño de aquellos, un bofetoncillo algo más recio para la memoria; el chiquillo llorando tan presto como le dió, le llamó hijo de p.... de que se rieron mucho todos, y habian de llorar, pues lo primero que los niños aprenden son pecados y palabras feas; tanto descuido hay en nuestras costumbres, que primero los enseñan á pecar que á vivir. El día de San Basilio, gran Doctor y columna de la Iglesia, se comenzaron á poner las basas de las cuatro columnas y pilastrones fuertes que sustentan la fábrica de toda iglesia; advierto esto, porque ninguna cosa de estas se hizo á propósito, ni con advertimiento ó eleccion; la fábrica iba corriendo, y los maestros y aparejadores reparaban sin pensar que era este día ó aquel; la primera piedra de los cimientos se puso el día de San Bernardo; la primera donde se habia de señalar la planta, día de Santo Tomás de Aquino; la primera de las basas de las columnas, día de San Basilio; estaban ya acabados los cuatro

claustros pequeños del convento, el de la iglesia pequeña, enfermería, portería y procuracion ú hospedería; le pareció á S. M. que habia comodidad para traer los colegiales que estaban en Parraces, y los niños del seminario, y que se acomodasen en el claustro de la hospedería, entre tanto que se hacía el colegio propio. Para esto el año 1575 á 15 de Junio envió aquí á Don Antonio de Padilla, Presidente del Consejo de Órdenes, para que, juntándose con el Prior fray Julian de Tricio y fray Juan del Colmenar, y otros padres antiguos de la casa, diesen el asiento que mejor les pareciesen á los del colegio. Este mismo año se hizo la primera entrega de los libros que iba juntando S. M. para que se comenzase á levantar una librería célebre; se contaron cuatro mil cuerpos, muchos de ellos originales de todas lenguas, y otros vulgares de todas facultades; quedaron en la casa de Parraces, por orden del Rey, perpétuamente, nueve religiosos de San Lorenzo y un Vicario, no habiendo más número que los precisamentē necesarios para cumplir las obligaciones de aquella Abadía; murió tambien este año el Infante Don Carlos Lorenzo, el hijo segundo que nuestro Rey tuvo en la Reina Doña Ana, que dijimos nació en Galapagar; murió á 9 de Julio; trajo el cuerpo aquí el Obispo de Sigüenza; se le hizo tambien un solemne entierro; la entrega del cuerpecito Real la hizo el Secretario Martin de Gartelu al Prior y convento; le pusieron los Monteros de Espinosa con sus

abuelos, en 11 de Julio de 1575, y luego el dia siguiente, 12 del mismo mes, nació el Infante Don Diego, consuelo de la pérdida y tristeza que tenían sus padres, pues era ya el tercer hijo de la Reina Doña Ana. Tras esta alegría vino luego á nuestro Rey otra gran tristeza ¡tan compañeras andan en esta vida estas dos pasiones! y se sabía aprovechar nuestro fundador bien de ella, porque entendia cuán de la mano de Dios vienen estos favores y reveses que llaman los que no saben lo que dicen, fortuna.

Adoleció el Príncipe Don Fernando gravemente, y lastimaba esto el corazon Real mucho, porque le amaba tiernamente; se hicieron en este convento muy extraordinarias diligencias con Nuestro Señor, suplicándole por la salud de este Príncipe, y prorogó por algun plazo la ejecucion de esta sentencia la Majestad Divina, dándole salud por entonces, hasta que llegó la hora precisa que estaba determinada en el Consejo Divino; entendiendo el Rey el gran cuidado en que el convento estaba puesto, hizo que viniese con toda diligencia un mensajero á dar la nueva de la salud; llegó aquí á las doce de la noche, cuando el convento estaba en maitines; dió golpes á la puerta, entendiendo lo que era, y recibida la alegre nueva, y en acabándolos, se hizo una procesion por el claustro, cantando un *Te Deum* que pusiera devocion y espíritu en el más túbio; luego á la mañana se dijo en la misa. Murió tambien en este año de 1575

á 5 de Octubre el santo varon fray Juan de Colmenar, primer fundador y primer Vicario, y segundo Prior de este convento, lleno de dias y de buenas obras.

DISCURSO IX.

Se comienza la fábrica de la iglesia: se declara el modo que se tuvo en edificarla, que fué extraordinario, con otros varios sucesos de este año.

Quería el Rey ver en sus días acabado este templo, lo deseaba grandemente; como la fábrica era tan grande, se ponía delante una largueza de tiempo que enfriaba el ánimo; se comenzó, como ya dije arriba, á elegir la planta y á poner el coco ó primera hilada de cuatro pilares, en que estriba toda la máquina, con sus correspondencias; se labraba de suerte que todo iba por cuenta del Rey, digo que no la tenían á su cargo estajeros ningunos, sino dos maestros ó aparejadores, que se llamaban Tolosa y Escalante; á estos daba el Rey cierto salario, y ellos daban los modelos para sacar la piedra, recibían los sacadores de ella, y los que la labraban y asentaban: eran el todo del negocio. Se probó esta manera de proceder más de un año, y se vió cuán poco lucía la obra; y sin duda si de esta suerte se procediera, no estuviera hoy hecho el medio del templo, porque llegando á apretar á los maestros que tanto po-

dian levantarse cada año, respondieron que sería harto echar cada año una hilada en contorno de la iglesia; decían la verdad y aún prometían mucho. Desmayaba esto grandemente al fundador, porque vió un eterno gasto de tiempo y de dinero sin fruto, y aún alguna vez desconfiaba de ello. Al obrero fray Antonio de Villacastin también le descontentaba mucho este modo de proceder, y veía claramente que era cosa sin fin. Le preguntó un día el Rey, por medio del Conde de Chinchon el viejo, su parecer, y que dijese qué orden se tendría en edificar con brevedad aquel templo. Le dió el siervo de Dios, con la gran claridad de su juicio, en el blanco y en el punto, y respondió con dos solas y formales palabras diciendo: si S. M. quiere ver hecha presto esta iglesia, traiga muchos cabos; y no dijo más: le entendió luego el Conde, porque era muy agudo, le asió del brazo y le llevó así al Rey, y le dijo: Señor, fray Antonio dice que acabará V. M. esta obra presto, si trae muchos maestros y estajeros que la tomen á su cargo. Le preguntó el Rey si lo sentía así; respondió el siervo de Dios: sí, señor, porque cada uno hará presto la parte que le cupiere, y tras esto, labrarán á porfía no sólo en la presteza, sino en la bondad de la obra. El Rey le satisfizo, de suerte que cobró ánimo, y entendió que aquel parecer y consejo era como del cielo. Mandó que luego se ejecutase aquello.

Enviaron cédulas y mandatos por todo el reino para que viniesen maestros á tomar los destajos

de esta fábrica; se juntaron Juan de Herrera, que era el trazador principal, que entró en lugar de Juan Bautista de Toledo, hombre de gran ingenio, y que alcanzó mucho en matemáticas, y fray Antonio el obrero, que habia dado en esta traza; repartieron la iglesia toda, con sus torres, en diez destajos, bien proporcionados, para que igualmente y sin confusion y sin agravio de más ó ménos pérdida ó ganancia, se repartiesen entre los maestros que viniesen. Estaban llamados que se hallasen aquí para la Navidad de este año 1575; vino el Rey aquí á tener esta Pascua y estuvo en los maitines de aquella santa noche del nacimiento, testigo soy de vista y muchos de los que hoy aquí vivimos; le vino aquí la nueva que habian hecho Emperador á su sobrino Don Rodolfo, primogénito del Emperador Maximiliano; mandó que se hiciese una procesion muy solemne el dia de San Juan Evangelista en hacimiento de gracias; anduvo en ella con muchos caballeros que trajo consigo, confesó y comulgó en la capilla donde estaban entonces las reliquias, y le confesaba en estos tiempos el padre fray Juan de Baeza; el dia de la Epifanía hizo aquí aquella solemne ofrenda de los tres cálices en la misa mayor, representacion harto al vivo, de la que hicieron con los tres Magos de Oriente á nuestro Redentor. Llegaron á esta casa el dia de año nuevo sesenta maestros de cantería, de las ciudades y pueblos de estos reinos; informándose de las partes de cada uno, se escogieron de ellos, y

de los que acá estaban, veinte para la fábrica de la iglesia, los más prácticos y experimentados; se repartieron los diez destajos, de dos en dos con compañeros, para que si muriese, faltase el un maestro, quedase otro. A los que no les cupo parte en esta reparticion, les mandó S. M. dar dos ducados cada dia, desde el que salieron desde sus casas, hasta que volvieron á ellas, á razon de ocho leguas de jornada. A los que quedaron con la obra les obligaron á que por lo ménos trajese por cada compañía cuarenta oficiales, y de ahí arriba los que quisieren, dándoles en el mes á cada partida, doscientos ducados para los cuarenta, y en proporcion á los que trajesen demás, y despues se habia de hacer tasacion de la obra por cierta congregacion de personas, que habia señalada para todo lo que en esta fábrica se ofrecia. Preguntó un dia el Rey á su arquitecto Juan de Herrera (quiero decir este particular porque se vea el gran juicio del obrero fray Antonio), qué le parecia que costaria esta fábrica. Y echando así un juicio (como dicen) á monton, y por no ser esto cosa propia de su arte, ni tener experiencia de las manos, respondió: que á su parecer costaria millon y medio, y entendiendo que áun pensó decia poco. Al Rey le pareció mucho; le envió á preguntar esto mismo á fray Antonio de Villacastin, y mirando atentamente los diez estajos y partidas, considerando la cantidad y las piezas, por la experiencia grande que tenia de atras, y conocer la piedra y entender la labor,

halló que no llegaba á seiscientos mil ducados; le pareció poca esta suma, imaginó que se engañaba en el tanteo, porque lo hacía sin pluma, con solo el discurso de su cabeza; estando enfermo en la cama, tornó poco á poco á dar la vuelta por todo, y aunque le parecia que en algunos particulares se alargaba, no pudo pasarlo de seiscientos mil ducados: quedó tan cierto de su resolución y de su juicio, que no dudó de certificárselo al Rey, que le dió mucho contento, no porque en el ánimo Real habia alguna escaseza, ó porque le espantase la costa, sino por la murmuración de su reino, que tan indiscretamente hablaba de esta fábrica: de lo uno y de lo otro, diremos en otra parte más largo. La ventaja que en esto llevó fray Antonio á Juan de Herrera, le llevó en lo que ahora dice Juan de Herrera á él.

Dió este arquitecto en una cosa muy ingeniosa, aguda y nueva, digo para estos siglos, porque segun el Eclesiastes ó el sumador antiguo Salomon, ninguna cosa hay debajo del sol, ni cosa invente el ingenio humano, que ya otros no hayan dado en ella y se haya visto en el mundo; y aunque pienso, no con malas congeturas, que lo que voy á decir de la manera de fabricar esta iglesia y labor de ella imitó mucho á la del mismo Salomon, la traza é ingenio fué, que la piedra toda se labrase en las canteras, de suerte que, al pié de la obra, ni en el templo, apenas se oyese el golpe del pico ni martillo; y sin duda fué una cosa acertadísima, y que se ahorró en ella, osaré

decir, tres partes del tiempo, y por consiguiente del dinero (áun con igual diligencia y gente): los maestros y los estajeros tuvieron esto por invencion, traza no usada, nueva, y así por sospechosa, embarazosa, y áun de más costa; replicaron sobre ello á la congregacion, y áun al Rey, diciendo que las piedras se habian de labrar junto á donde se habian de asentar, y no en las canteras, porque habia mucho peligro en desportillarse al cargarlas ó descargarlas en los carros; que la gente laborante y los oficiales que las labraban estarian muy desacomodados en el invierno por el mucho frio y aires destemplados; en el verano, gran calor: cuando quisieren beber agua, no tenian dónde; el adobo de las herramientas, picos y escodas, y sus astiles, cinceles y macetas, que se gastan á cada paso, no habia donde aderezarlas; y al fin, estar los oficiales trabajando donde sus amos no los viesen, y ser forzoso estar allá con ellos y hacer falta acá, y otros muchos inconvenientes que se le representaban. Era de este parecer fray Antonio, por ser enemigo de trazas nuevas, y como nunca habia visto usar esto, no le asentaba, y podia mucho su autoridad con el Rey por la experiencia de muchos otros consejos y pareceres acertados. Juan de Herrera decia que en los romanos, y más atrás los griegos, habian hecho sus fábricas, tan famosas y grandes, de esta suerte, y que la grosería y poco primor de España la habia olvidado, ó no la habia probado jamás; y así era cosa nueva para nosotros, mas

en sí la mejor, más segura y más usada de los antiguos; y entre otros primores que en ella había, era uno que el asiento y junta de piedras, y por consiguiente la firmeza de la obra, sería excelentísima, especialmente no trayéndose las piedras de todo punto labradas, sino con un grueso de cordel ménos, que no estuviesen escodadas, porque con esto no sería necesario poner entre piedra y piedra rajas ni cuñas de madera ó de piedra para hacer venir bien la faz de fuera de la una con la otra; ni se perdería la labor de los cuatro lados ó superficies de una piedra cuadrada, sino que con sola una lechada de cal y un simple lecho de conjuncion, se asentarian una piedra sobre otra macizamente, sin dejar huecos ni faltas en el asiento; y sería esto causa que se viniese á hacer la fábrica tan una y tan maciza, que pareciese de una pieza, y las juntas de fuera muy imperceptibles; y esta razon era la que ponderaba Juan de Herrera, diciendo que consistia en ella la perfeccion de la obra, y tenia razon, como se ha visto. Hubo al fin sobre esto, muchas competencias, y tan fuertes estuvieron en sus opiniones, que S. M. asistió y quiso ser el juez y sobrestante en el caso: vió muchas veces ejecutar esta traza de Juan de Herrera; asentar las piedras en la iglesia; el pescarlas la grua de encima de la carreta, sin descargarlas; el cargarlas en la cantera con un ingenio que llaman cabrilla, y considerándolo bien todo, le pareció que se ahorraba mucho y que se hacía con mayor perfeccion y

presteza: sólo quedaba una dificultad, que era el escodar la iglesia despues de acabada, y pulirla por la faz, quitándole aquel grueso de cordel en los paramentos llanos, porque todo lo que era cornisas ó molduras, se asentó labrado de todo punto, y se veia por el efecto ser cosa fácil y de ningun detenimiento. Al fin S. M. se resolvió á que las piedras viniesen medio labradas de la cantera, y se siguiese la órden del arquitecto. Se aprovecharon estas dos trazas, de suerte que la fábrica, que por el camino ordinario que llevaban los maestros aparejadores Tolosa y Escalante durara más de veinte años, se acabó en ménos de seis, con la perfeccion que ahora la vemos y gozamos. Partió el Rey de aquí á 2 de Mayo, habiendo hecho primero el aniversario de su madre la Emperatriz; tornó luego por el mes de Junio de este mismo año de 76, trayendo consigo á la Reina Doña Ana y á su primogénito el Príncipe Don Fernando, que fué la primera vez que les sacó de Madrid y el primer vuelo que le enseñó este águila á su hijo. Se salian por aquellas dehesas de la Herrería y Fregeneda, que en verano son unos hermosísimos jardines, parte de la misma naturaleza compuestos, parte con la industria, llenos de flores y frutos, mucha caza, venados, jabalíes, conejos, liebres, diferencias de aves y hasta acopio de pescado; de suerte que dentro y fuera, era para las personas Reales, una estancia llena de dulce entretenimiento. Llegó aquí, á principios de Setiembre, el señor Don

Juan de Austria, llamado de Italia por su hermano, para enviarle de secreto á Flandes, porque se habian alterado de nuevo aquellos Estados y hechos nuevos rompimientos; partió el Rey de aquí, y con él Don Juan, para Madrid, á 22 de Setiembre, donde le despachó con sumo secreto, disimulándose cuanto fué posible la partida y áun su persona; los sucesos de esta jornada, ya los han escrito otros. A los 24 de Setiembre partió la Reina tras el Rey para Madrid, y luego el de Diciembre siguiente tornó el fundador aquí. Desde aquí se partió á 11 de Diciembre á Nuestra Señora de Guadalupe, para verse allí con el Rey de Portugal: lo que se trató entre los dos, y las razones de estas visitas, con lo que allí pasó, otros lo han dicho ya; á mi parecer, no fué otra cosa aquella junta, por lo que el efecto ha mostrado, sino un como decir que venia á entregar aquel reino Don Sebastian en manos de Felipe. Tuvieron allí las dos Pascuas de Navidad los dos Reyes, tio y sobrino, haciendo el nuestro, la costa con la largueza que se puede pensar. Acabadas, partieron. Don Felipe tuvo el dia de la Epifanía en nuestra casa de Santa Catalina de Talavera, donde hizo la ofrenda acostumbrada de los tres cálices; de allí se vino á Madrid.

DISCURSO X.

Crece la fábrica de San Lorenzo el Real: se amotinan los oficiales, y lo que el Rey y Reina y personas Reales hicieron aquí el año 1577, con otros particulares.

Fué el consejo de fray Antonio tan acertado, y la traza de Juan de Herrera tan buena, que dentro de un año subió por igual la fábrica de la iglesia en el contorno treinta piés en alto, que es, al suelo del coro y claustro alto, segunda planta y eleccion de toda esta fábrica, con grande admiracion de todos y notable contento de S. M., á quien el Duque de Alba dijo un dia, viendo tan notable crecimiento: más tardarán, señor, de hacerse los adornos de esta fábrica, que lo principal, y fué consideracion de alto juicio, como lo tenia este gran Príncipe, y así fué como lo dijo. Ayudaban todos los ministros con mucha conformidad; el trazador, el aparejador, el obrero, los estajeros y sobrestantes, estaban hermanados y concordados, que parecia cosa de milagro, porque no se oyó ni vió un encuentro, ni diferencia que fuere de momento, y quando sucedió alguno, la prudencia grande y clara determinacion de fray

Antonio lo allanaba todo, ayudándole mucho á esto el veedor García de Brizuela, á quien tambien se debe mucho en esto, por su habilidad grande en el arte, prudencia y buen término de proceder en tanta variedad de cosas. A 19 de Febrero de 1577 vino á visitarle al Rey y se maravilló de lo que habia crecido. En este mismo dia mandó proveer más de dos mil ducados de libros para repartir por las celdas de los religiosos, y poner una librería pequeña de prestado, entendiendo cuán importantes son leccion y libros, para religiosos tan recogidos, y luego tambien mandó que se comenzase la librería del coro, que es una de las excelentes cosas que hay en este convento, de que se hará memoria particular adelante; para esto ordenó que viniesen buenos escribanos, de letra grande, procediendo en todo con un acuerdo y prudencia excelente. Hecha esta visita, se tornó luego á Madrid; volvió para el domingo de Ramos siguiente; anduvo en la procesion con los caballeros; hizo el mandato de Jueves Santo; en acabando la misa mayor, se hincó de rodillas en los piés de aquellos trece viejos, que se escogian para esto, lavándoselos, y se los besaba con profunda humildad, ayudándole en esto, sus dos sobrinos Príncipes de Bohemia, Alberto y Wenceslao, dándole agua y tohallas; les sirvió despues á la mesa una comida Real, de que los buenos viejos comian poco, y lo más eran lágrimas que se les iba por los rostros, considerando la persona que les servia. Cantó misa el segundo dia

de Pascua un religioso; salió el Rey con los Príncipes y con sus caballeros á besar la mano al nuevo sacerdote, y hacerle sus ofrendas, y se tornó luego á Madrid. Este año presente de 77, en que andaba la fábrica y labor más viva y bullia la cosa en su mayor diligencia, le acometió por otros caminos extraños, que fué maravilla no se rompiese el hilo, con cualquiera de ellos, porque amenazaban grandes cosas, si Dios no pusiera su mano en cortarlas á los principios. La primera fué, un motin de la mayor y mejor parte de los oficiales de esta obra, que eran los canteros. Sucedió que por cierto delito, no de mucha monta, el Alcalde mayor de la villa del Escorial, que le nombra el Prior del convento, prendió á unos vizcainos canteros; y segun él dijo, no con intento de afrentarlos, sino de atemorizarlos, hizo buscar y traer unos asnos en que sacarlos á acostar; se extendió entre ellos y corrió la voz de unos á otros; como se precian tan de hidalgos, ellos y los montañeses se amotinaron, de suerte que estuvieron muchos toda la noche con sus espadas haciendo vela y guardando la cárcel, porque los prendieron de parte de tarde, pretendiendo matar al Alcalde mayor y alguaciles si las sacaban; á la mañana se habian ya conjurado todos, y sin quedar ninguno en las canteras donde trabajaban, vinieron al sitio con un tambor y una bandera, señalando su capitan, tocaron muy reciamente la campanilla con que llamaban á la obra, y en un punto cesó toda y cesaron de

trabajar, y se juntaron todos con las armas que hallaron, y fueron en forma de escuadron á matar al Alcalde mayor, quebrantar la cárcel y sacar los presos. Fray Antonio el obrero, viendo el alboroto, envió allá á los estajeros y maestros, para que aquietasen á aquellos sus oficiales, y aunque les perdieron el respeto y les decian palabras muy descomedidas, sin querer desistir de su intento, sirvió de detenerlos y embarazarlos con razones, para que luego y con presteza no ejecutasen su intento; entre tanto, el Alcalde mayor se puso en cobro, y el Prior le escribió, le mandó que le diese los presos, y lo hizo así, viendo la determinacion de aquella gente colérica; mandó abrir la cárcel y sacar los presos como quisieron, haciendo sus protestos el Alcalde mayor de la fuerza que le hacian. Con esto se les resfrió y mitigó la cólera, y con la misma facilidad que se amotinaron, dejaron las armas muy contentos, diciendo las palabras que suelen los que ellos llaman borricos. Cuando ya se les pasó el ímpetu, echaron de ver el mal recado que habian hecho; se ausentaron de miedo algunos de ellos que habian sido como las cabezas del motin; fué esto en una coyuntura, que aunque parecia negocio de poca importancia, pudiera de un principio flaco, resultar un daño grande, como suele con una pequeña centella abrasarse un monte. Estaban en este reino los ánimos muy alterados, por la alcabala de diez uno, que entonces se introducía, y consideraban algunos que si esta gente acabara el he-

cho, y mataran la justicia de esta villa del Escorial, y se fueran con su bandera y tambor, se les juntara mucha gente popular de esta comarca, y pudiera crecer súbitamente alguna furia, que el menor daño que de ella resultara fuera la pérdida de esta fábrica, segun estaba todo encondado; otros se reian de esto, porque tienen más firmes en este reino las raices de la lealtad á los vasallos de sus Reyes, como lo vemos en tantas experiencias. Vino de allí á pocos dias S. M. con la Reina, Princesa é Infantas, á tener aquí el verano; fray Antonio el obrero le pidió les perdonase á aquella gente, que no habian pecado sino de hidalgos, de honrados y de necios; S. M. se rió y le respondió con benignidad, mostrando en esto su gran prudencia, entendiendo cuán verdad era, lo que el fraile decia, y si se hubiera de hacer caso de ello, se habian de poner muchos en las galeras y áun en la horca, y así se quietaron los canteros, que como el desacato y el delito habia sido grande, estaban mal seguros hasta este punto. Se entendió que al que alzó la bandera y al que tañó la campana y algun otro, los echaron á galeras, castigo bien merecido. La Pascua del Espíritu Santo fué muy regocijada y alegre por los actos que aquí se hicieron; el dia primero recibió el capelo de Cardenal, el Príncipe Alberto, hijo del Emperador Maximiliano, se lo envió el Papa Gregorio XIII con el Conde Anibal; trajo un breve para Nicolás, Obispo Pataguino, dijo misa de pontifical, y acabada esta, se leyó

el breve en público. Porque fuese en este verano entreverado el curso de este edificio, con favores y con trabajos, gracias y desgracias, tornó el enemigo, que tan de propósito se señaló contra esta obra célebre y pía, á turbar el feliz suceso de ella con aquel rayo, que con tan gran relámpago y trueno se oyó en toda España. Una cosa diré digna de consideracion; aquel año trajo aquí S. M. alguna guardia de alabarderos, lo que jamás antes ni despues vimos; dió que pensar esto, no solo á los religiosos, sino á otros; hacian su vela concertada, y andaban rondando la casa por horas: preguntando la causa de esta novedad, respondieron los que podian saber algo de ello, declarando diversos motivos; en los que más concordaban los que ménos sabian, era que á S. M. le habian pronosticado que aquel año amenazaba un fuego grande á una casa Real, la más insigne de ellas, y que sin duda era esta; con esto andaban todos escarapelados y cuidadosos, entendiendo habia alguna traicion de secreto, ora fuese de herejes, ora de otra gente amotinada, y lo que ménos se sospechaba era del cielo, á quien con evidentes señales y efectos se ha visto ser gratísima esta obra. Lo que fué ciertísimo, en este caso, es que fué motivo del Duque de Alba, mayordomo mayor del Rey: le habia dicho otras veces este prudente capitán, que le parecia descuido venirse S. M. aquí con todas las personas Reales, tan solo y sin guarda, estando tan de asiento, en este desierto los veranos, y que sería

bien, viniese la guardia de á pié, porque no estuviese esto tan sin autoridad que lo que no acontece en mil años sucede en un dia: el Rey le dejó ordenar esto como quiso, y condescendió con él; vengamos al caso y contemos cómo sucedió lo del rayo. Domingo una noche, víspera de la Magdalena, entre las once y las doce de la noche, sobrevino una tempestad de aires, agua, truenos, relámpagos, con gran oscuridad de nubes tenebrosas; soplabá un viento medio ábrego que le encaminaba de entre Mediodia á Poniente á encontrar con esta sierra; aquí se espesaron las nubes unas con otras, y al pasar se desgarró una, y despidió con la fuerza de la exhalacion, seca, encendida dentro de aquel seno, un relámpago, rayo y trueno tan horrendo y furioso, que despertó á los que dormian; y á los que estaban velando, que eran algunos colegiales, poco ménos derribó en el suelo. Dió el rayo, con algunas de sus centellas, en diversas partes de la casa, en la sacristía desdoró los marcos de unos hermosos lienzos de pintura, en un cajon abrasó el oro de la cenefa de una casulla, en otra pieza más alta hizo otro agujero, todo cosa de poco momento; el golpe más principal hizo en la esquina de la torre del Poniente, donde estaban las campanas; derribó algunas piedras de la parte de adentro, que cayeron encima de la celda del fraile relojero; y al fin todo era poco, lo que de suyo no era de importancia, hizo todo el daño, y fué que otra pequeña brizona tocó en el capi-

tel de esta torre, en lo más alto, y muy cerca de la bola, comenzó á encenderse, no con más fuerza al principio que la lumbre de una vela; estaba la madera seca, y con el tiempo caluroso bien aparejada y como yesca; no fué posible subir á echarle un jarro de agua, que bastaba; se fué poco á poco apoderando el fuego en las tablas y maderas, vino á crecer sin remedio, porque la materia de que se alimentaba era mucha, ayudaba el plomo de que estaba guarnecida, y enviaba aquellas pelotas derretidas y hechas fuego, con que se defendia para que no se le allegase cerca; se apoderó al fin de tal suerte del capitel, que le abrasó todo, y la pieza inmediata donde estaban las campanas, en unos telares ó andamios de madera que sirvieron para que con ellos se derritiesen once muy buenas, que no se pudieron poner mejor para que con el aire y el fuego hicieran de ellas rieles de bronce; se remedió con suma diligencia que el fuego no descendiese á los suelos más bajos, ni pasase á otros desvanes, y se contentase con solo el capitel y campanas, dejando las paredes de la torre sanas: este fué todo el daño. Al punto de este suceso, queria S. M. desnudarse; entró uno de los de guardia, dijo que habia caido un rayo; preguntó lo primero con rostro sereno, si habia muerto algun religioso ú otro alguno; sabido que no, dió gracias á Nuestro Señor; salió de su aposento acompañado del Duque del Alba, Marqués de los Velez y otros caballeros, subió al claustro alto de

la enfermería, frontero del capitel, que ardia ya más que medianamente: el Duque de Alba, perpétuo fiel Ministro de la Majestad Real, aunque fatigado de la gota, subió á lo más alto de la torre, ordenó la multitud de la gente trabajadora, que ya á este tiempo habia entrado en casa; hacía que trajesen unos arena y otros agua, para echar en los suelos donde caian los maderos encendidos, para que no los abrasasen; mandaba traer mantas mojadas y poner en las ventanas y puertas, por donde podria pasar el fuego á otras partes; hizo una como sogá ó cadena de hombres, que sin mudarse de sus puestos desde la fuente, hasta lo alto de la torre y á donde era menester, subiesen agua como si fuera de mano en mano, pasando un perpétuo canal de agua, que fué de importancia para atajar el daño; hubo diversos pareceres si se cortarian algunas tijeras de los tejados de una y otra parte de la torre; los más, ó casi todos, eran de parecer que sí, porque en cualquier lado que prendiera fuego, el daño era irremediable, y con esto se aseguraba. Fray Antonio de Villacastin, que tiene las principales partes en todas las escenas de este poema, á veces trágico, á veces cómico, fué de contrario parecer, afirmando que el fuego de ninguna manera saldria de las paredes de la torre, porque eran fuertes, y que la bola de bronce y la cruz que remataba el capitel, eran de mucho peso, y caerian á la parte del jardin, donde harian poco ó ningun daño; pudo tanto su autoridad y sus razones con

el Rey, que lo dejaron así, y así sucedió todo, como lo dijo; se señalaron entre todos los que socorrieron este incendio dos soldados, hombres de valor y esfuerzo; habian llegado aquí á pedir alguna merced á S. M. por lo que habian hecho en su servicio; escaparon de Constantinopla, donde habian estado cautivos, y los trajo Dios á que delante y á ojos de su Rey, peleasen con un enemigo tan implacable como el fuego: se pusieron en dos ventanas de la torre misma, á la parte que miraba el claustro diametral, ó como decimos, esquina contraria donde el Rey estaba; desde allí arrebatában con las manos las vigas encendidas que caian de lo alto y pudieran hacer gran daño, y las lanzaban por las ventanas al claustro, y algunas tan grandes, que parecian mucho poderlas alzar del suelo, áun cuando estuvieran frias, cuanto más hechas brasa.

Duraron en esta pelea más de lo que parecia posible. S. M. les hizo la merced que le pedian y algo más; unos hacian oraciones y otros daban de beber y comer á los que peleaban con el fuego. Pudieron librarse algunas de las campanas; mas no quiso el Rey que se expusiese ninguno en peligro notable; y pues el rayo no habia hecho mal á nadie, no queria que por tan poco interes se pusiese á riesgo ninguna vida, porque el plomo que se venia regalando era peligroso aguardarle. Duró el fuego desde las once, poco más, de la noche, hasta las seis del dia: todo este tiempo estuvo allí sin mudarse el Rey, que no se puede

negar que, aunque tenia el rostro sereno y áun alegre, para quitar á los demas tristezas y poner ánimo, sin duda que lo sentia de veras. Quien pienso peligró en este caso fué el relojero, fraile mozo, de tres á cuatro años profesó: antes que cayese el despertador que tienen para llamar con tiempo, cayó, no sé cómo, un poco antes; estando así pensando cómo habia sido, cayó el rayo, y con el espanto, dió con el aturdido en el suelo; vuelto en sí, dió voces y comenzó á decir: fuego, fuego en la torre de las campanas; subió y comenzó á tañerlas con prisa; por entonces no sintió nada; mas luego, poco á poco, le cargó una fuerte melancolía, se le mudó el rostro extrañamente, y mudó el color de blanco en un pardo triste; le salieron unos lunares negros; vivió otros tres años, poco más ó ménos, y al fin murió, casi sin que se echase de ver: se entendió le entró algun humo en el cuerpo aquella noche, que le hizo este efecto. Tal fué puntualmente todo el caso; pasó el nublado adelante, llevado de un airecillo que se levantó de la sierra, descargando tanta piedra en Robledo y en San Martin de Valdeiglesias, que les quitó casi todo el vino de aquel año. Diré por remate del discurso una cosa indigna de que se hiciese memoria de ella entre los sucesos de la fundacion de esta casa; mas servirá de desengaño para otras cosas que siembra vanamente el vulgo ignorante ó las gentes maliciosas. Desde el mes de Mayo de este mismo año, y desde el punto que llegó aquí el Rey con la Reina y otras

personas Reales, comenzaron á decir los peones ó los muchachos (tan flaco es el principio) que andaba de noche en esta fábrica un perro grande y negro, con unas cadenas arrastrando, que de cuando en cuando, daba unos aullidos temerosos; fué creciendo esta fama, y aunque la gente de algun seso se reía de esta niñería, otros de ménos caudal ó de más malicia la alentaban, fingiendo cuentos y vistas de tal suerte, que voló por todo el reino, y apenas se hablaba de otra cosa, sino del perro negro de San Lorenzo: decían que le veían de noche andar alrededor de la fábrica, con estas cadenas y aullidos, y aún no faltaba quien decía y afirmaba que le veían saltar por las gruas de la iglesia, y de un brinco pasaba del pescante de la una al de la otra, que no podía ser sin alas. Algunos que tenían más dentro la malicia, hacían alegorías de esto: decían que significaban los motines de secreto que se levantaban en el reino, para desechar la imposición de la alcabala de diez uno; que los aullidos eran gemidos de los pobres, y las cadenas la opresión de estas imposiciones; y otros cien disparates como estos, si, como digo, no eran malicias. Había aquí algunos lebreles en poder de diversos dueños, en el pueblo y aquí arriba en el Sitio, y uno de los estajeros de la fábrica tenía un alano, que le llevaban los peones consigo y le hacían andar en la rueda de la grua con ellos; estos traían collares y cadenas, se soltaban de noche, venían á buscarse unos á otros, como suelen; en

ladrando ó en sonando el collar ó la cadena, levantaban cien quimeras. Acertó á quedarse aquí perdido un sabueso, perro de casta y regalado; dicen era del marqués de las Navas: éste, buscando á su dueño, dió algunas noches muchos aullidos, que fué gran parte de confirmar la voz de esta malicia. Aconteció una noche, como entonces estaba todo abierto y la fábrica no podía cerrarse, que se entró este perro hasta la pared de las ventanas del coro y del aposento del Rey; como era la hora de que los religiosos estaban en maitines, el perro regalado sintió gente, y como quien deseaba encontrarse con su amo, ó quien le abriese ó recogiese, comenzó á dar tristísimos aullidos, cuales los dan los perros perdidos: apenas quedó religioso en el coro que no se le erizase el pelo, creyendo muchos tenía más fundamento de lo que se pensaba, la fama que había llenado el mundo de esto: dió tres ó cuatro aullidos temerosos; el silencio, la hora de la noche, la bóveda de los nichos donde se había metido, de donde retumbaba el sonido, la fama esparcida, el ser debajo de las ventanas del Rey, todo hacía miedo, horror, espanto. Fray Antonio de Villacastin estaba en maitines; salió con otro fraile, bajó á los nichos y á la bóveda donde el perro estaba, le asió del collar, con harto poco miedo, le subió al claustro grande, y le colgó de un antepecho, donde le vieron á la mañana cuantos entraban á oír misa; y una cosa tan esparcida y tan pública, con la facilidad que se había levantado,

cayó en un punto con la muerte de este inocente perro.

En el mes de Octubre de este mismo año recibió aquí el hábito de San Juan el Príncipe Wenceslao, Archiduque de Austria; el Rey, Reina, Príncipes é Infantes se tornaron á Madrid á 4 de Noviembre de este año, que cerró sus pronósticos y males con la aparición de aquel cometa famoso que se vió en 9 de Noviembre; dijeron luego todos que amenazaba á Portugal y extendia su cola ó sus cabellos por la parte de España; que desde aquí miraba y caia al reino de Toledo y Valencia. ¡Cuán verdadero fué el juicio! Hasta ahora lo lloran los portugueses, y los castellanos no enjugarán tan presto las lágrimas.

DISCURSO XI.

Descripcion del modo con que iba prosiguiendo la fábrica de la iglesia y otras piezas y partes de la casa, con las cosas que aquí sucedieron al Rey en el año 1578.

No sé si era más admirable y de más nueva y alegre vista la de esta casa cuando se iba edificando, que ahora cual la vemos perfecta y acabada. Aquel bullicio y aquel ruido; aquella variedad de gentes y voces tan varias; la diferencia de artes, oficios y ejercicios, envueltos todos en una prisa y diligencia extraña, y en aquella al parecer confusa muchedumbre, aunque en la verdad admirablemente avenida y concertada, causaba como un pasmo y admiracion á cuantos de nuevo lo veian y áun á los que despacio lo estaban considerando. Habia en sola la iglesia, veinte gruas de á dos ruedas, unas altas, otras bajas, y otras sobre éstas más altas, y sobre éstas tablados y andamios que subian al cielo: estos daban voces á aquellos, los de abajo llamaban á los altos, los del medio á los unos y á los otros; de dia, de noche, á la tarde, á la mañana, no se oia sino: guinda, amaina, vuelve, revuelve, torna, estira, pára, tente, menea; bullia todo y crecia con au-

mento espantoso; parecia trabajaban no sólo para ganar de comer, como en otras obras, sino para dar remate y perfeccion á lo que tenian entre manos, en una amigable contencion y porfía, pretendiendo cada uno ir el primero, y junto con esto, ayudar al otro. Fuera de este número de gruas que andaban en la iglesia y torres de ella, habia otras en diversas partidas; á todas se proveia con abundancia y con puntualidad los materiales necesarios, peonaje, carretería, piedra, cal, agua, madera. Quien viera la multitud de aserradores y carpinteros de tantas suertes y diferencias de obras, unas gruesas, como andamios, gruas, etc.; otros de puertas y ventanas, y otros, más primos y delgadas manos, para cajones, sillas y estantes, que cualquiera diria se estaba haciendo una ciudad sólo de madera; quien considerara las fraguas y el hierro que se gastaba y labraba, pensara que era para algun castillo ó alcázar de puro hierro, y lo mismo afirmarían los que pesaran el plomo y otros metales, como bronce, estaño y cobre; por otra parte, la variedad y diferencia de los albañiles para lo que se gastaba de cal, yeso, estuco, azulejos, ladrillos y cosas de este menester era tan grande, que si se derramara, ocupara gran parte de esta campiña; y sin duda que si esto ó cualquiera cosa de las que he dicho, la amontonaran por sí en el contorno de la casa, admirara la grandeza de cada una, y se atreviera á afirmar ser bastante para fundar una ciudad entera: entre estos maestros

públicos, que hacian tan acordado bullicio, habia otros más secretos y retirados, como eran muchos pintores, y de gran primor en el arte, que llamaban ellos valientes; unos hacian dibujos y cartones, y otros ejecutaban; unos labraban al óleo tableros y lienzos; otros, al fresco, las paredes y techos; otros al temple; otros iluminaban, otros estofaban y doraban, y otros muchos, porque los juntemos con estos, escribian libros de todas suertes, grandes y pequeños, y otros los encuadernaban.

De este género, y no de ménos primor, habia gran copia de bordadores, que iban haciendo ornamentos al culto divino, para altares y sacristía, en telas de raso, marañas, terciopelo, brocados: unos matizaban con extraño primor, otros bordaban, otros hacian franjas y cordones. Sin esto, otra diferencia de maestros más extraños para los metales: unos hacian órganos y otros campanas; unos vaciaban grandes planchas de plomo, y otros machacaban los unos con los otros para diversos ministerios é instrumentos: garruchas, poleas, troclas. El esparto y el cáñamo para sogas, serones, espuestas, guindaletas, cuerdas, maromas, ondas, cables, que casi se labró aquí todo, era otra parte de fábrica grande, que aunque aquí era cosa sorda y de poca cuenta, en otra parte hiciera harto ruido.

Estaba todo el contorno sembrado de talleres, fraguas, tabernáculos, y áun tabernas, donde se amparaban de las injurias del tiempo, del agua,

del sol y de la nieve, donde cobraban fuerzas con el vino; por otra parte, se veían ingeniosas ruedas; traídas de agua con que se cortaban, aserraban y pulían jaspes y mármoles durísimos, con la fuerza de los esmeriles y sierras artificiosas.

La multitud de la carretería, carreteros y bueyes, era también de consideración, por la puntualidad con que acudían á sus horas concertadas, proveyendo á las gruas de todo cuanto necesitaban; se veían cada día traer piezas grandes, basas, cornisas, capiteles, pedestales, dinteles, jambas y otras piezas de tan descomunal grandeza, que no las meneaban ménos que siete ó nueve pares de bueyes, y algunas doce, muchas veinte, y no pocas cuarenta; aquí era de ver mucho una procesion, ó un rosario tan largo de estos bueyes, ensartados tan iguales y tan parejos, y tirar todos tan á punto de aquella pesada carga, que parecía entenderse para arrancar con ella, y cuando esto no era muy á una, acontecía arrancar del casco los cuernos de los que quedaban faltos ó postreros.

En las canteras del jaspe, no lejos del Burgo de Osma, y junto á nuestra casa de San Jerónimo de Espejo, andaban sacando y labrando, españoles, italianos, lo que tocaba á jaspe de la fábrica, que como veremos es mucho; en Madrid se hacía la obra de la Custodia y relicario, con parte del retablo, donde se juntaban muchos maestros y laborantes; allí, en Guadalajara y Cuenca, y otras partes que yo no sé, se hacía gran

cantidad de rejas de hierro, sin lo que se labraba aquí; en Zaragoza se fundian las principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella.

En las sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en estas de las Navas, riberas del Genil, junto á Granada, y en las sierras de Aracena, mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias. Los pinares de Cuenca, Balsain de Segovia, Quejigal de Ávila y de las Navas, estaban siempre sonando, con los golpes de las hachas con que derribaban y labraban pinos altísimos, y con el ruido de los serradores, que los hacian trozos, tozas y tablas; en Florencia ó en Milan se fundian grandes figuras de bronce, para el retablo y entierros; en Toledo se hacian lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata; en Flandes otros candeleros de bronce, grandes, medianos y menores y de extrañas hechuras, de donde tambien se trajo gran cantidad de lienzos de pintura al temple, para adornar las celdas. De suerte que, por toda España, Italia y Flandes, estaba esparcida no pequeña parte de esta fábrica, y aunque se pudo contar la gente que andaba en el templo de Salomon, la que anduvo en éste no se puede averiguar fácilmente, por estar allende de la mucha que aquí se veía, en infinitos lugares repartida, porque áun los monasterios de monjas, estaban ocupados en las cosas de esta fábrica, labrando gran número de

preciosos paños, de muchas diferencias y hermosura, en lino, roanes, calicuz y holandas, y otras diferencias de lienzos que no les sé yo los nombres. Se obraba al fin y crecían en competencia tantas cosas juntas, que me confieso vencido para hacer memoria de ellas, sin tratar ahora de lo que se hacía en la dehesa del Quejigar, y en la de la Fregeneda, de lo que se plantaba, edificaba, componía estanques, jardines, fuentes, viñas, olivares, bodegas y lagares.

A los 14 de Marzo de este año 1578, que también tuvo altos y bajos, sucesos prósperos y adversos, vinieron aquí los Reyes, los Príncipes de Alemania é Infantas, á tener la Semana Santa, ejercitándose en oracion, y en oír los divinos oficios, el Jueves Santo, según la costumbre de otros años; celebró el Rey el mandato, haciendo lo mismo la Reina, á pesar que estaba muy preñada del Infante Don Felipe III, que ahora en feliz suerte es el Rey Nuestro Señor. Pasada la Pascua, se volvieron á Madrid, y luego en 13 de Abril, día felicísimo del glorioso Príncipe heredero de España, San Hermenegildo, mártir, y domingo á las once de la noche, la Reina Doña Ana parió al Infante Don Felipe, que ahora es el Rey Nuestro Señor, en la villa de Madrid en su palacio Real; volvieron aquí el 15 de Mayo para gozar del verano, en esta su casa, donde se les hizo el recibimiento acostumbrado, y en 21 del mismo mes cumplió nuestro fundador cincuenta y un años; tuvo siempre por costumbre,

donde se hallaba el día en que cumplia años, en la misa que oia, salir á ofrecer tantas coronas como era el número de los años, y una más, como quien daba señal de reconocimiento y vasallaje al Rey de la vida y de quien todos la recibimos y participamos. Le vino estando aquí aquella triste nueva de la muerte de su sobrino Don Sebastian, Rey de Portugal, con la gran pérdida de gente y nobleza de aquel reino y de éste; no pudo disimular la tristeza y el sentimiento grave, aunque estaba prevenido para este golpe, entendiendo que una jornada tan inconsiderada no podia tener buen fin. Se retiró luego á su oratorio, envió á mandar al Prior que velasen seis religiosos delante del Santo Sacramento el dia que se sacó, y que hiciesen algunas disciplinas y oraciones extraordinarias á su peticion. Partió luego á otro dia á Madrid, saliendo por una puerta falsa de los jardines, casi solo, que todo argüia en él mucha tristeza, y sin duda fué uno de los recios encuentros, y áun de los mayores daños, que él y áun toda España han recibido, y donde resultaron tantos daños que jamás podrán restaurarse, pues desde aquel dia hasta hoy, no se ha visto sino una lista de miserables tragedias, que se alcanzan unas á otras.

Murió tambien este mismo año de 78 á 23 de Setiembre, en el alcázar de Madrid, el Príncipe Wenceslao, Prior de San Juan, que dejó el Priorato, mancebo de diez y siete años; mandó el Rey á Don Rodrigo de Castro, Obispo de

Cuenca, y á Don Juan de Ayala, ayo del mismo Príncipe, le trajesen á enterrar á este su Monasterio de San Lorenzo el Real. No pararon aquí las desgracias de este año: se juntó á estas la del serenísimo Don Juan de Austria, hijo del gran Emperador Cárlos V, hermano de nuestro fundador Felipe II; murió en Flandes, cerca de la villa de Anamur, en medio de sus soldados y ejército, en una barraca en el campo, como cristiano y valeroso capitán. El confesor de este Príncipe, era un padre de la Orden de San Francisco; el Rey quiso que trajesen el cuerpo de Don Juan de Austria, á este convento y casa Real, para que estuviese junto con el del Emperador su padre, dándole instruccion que hasta llegar al Monasterio y Vicaría de Parraces, viniese en secreto y sin pompa. Llegado allí, estaba prevenido el Obispo de Ávila, Busto de Villegas, para que junto con el maestro de campo Don Gabriel, le trajesen aquí con aparato Real; llegaron el 24 de Mayo de 1579, con harto acompañamiento, haciéndose su entierro y entrega con la misma solemnidad que con las otras personas Reales. Acabó este año echando el sello á sus desgracias, con la muerte de nuestro Príncipe Don Fernando, hijo de nuestro fundador, que murió dia de San Lucas, á 18 de Octubre de este año 78, en el Monasterio de San Jerónimo de Madrid; mandó el Rey al Obispo de Zamora Simancas, y Almirante de Castilla, al Conde de Fuensalida, su mayordomo, y á Don Luis Man-

rique, su limosnero, que le trajesen aquí, en compañía de tantos cuerpos Reales; llegaron el 20 del mismo mes, haciéndole el recibimiento debido.

DISCURSO XII.

Se prosigue la fundacion y fábrica de esta casa hasta el remate de la iglesia: la eleccion y venida del quinto Prior, y lo que las personas Reales hicieron en este convento.

El año de 1575, dia de Santo Tomás de Aquino, se pusieron las primeras piedras de las basas de los cuatro principales pilares de la iglesia, y no se comenzó, como vimos, á toda furia la fábrica hasta el año siguiente, que se dieron los estajos; y desde aquel, que fué el de 76, hasta el de 79, creció tanto, que levantado ya el pié derecho de todas las paredes y pilares, puestas las impostas y echada la cornisa principal por todo el contorno de la iglesia, á la parte de dentro se comenzaron á poner cimbras y cerrar arcos: la primera cimbra que se puso fué el dia del bienaventurado San Gregorio, Papa, llamado el Grande; y el dia de San Isidro tambien, gran doctor de la Iglesia y de España, se cerró sobre ella el primer arco. Este mismo año, por Diciembre, se pusieron y levantaron las jambas y el dintel de la puerta principal de toda esta fábrica; se cortaron trece ó catorce piezas muy grandes de una peña blan-

ca y de lindo grano, de que se sacaron estas jambas, que las traian treinta pares de bueyes en un carro fuerte, piezas las más de ellas de veinte y cuatro y áun veinte y cinco piés de largo; y aunque tiene esta puerta de claro veinte y cuatro piés en alto y doce de ancho, con todo esto parece pequeña por ser tan valiente la fachada de esta frontera y pórtico, que ya á esta sazón se iba levantando á toda furia. Mandaba S. M. que le avisasen de todo lo que se iba haciendo, y áun cuando se ofrecia cosa de poca importancia, le enviaban las trazas, los diseños y áun los modelos; así fué necesario, cuando se hubieron de hacer las sillas del coro, que le enviasen á la ciudad de Badajoz dos de la misma forma y grandeza, que habian de ser para que escogiese ó mudase lo que le pareciese en algunos particulares, en adornos de ellas, como lo hizo, llevándoselas allá. Esto de los modelos es tan importante en las fábricas, que oso afirmar débérseles en esto el todo de salir tan acertada, sin remiendos ni tachas; y si algunas tiene, nacieron de haberse mudado los modelos y las trazas, ó no haberse hecho. Juan Bautista de Toledo, como hombre de alto juicio en la arquitectura, hizo modelo general de madera, aunque en forma harto pequeña, para toda la planta y montea; alteró aquello en muchas partes, como vimos en otro discurso, su discípulo Juan de Herrera, aunque sin daño, y áun, al parecer de muchos, con perfeccion de la fábrica. Al tiempo de ejecutar la traza de la igle-

sia, que trajo Pachote, tambien se alteraron algunas cosas, y se hizo un modelo de madera en mucho mayor tamaño, como se vé ahora en estos desvanes guardado, y para otras cien cosas se han hecho otros muchos. La iglesia habia crecido tanto, y en el año siguiente de 81, que ya estaban cerrando la cúpula del cimborrio, y por dentro tan llena de madera, de andamios, gruas, cimbras, tablados y vigas tan gruesas y tan espesas, que ponía admiracion, y era de ver la trabazon y la fuerza de tanto maderamiento; todo era menester para la seguridad de tan grande máquina y peso, y con tanta prisa ejecutada. En 23 de Junio del año 82 se remató todo el cuerpo de la fábrica de la iglesia, y se puso la cruz en la aguja del cimborrio: víspera de San Juan Bautista, á las seis de la tarde, se hizo una procesion muy solemne, cantando el *Te-Deum* en hacimiento de gracias. Se hallaron en ella todos los criados del Rey que estaban aquí y los oficiales de la fábrica, regocijándola con danzas y otras fiestas llenas de devocion y piedad. La cruz (por si alguno tuviera gana de saber cuál es) tiene 73 arrobas de hierro, de largo 31 piés; los 15 entran de espiga en la aguja de piedra con que se remata la fábrica; los brazos tienen 8 piés, y el arpon con la vela en que están las parrillas del glorioso martir, tienen 10 piés; la bola sobre que se levanta es de metal campanil; tiene de diámetro 6 piés, un poco prolongada, porque hace mejor vista, y así en lo largo tiene 7 piés y más; pesa 136 arrobas;

de suerte que, se levantó toda la fábrica de la iglesia, en lo principal de su cuerpo y forma (dejo aparte los ornatos de dentro), en seis años y medio cabales, desde el principio de 1576 hasta la mitad del de 1582, que fué extremada diligencia. Al principio hizo la fábrica algun sentimiento en algunas partes, áun antes que se echase la cornisa del derredor en la parte de dentro: pensaron que fuera mayor el daño; y como no nacia de los fundamentos, ni de la trabazon y unidad del cuerpo, ni áun de la prisa que corria el edificio, sino del descuido de algunos maestros estajeros, que no miraban la igualdad del grano de la piedra, y ablandaba la que no era tan fina, ó cargaba de más cal en lo de dentro, ó asentaba sobre falso, arrojaba la carga en las piedras de fuera, y no pudiendo sufrirla, se quebrantaban y partian. Se entendió luego de dónde nacia la falta, y se remedió, y así quedó cual se vé: despues mostraremos más despacio su mucha entereza.

Este mismo año de 1582 se celebró Capítulo general en esta religion, y porque no nos olvidemos de ella, diré brevemente el suceso de los Generales hasta aquí. Muerto el primer año de su trienio el buen fray Hernando de Toledo, profeso del Parral de Segovia, y, como dije arriba, elegido fray Miguel de Soto, de San Jerónimo de Madrid, en el Capítulo general de 1579 eligieron al padre fray Cristóbal de Alcalá, profeso de San Lorenzo de Alba, hombre prudente y de condicion suave; fué electo por segunda vez el padre

fray Juan de Yuste, profeso, como dije, de San Bartolomé de Lupiana; en este mismo Capítulo general, vacó el padre fray Julian de Tricio, Prior de este convento, haciéndole merced S. M. por lo bien que le habia servido, y se tornó á su casa de la Estrella. Pidió el Rey el parecer del General para señalar otro Prior, y despues de bien miradas las personas de la Órden, se resolvió en el padre fray Miguel de Alaejos, Prior ya la segunda vez y profeso del convento de San Jerónimo de Yuste, donde acabó el curso de la vida, tan felizmente como vimos, el Emperador Cárlos V; le eligió desde Lisboa en Prior, y le envió á mandar al general de la Órden que le confirmase.

Jueves, dia de San Francisco, que fueron 4 de Octubre, llegó á la granja de la Fregeneda, donde le salieron á recibir algunos religiosos; el dia siguiente, no 5 de Octubre, sino 15, entró á presentarse en este Capítulo, donde le dieron los frailes la obediencia. Este salto de 4 á 15 (que no sin acuerdo divino) acaeció en la entrada del quinto Prior de este convento, fué la reforma tanta tan acertada que el santo Pontífice Gregorio XIII hizo del calendario, cosa de muchos Papas pretendida, y de nuestros ilustres ingenios en matemáticas trazada; porque pudiera crecer el hierro tanto, que Navidad fuera en lo que es Junio, y San Juan en lo que es Diciembre, por darle al curso del año solar más de lo que tiene en su precisa cuenta y círculo. Hiciera de esto algun discurso, y áun me tuviera á res-

ponder á los herejes pertinaces, que ni áun esto quieren obedecer, á la cabeza de la Iglesia, ni confesar que es cierta, si no fuera muy lejos de mi propósito. El Rey nuestro fundador escribió al General una carta, en que le mandaba publicarse esto en la Órden y lo hiciesen ejecutar; lo hizo así, y junto con esta reforma y de su cuenta, entró el nuevo Prior, haciendo este mismo oficio, en la casa de San Lorenzo, tornando al curso derecho y riguroso lo que por algun hierro de cuenta habia salido de sus quicios; y porque descendamos hasta esta menudencia, en el mismo dia, tambien entró en esta casa el relox principal, que há mucho tiempo se estaba haciendo en Madrid, que es una muy rica, grande y acertada pieza; el año enmendado, el calendario corregido, el relox nuevo y cierto, el Prior religiosísimo, celoso y prudente, todo prometia una gran concordia, y unidad santa, y aumento notable en la observancia, y todo sucedió prósperamente en este año de 82. Se turbó esta alegría al remate de él con la muerte de nuestro Príncipe Don Diego, que sucedió á 21 de Noviembre, domingo y dia de la Presentacion de Nuestra Señora, habiendo traído su cuerpo Don Juan Manuel, Obispo de Sigüenza y el Almirante; y con la solemnidad que en los otros entierros Reales se habia hecho, le pusieron en compañía de otros dos jurados, ya Príncipes de España, digo, de tres, para que se vea el engaño de la vida, y las grandes fuerzas de la muerte, pues ninguna cosa le resiste.

DISCURSO XIII.

La prosecucion de la fábrica en algunos particulares adornos de ella, hasta la última piedra que se asentó en todo el cuadro ó cuerpo del edificio principal, con los sucesos de las personas Reales en esta casa.

Como lo principal y más dificultoso de esta fábrica era la cantería, vamos siempre haciendo la cuenta por ella. Puesta la aguja y la cruz del cimborrio de este templo, nos parecia que estaba acabado esto, aunque en la verdad faltaba mucho, como lo iremos mostrando en este discurso y en otros. Al mismo paso con que creció y se vió el remate felicísimo de la cúpula principal, fueron creciendo las dos torres que tiene en el frontispicio este templo, que tambien se rematan con sus cimborrios y agujas de piedra, bolas y cruces de la misma forma, que aunque no tan grandes como la principal, son mucho, del mismo metal campanil, y en verdad se fundieron todas de una misma suerte, como dos medias campanas, de figura de medio limon cada parte, algo prolongadas.

Se acabó tambien á este mismo tiempo poco

ménos, el claustro grande del aposento Real, y todos aquellos cuartos y oficinas que están dentro para el servicio de la misma casa, con una infinidad de aposentos y piezas á la parte del Oriente y del Norte, con la torre que remata los dos lados y hace ángulo entre Norte y Oriente; el pórtico principal, que es una excelente fábrica, tambien se acabó de todo punto á 21 de Marzo, que es el Equinocial vernal, segun la reforma del nuevo calendario; se levantó una muy hermosa estátua y figura del glorioso mártir de España y patron singular de esta casa, en un nicho que está lo más alto de este pórtico, y á los piés del mismo santo se pusieron las armas Reales, significándonos en esto el prudentísimo fundador que su corona, sus Estados y su Reino todo, lo tenia puesto á los piés y bajo el amparo de su devoto abogado Lorenzo; no me detengo en describir más despacio este pórtico, porque despues lo veremos más en particular. La parte que ahora es Colegio y Seminario, y una de las cuatro principales en que se divide todo el cuerpo del edificio, fué la postrera y la que se quedaba más atras, porque no habia tanta necesidad de ella, y porque servia como de entrada y paso á la carretería, que era mucha.

Se iba tambien en este tiempo retundiendo la iglesia y quitándola aquel grueso de cordel que dijimos traian por desbatar las piedras para que hiciesen más firmes asientos sobre los lechos, y para que la fábrica fuese más una y de más del-

gadas y finas juntas, y quedase como quedó; de tal suerte, que no pareciese todo el templo hecho de diversas piezas, sino que se habia acabado dentro de una peña, por la grande uniformidad de color, grano y junta de sus piedras; y aunque esto, como dije, pareció al principio que habia de ser cosa difícil y de costa, no hubo ni uno ni otro, sino gran facilidad. Los tejados y maderamientos de ellos, de fuertes trabazones y tijeras, y los empizarrados, tambien estaban acabados en todo lo que hemos dicho, que era obra por sí harto grande, de estima, primor y costa. Las principales partes del adorno de la iglesia son el retablo, la Custodia y los entierros Reales: todo esto se hacía en Madrid y en otras partes; entendian en ello maestros italianos y españoles: los retablos particulares de todos los altares estaban muy adelantados, por estar repartidos en diversos maestros que habian buscado para ellos, naturales y extranjeros: los órganos, las sillas del coro, el suelo de la iglesia, la librería del canto, rejas y antepechos, que todas son cosas grandes y que cada una tuvo necesidad de mucho tiempo y de muchos artífices, para que se verificase lo que el prudente Duque de Alba dijo el primer año de la fábrica del templo, que antes faltaria, ó que se tardaria más por los adherentes y adornos, que por lo principal.

El Rey, nuestro fundador, despues de haber tomado posesion del nuevo reino de Portugal, tornó por Badajoz, y de allí vino á Nuestra Se-

ñora de Guadalupe; de allí partió á San Jerónimo de Guisando, llegó á la dehesa de Quejigar, y primero visitó una ermita devota que está escondida en aquellas sierras de Avila, llamada Nuestra Señora de la Nieve; tambien se holgó de ver la viña que por su mandado y órden se habia plantado en aquellos pinares; entró en la casa que se iba edificando, vió las bodegas y lagares que se hacian para recoger la cosecha tan grande y tan hermosa: llegó aquí á los 24 de Marzo, víspera de la Anunciacion de Nuestra Señora, el año 1583; le salió á recibir un hermoso escuadron de maestros, oficiales y peones de esta fábrica, puestos en órden, con los instrumentos que usaban en ella, que no era mal espectáculo ver tantas diferencias. Llegaron al pórtico principal, salió el Convento en procesion á recibirle, y los niños del Seminario, danzando, para alegrar la entrada. El dia siguiente entró á dar una vuelta por la casa, mostrándosela el Obispo de Viseo, Capellan mayor de S. M., y áun subió á ver lo alto del cimborrio, que estaba ya desembarazado de los andamios y gruas. Partió luego el domingo, á 27 de Marzo, para Madrid, y pasó el puente que mandó hacer en el rio Guadarrama en nombre de San Lorenzo, poniéndole sus parrillas, que se acababan entonces. Entró en Madrid el 29, donde se le hicieron fiestas y gran recibimiento, entrando en público, á que acudió infinidad de gente. Andaba en este tiempo la fábrica del colegio, que era la postrera, con mucha furia, y

creció en breve, tanto por ser obra andadera y repartida entre muchos, que en poco más de dos años la dieron remate; y el mismo día, que fué víspera de la Magdalena, 1577, en que se cayó la bola y la cruz de la torre en que tocó el rayo, se puso la bola y la cruz del cimborrio del colegio el año 1583, siete años despues. Murió este mismo año, el 4 de Agosto, la Infanta Doña María, hija de nuestro Rey y de la Reina Doña Ana, en el palacio de Madrid, víspera de Nuestra Señora de las Nieves: llegaron aquí con el cuerpo, el día de la Transfiguracion, el obispo de Viseo, Don Jorge de Ataide, y el Conde de Fuensalida, haciendo el recibimiento y oficios acostumbrados á los demas Príncipes: de allí á pocos dias envió á Juan Lopez de Velasco, su cronista, avisando al Prior y Convento del buen suceso que habia tenido el Marqués de Santa Cruz; y como habia entrado el día de Santa Ana en la tercera y venturosa jornada, quiso se diesen gracias á Nuestro Señor, y así se hizo con mucha solemnidad; y no contento con esto, se vino el 28 de Setiembre á hacer lo mismo, estándose hasta el 19 de Octubre, pasando despues al pinar de Balsain, que es bueno para el tiempo de la brama; de allí llegó á Segovia, por ver á aquel excelente ingenio de hacer moneda, invencion del Archiduque de Austria: menea el agua una rueda, y aquella, en los lados contrarios, con el agua mueve otras dos (que es principio de las mecánicas de Aristóteles), pasando por éntre los dos ejes ó ruedas de éstas,

que son de acero, en que están dibujadas y abiertas las armas Reales, como las vemos en la moneda, el uno la faz y el otro el reverso; un riel como una cinta de plata, del grueso que ha de tener la moneda, la deja como estampada ó esculpida por una parte, y por otra, á la larga, hecha reales, y estos despues se van cortando en otro torno, en redondo, con facilidad. ¡Excelente ingenio, con que se ahorra mucha costa, ingenio y tiempo! sino que la nacion española no se amaña á estos ingenios, ni tiene paciencia para ellos, y lo que puede hacer fácilmente y sin trabajo, gusta más de hacerlo á fuerza de brazos: se ha labrado alguna plata en él; ahora se labra poca ó ninguna, porque dicen tiene algunos inconvenientes, ó porque no la dejan lograr ni que llegue á Segovia. Pasó el Rey de allí al monasterio ó vicaría de Parraces, y mandó se dispusiesen algunas cosas del edificio en otra forma más acomodada para el uso de lo que allí es menester, y volvió aquí á tener la fiesta de Todos los Santos; y porque se comenzasen á asentar las sillas del coro, quiso ver puestas algunas, y se detuvo hasta el 7 de Noviembre. Habia mucho miedo para quitar las cimbras, andamios, gruas y todo el madeiramiento de la iglesia; mirado así á bulto espantaba; parecia una cosa grande, intrincada, difícil, peligrosa; no se atrevia nadie á entrar en ello; pedian, los que podian hacerlo, mucho por desbarazarlo; hizo esto mucho ruido, y se encareció demasiado. El obrero fray Antonio, á quien

habia Dios dado claridad para salir de estas oscuridades, lo hizo quitar con harta facilidad, sin peligro, presto, y á poca costa, pues es cierto que no costó sino 400 ducados escasos, y se pedia mucho más con gran exceso; y quedó la madera tan sana, que sirvió despues para otros menesteres. Apareció luego, en quitando tanta multitud de vigas, maderos y tablas, dia de San Matías del año 1584, un templo clarísimo, que alegró el alma con su grandeza, proporcion, hermosura; desengañó á muchos ignorantes en arquitectura, que afirmaban habia de ser un poco oscuro; se comenzó luego á retundir, afinar y limpiarse. Estaban tambien aparejadas gran multitud de losas de mármol blancas, de la sierra de Filabres, y otras tantas de mármol pardo de Estremoz, y comenzaron á solar el templo, en desembarazando de la madera. Este mismo año, á 6 de Marzo, partió de aquí el padre fray Miguel de Alaejos, Prior del convento, á visitar las casas de nuestra Órden, que estaban en el reino de Portugal. En este mismo año de 84, por el mes de Agosto, se subieron las seis figuras ó estátuas grandes de los Reyes, del Testamento Viejo, que están sobre los pedestales del segundo órden de la fachada de la iglesia, obra de Juan Bautista Monegro, gran escultor y natural de Toledo; haremos despues particular memoria de ellas: en el Setiembre siguiente de este mismo año de 1584 se puso la última y postrera piedra de todo el cuerpo y cuadra de esta casa, en lo que toca á la cantería; está

asentada en la cornisa del pórtico ó patio, delante de la iglesia; tiene una cruz, aunque desde abajo no se percibe; pero encima de ella, en el mismo empizarrado, está hecha de suerte que, la punta baja de la cruz, señala cuál es la piedra. Aquí se halló presente fray Antonio de Villacastin, el obrero, que no quiso vér poner la primera, diciendo: que para ésta se guardaba, y le guardó Dios y guarda desde el año 1563, que, como vimos, se puso la primera; y él y nuestro fundador se hallaron aquí ahora juntos, dándonos con esto Nuestro Señor á entender, que no le desagradaba esta fábrica, porque no iba fundada en engrandecer fama ni nombre, como aquella soberbia torre de Babel. Partió de aquí S. M. con sus hijos á 2 de Octubre, habiendo tenido todos mucha salud, aunque S. M. vino sin ella, por el padecimiento de la gota. En 11 de Noviembre, para que terminase el año felizmente, se hizo la solemne jura del Príncipe Don Felipe, nuestro señor, tercero de este nombre, en San Jerónimo de Madrid; la misa de esta fiesta, dijo de pontifical Quiroga, Cardenal y Arzobispo de Toledo.

DISCURSO XIV.

El remate de la fábrica de la casa, templo y adornos de él, y sacristía, retablo y Custodia. Se pasa el Santísimo Sacramento á ella, con los sucesos de las personas Reales en este convento.

Por dar calor á la fábrica, que ya no topaba ni se detenía, como hemos visto, sino solo en los adornos, que no era poco, por ser tan grandes, venia S. M. con alguna frecuencia de Madrid; acabaron de asentar en esta fábrica las sillas del coro, luego los cajones de la librería del mismo, que son muchos; se fundian campanas en gran cantidad, y se iban haciendo los órganos; tambien se daba toda la prisa y diligencia posible, en la del retablo y Custodia, obra tan detenida, que fué menester toda la industria é ingenio de los maestros, para acabarse tan presto. La Emperatriz Doña María, que hoy vive, estaba algo achacosa, y se vino aquí á tener el verano; recibió tanto contento y gusto con la estancia, que tuvo mucha salud. Se trajeron algunas joyas para el servicio del altar y sacristía, y muy preciosas reliquias, entre ellas, un hueso del anca del glo-

rioso mártir Lorenzo, su patron y abogado; con ésta, vino otra de inestimable precio, la cabeza del gloriosísimo Príncipe mártir Hermenegildo de España, y otras más particulares. Vió de camino asentar el retablo y los entierros, obras costosas y detenidas; el dia siguiente, 14 de Abril, dejando hechas tan buenas haciendas, volvió á Madrid á cumplir con las de su oficio.

Deseaba el Rey poner todas las cosas á punto, para gozar de su iglesia y de la obra de sus manos; le parecia que dándose prisa, estaria todo en perfeccion para la fiesta de su patron y abogado San Lorenzo; acordó de ser como sobrestante en todo; se vino aquí para las fiestas del Espíritu Santo y Corpus-Christi, trayendo consigo sus queridos hijos, el Príncipe Don Felipe é Infanta Doña Isabel; sus ocupaciones, entrando aquí, fueron las que otras veces, y que ya tengo dichas. Aunque vino indispuerto y tocado de la gota, con sangrarle un poco estuvo luego bueno, que el contento puede mucho para la salud, y en desocupándose de los papeles del gobierno, en que gastaba harto tiempo, como el que sabía que lo principal es hacer primero lo que cada uno está obligado en su oficio: los ratos del descanso era acudir á ver lo que hacian los maestros que entendian en el retablo y en los entierros, gradas del altar, y otras cien cosas que allí hay, de ricos jaspes y mármoles, que por tener tanto primor, y por ser los pulimentos y las juntas cosa tan detenida, si no fuera por tener á los ojos tal

sobrestante, tardaran mucho en acabarlas. A 17 de Junio se acabó de asentar la Custodia del altar mayor, obra admirable, y luego mandó S. M. que se pusiese otra Custodia, tambien de finos jaspes, más pequeña, dentro de la grande; estaba ya acabada hacía dias por el mismo artífice, Jacobo de Trezo: se acabaron de asentar las gradas y mesa de esta capilla, que tambien son de finos jaspes y mármoles, en 2 de Agosto. Tenia aquí S. M. al Obispo de Rosa en Irlanda, se llamaba fray Buenaventura Natéo Almerico, de la Órden de San Francisco, para que hiciese todos los actos pontificales que fuesen menester. Consagró cincuenta aras juntas, para todos los altares de la iglesia, hallándose presentes á esta tan santa ceremonia, el mismo Rey con sus hijos; y luego, á 6 de Agosto, estando la iglesia de todo punto acabada, asentados los altares, que son todos de piedra, puestos los retablos y las cuatro cajas de órganos, el mismo Obispo bendijo la iglesia principal, vestido de pontifical, el dia de la Transfiguracion, asistiendo tambien el Rey y personas Reales, con sus caballeros; luego otro dia, bendijo las campanas de la torre, que fueron diez y seis en todas; el dia de San Justo y Pastor bendijo tambien todas las cruces y retablos de los altares; se compusieron todos ricamente, encendiéndose las lámparas. Asentaron aquella hermosa y copiosísima librería del coro en sus cajones; se hizo una gran entrega de ornamentos de varios colores, sedas y brocados, y se pobló de todo lo necesario la sa-

crístia; los religiosos se pasaron á vivir á las celdas del claustro grande; S. M. y el Príncipe, Infanta y caballeros, á sus propios aposentos y oratorios. Y por fin, puesto todo á punto con universal alegría y contento, á los 9 de Agosto, vigilia del glorioso mártir San Lorenzo, que fué viernes este año de 1586, dichas las horas en el coro é iglesia pequeña y la misa del dia á las ocho de la mañana, y junto Convento y Colegio y Seminario en la misma iglesia, salió S. M. y el Príncipe y toda la casa Real de su aposento, y juntos todos, el Prior vestido con su casulla, y los ministros con dalmáticas, en solemnísima procesion pasaron el Santo Sacramento á la iglesia principal y lo pusieron dentro de aquellas riquísimas Custodias; el Prior llevaba en las manos la Custodia de oro, el Rey una de las varas del páblio, y otra su hijo el Príncipe Don Felipe, que aunque pequeño, ya tenia gusto de cosas espirituales. Salió esta procesion por la puerta de la iglesia pequeña, que cae al claustro que llaman del refectorio, y por allí derechos, fueron á salir por la portería del convento, y pasando el tránsito que va al colegio, entraron por la puerta principal de la iglesia, y por el sotacoro y por la reja principal de la iglesia, donde estaba la guardia del Rey, para que de allí adelante no entrase nadie, sino la gente principal de la Real casa: iba el coro cantando hasta allí los himnos del Sacramento; en llegando á la reja entonaron los seis cantores que iban de capas, el himno *Te-Deum*

laudamus, y como respondieron con aquellos fuer-
tísimos órganos que retumbaban en toda la iglesia,
y juntamente entraron por aquella nave principal
tan clara, tan ancha, tan alta y tan hermosa, y la
luz y resplandor ardiente de la Custodia, que pa-
recia una brasa encendida, reverberaba en los
ojos y traspasaba las almas; los altares estaban
tan hermosamente aderezados y tantas luces en
todos ellos, y por el cuerpo espacioso de la igle-
sia; puso una admiracion grande en los ánimos,
porque pareció se entraba en una gloria no vista
jamás; y sin duda no hubiera pecho tan duro y
tan sin Dios, que no se enterneciera y ablandara
en lágrimas de dulzura espiritual; y así se vió en
todos un sentimiento vivo, mezclado de reveren-
cia y alegría, levantando los corazones á las di-
vinas alabanzas de su gloria. Subieron el Prior
y los ministros hasta las gradas últimas del altar,
quedando todos los religiosos en su mismo ór-
den por todo el cuerpo de la iglesia tendidos; el
Rey, Príncipe, y los que con ellos llevaban las
varas del pábulo, llegaron hasta la mesa que se
hace encima de las primeras gradas, y dejándo-
las allí, se entraron en el oratorio: la Infanta
Doña Isabel iba detras de su padre, con un cirio
blanco en las manos, y otras muchas señoras y
damas de su Palacio se entraron juntamente en
los oratorios que están á los lados de esta mesa;
el Rey, Príncipe é Infanta, en el oratorio que está
al lado de la Epístola donde tiene su aposento,
y las damas al que está al del Evangelio, donde

cae tambien el aposento de las Reinas é Infantas. Dichas las oraciones competentes y puesto el Sacramento en la Custodia, los religiosos se subieron al coro, el Prior y los ministros tornaron á la sacristía y salieron luego á decir la misa primera y mayor, que fué del Espíritu Santo, y tras ella, se comenzaron luego otras misas rezadas en otros altares por algunos religiosos. Mandó S. M. que en la capilla principal, que es de la reja adentro (todo el gran cuadro no es más que una capilla,) no entrase jamás algun género de gente, sino los caballeros y criados más principales de su casa, y aunque pareció esto duro á mucha gente seglar, miradas las razones, convencen á que no se pueda hacer de otra manera. Lo primero, porque es capilla Real, donde como, ni en sus aposentos ni retretes, no entran todos indiferentemente, ni tampoco en esta capilla, y queria S. M. gozar de esto con sus hijos, sin estorbo de otra gente comun. Tras esto, los religiosos hacen por el cuerpo de esta iglesia sus procesiones, y vienen con las gracias despues de comer y cenar á ella; y siendo tantos, si la gente entrara como y cuando quisiera, habian de andar todos á vueltas, cosa en esta religion nunca permitida por su modestia y compostura grande; y al fin y lo que no tiene remedio, ni deja lugar para esta comun entrada, es que están sembrados por todo el cuerpo de esta capilla más de cuarenta altares aderezados con ricos frontales, candeleros y cruces de plata, y siendo patente á to-

dos la entrada, era forzoso que en cada un altar estuviese puesto un guardia, que es imposible. Celebrado este tránsito y la misa con gran solemnidad y regocijo de las almas, á la tarde se dijeron las vísperas de la fiesta del glorioso mártir Lorenzo, con la majestad que fué razon: el Rey y sus dos caras prendas, la oyeron desde una ventana que se hizo para este efecto encima de las sillas del mismo coro que cae á la parte de la casa Real; cuando el Prior fué á incensar el altar (no quiso el Rey que hiciese este dia el oficio Prelado ninguno, que lo pensaron muchos, sino el mismo Prior de su casa) al Magnificat, llevó cuatro religiosos antiguos que le iban acompañando, con capas tan ricas como la suya, y esto fué la primera vez que se usó esto en esta casa: trajo aprendida esta ceremonia el Rey de lo que vió en nuestras casas de Portugal; le pareció bien, quiso que aquí se usase, y así se juntan en el coro once capas para el Magnificat, cuando celebra el Prior en las fiestas más principales, que es cosa de gran autoridad, y todo poco para lo que á este tan alto cántico se debe de devocion, adoracion y reverencia. El dia siguiente, á las ocho de la mañana, estaba ya S. M. y personas Reales á punto, y se hizo una solemne procesion por el contorno de la iglesia; se comenzó luego la misa, y me cupo á mí (pudieran hacerlo mejor otros) predicar el primer sermon de esta insigne iglesia, y tambien prediqué el postrero de la iglesia que habia servido de prestado, en tanto que se edifi-

caba esta. El dia de Santiago el Zebedeo, tambien, patron de España, y en la presencia del mismo Rey, que por haber sido yo colegial de este su colegio, y estar vecino en el Parral de Segovia, le pareció á S. M. que fuese todo de la cosecha, y así se lo dije en este sermon, á vueltas de otros pensamientos que se me ofrecieron. Concurrió á esta fiesta mucha gente de las ciudades y villas comarcanas, Madrid, Toledo, Segovia, Ávila, pensando que habian de gozar de ella y pasear la casa; mas como el dueño era tan enemigo ó tan ajeno de ostentacion, ni de hacer aplauso de sus obras, se contentó con hacer la fiesta con el menor ruido que pudo; con todo esto, porque la gente no se desconsolase, mandó que antes de comenzar la misa mayor se les mostrasen las reliquias desde las ventanas del coro, en el altar del Crucifijo, que se ve desde el patio del pórtico, y despues por la tarde se enseñaron otras dos veces porque las gozasen todos; por las rejas tambien se alcanza á ver todo el cuerpo de la iglesia, la misa mayor y otras particulares, y se oyen los oficios divinos, aunque no el sermon por la mucha distancia: á la tarde se dijeron las vísperas, subió el Rey y el Príncipe á oirlas al coro principal, y tambien aquí dió señas de su gran piedad y modestia; no solo no quiso ponerse en la silla del Prior, mas ni aún en las que están junto de ellas señaladas en grandeza, sino en el rincon de la mano derecha, en una silla que, por hacerse allí ángulo, es algo más ancha que las

otras, y en ella se pusieron padre é hijo, mandándole al Prior que no se mudase de su silla. Esta manera de asiento guardó el tiempo todo que vivió, las veces que quiso gozar del coro más de cerca, y la misma, con otras mil cosas de estas, heredó su hijo Felipe III el Rey nuestro señor, que hoy vive, pues no ha querido jamás otro asiento, sino el mismo que le enseñó la piedad de tal padre. ¡Tanto importa la primera leche para las cosas de la religion! El 30 de Agosto de este mismo año de 86, quiso S. M. que se celebrase fiesta de la dedicacion de esta basílica de San Lorenzo, con sus octavas, y se hiciese para siempre en el mismo dia, porque no se estorbaban otras fiestas de la iglesia, sino esta de los santos mártires Felicis y Adauto en aquellos ocho dias. Algunos repararon si podia celebrar tal fiesta de dedicacion, no estando consagrada; y en el decreto, ni en el misal, ni en el breviario, no hay otro oficio ni dedicacion, sino el de la consagracion: se pasó al fin entonces con ello y se entendió tenia S. M. facultad del Papa, para que se rezase y celebrase todo el oficio de ella, teniendo siempre intento de consagrarla, como despues se hizo y lo veremos en su lugar. Habia ya traído juntamente con esto, otros breves amplísimos del misma Papa, para que esta casa, y el pueblo, iglesia del Escorial y dehesas de la Fregeneda y la abadía de Parraces y de Santo Tomé, fuesen de todo punto exentas de los Obispos, á quien antes estaban sujetas, que son Arzobispo de To-

ledo, Obispo de Segovia y Ávila y de cualesquiera otros Prelados á quien perteneciese algun derecho, dejándolo todo bajo el poder del Prior de San Lorenzo, concediéndole una jurisdiccion como episcopal, exceptuando solo que no usase de mitra ni de báculo, como parece largamente en los mismos breves y bulas otorgadas por Sixto V, igualando esta su casa con la de Nuestra Señora de Guadalupe y otras abadías que tienen este mismo privilegio de ser inmediatas á la Sede Apostólica. Quiso el Prior que el Obispo de Rosa hiciese órdenes en este convento por comision suya y así las celebró en las témporas de Setiembre, hallándose presente á ellas el Rey. Dejando hechas estas santas y buenas haciendas en esta su casa, partió de aquí á los 13 de Octubre: llegando al Pardo, mataron el Rey, Príncipe é Infanta, cantidad de conejos, y partieron la caza con este convento, que por ser de tan buena mano, parece supieron mejor que otros. Luego de allí á cinco dias, queriendo el Rey que trasladasen los cuerpos Reales que estaban bajo las gradas y mesa del altar mayor, en la iglesia que habia servido hasta allí, á la bóveda que está hecha acá de la misma manera, aunque más grande, escribió una carta ó cédula al Prior y convento declarando su voluntad en esta forma:

«EL REY.

Venerables y devotos padres, Prior y diputa-

dos del Monasterio de San Lorenzo el Real, que yo he fundado y edificado: Porque he acordado que los cuerpos Reales del Emperador y Rey mi señor y padre y de la Emperatriz y Reina mi señora y madre, y los demas que están depositados y á vuestro cargo en el dicho Monasterio, se pasen y trasladen de donde ahora están á la bóveda debajo del altar mayor de la iglesia principal, que es el lugar que ahora mando señalar para su enterramiento, no obstante que, conforme á lo dispuesto por la escritura de dotacion y fundacion de él (que otorgué á 22 de Abril del año pasado de 1567), estaba ordenado que fuese en la bóveda de debajo de la capilla mayor. Por lo qual os encargo deis órden, como se haga la dicha traslacion á la dicha bóveda y que se pongan en ella de la manera y por la órden que tengo dada, para tenerlos en la guarda y custodia y con la decencia y respeto que se debe y conviene; y para que esto se pueda ejecutar, por la presente alzo y quito cualesquier depósitos que estuvieren hechos, de los dichos cuerpos Reales, en el dicho Monasterio hasta ahora, por quanto con la dicha traslacion se habrá cumplido mi voluntad. Y para que conste de ella, he mandado despachar esta cédula, á las espaldas de la qual hará fé Juan de Ibarra, mi Secretario, de como se ha cumplido y ejecutado todo lo que aquí ordeno, de que se sacará aparte otro testimonio auténtico para enviármeme, y que yo vea como se ha cumplido mi voluntad. Fecha en el Pardo á 18 de Octubre

de 1586.—*Yo el Rey*.—Por mandado de S. M.,
Mateo Vazquez.»

Recibida esta cédula, aunque S. M. no mandaba en ella que se hiciese alguna solemnidad en esta traslación, por no ser más de una bóveda á otra, en el mismo convento, y haberse hecho ya los oficios de estas traslaciones y entierros tan solemnemente, y no fatigar á los religiosos con todo esto, el Prior, consultando con los diputados, acordó hacer en esta forma. El lunes primero, que fueron 3 de Noviembre de 1586, despues de las misas de *Requiem* y responsos, al rededor del túmulo que se habia hecho en medio de la iglesia, fueron trasladados aquel dia los Reales cuerpos del Emperador Cárlos V, Emperatriz Doña Isabel, padres del fundador, Reina Doña Ana, madre de nuestro Rey Felipe III, la Princesa Doña María y Príncipe Don Cárlos. Luego el martes siguiente, por el mismo orden, y con los mismos sufragios, se trasladaron otros cinco atahudes, que fueron, el de la Reina Doña Isabel nuestra señora, Reina de Hungría Doña María, Reina de Francia Doña Leonor, hermanas del Emperador Cárlos V, Archiduque Wenceslao y Don Juan de Austria. El miércoles siguiente, aunque con diferentes ornamentos, porque fueron blancos, se trasladaron otros seis atahudes pequeños, de seis angelitos Príncipes é Infantes, los dos Príncipes jurados, Don Fernando y Don Diego, hijos de Don Felipe II, el Infante Don Fernando y el Infante Don Juan,

hijos de Cárlos V, el Infante Don Cárlos Lorenzo y la Infanta Doña María, hijos tambien de nuestro fundador. Se pusieron todos por el órden que se mandó. Tuvo S. M. al principio de esta fábrica intento de hacer un cementerio de los antiguos, donde estuviesen los cuerpos Reales sepultados, y donde se les hiciesen los oficios y misas y vigiliass, como en la primitiva iglesia se solia hacer á los mártires, y así se hizo aquí, debajo de tierra y en los más hondos cimientos, una iglesia redonda, con su capa ó cúpula proporcionada, donde pudiese estar asentado el altar, y una tribuna donde se hiciese el oficio frontero del altar, y por los lados con cavidades donde se pusiesen los atahudes ó cajas de mármol ó de otras piedras, bajaban aquí desde el altar mayor de la iglesia principal, por dos caracoles secretos; y sin estos, otras dos escaleras, claras y llanas, que responden la una al convento y sacristía, y la otra á la Casa Real; una arquitectura de piedra labrada harto capaz, y de mucha grandeza y nobleza para este efecto; mudó despues el fundador este intento; le pareció que esto estaba muy distante, triste y dificultoso de ir y venir allí, y que tendria tambien no se qué indecencia andar por entre los atahudes, y otras consideraciones semejantes, y así mandó que entre esta iglesia, ó capilla baja, y entre la principal y alta, se hiciese una bóveda que viniese á estar en medio de ella, debajo del altar mayor, y así se hizo, y se repartió en tres cañones, que

toman toda la mesa, que está encima de las gradas primeras del altar. Se puso el atahud del Emperador en medio, bajo de donde el sacerdote que celebra tiene los piés, memoria de alta importancia para todos. A los lados del Emperador están la Emperatriz, su mujer, al derecho del Evangelio, y el Rey Don Felipe, su hijo, al de la Epístola. Tras la Emperatriz está un lugar vacío, aguardando á la Emperatriz Doña María, que hoy vive su hija, luego la Reina de Francia Doña Leonor, y tras ella, la Reina de Hungría Doña María; y á la vuelta que allí hace aquel cañon de la bóveda, el Príncipe y Prior de San Juan, Wescslao. Al otro coro, despues del Rey Don Felipe, está la Reina Doña Ana, y luego la Reina Doña Isabel, y tras ella la Princesa de Portugal Doña María, y junto de ella su hijo el Príncipe Don Cárlos, y á la otra vuelta del cañon de la bóveda Don Juan de Austria, junto á la puerta por donde se entra. Los otros inocentes Príncipes é Infantas, están á los piés unos y á la cabecera otros, de los atahudes del Emperador y Rey Don Felipe. Se halló en esta traslacion de parte de S. M. su Secretario Juan de Ibarra.

DISCURSO XV.

Las partes de la fábrica se van perfeccionando y poniéndose adornos en lo que estaba hecho, hasta que de todo punto se acaban de asentav convento y colegio, y lo que á las personas Reales aquí sucedió desde el año de 1587.

Como la parte más importante de este edificio y fábrica es la cantería, y lo que principalmente toca á la arquitectura, y es el todo, hemos ido siempre haciendo cuenta de ella, y cuando ésta está acabada parece lo damos todo por acabado. Así lo juzgamos los que aquí vivíamos y mirábamos con nuestros ojos el aumento y perfeccion de esta fábrica; cuando llegamos á gozar de la iglesia, coro y claustro principal, no nos parecia que habia más que aguardar ni que temer, y eran tantas las cosas que sin esto faltaban, que cualquiera de ellas que no viniera á perfeccion nos dejara lastimados, y fuera falta irremediable en la unidad del más cabal todo, que creo yo se haya visto en el mundo. En este discurso iremos tocando con la brevedad que hasta aquí se ha profesado, las menudencias (llamémoslas así),

aunque en otra parte fueran de importancia, y las singulares con que esto se iba perfeccionando, puliendo, rematando; las idas y venidas de las personas Reales, que por ser suyas es razon hacer cuenta de ellas. El año de 1587 vino el Rey con sus hijos; hallaba siempre en estas venidas cosas de nuevo, que habia dejado ordenadas á la partida, para tener que ver á la vuelta; ahora habia algunas y una harto principal, que fué la disposicion de los capítulos que estaban en el claustro grande, de que haremos memoria particular, porque lo merece. Fué luego á verlos, y le contentaron, porque se habia acertado bien en la traza de ellos; salió de allí y fué á ver las fuentes de mármol que habia mandado hacer en los cuatro claustros pequeños, que al principio se hicieron de la piedra comun de todo el edificio, y parecian algo pobres. Dieron vuelta por la casa, y se detuvieron algun tanto mirando pintar á Peregrin de Peregrino, en un claustro, hombre singular en el arte, y áun en la figura y talle. Estaba entre cuatro pintores repartida toda la pintura del claustro, dos italianos y dos españoles, y de cuyas obras no osaré yo juzgar solas; en su lugar se dirá lo que comun se siente y lo que sintieron los maestros que las tasaron. El Domingo de Ramos anduvo el Rey en la procesion, y el Jueves Santo se estrenó el monumento, que se hizo de una muy hermosa traza, fábrica de orden dórico bien entendido, ingenio de Jusepe Flecha, italiano, que tambien hizo las sillas del

coro y cajones de la librería, aunque todo esto pasaba por la aprobacion y juicio de Juan de Herrera, arquitecto mayor. No pudo este año comer con los religiosos en el refectorio, como lo hizo muchas veces, por el riguroso tiempo de frios y nieves, temporal comun en toda España. Se detuvo ahora S. M. más que otras veces por dos razones; una porque el Príncipe ofreciese aquí sus años, que cumplió nueve y entró en diez á 14 de Abril de 1587, y ofreció otros tantos escudos de oro (hacian esta ofrenda con mucha gracia y áun sentimiento de devocion), y otra porque quiso el Rey hacer antes de que aquí partiese las honras de la Reina de Escocia, á quien habia mandado degollar su hermana la Reina de Inglaterra, teniéndola mucho tiempo presa y harto apretada en una fortaleza. De aquí partió S. M. con sus hijos á otra estacion devota, que fué á recibir el cuerpo de Santa Leocadia á Toledo. Habia solicitado esto el Rey, por medio del Príncipe de Parma, que estaba en Flandes; se le hizo un muy solemne recibimiento en aquella ciudad, á 26 de este mes de Abril de 87; de allí se fué á Madrid, y estuvo hasta 7 de Agosto, que tornó aquí para la fiesta de San Lorenzo: la Emperatriz y la Infanta juntas, llegaron la misma víspera de la fiesta, ya casi cuando cerraba la noche; mandó S. M. que pusiesen el altar mayor con muchas luces; llenaron las cornisas de todos sus órdenes de candeleros y velas, y lo mismo todos los altares: no se halló en esta entrada el Príncipe.

pe, porque quedaba en Madrid convaleciente de unas calenturas, pero vino de allí á dos dias.

Estaba ya á esta sazón acabado de todo punto lo que tocaba al colegio y seminario, que son tres claustros enteros, como los pequeños del convento, y en su lugar diremos sus partes. Quiso S. M. que se pusiese cada cosa en su sitio propio y se acabase de asentar la casa, y así se pasaron los colegiales y seminarios del claustro de la hospedería del convento, donde habian vivido de prestado, á su colegio, como ahora están, y junto con eso, que se aumentase y creciese el número de todos. Hasta allí no habian sido los colegiales más de veinte y cuatro, doce teólogos y doce artistas, y quiso que fuesen treinta y dos, añadiendo cuatro en cada curso, y que los pasantes fuesen cuatro, que antes no eran más que tres, y mandó fuesen cuarenta y cuatro familiares que los sirviesen. Era Rector á esta sazón el padre fray Miguel de Santa María. Ya en este tiempo se iba despidiendo mucha gente de la fábrica, porque todo lo principal estaba acabado; lo que de nuevo se hacía eran las cosas de los oficios de S. M., que son excelentes piezas y de mucho servicio; caen hácia la parte del Norte, enfrente del cuarto de los caballeros, que mira al Setentrion, dejando entre el cuadro de la casa una ancha plaza, que se divide por medio, á la larga, de Oriente á Poniente, con un pretil ú antepecho, para que no lleguen todos los carros ni los coches; tienen las puertas cadenas con llaves. Pasado el

colegio á su propio sitio, se ensanchó toda la casa, y se puso cada oficina en su lugar, que por esta ocasion andaba todo de prestado; la librería se asentó toda en una pieza alta, que cae encima del pórtico y de la librería principal, como veremos despues. Los nuevos se pasaron á su dormitorio, que habia ocupado la librería, la procuracion tambien y la hospedería entraron en lo que des- embarazó el colegio. Los cuatro claustros quedaron todos abiertos por lo alto de los treinta piés, se quitaron los tabiques y puertas, que los atajaban, y pareció que habia crecido toda la casa, como era verdad; se abrió tambien la portería principal, y el recibo y zaguan grande de ella, que habia sido iglesia del colegio; en lo que andaba más diligencia y se detenia la fábrica, era en lo que tocaba á la pintura de librería principal y claustro, y solar de mármol algunas piezas; de suerte que, ya desde aquí adelante, es muy poco lo que hay que advertir en la fábrica, y lo más serán cosas que tocan al suceso de la fundacion de este convento, del fundador y personas Reales, hasta llegar al asiento, que despues de su muerte quedó en todo. El año 1588, siguiendo el curso acostumbrado, vino el Rey aquí á pasar la Semana Santa. En 21 de Mayo ganó el jubileo que tenia concedido para el dia en que cumplia años, y esto se ofrecia á Dios, que eran 61 y comenzaba el de 62, saliendo á hacer la ofrenda de costumbre. El 30 de este mes partió de Lisboa aquella infeliz armada para Inglaterra, murien-

do el Marqués de Santa Cruz, capitan que la habia de guiar, hombre criado y ejercitado en una y otra mar, y de los que llaman venturosos y afortunados. Este verano salió el Rey con sus hijos á ver estas dehesas del contorno, para que recibiesen alguna recreacion unos y otros; fué por veces á la de Fregeneda y Herrería; cazaban, pescaban en los estanques, llegándose tambien á ver la dehesa del Quejigar, la casa y viña que habia plantado en medio de aquellos pinares.

DISCURSO XVI.

Algunos particulares sucesos en la fundacion de este convento y en cosas de la fábrica y de las personas Reales. La muerte del quinto Prior y eleccion del sexto.

El año siguiente de 1589, á 22 de Marzo, entró nuestro fundador con sus queridos hijos y los caballeros ordinarios en esta casa, á tener la Semana Santa y continuar las estaciones conocidas; el mismo dia se acabó de asentar en el coro uno de los mayores y más hermosos facistoles que debe de hallarse en todos los coros de las iglesias de Europa; subió luego allá el Rey, y se holgó de verle tan acertado y de tan buena traza. El postrero dia de Pascua quiso S. M. fuesen padrinos el Príncipe é Infanta sus hijos en el bautismo de un judío principal de Fez, que se convirtió á nuestra fé y quitó el velo de Moysen que tenia delante de sus ojos; la ocasion que tuvo dejaba aparte la merced del cielo y las inspiraciones divinas que Dios puso en su alma; dicen que fué ver el castigo que se hizo en Portugal por los inquisidores en aquella Priora, gran pintora de llagas fingidas, con que engañó á muchos, á unos por ser sencillos y buenos, y á otros por indiscre-

tos adoradores de hipocresías y santidades positivas, cuales eran las de esta mujer vana, que sin arte del diablo, supo venderse á todo el mundo por santa. Viendo este hombre prudente que los censores de la fé cristiana no permitian ficciones ni mentiras, para autorizar la cosa que usan mucho otras sectas vanas, tuvo por cierto que es-tribaban sus cosas en más alto principio. Quiso el Rey favorecer y autorizar esta causa, y que sus dos hijos prohijasen al nuevo cristiano en Cristo; se llamó Don Pablo; el ministro de este Sacramento fué García de Loaysa, maestro del mismo Príncipe. De aquí á 4 de Abril fué el Rey á Alcalá de Henares, que le estaban aguardando para celebrar la fiesta de la canonizacion del santo fray Diego; de allí vino por Aranjuez y entró á pasar aquí el verano, que se pasa bien, en 29 de Abril. Llegó aquí la nueva de aquella tan extraña muerte del desventurado Rey Enrique de Francia, que, como todos saben, le mató el dia 1.º de Agosto de este mismo año un fraile dominico sacerdote, lanzándole por las tripas un cuchillo, y murió sin confesion, dejando á todo el mundo con harta sospecha de su poca fé. Se hizo poco sentimiento de su muerte, y no se mandó se hiciesen exequias ni dijese misas, como se hizo con su madre la Reina Doña Catalina, como obedeciendo á esto el haber sido excomulgado por el Papa Sixto V con particular breve, por las muertes crueles que habia mandado dar al Duque de Guisa y Cardenal de Guisa, y sus herma-

nos, y preso al Arzobispo de Leon y al Cardenal Borbon; y quien así se atrevió contra tan grandes Príncipes de la Iglesia, no es maravilla muriese á manos de un religioso. A 6 de Agosto de este mismo año, murió el quinto Prior de este convento, fray Miguel de Alaejos, hombre de mucha confianza del Rey y á quien queria; la casa le debe mucho: la enfermedad postrera fué dolor de costado, y por no osarle mudar, murió en su propia celda del claustro. Cuando supo el Rey que era difunto, dijo: «tarde toparán los frailes otro fray Miguel de Alaejos;» cuál buen profeta salió, el tiempo lo ha descubierto. Por muerte del Doctor Miguel Martinez, vacó la cátedra de prima de teología de este colegio; los que andaban al lado de S. M. hacian siempre gran instancia que no tuviesen las cátedras los religiosos, no porque entendian habia falta de supuestos para ellas, que de esto, aunque les pesaba, veian hartos desengaños, sino por tener aquí tres plazas que proveer y en quien poder hacer y que correspondiesen con algo (está muy lleno de esto el mundo); le dieron mucha prisa al Rey que proveyese esta cátedra en persona seglar, y salieron con ello; y porque era constitucion del colegio que la cédula de catedrático, cualquiera que fuese, la firmase el Prior, se la llevaron hecha, estando enfermo, de parte del Rey, para que la firmase, diciéndole uno de los privados que S. M. lo mandaba, y jamás quiso hacerlo; y porfiándole en esto, se resolvió diciendo que él no habia de firmar la cédula,

porque era en afrenta de su Órden y de esta su casa, y que si S. M. queria determinadamente que la firmase, que buscasse otro Prior que lo hiciese, que desde luego él dejaba el oficio. Espantado el que hacía esta instancia de tanto ánimo y, como ellos dicen, *libertad*, se tornó al Rey y le dijo lo que pasaba. Se rindió el Monarca, y allá en su pecho consideró, como otro tiempo el Emperador Teodosio de San Ambrosio, que no habia hallado otro que tan de veras hiciese su oficio; y al fin se hizo todo lo que quiso el Prior, que no sé yo si topó Felipe hombre de más valor para con él. Fué luego elegido en Prior fray Juan de San Jerónimo, profeso de esta casa y á la sazón Rector del colegio; le confirmaron en el oficio dia de San Bernardo, y porque Sus Altezas viesen esta ceremonia, quiso que fuese en las gradas del altar mayor, donde se hallaban todas las personas Reales. Estaba ya á este tiempo acabada la pintura del altar mayor, y se iban poniendo las figuras de bronce, que son los cuatro Doctores y los cuatro Evangelistas y otras, como en su lugar diremos despacio, y porque aconteció un caso como milagroso, lo diré aquí de paso: cuando subian la figura del Evangelista San Juan, que es grande, de más de siete piés y medio, cuando ya llegaba al nicho, se quebró la maroma que estaba revuelta en la polea ó trocla, y se bajó la figura tan poco á poco con el resto que quedaba de la soga como si la bajarán con un torno; de suerte que en ella, ni en los jaspes que estaban en el suelo

se hizo daño alguno, con admiracion del Rey y de todos los maestros y oficiales que estaban presentes. Partió S. M. y Altezas de aquí, á 5 de Noviembre, para Madrid, dejando tambien acabada ya de todo punto la librería del coro, que es una de las preciosas joyas que hay en esta casa y de que hablaremos en su lugar.

El año siguiente de 1590 no vino S. M. aquí por la Semana Santa, porque le iba ya apretando la gota, y prevalecia, ayudado de los años y de los trabajos contínuos de tan pesado gobierno en tiempos tan apretados y revueltos. Se dilató la venida hasta el 7 de Junio; llegó aquí á las seis de la tarde con sus hijos; le recibieron con la moderacion que otras veces, y se vió una cosa no acostumbrada, que fué poner guardias en el Palacio y en el Monasterio; se señalaron las personas que podian entrar en la iglesia, que fueron pocas y todas principales, de que hubo harto sentimiento en muchos de sus criados; se mandó tambien se tuviese mucha cuenta con la gente forastera y negociantes que llegaban al pueblo del Escorial, y á este Sitio, y de ellos se hacía lista cada noche y la enviaban cada dia al Rey. No se entendió claramente la razon de esta nueva diligencia, sospechas varias y muchas, de que no hay que hacer cuenta. El dia de Corpus Christi, que fué á 27 de Junio, se hizo la primera procesion por el claustro principal, que estaba ya acabado de todo punto de pintar al fresco y al óleo, y solado. Mandó el Rey que ninguno se mez-

clase en la procesion con los religiosos, sino que ó fuesen delante, ó se quedasen á la postre de todos, y así se hizo: tan amigo fué siempre de poner las cosas sagradas y de religion en su lugar. Murió este verano el Papa Sixto V á tiempo que estaba nuestro Rey y todo el reino puesto en harto cuidado de ver en qué habia de parar tanta desaficion á las cosas de España y tanta inclinacion á las de Francia; de la muerte de este Pontífice se dijeron cosas extrañas: ni yo las diré, ni las creo. Se acabaron de poner el mes de Setiembre de este año todas las figuras de bronce en el altar mayor: son quince todas, y las mejores y mayores que se conocen en Europa, obra de Pompeyo Leoni; para poner las del Apóstol San Pedro y San Pablo, el Crucifijo y Nuestra Señora y San Juan, que están en lo más alto, se hizo un fuertísimo andamio, que atravesaba todo el cuerpo de la capilla, desde una cornisa á otra y sobre él dos tornos; subió algunas veces allá S. M. con sus hijos para dar su voto y parecer en el asiento de ellas. El dia que se subió la de San Pedro, que fué á 3 del mismo mes, en acabando de asentarla se revolvió un poco el cielo, que habia estado todo el dia claro y sereno, y estando los religiosos en completas, cayó, con un repentino, solo y grande trueno, un rayo; dió una partecilla en la torre de las campanas, y entró por la ventana donde está el relojillo del coro, frontero de la en que se pone el Rey para oír las vísperas y ver los religiosos; hizo allí una pequeña señal

y desdoró con el humo parte del marco, sin hacer otro daño; causó mucho temor á los religiosos, y aún algunos dieron en el suelo; subió S. M. luego á verlos y dió gracias á Nuestro Señor de que no hubiese hecho daño en nada. En los tres ó cuatro dias siguientes, se acabaron de asentar las demas figuras, y así quedo de todo punto acabado el retablo, de cuya arquitectura y traza diremos en su propio lugar.

El año siguiente de 1591 se celebró el Capítulo general en nuestra Orden; por avisos que S. M. tuvo de personas religiosas, mandó al Obispo de Osma, Don Sebastian Perez, con poderes bastantes del Nuncio de Su Santidad, para que presidiese este Capítulo, admitiendo la renuncia del padre fray Juan de San Jerónimo, como él mismo lo habia pedido; y despues de algunos dares y tomares, fué electo en Prior el padre fray Diego de Yepes, profeso de la Sista de Toledo; le confirmaron en 16 de Junio.

Trajo esta vez Antonio Voto, guarda-joyas, por mandado de S. M., gran acopio de reliquias de santos, para hacer con ellas muchos y muy preciosos relicarios y vasos de oro, plata, piedras preciosas, bronces dorados y cristales en que ponerlas, y así fué forzoso componer de nuevo los dos relicarios que están en esta iglesia; haré despues discurso y trazado de todo esto.

En 23 de Agosto llegó aquí, á San Lorenzo, Monseñor Dario Bocarin, Nuncio del Papa y su secretario íntimo, bien acompañado de criados y

gentiles hombres, y Guido, maestro de ceremonias de Su Santidad. Le aposentaron en la hospedería con toda su familia, donde fué muy servido y regalado; traia dos muy ricos dones del Papa Gregorio XIV para Sus Altezas, el estoque y el sombrero para el Príncipe, y la rosa para la señora Infanta. En llegando mandó pregonar en el pueblo, que todas las personas que el dia siguiente de San Bartolomé se hallasen en el Monasterio de San Lorenzo, ganasen indulgencia plenaria, y así acudió mucha del pueblo y del Sitio.

El año siguiente de 92 vino S. M. con Sus Altezas algo tarde, porque le detuvo la gota; llegó aquí para la vigilia de Pentecostés, y estuvo hasta pasar la fiesta de Corpus, y luego el viernes ó sábado siguiente partió para Valladolid, dando primero una vuelta por la casa, como lo hacía siempre; vió la librería principal, que casi estaba ya acabada de pintar; mandó que se prosiguiese con calor la obra de la casa, que llamamos la Compañía, que es principal edificio, y el cumplimiento, anchura y majestad de este convento, donde, como en su lugar veremos, están bien repartidos todos los oficios.

Se debe tambien esto al padre Prior fray Miguel de Alaejos, porque insistió mucho con S. M. para que se emprendiese este edificio tan grande y provechoso; lo dejó en buen punto y hecha la traza, que es de Francisco de Mora, arquitecto mayor de S. M. y sucesor de Juan de Herrera.

Tambien quedó ordenado, se prosiguiesen las casas de los oficios del Rey, otra parte de esta obra de gran consideracion, y de la que haré mencion particular más adelante.

Partió, pues, el viernes siguiente S. M., despues del Corpus, para Valladolid, y de allí fué á Búrgos, despues al monasterio de Nuestra Señora de la Estrella, principal casa de esta religion. Cayó allí enfermo, y le apretó el mal; se le murieron dos médicos en esta jornada, el uno fué aquel insigne Vallés Covarrubiano, hombre de singular ingenio, cuyos escritos vivirán á pesar del tiempo y de la envidia; el otro fué el doctor Victoria, y tambien poco antes se le habia muerto el confesor Chaves, religioso de Santo Domingo: desde aquel dia se confesó S. M. con los Prelados de los monasterios donde llegaba, que por entonces no se determinó de escoger otro confesor.

El año siguiente de 93 tornó de su jornada nuestro fundador, y pasó aquí buena parte del verano; vió acabada toda la librería, la pintura y sus historias, los cajones, el suelo, y asentada mucha parte de libros; se holgó de ver cuán bien acertada quedó aquella pieza; se puso tambien la última mano en la fuente del claustro, que la faltaba el adorno de las figuras que ahora tiene; creció la obra de la Compañía casi hasta la última piedra; se soló la plaza que está delante del pórtico, y se pusieron todos los antepechos, y porque no faltase obra, se emprendió una llena de

piedad y de grandeza, que fué hacer una iglesia en el pueblo del Escorial, que la que tenia ya de vieja se venia al suelo, y se hizo un hermoso templo en poco más de quince meses; que quien lo vió de repente habiendo hecho esta breve ausencia, juraba que no era fábrica de hombres, sino que algunos ángeles la habian plantado allí en una noche; tambien diré de él alguna cosa á su tiempo. Así queda esta fábrica de todo punto perfecta en lo de las partes de dentro y fuera. Resta digamos otras dos importantísimas: la consagracion de este templo, cosa digna de consideracion por ser ya esta ceremonia y sacramento tan desusado en España; el feliz tránsito de nuestro fundador, que cada una merecia un libro entero.

DISCURSO XVII.

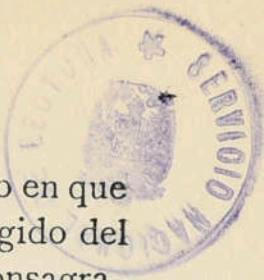
Consagracion de la iglesia y altares de esta casa de San Lorenzo el Real por el Nuncio de Su Santidad, en presencia del Rey Don Felipe, su fundador.

Desde el año de 1586 que se acabó este santo templo y le bendijo el Obispo de Irlanda Buena-ventura, para que se pasase allí el Santo Sacramento, y se celebrasen los oficios divinos, como se dijo en su propio lugar, quiso el Rey, su fundador, que se celebrase cada año fiesta de la dedicacion de este templo, con sus octavas, como se hizo. Algunos dudaron si se podia celebrar esta fiesta, por no estar consagrada, sino sólo bendita, con la bendicion que se hace á los cementerios, porque no hay otra, y la fiesta que el derecho manda que se celebre con octavas no es para esto, sino á la consagracion.

Para quitar estos escrúpulos y que ninguno dudase, determinó el piadoso Rey que se consagrarse éste tan insigne templo, y era razon que fábrica tan hermosa y que con tan claras ventajas excede en lo material, á quanto con los ojos vemos en Europa, no la hiciese ventaja ninguna

en lo espiritual y divino. Está mandado por los Pontífices desde el principio de la Iglesia, que estas se consagren, como lo mandó en diversas Epístolas el Papa San Clemente, y afirma, que así lo ordenaron y mandaron los Apóstoles, y lo mismo confirmaron despues San Evaristo y San Urbano y otros muchos Pontífices; y cuando no hubiera más, de que el mismo Señor quiso autorizar con su presencia, la fiesta de la dedicacion del templo que hizo Judas Macabeo bastará, para entender que era su voluntad, se consagrasen sus iglesias; quien quisiere ver mucho de esto, lea los autores pios que han tratado de ritos, ceremonias y divinos oficios de la Iglesia.

Vino el Rey Don Felipe á tener aquí el verano con sus hijos, como otras muchas veces, el año 1595, y aunque llegó algo fatigado de la gota, con el contento de verse en su casa, el ayuda de los aires de la tierra, el aposento tan á propósito y tan fresco, le hizo cobrar salud y le dió aliento para poner en ejecucion lo que tanto deseaba. Era este puntualmente el año cuarenta de su reinado, y de Pontificado de Clemente VIII tambien el año cuarto, para que todo sea cuadrado y firme; envió á llamar á Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, Nuncio de Su Santidad, varon prudentísimo y docto y bien afecto á las cosas de Felipe y de España y áun á la Órden de San Jerónimo; le dijo su intento, y como queria que él fuese el instrumento de esta consagracion, la aceptó con alegre rostro; se determi-



nó el día, que fué 30 de Agosto, el mismo en que siempre se habia celebrado la fiesta, escogido del Rey, porque aunque se manda que la consagracion de los templos, se haga el domingo ó en fiesta de algun santo, hay permission que sea en cualquier otro día; y tuvo tambien consideracion á que ni el día ni las octavas, echasen fuera alguna otra fiesta de la Iglesia. El martes antes, se aparejaron todas las cosas con gran puntualidad; mandó el Nuncio que ayunasen todos, el convento y sus criados, la gente de la fábrica y Sitio, y tambien el pueblo del Escorial: así lo ordena el Pontifical Romano, porque se entre con buen pié, mortificando la carne y cobre fuerzas el espíritu; se aderezó la tarde antes un altar en la iglesia pequeña, donde se pusieron reliquias de los doce Apóstoles, de San Lorenzo y de otros muchos santos mártires, escogiéndolas una á una el mismo Rey, no por su mano, sino por las del Sacerdote que las tenia á su cargo; estas reliquias son las que se habian de poner y sepultarse en el altar principal de la iglesia; se cerraron en un vaso muy rico, y con ellas tres granos de incienso y un pergamino escrito, firmado del nombre del Nuncio, que traducido del latin al castellano dice: «El año M.D.xc.v á 30 días del mes de Agosto, yo, Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, Nuncio Apostólico en los reinos de España, consagré esta iglesia y este altar, en honra de San Lorenzo, y encerré en él las reliquias de San Lorenzo y de los doce Apóstoles, San Esté-

ban y otros mártires, y concedí á todos los fieles hoy un año, y en el dia del aniversario de esta consagacion cuarenta dias de verdadera indulgencia á todos los que la visitaren en la forma que la iglesia lo acostumbra.» Selló luego el vaso y lo puso en el altar, dentro de unas andas hechas para solo este efecto, acompañándolas á los lados con sus candeleros y luces. En presencia de estas santas reliquias estuvieron los religiosos velando por sus escuadras toda la noche, cantando himnos y salmos, haciendo estado á estos gloriosos Príncipes que triunfaron del mundo y reinan en el cielo. Estaban tambien muy á punto todas las santas alhajas é instrumentos que eran menester para el acto. El santo Crisma en mucha cantidad, el Oleo santo de los catecúmenos en preciosos vasos, incienso, turíbulos, navetas, braseros con brasas, cenizas, sal, vino, pan é hisopos, de la misma yerba manteles, tohallas, lienzos de diversas suertes, delgados unos, gruesos otros, y otros encerados; esponjas, arena, cal, paletas, antorchas, cirios y otras cien cosas para limpiar, pulir, adornar y hermosear esta nueva esposa, que en el discurso veremos ser todo necesario y áun místico si me hubiera de detener en tantos particulares. Estaban tambien las cuatro paredes de la iglesia, encima de las claves de once principales arcos ó portadas, puestas en mucha correspondencia, once cruces, la duodécima, estaba en el testero detras del altar mayor. Estaba tambien aparejada una esca-

lera portátil, fabricada de madera y lienzo pintado, tan fuerte y tan hermosa, que no parecía cosa temporal, sino para siempre ¡lástima deshacerla! porque juraron eran de finos mármoles; se llevaba, traía y revolvía esta máquina por todo el templo, con harta facilidad, sobre unas ruedas; tenía veinte y cuatro piés en alto; subía el Nuncio con todos sus ministros por ella, cuando ungía las cruces, con el santo Crisma en las cuatro partes del templo, y así era menester fuese segura, ancha, apacible, con sus mesas, descansos y pasamanos y antepechos, y como los que la gobernaban iban dentro, parecía se meneaba como por milagro sin ver cómo. Se imprimieron también para sólo este menester mucha cantidad de libros, en que se contenía todo lo que se había de cantar, porque llevase cada religioso el suyo, que fué grandeza de Rey, importante para la quietud y decencia de esta solemnidad.

Quiso también el Rey regocijar la fiesta, y el gozo que ardía en su pecho despertarlo en él de todos; mandó que se pusiesen por todo el templo y por la casa luminarias, y que la noche que esperaba tan solemne día no fuese oscura; se hicieron muchas, no conciertan los oficiales en el número; unos dicen seis, otros cinco mil, otros más, otros ménos; estas eran unas lámparas de barro, llenas de aceite, rodeadas con papel aceitado, para defenderlas del aire; tenían unas mechas ó torcidas, que aunque de estopa, las hilaron las damas de la Infanta, y áun ella creo no se des-

deñó de hacer alguna, por entrar en parte de la fiesta. Al punto que cerró la noche, se encendieron todas con harta presteza, y se vió una de las más alegres vistas que se pudiera imaginar: como el ventanaje de la casa, es tanto y de tan bien guardada proporcion, y en todas ellas estaban tantas luces, se venia á los ojos una compostura de gloria; los bordes, boceles y antepechos de las torres y del cimborrio, hasta las agujas y bolas y los pretilos y antepechos del jardin, estaban todos con este mismo adorno, perfilados y guarnecidos de luz; mirado todo desde aparte, como estaban las lámparas tan juntas, no hacian casi intervalo, ni dejaban mellas ni oscuros; parecian franjas de oro; no sé cómo me lo diga, parecian gargantillas, ó como caireles mucho mejor que de oro, porque eran de una continuada luz, que como es de otro ser más alto, hacía unos visos y vislumbres de tanta hermosura, en medio de aquella sombra de los edificios, que no parecia cosa de la tierra. Se vieron estas luminarias por ser tantas desde Toledo y desde Ocaña y desde otros lugares; porque tenian noticia de la fiesta, estuvieron sobre aviso y pudieron mostrarlo á otros. Salió el Rey de su aposento, le llevaron en una silla, porque la gota le tenia impedido, subió al claustro alto del convento por gozar de la vista y del fruto de su santa invencion. El Príncipe nuestro señor, quiso mirarlo desde cerca y desde lejos; bajó á caballo hasta el pueblo, y subió á la sierra hasta el arca del agua,

acompañado de sus caballeros, y se alegró mucho con las vistas. Una cosa hizo á muchos maravilla y lo tuvieron como por milagro ó merced del cielo: que no peligrase nadie aquella noche; porque se pusieron estas luces y lámparas en lugares tan altos y tan peligrosos, que pone pavor mirarlos de dia, y subieron á ellos de noche muchos peones de la fábrica y otra gente torpe, tan provistos de vino, como las lámparas de aceite, y en medio de tantos candiles, Dios les tuvo á todos de su mano, porque en noche tan alegre no se mezclase punto de tristeza. Vino la mañana clara y aún halló el sol ardiendo muchas de estas luminarias, y mezcló con ellas alegremente sus rayos, hasta que él cobró fuerzas y ellas se acabaron. Los religiosos, aunque habian dormido poco aquella noche, madrugaron, dijeron las misas particulares en los altares que para este efecto estaban hechos en la iglesia pequeña. Cumplido con esta ordinaria hacienda y obligacion, vino el Nuncio á la iglesia acompañado de muchos caballeros y religiosos; ordenó allí todo lo que vió era menester; miró atentamente las cosas todas que estaban aparejadas; se le puso un sitial en medio del templo; mandó se encendiesen las candelas que estaban puestas, acompañando las doce cruces de las paredes, y salir toda la gente de la iglesia, dejando dentro un solo Diácono vestido con amito, alba y estola, sin dalmática, y cerró las puertas. Desde allí, con el mismo acompañamiento, fué á la iglesia pe-

queña, donde el altar de antes habia puesto en el altar y vaso las santas reliquias, y diciendo, como es de comun ceremonia, los siete Salmos penitenciales, se vistió de amito, alba, cingulo, estola, capa blanca y mitra llana, con el báculo pastoral en la diestra; se vistieron con él otro Diácono y Subdiácono sin dalmáticas, y los demás acólitos y ministros con solo sobrepellices; así vestidos vinieron delante de las puertas de la iglesia principal, donde estaban hechos otros dos altares, uno para poner las reliquias, y el otro servia de aparador, donde estaba todo lo necesario para la consagracion; tambien habia un sitial, donde se hincaba de rodillas cuando era menester.

Llegados allí, empezaron los rezos especiales para estos casos, saliendo despues por fuera de la iglesia á echar agua bendita, en lo alto de las paredes, en medio y en los cimientos: tres veces se hizo oracion, y tres veces hirió con el báculo las puertas; las doce luces significan los doce Apóstoles.

No entran esta vez todos con el Pontífice que consagra, si no sólo los ministros, Diácono y Subdiácono y acólitos, con algunos cantores y un albañil para que ponga la piedra en el sepulcro del altar, donde se han de poner las reliquias. Así, entrando cerraron tras sí las puertas, y quedó fuera la clerecía y el pueblo, que no son para todos los misterios que allí se tratan, ni yo debo advertirlo todo, ni decir lo que cantan en cada cosa de estas, que sería hacer un libro gran-

de. En tanto que se canta, el sacristan mayor, con un cedazo dorado, fué cerniendo ceniza por la iglesia, haciendo con ella dos líneas, que se cruzan en medio del templo, de esquina á esquina; estaba ya á este punto el Rey con el Príncipe su hijo, no en la iglesia (digo en lo bajo) sino en lo alto, de los tránsitos que están, á los treinta piés, por allí, lo traian en una silla, que por tener los piés tiernos, del sentimiento de la gota, no podia de otra manera: desde allí lo miraba todo, y todo lo consideraba con atentísimos ojos, y no se quitó de allí, hasta el fin de la consagracion, mostrando en todo igual paciencia y devocion, porque se cansaron áun los muy fuertes.

En cuanto que se cantó el *Benedictus*, que duró mucho, el Nuncio, con el báculo pastoral, fué escribiendo en la ceniza, el alfabeto latino, en una línea de la mano derecha, y en la otra que cruzaba el alfabeto griego, ceremonia de mucha consideracion, porque se ve desde luego en ella, la union y junta de dos pueblos en una cruz, en que estriba y funda toda la hermosura de esta celestial fábrica.

Acabado esto, caminó el consagrante hácia el altar mayor; antes de llegar á él, dijo tres veces: *Deus adjotorum meum intende*; bendijo luego de nuevo otra agua, mezclando con ella sal, ceniza y vino, cosas todas que limpian, purifican y áun escuecen y castran las llagas viejas, y por esto sanan.

De allí partió otra vez para las puertas de la iglesia que estaban cerradas, y con el báculo hizo dos cruces, una en lo alto, y otra en lo bajo de ellas; procedió luego á la consagracion del altar, que es un abismo de misterios cuanto allí se hace; imprimió en él muchas cruces, con el agua que para esto bendijo; lo rodeó siete veces, rociándole con el hisopo de la misma yerba, humilde y caliente, que vale poco una propiedad sin otra; despues rodea y cerca por dentro otras tres veces la iglesia, echando el agua bendita por lo alto, por el medio y por lo largo, como hizo por fuera, aunque aquella agua no era tan fuerte como ésta, porque la verdadera penitencia más de veras ha de tocar en el alma, que en la ropa; así el Pontífice, despues de haberlo lavado y rodeado tres veces, camina de Oriente á Poniente, y luego de Mediodia al Norte, rociándola de la misma suerte, tocando con los extremos de la cruz los cuatro puntos del mundo, en sus cuatro lados y paredes. Acabado esto, hace una mezcla de cal y agua bendita, que llama el ceremonial *cementum* ó *maltam*; nosotros no tenemos vocablo propio, sino el comun, hacer cal: lo bendice y se guarda para su tiempo, y el agua bendita que sobra, la derrama al pié del altar por el contorno del pedestal, significando la abundancia de la penitencia ó satisfaccion de los santos.

Desde allí partió el Nuncio en procesion ordenada á la iglesia pequeña, donde se habian puesto la víspera las reliquias en el altar, en su

vaso y en las andas. Así partió con las reliquias en procesion hasta la puerta de la iglesia principal; llegados allí, el Nuncio mandó al coro que se estuviese quedo, sacó las reliquias en el vaso mismo de las andas en que habian venido, y llevándolas en sus manos (no pudieron ir en las andas por ser algunas puertas angostas), la cruz y candeleros adelante con los turibularios, dió una vuelta en contorno de toda la iglesia, acompañándole solo el pueblo y personas seculares. Lo que falta lo diremos en el discurso siguiente, por no atropellarlo todo junto.

DISCURSO XVIII.

Prosigue el acto de la consagracion de la iglesia y altares. Hace el Príncipe Don Felipe las partes de su padre en la dotacion de ella.

A la puerta de la iglesia, donde tornó el consagrante, despues de haber dado aquella vuelta con las reliquias, acompañado del Príncipe y de su pueblo, tornadas á poner en las andas, estaba allí puesta una silla alta de brocado, encima de un dosel de lo mismo, donde se sentó el Príncipe nuestro señor, y en otra algo menor, que estaba encima de una alfombra, se sentó el Nuncio. Desde allí, comenzó un razonamiento grave, y en buen tono de voz, hablando con el pueblo que estaba presente; despues se dirigió al Príncipe de España, que estaba, como dije, sentado en su silla haciendo las veces de su padre, y convirtiendo á él la plática, dijo de esta manera en la misma lengua latina, lo que en la castellana suena así:

«Príncipe serenísimo: sepas que no permiten los Sacros Cánones que se consagren las iglesias sin dote y sin ministros, que de la manera que el dote se requiere para el matrimonio, así son necesarias las rentas para la sustancia de los minis-

tros. Y por esta razon, Príncipe serenísimo, queremos ahora saber cuántos sacerdotes y clérigos, qué obligaciones y cargas, el Rey católico vuestro padre, ha dejado ó pretende dejar, y de qué cosas ha dotado esta iglesia ó pretende dotarla: porque sepas de cierto, que lo que está establecido por los Santos Padres en favor de los fundadores de las iglesias, en agradecimiento y memoria de la liberalidad grande que con la Iglesia mostraron, en esta á su fundador el Rey católico, y á tí, Príncipe serenísimo, y á todos vuestros hijos y herederos, se hará y cumplirá fielmente.»

Oidas estas palabras por el Príncipe, dijo sacando un papel que en la mano tenia: «aquí está la respuesta de lo que se me pide;» tendió la mano y lo dió á su secretario de Estado, Don Martin Idiaquez; lo tomó con la reverencia debida, lo leyó públicamente en voz clara, que traducido fielmente de la lengua latina en que estaba escrito, responde en la nuestra de esta manera:

«No pienso, nuestro reverendo padre en Cristo, que ignoreis ser muy copioso el número de religiosos que aquí asisten; y que la dote responde bien al número y á la fábrica, y que es digna del fundador de esta obra. El número de los religiosos, así en el convento, como en el colegio, llega á ciento cincuenta: entre los cuales, los ciento, son sacerdotes, sin los catedráticos y maestros insignes de las ciencias y sin los muchachos del seminario, y entre todos pasan de ciento. Para la razon

del dote, es la dehesa del Quejigar, la de la Herería de la Fregeneda, el Espadañal, heredades conocidas con muy anchas posesiones, que les están ya entregadas. También la abadía de Parrales, que es muy amplia, y el Priorato de Santo Tomé y otros muchos beneficios eclesiásticos, que á instancia de mi señor padre y por haberlos él pedido, los ha concedido y unido para siempre á esta casa de San Lorenzo, con mucha liberalidad, la Sede Apostólica. Y sin esto también se proveerán otras cosas, con las condiciones, obligaciones y cargas, que á mi padre le pareciere dejar, como es razón, á esta tan insigne casa y convento, y á los religiosos que en ella viven. Ya teneis la respuesta de lo que me preguntasteis.»

Leida la cédula por el secretario, se la dió al Nuncio, y él la dió á su secretario, mandándole que de todo esto, hiciese sus actas y diese fé con instrumentos auténticos. Luego prosiguió hablando con el pueblo.

Hecha esta tan importante diligencia, procedió el Nuncio á la consagración: tomaron luego los sacerdotes las andas con las reliquias, y cantando el coro, llegaron en procesion ordenada hasta el altar mayor, y tocando el dedo en la crisma, hizo cuatro cruces con ella, en los cuatro ángulos del sepulcro ó cueva, que estaba hecha en medio de la mesa del altar, donde puso con el mismo vaso y con gran reverencia las santas reliquias. Puso luego otra piedra cuadrada y justa encima, con que quedó sellado y cerrado el sepulcro, con

cinco cruces de crisma que imprimió con el dedo, una en el medio y las demás en los cuatro cantones, así de la parte de adentro como de fuera; despues le puso la caló cemento el albañil. Procedió, pues, el consagrante de esta manera: puesta la mitra, fué á la cruz que estaba á las espaldas del altar mayor, la ungió con crisma santa, mo-
 jando el pulgar diestro en ella, haciendo cinco cruces y diciendo: Sea santificado ✠ y consagra-
 do ✠ este templo: ✠ en el nombre del Padre ✠ y
 del Hijo ✠ y del Espíritu Santo, ✠ á honra de
 Dios y de la gloriosa Vírgen María y todos los
 santos, y en el nombre y memoria de San Lo-
 renzo mártir, *Pax tibi*. Desde allí, procedió por
 el coro y lado derecho del Evangelio, á la cruz
 que está encima del arco del altar de las reliquias,
 que es el de la Anunciacion de Nuestra Señora,
 subiendo por aquella hermosa escalera portátil:
 así fué procediendo por el contorno de la iglesia;
 subió á todas las cruces, ungiéndolas con el mis-
 mo rito y ceremonia, incensándolas y perfumán-
 dolas con el turíbulo, como á cosa tan sagrada y
 divina. Entendido la forma con que se consagra-
 ron las doce cruces, y en ellas todo el templo, en
 honra de Dios y en nombre de San Lorenzo, lo
 segundo es, que todos los que han tratado los
 misterios de esta consagracion, concuerdan con
 lo que hemos dicho, que estas doce cruces signi-
 fican los doce Apóstoles que nos predicaron el
 misterio de la cruz de Cristo, y su virtud, que es-
 scandalizó tanto á los judíos y gentiles. Así se

acabó esta solemnidad, con otras mil ceremonias que por no cansar, paso en silencio: mandó el Nuncio á los Diáconos limpiasen la mesa del altar, con unos lienzos gordos, para enjugarle el Oleo y el agua, las cenizas de las candelas é incienso que se habian quemado encima; tambien tiene esto su secreto, quédese sepultado en él; se limpió él tambien las manos con migajones de pan y despues con agua: los Subdiáconos le presentaron luego las tohallas nuevas, y otros vasos del servicio de la iglesia y altar; lo hizo, les echó agua bendita, y luego los ministros pusieron encima de la mesa del altar consagrado un lienzo encerado, que le cubre todo sobre éste; vinieron luego las sábanas y manteles benditos, frontales, frontaleras, cruz y candeleros, con que quedó adornado. Quiere Hugo de San Víctor, que todo esto se advierta, porque en el lino blanco y lienzos limpios con que le componen, se significa la pureza que alcanza el alma, altar de Dios, en el bautismo, y se dá una como muestra de la gloria incorruptible que llama San Pedro, guirnalda florida que jamás se marchita. Dichas algunas oraciones, se tornó á la sacristía, se quitó la capa con que habia celebrado toda esta accion admirable, se vistió para decir la misa mayor, que aunque muchos afirman no es de esencia del acto y que se puede consagrar sin que se incurra algun defecto, es bien decirse, y aunque estaba cansado, la celebró con mucha devocion y solemnidad: se acabó la misa cerca de las cuatro de la

tarde, oficiándola los religiosos con tanta alegría y sentimiento espiritual, que parecia comenzaba entonces, aunque habian dormido poco la noche antes, y muchos de ellos ni se habian desayunado, ni aún sentado, empleándose en cantos y alabanzas divinas, pudiendo afirmar que fué para todos nosotros uno de los dias más festivos y alegres que en esta casa hemos visto.

El dia siguiente quiso el Rey se consagrara el altar de las reliquias de la parte del Evangelio, que es de Nuestra Señora; el dia siguiente el que responde de la otra parte, que es de nuestro padre San Jerónimo. Los consagró el mismo Nuncio y estuvo presente tambien el Rey, que no perdió punto.

En este santo y consagrado templo, hay cuarenta altares consagrados (no los nombro todos en particular por no cansar los lectores, los diré á bulto): ocho de ellos son, de Apóstoles y Evangelistas, otros ocho, de mártires y confesores, cinco, de doctores de la Iglesia, seis de vírgenes; los otros son, de otros santos devotos de S. M., como San Juan Bautista, San Miguel, San Mauricio, Santa Ana y once mil vírgenes, la Magdalena y otros. En cada uno de estos, están puestas en la cueva ó sepulcro que se hace en medio de la mesa, muchas reliquias de santos, y creo que desde el principio de la Iglesia hasta hoy, no se ha visto templo donde haya cosa semejante: memoria digna de la insigne piedad de Felipe II y digna basílica y casa Real del gran mártir Lorenzo

español, donde en ricos encajes y fundas preciosas, reposa tanta parte de sus reliquias y de otra infinidad de santos, como veremos luego en el discurso que sigue.

El Notario de toda clase de documentos, fué Juan Beltran de Güevara y Figueroa, Doctor entrambos derechos, Canónigo de Ávila y Protonotario Apostólico, é hizo instrumento público de esto, firmado de Monseñor, Patriarca Alejandro, Nuncio Apostólico, y sellado con su sello y refrendado del mismo Protonotario, y se guarda en el archivo de este convento.

DISCURSO XIX.

Las cuatro cajas de reliquias que vinieron á San Lorenzo, la solemne procesion con que se recibieron, y la postrera venida que S. M. hizo á esta su casa.

Porque de todo punto quedase colmado este único santuario y gloria de la piedad de Felipe II, con los tesoros y riquezas del cielo, con sumo secreto y de años atras habia el prudentísimo Monarca alcanzado licencia, privilegios y breves de los Sumos Pontífices, para sacar por las más lícitas y santas maneras que pudiese, de toda Alemania, reliquias de todos los santos de cualquier iglesia ó monasterio que quisieren conceder á sus peticiones, y de cualquier tamaño ó grandeza, aunque fuesen cuerpos enteros de santos. Habidas estas licencias, y ofreciéndoseles ministros que supiesen ejecutar sus devotos deseos, sin perdonar ningun género de costa ni de interes, se allegaron en diversas iglesias, monasterios y conventos de Alemania, gran suma y tesoro de ellas, gratificando á los interesados con larga mano.

Los ministros principales que entendieron en esto, fueron cuatro ó cinco, el padre fray Balta-

sar Delgado, religioso de la Órden de San Agustín, el doctor Cristiano Lauemberg, varon docto en derechos, prudente y solícito, que era como el abogado y letrado de esta causa, y Georgio Brannio, Comisario Apostólico con especial facultad de Su Santidad para entender en esto; Gabriel de Roy, que era como mayordomo y tenia el cuidado del gasto, y el último, Rolando Vuciertras, Notario Apostólico, que dió fé y testimonio de los lugares donde se sacaron y consagraron los cuerpos, cabezas, brazos, piernas y otras reliquias de santos.

El año 1597, que fué el sexto del Pontificado de nuestro Padre Santo Clemente VIII, á 16 de Diciembre, se habian juntado, cerrado y sellado con gran fidelidad, cuatro cajas grandes de reliquias, por la industria y singular solicitud de estos ministros, habiendo dado su consentimiento para ello, muchos Príncipes y señores de aquellos Estados, por condescender con las peticiones y santos deseos del Rey Felipe, y porque muchas de ellas, no eran veneradas en los lugares que estaban con la decencia que era razon, y por el peligro que corrian en venir á manos de los herejes, que como tan del bando del enemigo de Dios, hacen sangrienta guerra á sus santos.

Cerradas, pues, y selladas las cuatro cajas, con muchos sellos y testimonios, y envueltas en lienzos encerados, para que la agua ni la nieve no pudiesen ofenderlas, ordenaron su jornada estos cuatro ministros. Hizo una diligencia el padre

fray Baltasar Delgado, que ni á S. M. ni á ningún hombre prudente pareció bien, y si le escusara, hubiera ganado mucho: como estas santas reliquias son de santos tan antiguos y de aquel tiempo que la sinceridad y pobreza de los cristianos resplandecía tanto en la Iglesia, estaban guarnecidas muchas de ellas pobre y toscamente, unas en caja de palo, otras en cobre, otras en plata, aunque poca, de graciosísimas y simplicísimas, aunque santísimas labores y guarniciones, con pedregüelas de vidrio, alguna poca y pobre aljofar, que todo era un fidelísimo testimonio de la pureza, reverencia y verdad de aquellos buenos siglos, en que habia tanta fé y tan poca plata, por las que se vieron como las halló, se arguye lo de las otras.

Vino una quijada entera, de aquella niña de trece años, más fuerte que todos los jayanes del mundo, de aquella enamorada cordera, digo, esposa de Jesucristo, Inés: está este inestimable tesoro en una guarnicioncilla de plata, pobre y poca, sobre tres piés como de grifo, que ya la misma guarnicion merece ser tenida por reliquia, por su antigüedad y sinceridad y el color que dá de aquellos siglos de oro. Está un brazo de San Ambrosio sobre otras dos horquillas de plata tosca y poca, atravesada como por puente: no sé si quisieron significar con esto que era Pontífice; y de estas purezas y sinceridades habia admirables cosas; los huesos y las cabezas, con el tiempo y con el poco cuidado y custodia, llenas de polvo,

gastadas y negras, que arguyen una venerable antigüedad, llena de reverencia y adoracion. Acordó este padre, pareciéndole hacía gran servicio al Rey, y se mostraba devoto á los santos, lavar los huesos y dorarlos á trechos como si fueran alcorzas; les puso diges y guarniciones de seda y oro, caireles, torzales y otras cien cosas que no sé cómo me las llame: cosa ridícula y de que el Rey recibió pesadumbre, sin servir de más que gastar dineros y tiempo, y quitar mucha parte de la autoridad; mas al fin su celo y deseo fué santo.

Partieron de Colonia Agripina, ciudad asentada en las riberas del Reno, pátria de la infeliz madre de Neron, á 30 del mismo Diciembre, sacando las reliquias en un carro, escondidamente, fingiendo que era cierta hacienda de un pariente del doctor Cristiano, porque los herejes y otras personas mal intencionadas, pretendian estorbar esta tan santa jornada, haciendo fuerzas y agravios, hasta prender al padre fray Baltasar, con título de cierta resta de dinero que debia; se pagó y le soltaron, y al fin pasaron con las reliquias aquel dia, el Reno, rio famoso. El domingo siguiente, que se contaban 4 de Enero de 1598, llegaron á Francfort, habiendo pasado montes asperísimos, cerrados de nieve y hielos, con grandísimo trabajo y peligro, porque se vieron una vez rodeados de una escuadra de herejes calvinistas; quiso Dios que con decirles era cierta mercadería, no llegaron á ellos, que se tuvo por

milagro, ni querer robarlas, ni saber qué eran, cegándoles Dios los ojos, porque no cayesen los huesos de sus santos, en bocas de tan rabiosos perros. Pasados mil peligros de montañas y valles, riscos, piedras, pantanos, rios y nieves, diversidad de gentes y pueblos, escapando de mil encuentros peligrosos de herejes, casos muchos de ellos milagrosos, que tambien por abreviar los paso presto, teniendo por cierto que los méritos de los santos cuyos preciosos despojos traian consigo los libraban de todos. Llegaron á Milan á 26 de Enero, que parece como imposible en tan breve tiempo, en medio del rigor del invierno, atravesar tierras tan peregrinas é inhumanas, y llegar todos salvos y sanos y las cajas del tesoro sin haber recibido daño alguno. De allí partieron á Génova, donde se embarcaron y llegaron con felicísimo viaje á España, dejándose atras en el mar, muchas naves que habian partido antes que la suya, con no poca admiracion de los mismos marineros, porque nunca tuvieron viento próspero, y contra ellos y sobre toda diligencia humana se vieron con la ayuda divina en puerto seguro. El lunes de la Semana Santa, que fué 16 de Marzo, llegaron á la playa de Barcelona; el jueves siguiente, entraron en la ciudad y aposentaron las santas reliquias en el monasterio de San Agustin: estuvieron allí algunos dias. Partió Gabriel de Roy por la posta á Madrid á dar la buena nueva á S. M.; en el entretanto fray Baltasar Delgado trataba de hacer una muy solem-

ne procesion con ellas, y para esto hizo muchos adornos de ramilletes de seda, hilo de oro y de plata, para componer las andas en que habian de ponerse las santas reliquias, cosa bien excusada. Como se detuvo algunos dias en esto, Gabriel de Roy, que era hombre diligente, volvió con presteza á Barcelona, llevando orden de S. M. para que no se detuviese punto, ni hiciese alguna ostentacion con ellas, y así se quedó aquella procesion y la costa tan sin para qué. A 29 de Abril llegaron á Zaragoza y desde allí, sin detenerse, vinieron á Barajas, donde aguardaron la orden de S. M.: les mandó que á 8 de Mayo entrasen con ellas en Palacio sin demostracion ni estruendo. Advirtieron estos ministros, y con razon, que muchas de las veces que entraron en pueblos señalados, parece les tenia Dios aparejado el recibimiento, sin que entendiese nadie la secreta disposicion divina. En Francfort hubo un recibimiento de tres mil calvinistas, que en cierta fiesta suya, que quisieron que no, fueron acompañando y haciendo estado á las santas reliquias. En Milan se les hizo gran recibimiento porque estaban al punto que entraron haciendo una solemne fiesta á los Embajadores de los Elbecios, que habian aceptado ciertas paces de importancia. En Génova se les hizo salva con la artillería cuando llegaron, porque entraba el Virey de Sicilia, que era el Duque de Maqueda. En Barcelona salió el Jueves Santo como á recibirlas una muy solemne procesion de disciplinantes. Y final-

mente, en Madrid se encontraron con otra procesion devotosísima, que salió de Santo Domingo el Real y llevaban la imagen de Nuestra Señora de Atocha. Todo esto para nosotros es acaso, mas no para el Señor de la casa, que dispone en esta del universo, todas las cosas con sumo acuerdo y providencia.

Vió S. M. las santas reliquias, estando presentes el Príncipe y la Infanta, una y dos veces, y las adoró con suma reverencia y alegría, que la recibió grande, viendo en su poder un tesoro tal, que en su comparacion el de su reino le estimaba en nada. Mandaba leer los testimonios con gran cuidado, y ver las minutas, y hacer traslados de lo uno y lo otro, y andaba tan codicioso y tan santamente avariento en esto, que pasaron sobre el caso cuentos extraños, porque con ser tanta la multitud de reliquias y piezas tan grandes y notables, se le iban los ojos tras cualquiera particilla que se desmoronaba ó caía, ó le parecia que podian tomársela: en ninguna parte las tenia seguras, de todo sospechaba y se recelaba; hacía que le pusiesen muchas de ellas en los ojos, y en la boca, y en la cabeza, en las manos, donde le apretaba aquellos dias la gota, que le fatigó mucho. Y despues de haberse recreado en el alma, y dádose (digámoslo así) un verde, de aquellas flores del cielo, mandó á fray Martin de Villanueva, profeso de este convento, á cuyo cargo están los relicarios, y á Antonio Boto, su guarda-joyas, que las pusiesen en sus mismas cajas,

donde vinieron. Antes que se encerrasen hizo la villa de Madrid una solemne procesion, con el Santo Sacramento, en hacimiento de gracias de la salud de S. M.; pasó por delante de Palacio, donde estaba hecho un rico altar, frontero de las ventanas del Rey, y mandó poner en él doce cabezas, seis de santos y seis de santas, en sus relicarios de plata. Estaba S. M. en la ventana frontera, en tanto que la procesion pasaba; desde allí adoró el Sacramento y las reliquias. Quiso el Príncipe nuestro señor hallarse en esta procesion, que con lo uno y lo otro se regocijó y consoló el pueblo grandemente. Mandó S. M. que se hiciesen inventarios y minutas de nuevo, repartiéndolas por sus órdenes y clases, y se trajese luego todo aquel riquísimo tesoro á este convento, guarda-joyas de cosas santas, para que se juntase con lo que aquí habia, que con ser tanto y tan excelente, ni en número ni en estima le hacía ventaja.

Llegaron aquí fray Baltasar Delgado y fray Martin de Villanueva, con los demas ministros, viernes á las cinco de la tarde; traian la instruccion de S. M. de lo que mandaba se hiciese en este recibimiento. Sacaron las cajas del carro y las llevaron á depositar á la capilla del Sitio, donde se administran los Sacramentos á los seculares que aquí residen. La salió á recibir el Prior con algunos religiosos, sin solemnidad ni estrépito; se depositaron en la sacristía de la misma capilla, y aposentados y recreados los

huéspedes que les habían traído tan largo camino, se estuvieron así todo el sábado para aparejar lo necesario al recibimiento. Domingo de mañana, que se celebraba fiesta del glorioso doctor San Basilio Magno, se dijo en el convento la misa del santo, y los niños del seminario dijeron la misa de alba con mucha música y solemnidad en la capilla del Sitio, donde estaban las santas reliquias.

Habíase ya sacado de la sacristía y estaban puestas encima de los altares en sus mismas cajas, adornadas como era razón. Se hizo una calle de arboleda, verduras y flores, harto apacible y fresca, que corría desde la puerta principal del pórtico por toda la lonja ó plaza, dando vuelta por la torre y esquina de la casa que mira al Norte; desde allí, tiraba por la otra fachada adelante hasta embocar por la puerta del antepecho que divide aquella plaza, y subiendo por la calle que se hace entre las dos casas de los Oficios Reales, vino á parar hasta la misma puerta de la capilla. Estaba tan llena de verdura y tan amena, que parecía caminábamos por una espesa selva; en las puertas, arcos, jambas y pilastras, así del pórtico como de la iglesia mayor, en la capilla del Sitio, había mucha poesía y muchos géneros de versos, sonetos, canciones, coplas castellanas, epigramas de mucha devoción y sal, en lengua latina, y amorosísimos versos líricos, así de algunos padres del convento, como de los dos colegios de los religiosos y seminario y de

otras personas que convirtieron los ingenios, ocupados en más forzosos estudios, á las alabanzas de tan celestiales huéspedes. Les bastó para su premio, que teniendo noticia de ellas S. M., quiso se las enviasen todas y se las leyesen despacio, que no fué poco, porque no se le sintió mucha aficion á la poesía. Por medio de esta calle, salió una procesion de ciento cuarenta religiosos de San Jerónimo, la más grave y bien concertada que juraron haber visto personas seglares que aquí se hallaron, y no es mucho, pues á nosotros mismos, que tantas veces nos vemos en otras, se nos hizo nuevo.

Llegaron hasta la mesa del altar mayor; estaban cuatro altares aderezados con los mismos colores, dos de un lado y dos de otro, mirándose de frente en los espacios que hay entre una y otra puerta de los oratorios. Advirtieron muchos, con buena consideracion, que el dia que asentaron las basas de los cuatro pilares grandes que sustentan toda la fábrica de esta iglesia, fué dia del glorioso San Basilio, y en el mismo entraban cuatro cajas llenas de santísimas prendas del cielo para que las columnas y basas y todo el templo tengan eterno fundamento y firmeza, entre tanto que la iglesia del Señor durase. Se subió luego el convento al coro, y se comenzó una misa de mucha solemnidad. Me mandó mi Prelado la tarde antes que predicase, y como me cogió tan de repente, y yo andaba tan alborozado con la fiesta, no sé qué me dije, porque ni

pude escribirlo ni aún meditarlo. Acabada la misa, se hizo la entrega de las santas reliquias de parte de S. M. por fray Baltasar Delgado y sus compañeros al Prior del convento y á fray Martin de Villanueva, estando las cajas cerradas y en buena custodia, conforme á la institucion, hasta que vino el Rey. La relacion de este recibimiento y procesion, y aún el retrato y diseño, enviaron á S. M., y como despertado de una santa envidia, se alentó mucho contra su natural flaqueza, porque aún estaba flaco y gastado de las continuas dolencias, y mal convalecido, y se determinó de partir para su casa de San Lorenzo, ó por mejor decirlo, para su gloriosa sepultura. Caminó en una silla á manos de hombres, porque ya no podia de otra manera; le trajeron por el más llano camino que pudieron; llegó á la Fregeneda entre cinco y seis de la tarde, á 5 de Julio de 1598, habiendo partido de Madrid última vez de su vida el último de Junio. Se quedaron aquella noche en Valdemorillo, el Príncipe y la Infanta sus hijos. Le salió á recibir á la Granja, el Prior fray García, con algunos otros religiosos; podré yo decir, por ser uno de ellos, la alegría y contento grande que el santo Rey traia viéndose en su centro; venia casi echado en la silla, hecha para esto aposta; preguntándole cómo venia, respondió con alegre semblante y con aquella majestad que siempre bañaba su rostro, «que muy bueno, y que tenia las manos mejor que otras veces;» mostrándonos con la prueba la verdad, por-

que traía consigo algunos libros: tomó uno y le abrió con harta liberalidad. Durmió aquella noche en la Fregeneda, lo cual no le he visto hacer otra vez, creo fué la primera y postrera. Lunes luego, á las nueve de la mañana, llegaron sus hijos, comieron allí, y á la tarde entraron juntos padre é hijos en este convento, recibéndolos como otras veces, y fué este el último recibimiento de nuestro fundador, que no lo renueva la memoria sin lágrimas. El martes siguiente fué la vela del Santo Sacramento, tan medida traía siempre el piadoso Rey esta estacion: gozó de la presencia de su Señor, poniéndose en sus manos con la devocion que habia ejercitado tantos años atras. El miércoles salió á ver su casa, dió vuelta por algunas partes de ella, como despidiéndose de aquella obra de sus manos; tornó á ver muy despacio las reliquias que habia enviado, y no parece se sabía apartar de ellas, dando trazas cómo se habian de componer y ordenar; entró despues en la librería principal; de allí tuvo gana de subir á la alta, porque le dije habia mudado el asiento de los cajones de aquella pieza, que no me contentaban el que tenian de primero: lo vió y le agradó, porque quedó la pieza muy desembarazada y alegre; creo fué lo postrero que vió en esta su casa. Los dos dias siguientes salió á ver los relicarios que se iban asentando, para poner las reliquias que habian venido de nuevo, porque no cabian en los que acá estaban. Como traía ya el cuerpo y salud tan delicado y

quebradizo con el movimiento, aunque era poco, pues iba siempre echado en la silla, le dieron unas terciánillas. Convaleció de ellas á sobrepeine, tornó á revolver sobre el mal que estaba dentro, y á los 22 de Julio, cerca de la media noche, le volvió la calentura, que fué como la postrera aldabada y el último grito de los mensajeros que envió delante el esposo para que se aparejase y saliese á recibirle aquella alma santa, como lo veremos en el discurso que sigue.

DISCURSO XX.

La última enfermedad y feliz muerte del Rey Don Felipe II, fundador de este convento, con otros particulares que tocan á su fundacion.

La última enfermedad y el felicísimo tránsito de nuestro gran fundador el Rey Don Felipe II, nuestro señor, está escrita, como cosa de tan ilustre ejemplo, largamente, con muchas y muy piadosas consideraciones, con la verdad y entereza que se puede desear, por el Licenciado Cetuera de la Torre, su Capellan. Con esto quedaba yo bien excusado, aunque soy testigo de vista, de tornar á repetir lo que está tan cabalmente dicho. Mas, ¿quién no me acusará de corto y aún de ingrato? Y sin duda quedaria cuanto se ha tratado hasta aquí, como sin alma y sin vida, si callase esta muerte; procuraré referirla con la brevedad que profeso; añadiré le que dejó ordenado en su último codicilo, para esta su casa, junto con las cargas y obligaciones que quiso sustentásemos los que vivimos en ella.

La recaída y calenturas que le dieron al Rey el miércoles 22 de Julio, eran dobles y tan im-

portunas, que se alcanzaban unas á otras; se juntó á esto una muy mala compañera, un principio de hidropesía, hinchándosele el vientre, muslos y piernas, que bastara por sí solo este valioso accidente, á descomponer el hombre más alentado del mundo, por la implacable sed que causa en las entrañas; pasión que aflige más que todas cuantas nos acometen; y lo peor es, que con ninguna cosa cobra más fuerzas como con lo que más se apetece, que es el agua; y así el tormento que padecía de sed y sequedad un Rey tan delicado, criado en tanto regalo y concierto de vida, y durarle tanto tiempo, bastara derribar la paciencia más encarecida de cuantas leemos en hombres; pues vemos que la menor de estas causas, no deja juicio ni resistencia. Sobre todos estos males, año y medio tambien antes de esta última enfermedad, para que ni se valiese de piés ni de manos, se le hicieron cuatro llagas en el dedo de enmedio de la mano derecha, y otras tres, en el dedo índice de la misma mano, y otra en el dedo pulgar del pié derecho, que de noche y de dia, le estaban atormentando, y particularmente cuando se las curaban. Cuando llegó aquí, á San Lorenzo, esta postrera vez, habia mejorado un poco de estas llagas que todo el invierno y todo el verano de antes, le habian afligido gravemente, sirviéndole como de acuerdo en el dedo y de despertador, para hacer contínuas gracias al Señor, pidiéndole paciencia y sufrimiento para recibir azotes de tan clementísimo Padre.

Despues de haberle fatigado siete dias contínuos las fiebres que sobrevinieron despues de tantos ayes, quando habian de hacer alguna indicacion á la naturaleza, que por eso llaman críticos á estos dias nuestros médicos, asado y consumido del fuego maligno, que le tenia ya en los huesos, arrojó en el muslo y un poco encima de la rodilla derecha, una postema de calidad maligna, que fué creciendo y madurando poco á poco con dolores muy fuertes; como no se pudo resolver, vino á madurar, siendo preciso abrirla con hierro, temiendo quedarse muerto con el tormento; se le abrió al fin el dia de la Transfiguracion del Señor, el Licenciado Juan de Vergara, cirujano de S. M., con la mayor sutileza y el menor sentimiento que le fué posible, porque le dió Dios no menor gracia en las manos que en la lengua y en la pluma. Antes que le hicieran esta operacion se habia confesado y durante ella, mandó á su confesor el padre fray Diego de Yepes, que le leyese la pasion de San Mateo, consideracion llena de piedad y de ejemplo.

Para despertarle durante el dia, segun le cargaban estos malos vapores del cerebro, se hacian varias invenciones; la señora Infanta, que estaba mucho tiempo á su cabecera sirviendo en todo quanto podia la decencia á su querido señor y padre, le despertaba algunas veces con una industria singular, que es bien referirla: como de ordinario estaban puestas allí en una mesa algunas reliquias de santos, quando veia que se dormia (sa-

biendo cuán en las entrañas las tenia el paciente) decia un poco recio: no toqueis en las reliquias, fingiendo que llegaba á ellas alguno, y luego el Rey abria los ojos, como si le tocaran en las niñas de ellos, y miraba si le andaban con ellas alguno. Se compadecia de los que le servian y asistian; les tenia lástima por el trabajo que les daba; les decia que se fuesen á dormir, á comer, á descansar y á aliviarse un poco; y cuando les mandaba alguna cosa, con tanta modestia como si no fuera Rey y señor, rogádoselo y diciendo: por vuestra vida, que hagais esto, que lleveis ó que traigais aquello.

Como le dió el mal el dia de su gran devota la Magdalena, cuyas reliquias quisiera tener en sus ojos y boca, procuró entender si el accidente era peligroso, para prevenirse luego como temeroso cristiano y hacer lo que no pide tardanza, ni es bien guardarlo para cuando faltan las fuerzas y aún el juicio. El doctor Mercado y sus compañeros los médicos de Cámara, Juan Gomez Alfaro y Oñate, por no entristecerle tan temprano, y porque no son las cosas de estos pronósticos tan evidentes, que se osen determinar tan presto, se detuvieron algun tanto en decir lo que entendian. A los primeros de Agosto, habiendo entendido su confesor, que el mal era de mucha consideracion, como quien tenia mejor entendido el ánimo y lo interior del enfermo, le dijo el peligro en que estaba; se lo agradeció mucho con singulares demostraciones de benignidad, como quien le habia dado

una nueva alegre y un aviso importante. Determinó luego de hacer una confesion general, piéndole á su confesor, le ayudase en esto con mucho cuidado, resignándose luego en sus manos y sujetándose con entera voluntad y una determinacion firmísima de hacer para en satisfaccion de sus culpas y cargos, todo lo que le dijese. No se contentó con decirle esto á boca, lo dió por escrito á Don Cristóbal de Mora y le mandó que en su presencia, se lo leyese al confesor, que por ser cosa que asegura tanto la conciencia de tan buen Rey, es bien ponerlo aquí formalmente. Dijo así: «Padre: vos estais en lugar de Dios, y protesto delante de su acatamiento que haré lo que dijéredes que es menester para mi salvacion, y así por vos estará lo que yo no hiciere, porque estoy aparejado para hacerlo todo,» y esto contenia el escrito. Yo confieso que aunque supiera tanto como algunos piensan que saben, y tuviera tanto ánimo como César, que me pusiera miedo entrar en unas cuentas y en un finiquito de tan gran Monarca, porque á él, ó le excusaba la pura intencion y deseo de acertar, ó alguna ignorancia, y no me podia excusar á mí. Esto, aunque pasó tan en secreto, se extendió con harta publicidad en este convento, y cuando yo pensé que lo sabía muy en singular por cierta vía, hallé que andaban en las bocas de mil, con gran edificacion de cuantos tuvieron noticia de ello. Creo (porque así lo dicen) que resultaron de esto muy grandes efectos, á lo ménos podemos afirmar,

con no poca seguridad, no quedó por el santo penitente. Duró la confesion más de tres días, que fué mucho, para quien tanta cuenta tuvo siempre con su conciencia y habria confesado aquello mismo otras veces; sin esta general prevencion se confesó otras algunas en el discurso de esta enfermedad, tan recatado andaba siempre en el negocio de su salud; recibió luego el Santo Sacramento, que para entrar en tan duro trance y batalla, era bien necesario tal socorro; antes que le diesen la Extremaucion comulgó otra vez, con esto mitigaba la sed grande que tenia de verse con Jesucristo. Dos días antes que le abriesen la pierna (que fué en la fiesta de Santo Domingo) hizo una prevencion de singular ejemplo, en lugar de otras que hacen los que no tienen tanta fe en las cosas divinas. Mandó que le trajesen algunas de las santas reliquias con solemnidad eclesiástica; ordenó que su confesor, el padre fray Diego de Yepes, y el del Príncipe su hijo, el padre fray Gaspar de Córdoba, y el Prior fray García de Santa María, vestidos con sobrepellices y estolas, viniesen con ellas y que se previniesen para decirle á cada uno una plática espiritual; se hizo así, el uno llevó la rodilla entera con el hueso y pellejo del glorioso mártir San Sebastian, el otro, una costilla del Obispo Albano, que le habia enviado el Papa Clemente VIII, guarnecida harto bien con una indulgencia plenaria, para el punto de su muerte, y otra muy singular que no me acuerdo haberse conce-

dido á otro: que cualquier sacerdote que dijese por él misa en esta su casa, en cualquier altar y cuantas veces quisiere, saque su alma del purgatorio; el tercero llevaba el brazo de San Vicente Ferrer; le dijo cada uno la antífona y oracion del santo, cuya era la reliquia que llevaba, y al propósito alguna razon santa y de consuelo, y él besándola con la boca, y con los ojos, decia se la aplicasen sobre la rodilla apostemada, y con esto se despidieron dejándole animoso y alegre, lleno de buenas consideraciones para el martirio que esperaba. Sentia tanto alivio con la presencia y tocamiento de las santas reliquias, que de allí adelante, en el discurso de toda la enfermedad, no hubo dia que fray Martin de Villanueva, que las tenia á cargo, no le compusiese delante de su presencia, un altar con mucha cantidad de reliquias; le mandaba que se las trajese para besarlas y adorarlas, y se las pusiese en la parte lastimada; un dia le compuso un gran aparador de estos vasos del cielo, pieza por pieza, se las llevó todas para que las adorase y besase, entendió que ya no faltaba ninguna y queria tornarlas á su lugar y relicario, y le dijo: «Mirad que la reliquia de tal santo, se os olvida, que no me la habeis dado á besar;» se admiró fray Martin, porque cuando las hubiera él compuesto y contado muy despacio, era mucho acordarse de todas. Por eso es bien queden estas cosas en memoria, y servirá de mucho á los que están limpios de estos vicios; sabrán que al punto que en estos mi-

serables tiempos, cuando tan resfriada está la fe y la piedad en muchos príncipes extranjeros que quieren tener nombres de cristianos, hubo en España un Rey que en vida, y en muerte, mostró tan vivos afectos á los Sacramentos de la Iglesia y á las reliquias de los santos.

Hay aquí entre estas perlas divinas muchas partecicas del *lignum crucis*, y algunas de notable tamaño y grandeza, en particular una, en quien tenia el Rey gran devocion, que es la que se adora el Viernes Santo, guarnecida en una cruz de plata dorada, grande y de antigua labor. Lo que otros temen tanto y ha quedado por refran, que es «andar entre la cruz y el agua bendita,» eso era para él sumo regalo, y el refresco de los ardores que le consumian; y como temia mucho más un pecado venial que la fiebre ética y los ardores que le abrasaban, mataba la sed que tenia de verse libre de ellos, con el remedio de la agua bendita, echándosela en la frente y rostro muchas veces. De otra medicina usaba para alivio de tantos males, que es digno lo advertamos, y que quien lo usare dará muestras de la vida que tiene dentro del alma, aunque esté el cuerpo llagado ó podrido: era esta, la leccion de libros santos; mandaba que le leyesen lugares del Evangelio que él tenia advertidós para su propósito, como la parábola del hijo pródigo, la de la oveja perdida, que despues de buscada con tanto trabajo, la llevó el buen pastor sobre sus hombros; en lo uno y en lo otro, hallaba el siervo de Dios,

en sus santas consideraciones, grande alivio de sus males, singular consuelo para la alma, reconociéndose con profunda humildad por oveja abarrencada, hijo desperdiciador, y por otra parte se echaba en los brazos de un amor de Dios tan inefable, cobrando allí grandes esperanzas de salud eterna; juntaba con esta leccion, la de la conversion de la Magdalena, la del Apóstol San Pablo, la del Buen Ladron, la de San Mateo y otros lugares de la Santa Escritura, en que se descubre tan abiertamente el pecho de Dios para recibir y perdonar pecadores. Así una vez le leian los Evangelios, estos y otros lugares; otras en libros devotos y espirituales, que por lo que se les pega de la Santa Escritura, cobran gran fuerza, hallándolos en nuestro lenguaje casero, para inflamar la devocion y el deseo de servir á Dios y ponernos en sus manos, reconocer nuestra miseria, abrazar los trabajos que por nuestras culpas padecemos. Todos estos frutos cogia Felipe, de la leccion de los libros santos, y en el que más presa hacía, era en el humillarse y aniquilarse en la presencia de su Señor, reconociéndose por miserable pecador.

DISCURSO XXI.

Se prosigue el tránsito y muerte del Rey Don Felipe II, las preparaciones de su muerte, su entierro, el codicilo último para las cosas de esta casa.

Por la larga experiencia que en este convento tuvimos, de las cosas y de la vida de su fundador, y por lo que hemos visto, desde el primer discurso de este libro, se ha entendido cuán grande era el ejercicio de la oracion bocal y mental que continuó todo el tiempo de su vida. En el oratorio le veiamos y sentiamos á horas extraordinarias, de mañana, á la tarde, en lo más secreto de la noche; ahora en este tercio postrero y último aprieto, mandó poner á todos los lados de la cama y por las paredes de su dormitorio, crucifijos é imágenes, porque se viniese naturalmente aquellas letras á los ojos, y por ellos al corazon, y no se perdiese de vista cosa que tanto importaba; tambien quiso que junto con este amor de Dios, que en la oracion y meditacion se cria, fuese tambien el de él proximo. Mandó hacer muchas y notables limosnas en estos dias que duró la enfermedad.

Se casaron huérfanas en cantidad, se socorrieron muchas viudas y otra gente pobre, se dijeron muchos novenarios de misas: sería negocio largo contar esto por menudo. Pasó mucho de esto por mano de Juan Ruiz de Velasco, que tenía el dinero de la cámara de S. M.; por la de su limosnero mayor, García de Loaysa, otras de mayor cantidad, porque distribuyó en diferentes necesidades, en estos pocos días, mas de veinte mil ducados; por vía de su confesor, se distribuyeron otras aún de más monta. ¡Por tantas canales se vertía la cantidad de aquel mar grande! A Nuestra Señora de Guadalupe, de quien fué muy devoto toda su vida, mandó veinte mil ducados, para que hiciesen un retablo al altar donde está la Santísima Imágen, porque el que tiene es muy viejo, quedando de ellos perpetuados mil de renta. ¡Digna ofrenda de Rey! A Nuestra Señora de Monserrat mandó otros nueve ó diez mil ducados, y no se olvidó de su gran patron y abogado San Lorenzo; quiso que en Huesca de Aragon, su propia patria, se fundase un monasterio de la Órden de San Agustin en las mismas casas de los padres santos del mártir glorioso, que se llamaban Orencio y Pacencia, dejando el órden de esto, al Conde de Chinchon, aplicando para ello una gran cantidad de hacienda de bienes confiscados en aquel reino. Al monasterio de predicadores de Valencia, aunque habia pocos les habia hecho otra limosna gruesa, les dió ahora para sustentar una lámpara, y mil ducados para la por-

tada de la iglesia: á San Benito de Valladolid dió tres mil ducados para la fábrica: á Nuestra Señora de Atocha en Madrid, casa de gran devoción de la Orden de Santo Domingo, quiso recibir debajo de su amparo y ser su patron, haciendo para esto una muy larga limosna. Por todos los hospitales de la córte, se repartió otra gran cantidad de dinero, y para la ayuda á la canonizacion de San Raimundo dió seis mil ducados y otras muchas limosnas, que como se derramaban por tantas partes, apenas se puede hacer minuta de ellas.

Algunos dias antes habia provisto S. M. á García de Loaysa, maestro de nuestro señor el Príncipe su hijo, del Arzobispado de Toledo. Unieron las bulas y quiso que se consagrara en esta su casa: no faltaba ya otra cosa que verse en ella esta tan santa ceremonia. Para esto envió á llamar al Nuncio de Su Santidad, Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, y al Obispo de Segovia Don Andrés Pacheco, y al Obispo de Osma, hermano del Marqués de Poza; se hizo la consagracion un dia ó dos despues de Nuestra Señora de Agosto, con gran aparato y solemnidad, aunque se malogró, pues ni tuvo tiempo de recibir el pálio ni asentarse en la silla de su Iglesia. A los 16 de Agosto mandó llamar el Rey al Nuncio, le mandó sentar y que le dijese alguna cosa espiritual para alivio de sus dolores y consuelo de su alma; el Nuncio le hizo una plática muy discreta, con que se recreó mucho; le pidió como humilde

hijo de la Iglesia, le echase su bendicion de parte de Su Santidad, le absolviese plenariamente, y le concediese todas las indulgencias y frutos espirituales que se alcanzan del Vicario de Jesucristo, para los que están en semejante artículo. El Nuncio le concedió todo con aquella plenitud como si el mismo Papa estuviera presente, teniendo certeza que la rectificaria con larga voluntad en el punto que tuviese noticia de ella. Y fué caso admirable que el correo llegó á Roma y Su Santidad le dió la misma bendicion y absolucion, y aprobó cuanto su Nuncio habia hecho, antes que el Rey partiese de esta vida; hasta en esto quiso el Señor regalarle y dejarnos como seguros de la salud y buen estado de su alma. Acabado de hablar el Nuncio, respondió el santo Rey con rostro muy alegre y con aquella serenidad de que quiso Dios dotarle, que se habia alegrado con su venida; que su mal era grande y estaba muy dispuesto y conforme á la voluntad divina, para vida ó para muerte; que no pretendia otra cosa sino morir en su gracia y alcanzar el perdon de sus pecados, y que daba muchas gracias á Dios por los beneficios recibidos. Y porque en el estado en que estaba tenia tanta luz y conocimiento, que el verdadero fin del hombre es la bienaventuranza eterna; que se consolaba grandemente de lo que le ofrecia de suplir con la bendicion Apostólica, la cual aceptaba con grande voluntad y la pedia humildemente á Su Santidad, que queria que en todo caso, se tuviese respeto y reveren-

cia á la Silla Apostólica y á Su Santidad, y se tuviese mucha cuenta á la jurisdiccion eclesiástica, y se mirase siempre por ella. Otras muchas razones de igual peso le dijo aquel piadoso Monarca, que como estaba tan decaído y sin fuerzas, no se pudieron oír bien, dignas todas de escribirse con letras de oro, que las gozaran los siglos venideros; se despidió el Nuncio harto enternecido y edificado, que cuando á algunos religiosos referia parte de ello, apenas detenía las lágrimas.

En certificándose el buen Rey que su mal le daba prisa, y que se iba acabando, despues, como dije, de haber comulgado dos veces, pidió le diesen con tiempo el Sacramento de la Extremauncion por el peligro que habia, que estando tan consumido, algun accidente no le llevase ó no diese lugar para recibirle con entero juicio. No se le habia ofrecido jamás ocasion en que poder ver administrar este santo Sacramento, por no haberse hallado en la muerte de su padre ni de su madre, y porque no les consienten á los Reyes que vean morir (como si con esto hubiesen de escapar de las manos de la muerte), ¡error grande! y así no sabía lo que en esta Santa Uncion se habia de hacer. Aquí tambien nos quiso dejar un notable ejemplo de su piedad y religion. Le mandó á su confesor que le llevase el Manual, libro por donde se administran los Santos Sacramentos, y le leyese todo lo que á este tocaba sin dejar letra, para saber lo que se habia de hacer y á dónde le habian de ungir. Al principio, y para co-

menzar á administrarle, hay una exhortacion que hace el sacerdote al enfermo muy larga; se la leyó toda el confesor, y le dijo: «Con esto, señor, se habrá cumplido y no será menester repetirla cuando se le dé el Sacramento á V. M.» Respondió: «Eso no, dígaseme otra vez y otra, porque es muy buena;» dijo que le cortasen las uñas y le lavasen las manos, que estaban mal tratadas con el humor de la gota, todo por la reverencia del Sacramento y porque se le habian de ungir con el Santo Oleo. Llamó á Don Cristóbal de Mora y nombró los religiosos que queria se hallasen presentes, para que lo dijese al Prior; y mandó tambien que su hijo el Príncipe y Rey nuestro señor, que ahora es, se hallase presente, porque tuviese noticia de lo que era este Santo Sacramento, que tan raras veces lo ven los Reyes; creo há muchos años no se han visto juntos padre é hijo en él, como ahora se vieron.

El dia 1.º de Setiembre, á las nueve de la noche, en la infraoctava de la consagracion de este templo, que á su peticion se habia ungido, parece en medio de él recibió tambien el piadoso Rey su fundador la postrera Uncion con mucha devocion y reverencia, habiéndose confesado primero. Le administró Loaysa, Arzobispo de Toledo, que se turbó más de una vez, y cualquiera se turbára ¡tanta fué siempre la majestad de este Rey! que ninguno le habló jamás que por lo ménos no sintiese en sí alguna notable mudanza. Estuvo siempre muy atento y con igual serenidad el

Príncipe su hijo, y con él algunos caballeros de su casa y cámara; se hallaron tambien presentes los tres confesores de las personas Reales, Rey, Príncipe é Infanta, el Prior de San Lorenzo y otros cuatro religiosos que el Rey señaló. Me pareció, segun la entereza con que el santo Rey lo advertia y respondia á todo, que no tenia mal ninguno y que se anticipaba mucho aquel Sacramento; así lo dije á algunos y así sucedió, porque vivió despues de haberle recibido doce dias; me maravillé no advirtiesen esto, tantos y tan doctos médicos, pues quiere la Iglesia se guarde este Sacramento para la postre, cuando hay ciertas señales que podria faltar el juicio al enfermo, y aquí no lo parecia, y áun creo que el Rey, con estas mismas consideraciones, quisiera que se dilatara y fuera muy acertado, pues tuvo siempre tan claro el juicio, que una hora antes que muriera pudiera muy bien percibir lo que se hacía. Nos salimos todos, quedándose solo con su hijo, y el mismo Príncipe y señor refirió despues que le dijo su padre estas palabras: «He querido que os halleis presente á este acto, para que veais en qué pára todo,» y que tras esto le encargó mucho mirase por la religion y por la defensa de la santa fe católica, por la guarda de la justicia, y procurase vivir y gobernar de manera, que cuando llegase aquel punto, se hallase con seguridad de conciencia; dicho esto en general, descendió á otros particulares, tocantes al gobierno y policía de estos reinos. El dia siguiente despues de

la Uncion santa, llamó á su confesor y le habló con semblante alegre, diciéndole: que nunca en su vida se habia visto tan consolado como despues de haber recibido aquel Santo Sacramento, y que habia experimentado parte de su fruto, y lo mismo dijo á otros que le preguntaron si se habia cansado, significando que habia recibido gran alivio en el cuerpo y en el alma.

Desde este dia, despidió S. M. todos los negocios y otros entretenimientos con que algun rato aliviaba sus dolores, y como Príncipe tan cristiano y prudente, se retiró á mirar en las cosas de su alma y en la partida, como quien ya habia hecho divorcio con todo lo del mundo. En todo el resto que le quedó de vida jamás se cansó, aunque se cansaban muchos de oir hablar y leer cosas espirituales; los remudaba á todos y á todos daba en qué entender en esto, que parece cosa milagrosa tanta perseverancia y entereza.

Cuando sentia cansado su confesor, llamaba al de su hijo, y luego á el de la señora Infanta, para que cada uno le animase, exhortase y advirtiese de cuanto le parecia importante para aquel punto; y mandó que se pusiese por obra, lo que le dijeron de importancia, ó por medio de su confesor ó de las personas á quien podia encomendarse. Quiso tambien, como prudente y católico Príncipe, hacer una muy solemne protestacion de la fe y de cómo moria en la obediencia de la Santa Iglesia Romana y del Sumo Pontífice, Obispos, Sacerdotes y Ministros de ella. A

su confesor le pareció tenía buena forma una protestacion de fé que pone Ludovico Blosio en su segundo libro; por allí la hizo: ahorraré yo de ponerlo aquí, pues está impresa en romance y podrá leerla quien quisiere.

Como en todo fué tan Rey y de tan alto ánimo este gran Príncipe, parece que aún quiso reinar y enseñorearse sobre la muerte. La estaba aguardando y tratando de sus cosas con tanta igualdad de ánimo lo que á otros atemoriza, que dijera el que le veía, no era él el que estaba tan al cabo, sino negocio de otro. Se maravillaba mucho de esto Don Cristóbal de Mora, con quien comunicaba más en particular sus cosas, y me dijo por veces, que así pasaba de las cosas grandes que tocaban al gobierno y disposicion de los reinos, á las de su muerte y entierro, como si fueran todas de un género, y con tan sereno semblante las unas como las otras. Muchos dias antes que muriese mandó á los religiosos que tenían la llave, viesen en secreto el ataud de su padre el gran Emperador Cárlos V, le midiesen y abriesen para ver cómo estaba amortajado, para que le pusiesen á él de la misma manera. Seis años antes, estando en Logroño (pasaba á las Córtes de Aragon, que se celebraron en Tarazona), mandó á Juan Ruiz de Velasco abrir un cajon de un escritorio que llevaba consigo; le mostró un crucifijo pequeño que estaba dentro de una caja y unas velas de Nuestra Señora de Monserat, y le dijo: «Acordaos bien para cuando os pida

esto que está en este cajon, estas velas y este crucifijo, que fué del Emperador mi padre, que murió con él en la mano y así pienso yo morir.» Ahora, cuatro dias antes que falleciese, le pidió esto al mismo Juan Ruiz, como si hubiera dos dias que le habia hecho esta prevencion; abrió Juan Ruiz la caja, vió que con el mismo crucifijo estaban dos disciplinas, la una tan gastada, que mostraba bien el uso y ejercicio de ella, y diciéndoselo al Rey, respondió, que no la habia gastado él, sino su padre cuyas eran; y es así como advertí en otra parte, que el santo Emperador se disciplinaba en compañía de los religiosos, cuando hizo aquella hazaña de recogerse en nuestro monasterio de Yuste, triunfando de una vez de todo el mundo. Mandó colgar el crucifijo por dentro de las cortinas de la cama, frontero de sus ojos y como joya tan apreciada, le encargó delante del Príncipe nuestro señor que despues de muerto le tornase á la misma caja y se guardase, para que el mismo Príncipe y nuestro Rey, que hoy es, se aprovechase de él en semejante trance. Herencia de mucha estima, pues tal padre y tal abuelo le tuvieron en su boca cuando rindieron el espíritu al Señor mismo que lo habia dado. A Don Fernando de Toledo encargó guardase las velas para que le diese una cuando fuese hora, junto con el crucifijo: mandó en estos mismos dias hacer su ataud y que se le trajesen delante, y daba en todo la traza y el modo, como si fuere negocio para otro. ¡Seguri-

dad grande del alma y señal de la certeza con que partía para su propia patria! Quiso tambien hiciesen una caja de plomo y le pusiesen en ella sin abrirle, y así encerrado no pudiese exhalarse algun mal olor. La madera de este ataud, porque lo digamos aquí de paso, es de unos árboles grandes que se crian en la India Oriental (podemos llamarlos árboles del Paraiso); allá le llaman Angeli. Habia servido la viga de que se hicieron las tablas, de quilla ó fundamento de un galeon de los de Portugal, que se llamó «Cinco chagas,» porque su divisa ó empresa eran las cinco llagas de nuestra salud. Veinte años hacía poco más ó menos que estaba en aquel puerto de Lisboa, desechada en aquella arena, hecho poyo y descanso de pobres: vino á noticia de S. M., y no sé por cuál motivo del cielo le mandó traer á esta su casa de San Lorenzo, que por ser muy grande no fué poco lo que costó el porte. Mandó se hiciese de él la cruz, que es el remate del altar mayor, y digámoslo así, de toda la fábrica, y sostiene un crucifijo de bronce dorado, que creo es el mayor y mejor que jamás se ha fundido, porque tiene más de nueve piés de largo. Despues se hizo otra cruz del mismo madero, en que está otro crucifijo de más liviana materia. Se puso en un altar de la iglesia, junto á la puerta del claustro principal. Quien considerase tantas circunstancias del árbol, de su nombre, de la tierra, del oficio y del fin, podrá sin miedo decir que son cosas más que á caso. Sobró todavía un gran pedazo de ma-

dera que hoy en dia se está, á la entrada de la puerta principal del convento, sirviendo tambien de asiento de pobres. ¡Plegue á Dios no sea tan pronto menester! Se aforró por dentro en raso blanco el ataud, por fuera en una tela de oro negra, con una cruz de raso carmesí y la clavazon dorada.

Viernes 11 de Setiembre, dos dias antes que muriese las dos luces de sus ojos, el Príncipe nuestro señor y su hermana la señora Infanta, entraron á despedirse de su padre y á que les diese su bendicion, trance de gran sentimiento de ambas partes: y sin duda fué bien menester aquí ser tan reales estos corazones y tan llenos de fe, para que no hiciese tan amarga despedida algun daño. Digimos la plática y advertencias que S. M. dió á su hijo: en este mismo dia le dió á su confesor el padre fray Diego de Yepes un papel, en que estaba escrita una singular doctrina, que San Luis, Rey de Francia, dió á la hora de su muerte á su hijo Felipe, sucesor en el reino, mandándole que despues de él muerto, se la leyese toda á su hijo el Rey nuestro señor, sin mudar ni añadir cosa alguna en ella, porque los particulares ya los habia tratado con él á solas, advirtiéndole de este papel que dejaba en poder de su confesor, previniéndolos á entrambos no dejasen de leerlo y oirlo, por ser cosa al parecer inspirada del cielo en el corazon de un Rey tan santo. Así pasó (aunque lo adelantemos aquí) que el obediente hijo, el mismo dia del entierro de su padre, llamó al con-

fesor y le mandó le leyese aquel papel que habia dejado: le oyó atentamente y se quedó con él para tenerlo como un continuo espejo en sus ojos: no le pongo aquí porque ya anda en otros libros. En esta despedida, vuelto S. M. á la señora Infanta su hija, la dijo (segun ella declaró), estas ó semejantes razones: que pues no habia sido nuestro Señor servido que él la viese casada antes de llevarlo de esta vida, como lo habia deseado, le pedia se gobernase con la prudencia que hasta allí y procurase acrecentar la fe en los Estados que la dejaba; pues este habia sido su principal intento en dárselos, esperando de ella, lo haria como se lo dejaba encargado, y que lo dijese así á su primo y se lo pidiese de su parte cuando le viese. Con esto, Sus Altezas le besaron la mano, y les hechó su bendicion, y se salieron con el sentimiento que se percibe mejor en el alma, que puede decirlo la pluma. Es muy digno de advertir que en aquel último abrazo de tan queridos hijos, la principal encomienda y las postreras palabras fueron el celo y el aumento de la fe, más querida aún que los mismos hijos naturales, y más arraigada en el alma, caso de eterna memoria. Habia comulgado dos veces despues que le dieron la Extremauncion, y quisiera él comulgar ciento, tan sin hartar era aquella hambre y sed que tenia de llegarse á la verdadera fuente de su sustento. El dia antes que muriese, le dijo misa su confesor en el oratorio junto á su cama: cuando allí se la decia, era casi siempre para comulgarle;

como estaba tan acabado, habia peligro en esto, porque no podia pasar la hostia. Se quejó el santo Rey de ello á Don Cristóbal de Mora y despues á su confesor, agraviándose que no le habia comulgado. Le respondió habia convenido así por el inconveniente dicho: le importunó le comulgase con una forma de las que se guardan en la Custodia: tan entero estaba y tan deseoso de juntarse con Dios. Le entretuvo el confesor diciendo que lo consultaria con los médicos; y todo aquel dia estuvo con esta pena y con estas ánsias vivas, y con ellas murió. Creo que luego le cumplieron con hartura sus deseos, no ya al modo de los hombres, sino como ángel.

La tarde antes de la última noche, dijeron los médicos á Don Cristobal de Mora, que S. M. se iba acabando á prisa, que se lo dijese claro para que se aparejase á la partida, como si hubiera echo otra cosa en el discurso de aquella enfermedad y áun de su vida: pienso yo sabía harto mejor que ellos el punto. Se lo dijo y le escuchó con alegre semblante, como quien tan acentada y conforme tenia su voluntad con la de su Criador. Habia él dicho muchas veces en estos dos dias postreros, que le avisasen cuándo llegaba su hora, porque queria hablar con Dios y convertirse todo á él. Mandó llamar luego á su confesor y al Arzobispo de Toledo, á los confesores de Sus Altezas y al Prior de su convento, para que todos le ayudasen en este punto extremo. Los religiosos de esta su casa, que en todo el discurs-

so de esta enfermedad mostraron bien el amor que á su patron y señor tenían, acudieron ahora, unos al coro, otros á la iglesia y por aquellas capillas y altares, ayudando con lágrimas y oraciones y otros ejercicios propios de este estado. Llegado el Arzobispo de Toledo, le hizo una plática estudiada, que duró más de media hora, llena de mucha doctrina y de cosas á propósito para aquel tiempo; entre otras razones le dijo: que quien tanto habia defendido y amparado la fe católica, la Iglesia Romana y el Sumo Pontífice, convenia que en aquel punto, como tan obediente hijo, confesase la misma fe y obediencia de esto. S. M., oyéndolo, dijo con voz tan clara que lo percibieron todos: «Sí confieso y protesto,» que fué á rectificar la misma protestacion de la fe que habia hecho algunos dias antes, como ya dijimos. Despues de esta plática mandó al Arzobispo le leyese la pasion de San Juan: se la leyó, declarándole algunos pasos devotos como mejor supo, mostrando en todos ellos el santo Rey un sentimiento admirable, como quien comenzaba ya á gozar de sus frutos y celestiales efectos.

Cerca de la una de la noche llegó el confesor de S. M., que hoy es, y le hizo otro razonamiento: lo escuchaba todo el devoto señor, con alegre semblante, sin jamás cansarse de oír esto, toda aquella noche en peso, que aún los muy sanos y fuertes se cansaban, y él los despertaba diciéndole: «Padres, decidme más,» que cuanto más se allegaba á la fuente, tanto crecia más la sed. Don

Fernando de Toledo, que sirvió en esta y en otras muchas enfermedades á su Rey con extremada diligencia por el gran amor que le tenia, estaba cuidadoso para darle una de las velas de Nuestra Señora de Monserrat, que dijimos le habia encomendado; llegó á dársela á las doce de la noche, y le dijo S. M.: «Guardarla, que aún no es tiempo,» que no hace poca prueba de la certeza y claridad que tenia de su hora. Certifican algunos caballeros de su cámara dignos de toda fe, que S. M. pidió á Nuestro Señor encarecidamente le hiciese merced que á la hora de su muerte cesasen sus dolores, para que con más entero juicio y sin que el alma tuviese necesidad de acudir á las cosas del cuerpo ni sus males la embarazasen, pudiese contemplar las divinas misericordias y abrazarse con él y tratar su salvacion. Como tenian noticia de esto, estuvieron atentos á ver si el Señor le concedia esta peticion á su siervo, y advertieron que dia y medio antes, cuando ya los pulsos se apresuraban y daban señal de su fin, ningun género de dolor ni de sentimiento de tantos males como le cercaron para derribarle tenia, ni se vió en él muestra de hacer caso de ninguna cosa pasada más que si estuviera sano, teniendo con esto los sentidos, el juicio y la razon tan enteros, que hablaba, preguntaba, respondia y aún ordenaba y mandaba, como cuando estaba sano: merced y favor del cielo: premio de tan extremado sufrimiento y paciencia. Sucedieron aquí dos cosas dignas de advertencia, que confirma

bien estos favores divinos: la primera que tornándola á dar Don Fernando de Toledo la candelá de Nuestra Señora de Monserrat á las tres de la mañana, alzó el Rey los ojos y le miró riéndosele, y tomándosela á la mano dijo: «Dadla acá, que ya es hora». La otra fué que luego, á hora y media antes que espirase, tuvo un parasismo tan grande, que todos entendieron que habia ya acabado. Estando tristes y derramando lágrimas súbitamente abrió los ojos con una viveza extraña, y los puso en el crucifijo que tenia Don Fernando en las manos, que era aquel de su padre; alargó la mano y se lo tomó, y con gran devocion y ternura le besó muchas veces. Se quedaron admirados ver tan repentina y sobrenatural viveza y que tan súbito tornase en sí, tan advertido y tan entero. Se entendió de lo uno y de lo otro que Nuestro Señor usaba con él de grandes misericordias, y le revelaba dentro su bien y su salud, que reconocia en sí mismo el fruto del árbol Santísimo de la Cruz, medio de la salud de las almas, y así besaba y adoraba las imágenes de fuera, por ser el traslado y la seña del bien que gozaba dentro. Últimamente el Prior de San Lorenzo le leyó la recomendacion del alma que está en el Manual Romano, devota y de santas consideraciones llena; la advirtió bien y dió señas de alegrarse con ella. Perseveró toda la noche (con gran admiracion de los que allí estaban) en estos santos ejercicios, y diciéndole una vez el doctor Juan Gomez que podia reposar un rato

para cobrar aliento y tornar á ellos, respondió: «que no era tiempo.»

Las últimas palabras que pronunció y con que partió de este mundo fué decir, como pudo, que moria como católico en la fe y obediencia de la Santa Iglesia Romana, y besando mil veces su crucifijo (le tenia en la una mano y en la otra la candela, y delante la reliquia de San Albano por la indulgencia), se fué acabando poco á poco, de suerte que con un pequeño movimiento, dando dos ó tres boqueadas, salió aquella santa alma y se fué, segun lo dicen tantas pruebas, á gozar del Reino Soberano.

Durmió en el Señor el gran Felipe II, hijo del Emperador Cárlos V, en la misma casa y templo de San Lorenzo que habia edificado y casi encima de su misma sepultura, á las cinco de la mañana, cuando el alba rompía por el Oriente, trayendo el sol la luz del domingo, dia de luz y del Señor de la luz, y estando cantando la misa del alba los niños del seminario, la postrera que se dijo por su vida y la primera de su muerte, á 13 de Setiembre, en las octavas de la Navidad de Nuestra Señora, vigilia de la Exaltacion de la Cruz, el año 1568 en el mismo dia que catorce años antes, se habia puesto la postrera piedra de todo el cuadro y fábrica de esta casa. En el año de su edad de setenta y dos, porque nació á 21 de Mayo del año 1527. Recibió el gobierno de estos reinos el año 1556. Comenzó á edificar este Monasterio el de 1563 á 23 de Abril. Le gozó despues

de haber puesto la postrera piedra el año 1584 en el mes de Setiembre, 14 años justos, que es otra particular merced del cielo. Cuantos nos hallamos allí presentes, celebramos su tránsito con grande copia de lágrimas, todas pocas para tan grande pérdida, y aún á muchos, aún no se les han enjugado ni le acabarán de llorar hasta que se acabe la vida.

DISCURSO XXII.

El entierro y exequias del Rey Don Felipe II en esta su casa y sepulcro. Lo que dejó mandado para su sustento en su último codicilo.

En despidiéndose del cuerpo aquella santa alma del Rey Felipe II, lo primero que se hizo por los caballeros de su cámara, fué irlo á decir á su hijo Felipe, tercero de este nombre, y con la nueva venida de la luz, en el felicísimo dia en que ella comenzó, que fué domingo, comenzó tambien el nuevo Rey, y entró gobernando el más extendido Imperio que el sol ha visto; pues si pudiera llevar las cartas y el aviso desde el punto por donde descubrió sus rayos, hasta que rematara el círculo, volviendo al mismo punto, hallara vasallos propios á quien darlas. Para dejar entera y en herencia tan grande Monarquía, cualquiera empeño y costa es pequeña. Luego tras estos, compusieron el cuerpo Real de la manera que él mismo lo dejó ordenado cuando se amortajaba en vida, con tan poco miedo de la muerte.

Rodearon y envolvieron el cuerpo en una sábana sobre una camisa limpia, que mandó le vistiesen á solas, Don Cristóbal de Mora y Don Fer-

nando de Toledo, porque áun despues de muerto, quiso se guardase con su cuerpo, aquella singular honestidad y compostura, que conservó en toda la vida; le ataron al cuello un cordel, y de allí colgaba una cruz de palo; esta joya sola (en vez del collar de oro, Toison de oro y perlas) llevó al cuello aquel Monarca, que tuvo en sus manos los tesoros de Oriente y Poniente. Antes que le pudiesen en la caja de plomo que se encerraba en el ataúd, dice le vino á ver su hijo el Rey nuestro señor y le estuvo mirando atentamente, que habia bien que mirar y deprender.

Los religiosos, en el punto que espiró, le comenzaron á decir misas en el convento y colegio, por todos los altares de aquella iglesia; testigos son todos los de la casa Real, que las oyeron, de la muchedumbre de lágrimas que en ellas se derramaron, y apenas podian pasar adelante en lo que hacian; salian muy del corazon, porque con la misma abundancia derramaron por él muchas veces su sangre. Dijo luego el convento una misa de *Requiem* cantada, á la hora que se dice la mayor; hizo el oficio el Prior, y bajamos á decir el responso á la mesa de las gradas del altar mayor, porque aún se estaba el cuerpo en su aposento. A la tarde, despues de las vísperas de la Cruz, se dijo una vigilia en el coro, con el responso en el mismo lugar del otro. Y á las seis de la tarde, dichas completas, se juntaron todos los caballeros y religiosos en la iglesia; estaba ya en medio de la sacristía una mesa grande, cubierta

con alfombras, y encima un dosel de brocado. Entraron en el aposento Real los caballeros, y trajeron el cuerpo á la misma sacristía, acompañando los frailes con cirios en las manos, cantando en tono bajo el salmo *De profundis* y otros responsos á este propósito. Los caballeros comenzaron á mover el cuerpo para sacarle por la puerta del aposento Real, que cae á las espaldas del relicario de nuestro padre San Jerónimo; y era tan pesado el ataúd, por la caja de plomo que tenia dentro, que aunque se juntaron muchos, no pudieron levantarle de tierra, y fué necesario les ayudasen algunos religiosos, en que no se tardó poco tiempo. Puesto en la mesa de la sacristía, le velaron é hicieron la guardia allí los Monteros, y con ellos otros religiosos.

Lunes luego, de mañana, vino á la sacristía el Rey D. Felipe III, con todos los caballeros de su casa, cubiertos de luto; se juntaron tambien convento, colegio y seminario, todos con velas encendidas; se vistió el Arzobispo de Toledo para hacer el oficio y decir la misa; fueron Diácono y Subdiácono dos religiosos antiguos. Comenzaron á mover con el cuerpo Real: de la sacristía salieron, por la puerta del zaguan de ella, al claustro principal, y dieron la vuelta por todo él, hasta entrar por la puerta de las procesiones en la iglesia, cantando siempre, ó por mejor decir, llorando, los frailes los responsos acostumbrados, y haciendo el oficio de huérfanos de este difunto. Los caballeros que llevaron el cuerpo fueron mu-

chos, y están especificados por sus nombres en otra parte; no hay necesidad de repetirlos; y aunque eran tantos, tuvieron la necesidad del socorro de los religiosos, así para llevarle por el claustro, como para subirle y bajarle del túmulo, que estaba hecho en medio del cuerpo de la iglesia. Estuvo S. M. el Rey nuestro señor junto al cuerpo de su padre, detrás del túmulo, todo el tiempo de la misa y responsos, con todos los demas caballeros. Acabado el oficio, se llevó el cuerpo á poner en la bóveda donde están sus padres y las demas personas Reales, acompañándole hasta dejar en su propio lugar el Rey su hijo, mirándolo y advirtiéndolo todo. Por su mandato, el Marqués de Denia, que ya era su caballero mayor y del Consejo de Estado, hizo la entrega del cuerpo de S. M. al Prior y convento de San Lorenzo, dando fe de ello Jerónimo de Gasol, Secretario de Estado: está el ataúd asentado entre el del Emperador, su padre, y el de la Reina Doña Ana, su última mujer, madre de nuestro Rey Don Felipe III.

El martes siguiente dijo la misa el Vicario, y el miércoles el Rector, y así se fué cumpliendo por su antigüedad el septenario de sus exequias, porque él mismo mandó que se hiciese el mismo oficio que se hace con un religioso; el sábado, que fué el séptimo, tornó á decir la misa el Prior, y predicó el padre fray Antonio de Leon, religioso de este convento: confieso que aunque el Prior me habia mandado que predicase, que no tuve

ánimo ni me atreví, y así le rogué dos dias antes que supliese mi falta. Luego, el dia siguiente del entierro, que fué martes, llegó aquí el Presidente del Consejo Real, Rodrigo Vazquez, y mandó S. M. que se abriese el testamento y codicilo que dejaba su padre; se leyó todo en su presencia y de muchos de su cámara, hallándose presente el Prior del convento con algunos religiosos.

Del testamento por no ser cosa que toca á mi propósito, no tengo que hacer memoria. El codicilo postrero es todo acerca del asiento de esta casa, y por ser el remate de su fundacion daré una sumaria noticia de los principales puntos. En la primera cláusula, despues de las generales, quiere y manda que por su devocion y en reverencia del Santísimo Sacramento, hayan de estar continuamente dos frailes delante de él rogando á Dios por su alma y por las de sus difuntos todo el tiempo que no se gastare en los officios divinos, en el coro y en la iglesia, porque quiere que este tiempo, entre en cuenta de esta oracion y las demas horas de entre dia y noche se esté en esta oracion perpétua. Tras esto, quiso se hiciesen dos aniversarios perpétuos, en el dia de su nacimiento uno, y el otro en el de su muerte, vísperas, nocturnos, misa y responsos, cantado todo, y en el dia de su muerte hubiese perpétuamente sermón y otra gran cantidad de misas, que en aquellos dias y en el discurso del año se dicen por su alma; y que todas las veces que en el coro se rematan las horas canónicas con la Salve ú otra

antífona de Nuestra Señora, se le diga un responso rezado ó en tono, y lo mismo digan los colegiales cuando acaben sus maitines y los niños del seminario en acabando la salve que dicen cada dia cantada en la iglesia, allende de una misa cantada con su responso por su alma; en acabando la Prima, por el Emperador y por la Emperatriz sus padres y por la Reina Doña Ana, madre de nuestro Rey Felipe III, manda que tambien se hagan otros dos aniversarios de la misma forma por cada uno, en los mismos dias de sus nacimientos y muertes, sin otras misas rezadas y capellanías por el discurso del año. Por las otras tres mujeres suyas, la Reina Doña Isabel, la Reina Doña María y la Princesa Doña María, otros tres aniversarios de la misma manera, en los dias de su fallecimiento, sin otras misas y capellanías por el discurso del año. Por el Príncipe Don Carlos, su hijo, y por las dos hermanas del Emperador, Reina de Francia y Reina de Hungría, sus tías, y por la Princesa de Portugal Doña Juana, y por la Emperatriz Doña María, sus hermanas, por cada una su aniversario de la misma solemnidad y forma que los pasados, con los respuestas y misas en el mismo número.

De suerte que, sin la oracion perpétua y respuestas perpétuos, quedan mandados hacer en este convento 16 aniversarios de personas Reales y 7.300 misas de capellanías perpétuas, sin la del alba que se dice cada dia cantada y la de *Requiem* despues de Prima, con solemnidad de ministros,

y la misa mayor; que todo junto hace una carga gravísima, añadiéndola á un modo de vida, cual la Órden de San Jerónimo, que de suyo es harto grave y recogida para quien no la abraza con mucho fervor y gusto de espíritu. Todo se lleva suavemente por el amor de un patron y fundador, á quien tanto debe este convento y la religion toda.

Para que hubiese número de frailes que pudiesen cumplir con todo esto, y conservar tan ilustre memoria en la grandeza, decoro y observancia en que está puesta fuera de la dotacion que vimos cuando se trató de la consagracion de la iglesia, añadió en este codicilo otras heredas y dehesas, porque allí prometió (y el Rey nuestro señor que ahora es, lo dijo en su nombre haciendo las partes de su padre) añadir otras nuevas rentas para que esta iglesia consagrada, quedase con dote digno de esposa de tan alto Rey; de suerte que, lo que allí se prometió en aquel contrato entre el Rey Don Felipe II y el Príncipe Don Felipe su hijo de una parte, y Dios y su Iglesia y este convento de otra, siendo el Nuncio de Su Santidad el Juez ante quien pasó tan grave contrato, eso mismo cumplió el Rey en este su último codicilo. Añadió, pues, á la dote allí especificada, las dehesas de Campillo y Monasterio, algunos pedazos de tierras y dehesas que lindan con la de Piul, con las dehesas de Pajares y Palomarejo; mandó tambien que se acabasen algunas obras comenzadas, como los relicarios, los bustos y figuras de bronce de su en-

tierra y del de su padre, y que le diesen á la casa cincuenta mil ducados muertos, sacándolos de la fábrica, que iba corriendo por dos años, y que estos estuviesen siempre en depósito, y de ellos se socorriesen las necesidades que se ofreciesen, y luego se tornase allí lo que se sacase. Una manda de mucha utilidad para que no se malograsen las rentas y anduviese descansada la casa; para el sustento de la sacristía, que como veremos, es la mejor que debe haber en la cristiandad, aplicó el oficio de la imprenta de las bulas de Toledo, para el reparo y fábrica de tan grande casa, templo, claustros, casa Real y oficinas de ella: dejó unas dehesas que llaman los Guadalupe, engañado grandemente por los que trataron esto, haciéndole creer que valian más de diez mil ducados, no valiendo tanto con mucho, y estos tan llenos de pleitos, que es ahora lo mismo que nada. De suerte que en lo principal en que puso los ojos, en la conservacion de tan hermoso cuerpo, que tanto habia costado en levantarse y criarse, allí cayó toda la falta por fiarse de sus Ministros. Para que tambien se sustentasen los jardines y fuentes y otras cosas de esta suerte, que adornan y hermocean grandemente los contornos de esta casa, donde las personas Reales tienen algun justo entretenimiento y recreo cuando se vienen aquí á retirar algun tiempo, aplicó algunas dehesas que están junto á Aranjuez, que se llaman Gozquez y San Estéban; de suerte que cuanto fué de su parte, lo dispuso

y proveyó con la prudencia que en todos sus discursos, tuvo como cosa que estimaba y queria tanto, sino que ni faltó quien le estorbase despues de muerto ó le engañase viviendo, y todo pudo ser sin malicia entendiendo que acertaban. Dejó tambien mandado en otra cláusula que las cátedras del colegio, que las han leído siempre personas seglares, las leyesen religiosos de la misma Órden, echando de ver, aunque tarde, que los que hasta allí le habian aconsejado otra cosa, no habian mirado bien el aprovechamiento de los religiosos ni su buen nombre.

Leído todo esto en presencia de S. M. el Rey Don Felipe III, que lo escuchaba con sereno semblante, mostrando gana que se cumpliese todo, el miércoles siguiente 15 de Setiembre partió de aquí para Madrid; antes que partiese, mas el mismo dia que murió su padre, lo primero que hizo el nuevo Rey, heredando con los reinos tambien la piedad, fe y obediencia á la Iglesia, fué dar noticia al Papa de lo sucedido con una carta llena de majestad y prudencia, que aunque está puesta en otra parte, es bien que se traslade en muchas, porque dure para siempre, junto con el sentimiento y palabras que el Sumo Pontífice dijo en el Consistorio de los Cardenales; la carta de nuestro Rey es esta:

«SANTÍSIMO PADRE:

Dios ha sido servido llamar para sí al Rey mi señor; confío en la divina misericordia, que ha

hecho grandes alcances conforme á su vida y la muerte. Yo, por la pérdida de un tal padre, no hallando consuelo en ninguna de las cosas que me ha dejado, acudo á V. Santidad para que me reciba por su hijo obediente y de esa Santa Silla, de que suplico á V. Santidad por ahora hasta tanto que llegue allá la persona que ha de hacer este oficio; que V. Santidad me alcance de Nuestro Señor su luz para que gobierne con el celo de la religion y justicia que deseo haber heredado de mi padre, que esté en gloria. Guarde Nuestro Señor á V. Santidad para gran bien de su Iglesia, como deseo. De San Lorenzo á trece de Setiembre M.D.X.C.V.III.—Humildísimo hijo de V. Santidad, *El Rey.*»

Recibida esta carta y mostrando con ella gravísimo sentimiento por la pérdida de tan singular columna y amparo de la Iglesia, aunque se templaba con la nueva y santa obediencia de tal hijo, juntó el Papa Consistorio á los 9 de Octubre, y en él hizo una plática á los Cardenales con palabras graves y llenas de sentimiento: holgara yo tenerla en propia forma; en suma, y como otros lo han referido, dijo: que si en algun tiempo la Santa Sede Apostólica tuvo ocasion de dolerse y mostrarse sentimiento, era en ésta, por causa de la muerte del Rey de España, que habia muerto á los 13 de Setiembre en su casa y Monasterio de San Lorenzo del Escorial, dejando á todos justa causa de dolor por una pérdida tan grande, y mucho más á él por el amor que le

tenia y la estimacion y caso que hacía de él, y con mucha razon considerando la obediencia que siempre le habia mostrado. A este propósito se alargó Su Santidad declarando y refiriendo en particular las grandes partes y virtudes de S. M., diciendo: que no se habia conocido Rey más prudente ni más sábio, ni más amador de justicia, ni de guardarla á cualquier género de personas, aunque fuesen muy pobres y de lo bajo del pueblo, ni ninguno más paciente, sufrido y constante en las adversidades, mostrando esto y echándolo todo el mundo de ver en la pérdida de tantas y tan queridas mujeres, y de tantos hijos queridos, Príncipes jurados y herederos. Y junto con esto, ninguno de los pasados supo usar ni aprovecharse con más prudencia en los casos prósperos y felices que tuvo, ni se conoce quien haya sido más reverenciado y querido de los suyos y temido de los extraños y enemigos; ni quien tambien, ni con tanta igualdad supiese hacer mercedes y repartir lo que de Dios habia recibido, sin cargar á unos de mucho, ni dejar á otros desnudos. Y como tambien se parecia bien á las provisiones y presentaciones de las Iglesias y Obispados, pues entendiendo cuánto importaba al servicio de Dios que fuesen personas de méritos para ellos, siempre los habia nombrado sin ningun otro respeto más de que el sus méritos y partes traian consigo, si no le engañaban los que hacian las relaciones, que pudo acontecer algunas veces en discurso de tantos años y de tan va-

rios Ministros. Y lo que más se ha de estimar, tan cristiano y católico, que las obras y palabras convenian muy bien al nombre que tenia y por tantas razones se le debia; jamás quiso admitir ni permitir libertad de conciencia, áun con grandísimo daño de sus bienes y rentas, y porque quiso reducir á la fé católica y á la obediencia de esta Silla, los vasallos tambien de otros, empeñó todo su patrimonio Real, y gastó en esta obra los grandes tesoros que le venian de las Indias, con una suma grande de dádivas y mercedes que sacó de los reinos de Castilla en el mucho tiempo que tuvo el gobierno.

Rematada la plática, escribió una carta de su propia mano, que aunque breve, era muy significativa y llena; hizo llamar á su camarero mayor, y le mandó la leyese en voz alta; le escuchó todo el Consistorio con mucha alegría, viendo tanta obediencia y pureza de una fé limpia. Dijo en el remate de este Consistorio el Pontífice, que para determinar el dia en que se habian de hacer las honras y ceremonias acostumbradas, y tratar del recibimiento de la serenísima Reina Margarita, nombraba los tres Cardenales de las Órdenes y los de la Junta de las Ceremonias, y á sus dos sobrinos, y así acabó. S. M., como dije, partió de aquí el miércoles, entre las tres y las cuatro de la tarde; durmió aquella noche en Torre de Lodones; llegó á Madrid y se retiró en el monasterio de San Jerónimo, donde estuvo hasta el dia de San Lúcas, en que se celebraron con gran-

dísimo aplauso las exequias-funerales del Rey Don Felipe II; se halló en ellas el Rey, la Emperatriz, su tia y abuela, y la señora Infanta, con mucha cantidad de Prelados y señores del reino, que estaban en la córte. Tornó aquí S. M. luego, acabadas las honras, vió la casa ya, como señor y patron de ella, llegó al Campillo, y de allí al bosque de Balsain, y volvió aquí á tener la fiesta de Todos los Santos y de los Finados, y luego partió por la posta á Madrid, que fué la primera que S. M. corrió: de allí se ordenó la jornada para Valencia, donde se celebraron las bodas con la Reina, nuestra señora. Entraron aquí SS. MM., Rey y Reina, nuestros señores, luego en viniendo de aquellas jornadas y fiestas, el mismo año de 1579, otro dia despues de las octavas de nuestro patron San Jerónimo.

La Reina, nuestra señora, recibió mucho gusto en ver la casa; anduvo con sus damas todo lo más principal de ella. Esto es lo que me ha parecido advertir de la fundacion y sucesos de este convento, con las cosas más notables que aquí le acaecieron á su fundador y personas Reales, la dotacion y estado en que queda.

Diré ahora las partes del edificio, que no será poca dicha si acertare á ponerlas delante de los ojos de quien deseara verlas.

FIN DEL PRIMER LIBRO.

LIBRO SEGUNDO.

DE LAS PARTES DEL EDIFICIO
DEL MONASTERIO DE SAN LORENZO EL REAL:
FÁBRICA DEL REY DON FELIPE II.

DISCURSO I.

Las cuatro fachadas principales de fuera de este edificio.

Quisiera tener más entera noticia de la arquitectura para satisfacer en esta última parte á todos, á los que profesan el arte, y á los que no curando tanto de ella, sólo se contentan con lo que les dicen los ojos. Difícil cosa será poner delante de los ojos de los unos y de los otros esta fábrica, de suerte que iguale la pluma, á lo que tiene publicada la fama, y á la admiracion que causa con su vista; porque es imposible iguale á lo vivo lo pintado y á lo que se ve así de improviso de una vez y junto, á lo que se ha de ir mostrando poco á poco, por partes y á remiendos. Podré tambien decir aquí lo que nuestro español Mela, dijo en el proemio de su geografía: «una obra emprendo embarazada y poco capaz de elegancia; tan buena fuese mi dicha que le pareciese yo en algo, no sería pequeño premio de mi trabajo.»

Dije ya con el principio de la fundacion algo del sitio y asiento, comodidades y calidades, y

mucho, de lo que tocaba á la planta, lo que se alteró y mudó del primer pensamiento, así del trazador y arquitecto principal Juan Bautista de Toledo, como del dueño y señor, y las razones que hubo para una y otra mudanza. Advertiré aquí ahora que el segundo maestro Juan de Herrera, discípulo del primero, y el que ejecutó lo principal hasta el cabo, hizo unos diseños (llamémoslos estampas, ó dibujos, ó como quisieren) de todo este edificio, en que quiso se viesen claros todos sus miembros. Las plantas baja y alta, toda la montea y perfil del edificio, parte en perspectiva, parte en simple vision, en que se imagina el ojo tan grande como la cosa vista, y otras secciones y cortes de toda la casa, templo y claustro, que para quien entiende el arte, son de grande deleite y provecho, donde con facilidad se conocen los gruesos, medidas, número y proporcion de las piezas, paredes, puertas, ventanas, y á los que no lo supieren, si los juntan con esta historia, les harán mucho al caso, y por ellos podrán verificar lo que aquí se fuere diciendo. Tambien será menester que desde luego me perdone los vocablos desusados, nuevos en nuestra lengua, que por ser tomados de la propiedad del arte, ni se excusan, ni tenemos otros con qué decirlos: aunque no soy yo el primero, no es mucho padezca esta falta nuestra lengua castellana; pues la padece la latina ó romana, que es como la madre, de donde se llamó romance; y así le fué forzoso al maestro de arquitectura Vitruvio

Polion, usar á cada paso de voces griegas ó bárbaras, de donde este arte trae su origen (negocio largo de averiguar) y excusarse en Roma de lo mismo que yo me excuso en Castilla. Y aunque supo tambien el arte y la lengua latina, que en aquel género ninguno le iguala, con todo, es uno de los libros difíciles que nos ha dejado la venerable antigüedad, por la razon del arte y de los nombres: procuraré con todas mis fuerzas ablandar la dureza de lo uno y lo otro, y humillaré con los vocablos nuestros caseros, cuando los hallare, la novedad de los griegos ó latinos para que todos lo entiendan. El órden que pretendo guardar en este discurso, será el mismo que llevan los que llegan aquí de nuevo á ver esta fábrica, y haré lo mismo que si se la fuera mostrando.

Lo primero que se pone delante ya se vé que es todo este cuerpo junto, y aquella belleza y buen órden que les enamoran la vista, alegra y ensancha el alma, viendo un cuadro tan alto, tan hermoso, igual, bien labrado; tantas torres, chapiteles, cúpulas, cimborrios, pirámides, ventanas, puertas, remates, bolas, cruces y frontispicios, que los deja en admiracion con la extrañeza de una cosa no vista en España, donde ha estado tanto tiempo sepultada la verdad y la grandeza de buena arquitectura. Se van allegando más cerca; imaginemos que quieren dar primero una vuelta por fuera y quieren ver los cuatro lienzos ó fachadas que la rodean. El principal y el de mayor adorno es el que llamamos del pór-

tico, que mira al Poniente, donde está la entrada general para todos; porque siendo monasterio y templo, y al fin casa hecha para el servicio y culto divino, fué necesario se guardase este órden, y se entrase en ella caminando de Poniente á Oriente; tradicion antigua en la Iglesia, que San Clemente la pone entre las Apostólicas: así de comun acuerdo todos los Santos Padres de la Iglesia, quieren y mandan que el altar mayor, que es como la proa de esta nave, esté á Oriente. Tan forzoso fué poner la puerta principal de todo este templo á Poniente, que quisieran algunos estuviera á Oriente, y que aquella fuera la fachada y puerta principal. Tiene este lienzo de Poniente de esquina á esquina y de torre á torre, 740 piés; el pié es una tercia de la vara castellana, que tiene cuatro palmos, y cada palmo cuatro dedos, cada dedo cuatro granos de cebada ladilla, que es la última resolucion y el indivisible, hablando filosóficamente, á que se reduce la medida de la cantidad; continúo, y de este pié iremos siempre hablando en las medidas, porque con él están hechos los diseños ó estampas y todo el edificio. Tiene este lienzo dos torres con sus chapiteles de pizarra, harto hermosos, que se rematan en sus bolas doradas y cruces, mucho ventanaje, pasamanos y almenas ó acroteras con sus bolas; en medio está la puerta principal, que es una suntuosa fábrica; resalta de plano perfil derecho de la pared, un podio, ó poyo, ó pedestal (multiplico estos vocablos porque todos lo en-

tiendan) de más fino y blanco grano de piedra que tiene 138 piés de largo y una vara en alto: sobre él se levanta un órden de columnas dóricas, con sus basas y chapiteles de la misma piedra, cuatro de cada parte, de dos en dos, pareadas, haciendo sus intercolumnios de buena gracia y proporcion. En la parte más baja hace un nicho, donde los antiguos solian poner sus estátuas, y nosotros tambien ponemos nuestros santos, y cuando están éstos en casamentos vacíos, que no tienen nada, se llaman propiamente nichos; encima de cada uno están dos ventanas, una encima de otra, que ocupan todo el largo de los intercolumnios; las columnas no son enteras, sino medias cañas; la altura toda es desde el zócalo ó plinto que asienta en el podio, con la base, columna y chapitel, alquitrabe, friso y los canes, y todos los demas miembros de la cornisa y corona, tienen 56 piés en alto, porque viene á juntarse y rematar este primer órden dórico con la corona y remate que corre por todo el cuadro de la casa en derredor, que del suelo firme tiene 60 piés de largo por las dos partes del Poniente y Norte. Sobre este primer órden dórico, se levanta luego el órden jónico, harto bien entendido, y el uno y el otro con mucho primor labrado, porque parecen los perfiles y boceles y todas las líneas de los remates, como labradas en plata. Las columnas, sobre sus pedestales, tienen el mismo relieve que las de abajo, fingiendo que entra la media columna en la pared y la otra media

sale fuera; sobre las dos columnas extremas de los dos lados, que están en el orden dórico, no responden columnas jónicas, sino unas pirámides levantadas sobre sus pedestales, que le dan mucha gracia; de suerte que, en este orden segundo, no hay más de las cuatro columnas del medio. Encima se remata con frontispicio y tímpano, acroteras, ó llamémoslas almenas, con sus bolas, que responde á las columnas, conforme lo pide el arte. En el intervalo del primer orden dórico está la puerta principal; tiene en su ancho 12 piés, y proporcion dupla el alto, que son 24, las dos jambas con sus tres doses, dintel y sobredintel, son todas piezas y piedras enteras, cortadas de una misma peña, que por ser de tan noble grandeza fué menester para traerlas de la cantera, hacer un carro fuertísimo que le tiraban 40 pares de bueyes, trayéndolas una á una: el dintel, por ser tan grande la distancia y el hueco, quebró por medio, aunque se echa poco de ver ni se teme de falsía; cosa que la tenía ya advertida Vitruvio, cuando trató del ancho ó hueco que habia de haber de una columna á otra, aunque no cargó el sobredintel sobre el principal, con grueso de un dedo pulgar, sino que hendió con su mismo peso. Encima tiene su capirote, harto agraciado, y sobre él una ventana de la proporcion de las otras, que son de cuatro piés de claro, y á los dos lados de ella, dos parrillas de San Lorenzo hechas en la misma piedra. En el mismo derecho y en el claro que

responde á éste en el órden más alto, están las armas Reales, esculpidas de buen relieve en la misma piedra, humildes y modestas, que parece las puso allí de mala gana su dueño; y así no hay otras en pared ni en puerta ninguna de toda la casa, si no es en los entierros y sepulcros Reales. Encima de ella y para mostrar quién es el patron de tan ilustre edificio, está la figura é imágen de San Lorenzo, de una piedra muy blanca, puesto en pié en un nicho, obra de Juan Baustista Monegro, estatuario natural de Toledo: tiene la estátua 15 piés en alto, vestido de Diácono, un libro en la mano izquierda, y en la derecha unas parrillas grandes de bronce doradas á fuego, que da mucho adorno y sér al frontispicio. Se finge que arrima toda esta fachada al lienzo ó pared principal de la casa que viene corriendo de una torre á otra. En el medio se levanta la pared 30 piés más alto de la cornisa ó corona de todo el cuadro por espacio de 230 piés en largo, y aquí en este cuerpo arrima, ó como si dijéramos, apoya toda esta fábrica de la portada con tanta majestad y grandeza, que pone admiracion siempre que se ve y siempre se hace nueva, y nos detiene á que la estemos mirando y admirando. A los dos lados, en medio de los espacios que hay desde este pórtico á las torres, hay otras dos puertas harto hermosas y de buen adorno: á los lados suben dos pilastras cuadradas hasta la cornisa; las dos extremas, se rematan con su acrotera y bola grande encima; las dos de adentro suben

haciendo sobre todo el edificio otros dos frontispicios; en medio una ventana grande y encima su tímpano y acroteras, y los mismos remates que todo, hace una vista de majestad y grandeza. Las puertas tienen de claro 10 piés en ancho, y 20 en alto, jambas, trasdoses, dinteles y sobredinteles, todos de piezas enteras, labrados con tanto cuidado que no falta sino el pulimento; tienen tambien capirotos ó coberturas, y encima de ellos dos ventanas grandes rasgadas de arco, una encima de otra, con que se ocupan los 80 piés que se levantan estos frontispicios con otros adornos de nichos y fajas que los hermocean. Estas tres portadas hacen de gran majestad y vista este lienzo, acompañándole las torres de los extremos, en buena proporcion, porque se levantan desde el suelo de este paño, hasta las cruces de los capiteles mas de 200 piés en alto; la portada principal hasta las bolas del frontispicio tiene 140, y esotras dos de los lados, que la una sirve á la cocina del convento y hospedería, y la otra al colegio y seminario, 100 piés en alto cada una.

Adorna tambien mucho todo esto, el zócalo que corre por lo bajo y la cornisa de lo alto, que es muy bien considerada en su proporcion y vuelta sobre unos canes ó modulones de papo de paloma, que le dan harta gracia. Por el medio y á los treinta piés, corre una faja con su bocel, bien labrada, que lo ciñe todo, atando las fajas ó pilastras que suben de abajo arriba, que lo acompañan y hermocean, partiendo y divi-

diendo el ventanaje, dejando tres órdenes de ventanas en lo bajo y dos en lo alto, con extremada proporcion: las ventanas y puertas con los nichos de este lienzo son 225, y se tuvo consideracion á no multiplicar aquí el ventanaje, porque es el que azota más el aire de Poniente, que como dije es todo el azar ó padrastro de este sitio, que cuando falta no hay ninguno más templado en las faldas de esta sierra; se desquita el sinsabor del invierno, con la frescura que trae consigo el verano y con que por él es esta casa muy sana, como lo han bien mostrado estos años, que no ha perdonado á otros más regalados puestos la peste.

Los que vienen ahora de Valladolid y de Ávila por encima de estos puertos, gozan mucho de la vista de este lienzo, que no se pudo poner para el gusto de todos. El contrario de este que mira á Oriente tiene los mismos 740 piés de torre á torre; pareciera tambien este muy galano por los resaltes y salidas que hace del perfil derecho, si no le afeara el testero que está á las espaldas de la capilla mayor de la iglesia, que como su frontispicio sube tan alto sobre la casa y aposento Real, y no tiene fajas, ni pilastras, ni ventanas, ni otros adornos, ni compartimentos que un paredon desnudo, y todo lo demas está tan acompañado y vestido, hace una vista desgraciada y fria. No sé qué fué el intento del arquitecto si ya no es que las espaldas de los templos no sufren estos adornos: las salidas y resaltes que digo hace este lienzo son tres: la primera y menor, sirve

para dar lugar á unos tránsitos por la sacristía, bóvedas bajas y aposentos Reales; la segunda tras esta es mayor, sirve para que los aposentos Reales de una y otra parte, abracen la capilla mayor, y desde ellos, y desde los oratorios, se goce muy de cerca la misa y los oficios divinos, áun desde la misma cama cuando están enfermas las personas Reales; el tercero, y que hace casa con patio saliendo más hácia la parte Oriental, es todo el cuerpo de aposento Real; de suerte que, contados estos resaltos y salidas, tiene esta fachada más de 1.100 piés, como parece en la planta. Los que tuvieren alguna experiencia no se maravillarán si hallaren ménos puntualidad en estas medidas y pitipiés; no hay ojos ni puntas de compás tan agudas que no falten muchas veces; los que no han probado qué es esto, no se les dará mucho de esta precision: advierto esto de una vez, porque no piensen es falta de cuidado. Estas diferencias y resaltos, hermocean mucho esta fachada, y el mucho ventanaje que tiene, la ayuda al parecer mejor, porque si no les he contado mal, son más de 340 ventanas. Tiene por aquí otras tres puertas la casa, aunque pequeñas y de las que se llaman hurtadas, las dos en las torres de las esquinas, y la otra en medio del aposento Real, aunque tambien tiene junto á él otras dos de la misma suerte, una debajo de la sacristía y otra al otro lado.

El paño de lienzo que mira al Mediodía, tiene de torre á torre 560 piés, y parece el más her-

moso de todos, aunque no tiene pilastras ni fajas, excepto la que corre en contorno de todo el cuadro, á los 30 piés, y la corona de todo el edificio: tiene cinco órdenes de ventanas, y en medio hace una señal de un pequeño resalte, donde se parte el claustro grande de los otros pequeños, y donde dije que en la primera planta se levantaba una torre. Las ventanas bajas, que están al andito y suelo de toda la casa, desde la torre que mira al Mediodía y Poniente, hasta otra torre diametral que mira al Oriente y cierzo, tienen todas rejas enteras, porque son las ventanas rasgadas y hacen gran hermosura: son por todas, en los dos lienzos, 121 rejas, de nueve piés de alto por cuatro y medio de ancho, y las otras ventanas, de los 30 piés, por ser tambien abiertas hasta abajo, tienen parapetos ó antepechos de hierro: el número de las ventanas de este lienzo, con las de los empizarrados y torres, que así las he contado en otros lienzos, es 306. En todo este lienzo del Mediodía, y en el que mira á Oriente, corre una cornisa pequeña, que remata un pedestal ó estribo que está debajo del suelo y andito de la casa, que es de gran fortaleza y adorno; y desde ella hasta el suelo firme, que, como veremos, es jardines en estos dos lienzos, hay 18 piés de alto, donde se hacen unas cantinas y aposentos bajos de mucho cumplimiento y servicio; recibe harta luz con las ventanas que están debajo de esta cornisa, sobre que asientan las rejas; diremos despues, en su lugar, de lo uno y de lo otro: tambien

hay en este lienzo otras tres puertas pequeñas, que de estas bóvedas bajas salen á los jardines. Los que vienen de Madrid á Toledo traen estos dos lienzos de Oriente á Mediodía á la vista, que los recrea mucho, casi desde que parten hasta llegar aquí. El lienzo y paño del Norte, que responde á este del Mediodía, tiene la misma medida de 570 piés, porque, como dije otra vez, no es esta casa cuadrada, pues tiene por Levante y Poniente más que por el Mediodía y Norte, 160 piés. Tambien advierto aquí, para verificar lo que dije de la poca puntualidad de los pitipiés, que en la planta primera y general tienen estos lienzos de Mediodía y Norte 580 piés, que son 10 piés más que los que señala en la montea y perfil, con el pitipié que le ponen, porque no son más de 560.

Este paño del Norte, tiene buen adorno por las tres puertas principales que hay en él: la primera sirve al patio de palacio y casa de la Reina y caballeros; la otra, que está en medio, sirve á las cocinas y otros oficios de la casa Real, y la tercera al colegio.

Tienen de ancho á 10 piés y 20 alto, con sus jambas y demas piezas enteras, con sus capirotes, que se sustentan en los modillones que hacen remate á los estipes. Por estar al cierzo, fué necesario no tuviese tantas ventanas, y así no tiene sino 160 ventanas, aunque pocas veces habitan aquellos aposentos en tiempo que haga mal el cierzo, pues no acostumbran venir aquí los Reyes sino en verano, cuando este aire es saludable

y se desea. De suerte que, las ventanas de todos los cuatro lienzos, con las cuatro torres de las esquinas, y las cerceras de los tejados y de los chapiteles de las mismas torres, y en fin, todas las que se ven por de fuera, antes de poner el pié dentro de los umbrales de la casa, son 1.110 ventanas. El número de las que hay dentro, si se ponen en él tambien las puertas, será difícil de contarse; yo no he tenido paciencia ni cabeza para ello. Los piés de vara que tiene el cuadro por el contorno de sus cuatro lienzos, son 2.980. Esto es lo que se puede advertir en las cuatro fachadas de fuera, sin tocar ahora en ninguno de los ornatos que tiene por el contorno, como jardines, nichos, antepechos, pretilos, lonjas, plazas y otros edificios. Primero se ha de ver lo principal que vengamos á lo accesorio, aunque en sí sea de mucha consideracion.

DISCURSO II.

Lo que se ve en entrando por la puerta principal del pórtico, el patio ó átrio que está delante de la iglesia, la fachada de ella y torres de los lados con el vestíbulo.

Mostrado hemos así en comun, y por de fuera, alguna parte de la grandeza y proporcion de este edificio; ya nos vamos acercando á lo de dentro, para ver si responden y se miran las unas cosas á las otras. Luego, en poniendo los piés en los umbrales de la puerta principal, se comienza á descubrir una majestad grande y desusada en los edificios de España, que habia tantos siglos que estaba sepultada en la barbárie ó grosería de los godos y árabes, que enseñoreándose de ella por nuestros pecados, apenas nos dejaron luz de cosa buena, ni de primor, ni en las letras, ni en las artes.

Entremos, pues, en buen punto; por la puerta principal, desde donde digo se vislumbra luego una cosa grande. Lo primero, se pisa un zaguan ó pórtico comun que atraviesa desde la parte del convento á la del colegio, de anchura de 30 piés, y largo 84; la bóveda es de cantería bien labrada;

en la de frente tiene tres arcos grandes, por donde se sale á un patio grande; le responden otras tres en la misma pared de la puerta por donde se entra, con sus pilastras de poco ménos medio pié de relieve, y encima de la cornisa que corre alrededor de todo el zaguan por los capiteles de las pilastras, sus lunetas encima de los arcos cerrados que responden á los abiertos de frente. En los testeros de los lados, encima de la cornisa, están dos ventanas abiertas para los aposentos, que allí se hacen, y debajo hay dos puertas cuadradas, la una para la procuracion y la otra para las aulas del colegio. Es este vestíbulo ó zaguan, un pedazo de arquitectura harto gracioso y bien entendido, sino que nadie repara en él, porque la vista de lo que se representa delante hace apresurar el paso. Salen, pues, por estos tres arcos grandes á un patio hermosísimo, donde da luego en los ojos la fachada y frontispicio de la iglesia principal, con sus dos torres altas á los lados, y por cima del mismo frontispicio se descubre la aguja y parte de la cúpula del cimborrio principal, que hace un efecto y mezcla extraña. Las grandes columnas é intercolumnios, arcos soberbios, figuras y estatuas descomunales (aunque bien proporcionadas) de Reyes, las cornisas fuertes y de gran vuelo, las pilastras, las gradas y tanto órden de ventanas por el contorno del claustro ó patio, y todo con tanta puntualidad y correspondencia, causa en el alma novedad y admiracion, parece que se ensancha y se

recrea y engrandece por la combinacion ó respuesta que dentro tiene y reclama con las cosas puestas en arte, como le acontece con la música y pintura, y con otras cosas que tienen razon y medida, y con ninguno (á lo que creo) tanto como con la arquitectura. Digamos, pues (como supiéremos), en particular las partes de esto que mostramos en confuso. Tiene este patio, que llaman los latinos Atrio, porque dicen que los de Etruria, en la Toscana, en una ciudad llamada Atria, fueron los primeros que los usaron, segun Sexto Pompeyo; tiene, digo en largo, desde los arcos por donde se entra, hasta las gradas por donde se sube al templo, 190 piés, y desde la primera grada hasta los arcos de la fachada, 40, que son todos 230 piés, y de ancho 136; de suerte que, guarda el órden de la primera proporcion que Vitruvio quiere tengan los pórticos, porque no hay cosa, ó son muy pocas, que no guarden en esta fábrica las reglas del arte, cuando alguna mayor necesidad ó el uso de los moradores no lo impide. Las paredes de los lados no tienen arcos en derredor, ni cosa cubierta; están bien labradas de sillería, con pilastras á trechos, en buena proporcion: entre las pilastras, cinco órdenes de ventanas, unas sobre otras: á los 15 piés corre una faja ó media cornisa; por el contorno y en lo alto se remata con unos canes ó modillones cuadrados, que sustentan el resalte de la corona, que es todo muy hermoso: los dos testereros, el que responde al pórtico de fuera, que tienen en medio las li-

brerías alta y baja, y atraviesan, ó por mejor decir, atan las dos partes de la casa, convento y colegio, y el que se ve de frente como entramos, que es la fachada de la misma iglesia, son una de las cosas bien entendidas y galanas que hay en este edificio. El de la iglesia, que es el principal, tiene cinco arcos muy grandes; los tres del medio, y por donde se entra al vestíbulo que está delante el templo, están entre seis columnas, y los otros dos de los lados, que están como fuera del órden de la fachada, son para entrar en el convento el uno y en el colegio el otro: el claro es de 14 piés, y el alto en su proporcion dupla: el órden es dórico, porque ya saben todos que está tomado de la proporcion y fábrica del hombre. Las basas de estas columnas, chapiteles, alquitrave, friso, triglifos, métopas y canes, cornisa y corona, labrado como en plata; y todo tan bien repartido y de tan buenas proporciones, miembros y cortes de las piezas, que puede aprenderse en ello cuanto en este órden se desea de perfeccion. Sirve de pedestal ó de peana, una plaza que se levanta con siete gradas, y tiene 30 piés de ancho, y las gradas ocupan 10, que fueron los 40 piés que dijimos se añadieron al largo de este átrio. Se hicieron con estas gradas muchos efectos de gran primor en arquitectura: lo primero, que se subiese al templo por gradas, precepto de todos los buenos arquitectos; lo enseñó así Vitruvio, porque, dejado aparte, les da mucha majestad y los defiende de las injurias del tiempo,

aguas y otras inmundicias. Es bien que los que van á ellos adviertan que, como van subiendo, se han de ir levantando con las almas de todo lo terreno, como por las gradas que suben, levantan los cuerpos del suelo: así tambien quiere que sean siete ó nueve estos escalones, porque entrando con el pié derecho en el primero, con el mismo pisen en el alto y en suelo del templo, y no entren con pié izquierdo ni con cosa aviesa. Sirven tambien de que la área, plaza ó plano de toda la casa, sea una misma, y no haya necesidad de hacer escalones en todo el cuerpo y suelo bajo del edificio, que es un primor y hermosura grande, que se podria caminar un dia entero por esta casa en el primer andito, sin tener que subir cuatro dedos de escalon; de suerte que, desde que se suben estas siete gradas, van andando como por encima de un pedestal, y como levantados del suelo cuatro piés y medio en alto. Tienen estas seis columnas lindo órden: las cuatro, dos de cada lado, están juntas, de suerte que, no hay entre una y otra sino medio cuerpo de distancia de columna, por el escape bajo: las otras dos están en buena proporcion, y distan por dos cuerpos y medio y algo más entre sí. Tiene de alto todo este órden, desde el zócalo de la basa, hasta la mocheta de la cornisa, 55 piés; las columnas, con sus basas y chapiteles, que tambien son de media caña hasta el alquitrave, 45, y los otros se parten en el alquitrave, friso, con sus triglifos, canes ó modillones cuadrados, que atan,

con los que vienen corriendo por todo el patio y la cornisa. Encima de los claros de los cinco arcos responden á nivel cinco ventanas rasgadas, de siete piés de ancho y de alto 14, con antepechos de hierro: los resaltes que descubren las pilastras que se están detrás de las columnas extremas de esta fachada, para atar y hacer correspondencia á las que vienen corriendo por los lados del patio, y muestran que la fachada es órden por sí y como sobrepuesta á la otra fábrica, le dan gran autoridad y gracia, y señalan que le distinguen los arcos y entrada de la iglesia de las del convento y colegio. Encima de este órden se levanta otro de grande majestad y adorno: otras seis pilastras de medio pié de relieve, y sus ventanas á nivel con las del órden bajo, con sus cobijas y capirotes, y encima otros compartimentos y fajas lisas. Delante de las pilastras hay seis pedestales, que cargan á plomo sobre las columnas de primer órden; tienen algo más de 13 piés de alto, con la basa y cornisa, de suerte que, por medio de ellos, se hace un tránsito que cabe un hombre holgadamente, y encima queda cuerpo para que sufra cualquier carga; y así asienta sobre cada uno una estatua grande, del mejor y más lindo grano de piedra que se halló en esta sierra. Tiene cada una de estas figuras, con el zócalo donde planta, más de 17 piés de alto; fué necesario, para traer estas piedras, hacer carros fuertísimos, y que los tirasen de una en una 40 pares de bueyes; ponía admiracion ver menear tan grandes

peñas: las cabezas, manos y puntas de los piés son de mármol blanco, que como es lo que se descubre de la ropa, parece podrian desnudarlas y que quedarian todas de aquella misma blancura: estas seis figuras, son seis Reyes del Viejo Testamento, de la tribu de Judá y familia de David, los más píos de aquella genealogía, y que tuvieron alguna parte en aquel templo famoso que quiso Dios se le hiciese en aquel pueblo, donde moraba con los hombres el que no cabe en cielo ni en tierra. David y Salomon, su hijo, como los principales en el reino y en la fábrica, están en el medio. Tiene David la mano derecha por ser padre, principio tambien del reino en santidad, sin segundo entre los Reyes, el primero que trató de edificar á Dios templo, el que mereció recibir las trazas de manos del mismo Señor, y el que dejó para su fábrica mayor suma de oro y plata que jamás se ha leído haya alcanzado otro Rey: la figura es excelente y de lindo ornato y movimiento; muestra que está hablando con su hijo Salomon, que le escucha con modestia; y porque cuando edificó el templo aún era mancebo, lo parece así en la figura: rostro hermoso, sin barba; hábito de pacífico y muy galano, símbolo admirable del Rey Eterno, Señor nuestro, Jesucristo. Los dos que están inmediatos á estos son, el santo Rey Ezequías, de la parte de David, y de la de Salomon, Josías; y aquí, entre estos Reyes, se anteponen Ezequías á Josafat, y Josías á su abuelo Manasés, que tiene

los dos extremos lugares, y se escogieron entre los demas porque el uno y el otro favorecieron mucho la casa del Señor. Son estas estátuas y figuras, obra de Juan Bautista Monegro, el mismo que hizo el San Lorenzo grande de la misma piedra, que está en el pórtico de fuera; excelente artífice, de quien hiciera más caso la antigüedad, y aún España, si fuera italiano ó venido de Grecia. Tienen en las cabezas unas ricas coronas de metal dorado á fuego, que hoy en dia, están con el mismo lustre y resplandor que el que las pusieron; pesan algunas á más de tres arrobas, y otras á más de cuatro, porque son de diversos maestros; desde abajo y para donde asientan tienen buena proporcion; en las manos derechas tienen todas las figuras cetros Reales, del mismo metal y dorados; pesan los seis 12 arrobas, y quien los mira de abajo no los juzga por grandes. David descubre por el manto la empuñadura de un descomunal alfange, como hombre de pelea y guerrero, por lo que no quiso Dios que le edificase templo: creo yo que tuviera bien que hacer Goliat, el gigante, en esgrimir esta empuñadura sola, pues pesa cinco arrobas ménos una libra: el arpa, que tambien es del mismo metal dorado, 14 ó 15 libras. Salomon tiene en la mano izquierda un libro, como hombre sábio y que escribió mucho y alcanzó más que todos los filósofos. Ezequías tiene una naveta de oro y un cabron junto á sí, para significar la restauracion del altar y de los sacrificios. Josías tiene el cetro

en la mano izquierda y el volúmen en la derecha (tambien es de metal, y pesa, aunque parece pequeño, más de dos arrobas), para significar que los Reyes santos más han de usar de la ley de Dios, que del cetro y del imperio. Josafat tiene en la mano izquierda un asegur ó hacha de cortar leña, tambien de bronce dorado, que pesa dos arrobas, para mostrar el instrumento con que mandó destruir aquellas arboledas y bosques de los dioses en que adoraba aquel pueblo ciego, cuando perdió la verdadera doctrina que tenia recibida del cielo, y procurando se practicase y enseñase la ley del Señor; y para significar esto, tiene tambien unos panes y un cabron junto á sí. Manasés, que es el último de la mano izquierda, está con un compás y regla en la mano, del mismo metal; á sus piés una gruesa cadena y la ropa y despojo de cautivo, significando los eslabones de sus hierros, por donde le trajo Dios á aquel estado en que le abrió con afliccion los ojos, y vuelto por merced divina á Jerusalem y á su reino.

El doctísimo Arias Montano, fué el inventor y por cuyo consejo, se pusieron las estátuas de estos seis Reyes; otros daban en otros motivos: ninguno pareció más á propósito ni de mayor majestad. Hacen una vista hermosísima y muestran una grandeza verdaderamente Real; tenia tambien hechas unas inscripciones para poner en los pedestales, porque muchos ni saben qué Reyes son, ni ménos que fin ó propósito tienen allí;

se perdió el borrador sin quedar memoria de él: S. M. (que sea en gloria) me mandó una vez hiciese unas, para que se supiese qué Reyes eran y qué fué el intento de ponerlos; con su muerte se atajó todo, que nunca se esculpieron.

Esta fachada se remata con un frontispicio muy galano, y rompe con harta gracia la cornisa del segundo orden donde están estos Reyes; una ventana grande de arco ocupa buena parte del tablero ó tímpano; tiene de claro lo mismo que los arcos de abajo, más de 13 piés de ancho por 26 de alto; por los remates del frontispicio están las acroteras y bolas á plomo sobre las pilastras, cuatro en las dos esquinas y una en medio; á los lados, haciendo compañía al frontispicio y á toda la fachada, se levantan dos torres de linda proporcion y arquitectura, propia fábrica de los alcázares de Jesucristo, que son sus templos, porque los romanos y los griegos, por no tener uso de las campanas, no las usaron: dan grandísimo ser y ornato á todo el edificio, y responden con el cimborrio principal y con toda la fábrica singularmente. Nacen estas torres medio pié poco más adentro de las pilastras que responden á los arcos de la fachada de la iglesia, y así se esconden á los dos primeros tercios de ellas, dentro el edificio de los claustillos del convento y colegio, y debajo de sus primeras bóvedas, están las dos porterías; de suerte que, cuando se vienen á descubrir encima del caballete de los tejados sus primeros bordes, que son unas medias cornisas, tienen ya de alto

desde el pedestal de las gradas 82 piés. Desde allí, nacen otros dos órdenes y compartimentos muy galanos; se levanta sobre aquella media cornisa un pedestal de ocho piés en alto, con su basa y chapitel; sobre él dos pilastras de cada lado, medio pié de relieve, también con sus basas y chapiteles, en los intercolumnios hay dos nichos, uno sobre otro, divididos con sus fajas y cuadrados en buena proporción: en medio de estas pilastras, debajo de la faja, está una ventana cuadrada y encima otra redonda, donde en la torre del convento salen las manos ó muestras de las horas del reloj: se remata este orden con una buena cornisa; hace un vuelo grande porque, según el precepto de Vitruvio, las cosas puestas en mucha luz y altas pierden mucho de sus tamaños en nuestra vista, y así es menester hacerlas de alguna cantidad mayor que si estuviesen cerca ó cubiertas, porque las sombras que en las unas faltan, sobran en las otras, y así éstas que están cubiertas parecen mayores, y las que están al aire descubierto menores, porque la luz las baña por todas partes. Lo mismo que hace la torre por un lado, hace por todos cuatro lienzos; el alto de este orden es de 45 piés desde la primera media cornisa donde asienta el pedestal, hasta la mocheta de esta cornisa; desde aquí, se levanta el segundo pedestal del orden postrero, que es de la misma manera que el de abajo; sólo se diferencia que aquí no hay en el medio más de una ventana grande de arco que ocupa todo el espacio,

desde el pedestal hasta el fileton alto de la cornisa postrera, y todo el ancho que hay entre las pilastras; y así tiene de claro 14 piés de ancho y de alto 32, cuatro piés más que la proporción dupla; y no por esto parecen mal, porque la altura del perfil derecho se disminuye mucho en la perspectiva alta, y el ancho no pierde nada. Encima de la cornisa postrera hay antepechos de piedra y balaustres de lo mismo, y por remates ó almenas, las acróteras con sus bolas, que responden en el nivel de las pilastras: se rematan entrambas torres con sus tribunas ó cúpulas.

Encima de esta cúpula, sale una linterna de ocho ventanas con su basa y chapitel; se hace luego una cupulilla encima de la linterna, y de allí sube una aguja muy alta de piedra bien labrada; sobre la aguja asienta una bola dorada, que tiene cinco piés de diámetro; son estas bolas del mismo metal que el de las campanas, y vaciadas de la misma suerte que ellas; de la bola sale una cruz grande de hierro con su harpon: tienen de alto entrambas torres, desde el suelo ó peana de las gradas hasta la cornisa postrera, que sube de cuadrado, 180 piés, y desde allí á lo alto de la cruz 80, que son por todos 260 piés.

En la que está á la parte del convento se puso el reloj, que creo es la mejor y mayor pieza que hay en España, y con él 19 campanas, con que se tañe al oficio divino; se fundieron aquí casi todas, y son de diferentes suertes, grandes, medianas y pequeñas. En la otra torre está otro

orden de campanas; son, si no las he contado mal, 40, puestas en tono, que con sus teclas como órgano se tañen concertadamente y hacen la música que se podía tañer en otro cualquier instrumento; invencion de flamencos y alemanes, que tienen paciencia é ingenio para esto; acá no nos suenan tan bien como á ellos; entre estas campanas (digamos esto de paso) hay una, que si el letrero que tiene junto á la falda no miente, há que se fundió 1.186 años, á 3 de Enero, que fué el año de 400, poco más ó ménos, y el pueblo de Flandes que allí nombra, no le hay ahora, ni se tiene noticia de él; no creo con todo eso que pueda tener tanta antigüedad. Lo más antiguo de la invencion de las campanas, parece del tiempo de Sabiniano, Papa, sucesor de San Gregorio Magno, y Polidoro Virgilio se las atribuye á él, aunque Martin Polono no dice que las inventó Sabiniano, sino que mandó se tañesen á las horas canónicas. Lo que dicen de San Paulino, Obispo de Nola, parece vulgar y no tiene más fundamento sino llamarse nolas las campanas, y ser Nola en Campania, y que el nombre en latin y en romance sea todo suyo; el origen de esto creo nació de que por haberse hallado el uso de la romana con que pesamos, como lo afirma San Isidoro, en la ciudad ó provincia de Campania, en Italia, de donde se llamó campana y se la atribuyeron á San Paulino. Otras campanas hay en esta torre de 200 y 300 años y más, y tan semejantes á esta, que parecen de una misma fundi-

cion y maestro; y así creo, que fué yerro ú olvido faltar el mil. Si esta fachada, con sus dos torres, estuviera toda descubierta (digo), si las torres se vieran levantar desde su cepa y suelo, y no se descubrieran tan altas, perdiéndose de sus cuerpos poco ménos la mitad, y el edificio estuviera retirado por un lado y por otro el ancho de las mismas torres, fuera una cosa de singular majestad y grandeza.

La culpa de esto no se la podemos echar á ninguno, porque el primer arquitecto, que fué Juan Bautista de Toledo, dejó hecha otra traza de iglesia, y ponía las torres á los lados de la capilla mayor y encima de los mismos aposentos reales. Vino despues Pachote, un artífice italiano, que trajo esta traza que se ejecutó; se mudaron las torres, que no estaban bien á la otra parte, y así se siguió este defecto, ó digámoslo así, esta ménos perfeccion, de que no se viese toda esta fachada con la grandeza que de suyo tenia.

La otra fachada que le responde de frente en este mismo patio, que hace espaldas á la del pórtico de fuera, tiene en medio las librerías y el zaguan ó primer vestíbulo; es de la misma traza de la de la iglesia en que están los Reyes: responden en los mismos cinco arcos, y lo que en la principal son columnas de media caña y basas y chapiteles, acaso en pilastras y fajas de medio pié de relieve; responden tambien las ventanas grandes encima de los claros de los arcos, y encima luego otras cinco algo menöres, por donde recibe

la luz de Oriente la librería baja, y otras cinco redondas en el postrero órden para la alta: las fajas y cornisas que ciñen todo este átrio por todos lados, corren de la misma manera. Hay en él más de 240 ventanas; de suerte que es un joyel galanísimo, donde todo se responde, mira y ata, tan apacible y bien proporcionado á la vista, que todos los que en él entran, quedan llenos de admiracion y parece se les alegra el alma; á mi juicio (si en esto vale algo) no hay en esta fábrica cosa de mayor hermosura, ni que represente tanta majestad; sólo una falta tiene, que lo ven todos, y luego y lo primero, y habia de ser lo postrero.

En subiendo por las gradas y entrando por uno de los cinco arcos, responden otros cinco de frente; los tres son las puertas de la iglesia, los otros dos de los lados son entradas de dos patinejos que están á los costados del coro y de la iglesia, por donde tambien se entra en ella. Entre los unos y los otros se hace un tránsito que lo podemos llamar el vestíbulo del templo; Vitruvio le llama pronave, que es decir, el portal que está antes de la iglesia. Fuera de estas cinco puertas, que responden á las de la fachada, tiene á los lados otras dos que se miran de frente; por la de la mano derecha se entra al convento, y por la otra al colegio; son cuadradas y de proporcion dupla, ocho piés de ancho y 16 de alto; este vestíbulo está bien compartido, con pilastras, encasamientos y nichos, de los intercolumnios, en mu-

cha proporcion, respondiend con sus capillas en bóveda, de suerte que, es un pedazo de muy gala arquitectura, que costó cuidado por ser una pieza tan en lo principal de la casa, y sustenta mucha carga, el peso y reempujon de las bóvedas y del frontispicio y figuras; tiene este tránsito ó vestíbulo de largo y de puerta á puerta 138 piés, y en lo ancho 20; llama largo en respeto de sí mismo, porque en respeto del cuerpo principal, el ancho es lo largo. Tiempo es ya que entremos en casa, pues hemos dicho lo comun y de fuera.

DISCURSO III.

*Los cuatro patios ó claustros pequeños del convento
con las piezas más notables que hay
en ellos.*

Forzoso ha sido entrar á los que quieren ir considerando esta casa por los dos discursos que hemos visto, piezas comunes abiertas, y al fin entradas generales para todos. Ahora nos queda más licencia de echar á una ú otra parte, y aunque parece habíamos llegado hasta las puertas de la iglesia, visto sus torres y campanarios, y que no faltaba ya sino lanzarnos por ellas; con todo, es bien divertirnos algun tanto por otras partes más ordinarias y comunes, porque no todos entran por estas puertas, y porque cuando nos den licencia, es bien dejar el buen favor para la postre, y que imite la naturaleza el arte, y procedamos de lo ménos á lo más perfecto. Echemos, pues, á mano derecha y entremos la puerta que está en el vestíbulo ó pronave, que dijimos se está mirando de frente con la del colegio, que es por donde se entra al convento. Se ofrece luego, en pasando el zaguan que cae debajo de la torre de las campanas, una cuadra grande, que sirve de

recibo ó parlatorio, de más de 60 piés en largo y 35 de ancho, bien compartido, con sus fajas y pilastras, unas de piedra berroqueña, y otras fingidas como ella, y cornisa por el contorno, sobre donde comienzan á volver las bóvedas y se hacen las lunetas de las ventanas, y por lo bajo asientos de nogal con sus espaldares, porque los huéspedes que llegan, tengan donde asentarse y descansar. Sin la puerta grande, por donde se entra, tiene otras tres: la una de la medida de esta primera, que son entrambas de ocho piés de ancho y 16 de alto, con jambas y dinteles de piezas enteras.

Por esta puerta se entra al claustro grande y por otras dos pequeñas á los claustros pequeños. Y porque es el recibo, ya que no tiene otros adornos de pinturas como otras piezas, tiene una que basta á ennoblecerla y suficiente, para entretener mucho tiempo en su consideracion á los huéspedes. Este es un cuadro grande, en que está pintada la historia de Abraham cuando recibió en su tabernáculo á los tres ángeles, que los adoró como uno. La mano de esta pintura es de nuestro español Juan Fernandez Mudo, de quien haremos mucha memoria por haber enriquecido con sus obras este convento. La pintura é historia muy á propósito para el recibo y hospedaje de la casa, y es bien menester tenerla siempre delante de los ojos, para que ni se pierda la paciencia, ni se enfrie la caridad con la multitud de huéspedes que llegan á cada hora, que sólo para mostrarles la casa (dejo

aparte el continuo gasto de los que comen, cenan y duermen) son menester hombres que tengan piés de bronce y no menor caridad que Abraham, porque acontece á cada paso haberla andado á mostrar con unos, y llegar luego otros, y luego otros, y todos tan ganosos ó tan impacientes, si no les acuden con mucha puntualidad á su gusto, como si fueran solos ellos con quien se habia de cumplir: se hace todo lo posible y no basta. De allí, echando por aquellas puertas menores por no dar de golpe en el claustro principal, se entra en el claustro que llamamos de la portería, y porque pintado éste, veremos la arquitectura de otros seis como él, me detendré á declararle. Dije al principio (si no me acuerdo mal) que la planta de este edificio, que es de Juan Bautista de Toledo, que despues se alteró en muchas cosas por Juan Herrera y fray Antonio de Villacastin, se divide en cinco partes principales. La que toca al convento en dos, que son, el claustro principal y cuatro claustros menores, que ahora entramos á ver y considerar. Tienen todos á 100 piés por cada uno de sus paños ó lienzos, con poca diferencia, que ya he advertido no reparo en poco más ó ménos; por el andito, desde los pilares á la pared de dentro, 13 piés y medio: hay en cada uno tres órdenes de arcos, unos sobre otros, que cada uno tiene 15 piés, y así desde el suelo á la cornisa que lo remata, hay 45 de alto de la parte de dentro; en cada lienzo se hacen siete arcos y nueve pilares, que como el zoco y chapitel tienen á nue-

ve piés y más de ancho, tres cuartas de cuadrado por la caña de las pilastras: no tienen otro ornamento sino unas fajas de medio pié de ancho y una cuarta de relieve; y con ser esta obra en sí tan llana, aunque no de la mejor piedra, pero bien labrada, por estar tan bien proporcionada, de tan buenos miembros y correspondencia, parece de mucho arte y fortaleza, y se ve en ella, que no consiste la arquitectura en que sea de este ó de aquel órden, sino que sea un cuerpo bien proporcionado, que sus partes se ayuden y respondan, aunque no sea sino unas piedras cortadas de la cantera, asentadas con arte una encima ó enfrente de otra, que venga á hacer un todo de buenas medidas y partes que se correspondan. Los arcos bajos son un poco mayores que los segundos y terceros, y como no tienen antepechos, sino que se entra por sus claros llano á los claustros, que se llamarán mejor patios, están más exentos y libres y parecen de mejor proporcion que los altos; conforme á buena arquitectura, hacen su disminucion, que siempre el órden más alto ha de ser un poco menor: por los bajos hay bóvedas de ladrillo y yeso, que van haciendo sus capilletas por dentro, con sus arcos y correspondencias de impostas ó chapiteles metidos en la pared. Los otros dos más altos es el techo de madera, aunque en las esquinas ó ángulos sus arbotantes y pilastras en la pared de dentro. Sobre estos tres órdenes se añadió otro, que es como cuarto, para que la casa creciese en aposentos, y porque si hubiera

otro orden de pilares sobre los terceros, quedarían los claustros ahogados, sin sol y como pozos; siendo tan altos, acordaron que este orden cuarto, se quedase en las celdas, y pareciese por fuera y por dentro, donde habían de estar los pilares y arcos, se cortase al sesgo, de suerte que, viniesen las aguas y los aleros del tejado segundo, á rematar donde habían de sentar los pilares del cuarto, haciendo como un desvan lo que había de ser corredor ó claustro. Con esto, quedaron los claustros más abiertos, con sol y con luz, y se dividió el tejado en dos aguas, las altas hasta la cornisa de dentro de este cuarto orden, y las segundas hasta la cornisa del tercero, y así tienen los tejados en todos estos claustros dos órdenes de ventanas, tres en cada lienzo de las primeras aguas, y cuatro en el de las más altas; de suerte que, los tejados de dentro en cada claustro pequeño hay 28 ventanas en buena proporción, que hacen harto adorno al empizarrado; con esto se vinieron á igualar todos los caballetes y las aguas de todo este edificio, que fué una de las cosas más bien acordadas que hay en él, y se le debe, como dije arriba, este acuerdo al juicio de fray Antonio de Villacastin. Por la planta alta, que corre á los 30 piés, tienen estos cuatro claustros muy graciosa vista: se descubren unos paños y claustros muy largos, que se cruzan y atraviesan con multitud de arcos, haciendo, por doquiera que les miren, unas calles de 238 piés de largo, pues los claustros tienen, como dije, á 100 piés cada

uno, y las piezas que hay intermedias que dividen los unos y los otros, con el grueso de las paredes, tienen otros 38. En cada uno de ellos, hay su escalera puesta en los ángulos que vienen más á propósito, haciendo de diez en diez escalones, una meseta, todas con harta luz, que es la importancia en cosa de escaleras. En medio de cada patio, hay una fuente de mármol pardo, hermosamente labrada; tiene cada una por el borde de fuera 29 piés en redondo, por el contorno tiene la pila sus pilastras y compartimentos y molduras; en el medio se levanta una taza del mismo mármol sobre un pedestal cuadrado, que iguala con el borde de la fuente; sobre el pedestal se hace un balaustre y allí asienta la taza, del medio de ésta, sale otro pedestal más pequeño, y encima asienta una bola, que por cuatro mascarones ó cabezas y bocas de ángeles despiden el agua; cae en la taza, y de allí por otros cuatro cae en la pila, y como todas son de esta misma forma, quedarán dichas de una vez.

Están estos dos claustros adornados con varias pinturas, porque en todos los encuentros y testeros de paredes, á cualquier parte que se camine, lleven los religiosos algun objeto que recree la vista y despierte á devocion el alma, y no se dé paso ocioso, ni se derrame vanamente el pensamiento. En una parte se ve una imágen de Nuestra Señora, con el mismo Dios en los brazos, una vez dormido, otra despierto colgado de sus pechos, y otra recién nacido; acullá está San Jeró-

nimo desnudo, dándose con un guijarro en los pechos, que con el vivo sentimiento que muestra, parece faltan las centellas del amor del alma. Aquí se ven los Magos llegar á ver al Rey nacido, y le ofrecen dones misteriosos: acullá está el Evangelista San Juan escribiendo, y en otro testero se ve el Bautista, mozo tierno, vestido de pieles de camello en el desierto, matando la sed con la agua que sale de los cristales de una peña; ya se contempla á Cristo con la cruz áuestas, y el lugar del Calvario donde murió por la salud del hombre; ya le encontramos en la Oracion del Huerto; ya en casa de Marta y María; ya muerto en los brazos de su madre, y otros cien recuerdos de los tesoros de nuestras almas, donde vamos leyendo con los ojos y con el corazon lo que debemos á Dios.

Cruzan y dividen estos cuatro claustros, dos intervalos ó distancias de 38 piés cada una, de Oriente á Poniente y de Norte á Sur: en el medio, donde cruzan, se hace un cimborrio cuadrado del mismo ancho y alto hasta la cornisa de la parte de fuera, tiene 85 piés, donde vienen corriendo todas las ventanas de los tránsitos que se hacen al pasar de unos claustros á otros, que como son tantos, hacen por dentro del cimborrio una composicion de ventanas harto hermosa; por cada lado tiene seis órdenes de ellas, de tres en tres, que contando desde las puertas bajas, llegan á 80, con las de la cúpula del mismo cimborrio, que le dan la principal luz. Las doce puertas que digo

están en el suelo bajo, tienen seis piés y medio de ancho por 13 de alto, con puertas de nogal bien labradas, jambas y dinteles de piezas enteras, que le dan mucho adorno y grandeza; por las tres del Mediodía, se entra al refectorio del convento, y las otras nueve, sirven á los otros tránsitos, que dan mucho lustre á este zaguan. Se remata la cúpula con un chapitel de pizarra ochavado en pirámide, bola dorada y cruz; en medio del suelo tiene una fuente de jaspe colorado, que con el ruido de agua que cae de estos caños, está en verano la pieza harto fresca y bien acompañada. Desde aquí, como digo, á la parte del Mediodía, se entra en el refectorio del convento; una pieza alegre, clara, blanca, toda con buenos compartimentos, en la bóveda, que es de estuque, dos púlpitos de piedra bien labrados, á cada coro el suyo; sin estas tres puertas, tiene junto á ellas de cada lado, otra del mismo tamaño por dentro, aunque no por fuera, pues no lo sufre la bóveda de los claustros pequeños, que no tiene más que 13 piés en alto. Dos defectos tiene este refectorio, que todos los ven y los advierten en entrando, y los advertí en el otro libro de la fundacion: lo primero, es pequeño (digo corto) para tanto número de religiosos, porque no tiene más que 120 piés de largo por 35 de ancho; dimos la excusa de esto, que es legítima, que era muy grande y de linda proporcion para el intento primero de su fundacion, que no habia de ser más que para 50 frailes: se hizo luego así, y como los mar-

cos ó caja de la planta no podían crecer en ancho como crecía en alto, quedó sin remedio el refectorio; la segunda falta es, que para 35 piés que digo tiene de ancho, es muy bajo, pues sólo tiene hasta la bóveda 28 piés; así fué forzoso que esta y otras algunas piezas quedasen algo bajas, por guardar el decoro y unidad á toda la máquina, donde se ve que ni en este suelo, ni en el bajo, ni en los más altos, áun hasta en los desvanes, hay un escalon. Tiene este refectorio en el testero de Mediodía, cinco ventanas grandes que le bañan de luz y le tienen alegre, y además le limpian de cualquier olor, que no huele más á refectorio que la sacristía, aunque también ayuda mucho á esto la limpieza y el aseo, que es como propia de esta religion, y en los lugares que de suyo no la tienen pone más cuidado. Entre las dos ventanas bajas hasta la cornisa que corre por toda la pieza, desde donde vuelve la bóveda, está asentada aquella tan famosa pintura de la Cena, del Ticiano, que nunca acaban de alabar los pintores, y tienen razón, porque están tan vivas y con tanto espíritu las figuras, que parecen ellas las que hablan y comen, y los frailes los pintados; tanto es el relieve y la fuerza que allí muestra el arte. En correspondencia de esta pieza, que se miran frente á frente, está la ropería, donde los religiosos, como en esta, toman juntos la comida, en aquella, el vestido, y tienen allí la ropa que su religion les da, para que todo sea vida comun y apostólica, y ninguno diga cosa suya ni el cui-

dato de los menesteres del cuerpo embarace la quietud del alma. Es esta oficina de la misma forma que el refectorio, aunque por tener las ventanas al cierzo, no es tan clara, y de largo tiene 13 piés de ménos, que toma el tránsito, y el refectorio le tiene dentro, y esta pieza fuera. Está adornada con algunas pinturas de devocion y los mismos hábitos de los religiosos, que están cogidos y colgados en unas perchas de hierro por sus distancias, debajo de sus mismos nombres, que la adornan mucho; cuando en algunas fiestas principales no se desdeñan nuestros Reyes de comer en compañía de estos siervos de Dios, sus capellanes, se abren todas las puertas y ventanas de estas dos oficinas, refectorio y ropería, y como está todo tan nivelado y con tan puntual correspondencia, desde el asiento de la mesa traviesa que hace cabeza se ven ambas piezas, y pasa la vista por las ventanas contrarias de la ropería hasta el patio primero, y repara en las ventanas de la lonja del colegio, que si no estuvieran tabicadas por dentro, no parara hasta el otro cimborrio del colegio, que es una larga y hermosa perspectiva de más de 400 piés de traviesa. En la otra banda ó distancia que dije cruzaba con ésta de Oriente á Poniente y á otras piezas de mucho servicio y cumplimiento, como la cocina, pieza cumplida, con sus fuentes de agua caliente y fria para la limpieza, y en la correspondencia de ella á la parte de Oriente, al andar de los 30 piés esta otra, que por no poderse excusar se llamó necesaria, donde

hay tanta limpieza y tanta abundancia de caños de agua, de una y otra parte, que se puede entrar en ella sin asco y aún á refrescarse. Sin estas oficinas, hay otras muchas piezas de gran cumplimiento y servicio en estos cuatro claustros. En uno, donde siempre se han enterrado los religiosos, está aquella capilla primera que dije sirvió de iglesia algunos años: partida en capilla principal, cuerpo de iglesia y coro y debajo del aposento del Rey: se mudó en otra forma, como ahora se ve, se hizo toda un cuerpo bajando el coro y sus sillas, que estaban á 15 piés del suelo, poniendo los dos órdenes de sillas de cada coro continuados de cada banda, como coro de cartujos; quedó así una pieza muy grande de 105 piés de largo y 35 de ancho, muy alegre y solada, de mármol blanco y pardo, distinta en tres compartimentos ó capillas, la bóveda con una faja cuadrada en lugar de cornisa al derredor. Se quedó también con el mismo adorno de los tres altares que se tenía antes, el mayor en que está el martirio de San Lorenzo, de mano del Ticiano, tan al natural y tan bien entendido, que parece se ve como ello fué: toda la luz de la pintura, se recibe de unos fuegos ó luminarias que están puestas en la peana ó pedestal de un ídolo y de las llamas que salen debajo de las parrillas, que por haber sido de noche el martirio del santo, consideró como valiente artífice la naturaleza del caso. El santo, aunque vivo, parece tiene ya medio tostadas algunas partes, y levanta el brazo á recibir

una corona de laurel que le traen unos ángeles; las figuras más cercanas son algun tanto mayores que el natural, con tan lindo artificio puestas, que todas tienen luz y se ven, aunque son muchas. Es al fin el cuadro tan valiente, que aunque está de noche, ha oscurecido cuantos despues acá se han pintado de muchos grandes hombres del arte, como veremos, y ninguno ha contentado tanto. En el colateral del Evangelio está la Adoracion de los Reyes, del mismo Ticiano, obra divina, de la mayor hermosura, y, como dicen los italianos, vagueza, que se puede desear, donde mostró lo mucho que valia en el colorido, y tan acabado todo, que parece iluminacion, lindos rostros y hermosas ropas y sedas, que parece todo vivo y la misma naturaleza. En el lado de la Epístola está el entierro y sepultura de Nuestro Señor, tambien suyo, que quebranta el corazon á quien con atencion lo mira; son las figuras de estos dos cuadros como la mitad del natural, aunque las de éste, un poco mayores que las de los Reyes. Dije tambien que sirve ahora esta pieza de que se hagan en ella los entierros y exequias de los religiosos, porque está muy acomodado y junto de las mismas sepulturas. Encima de esta pieza, porque lo digamos de camino, está otra del mismo tamaño, que sirvió al principio de librería y ahora de dormitorio, á los religiosos mancebos que no han salido de la disciplina del maestro, donde hemos dicho pasan siete años, y son pocos para enfrenar tan fiera bestia como nuestra sensualidad, y ha-

cerlo obedecer á la razon, y siquisiera por la costumbre camine por buena senda. Sin éste, hay otro dormitorio encima del refectorio y otras piezas grandes de servicios forzosos para la vida monástica; sería menudencia y enfado discurrir por todas, y decir los adornos que hay en cada una; basta tocar las partes de más consideracion. No le importa al lector saber las piezas de la enfermería, ni sus celdas, ni las de la procuracion, ni sus cumplimientos, ni las de la hospedería y barbería: y si me pusiese á escribir los de la botica, aún cansaria á los boticarios, porque en sola esta oficina hay más de veinte aposentos sin las cantinas y desvanes, y al fin un claustro entero sin la pieza principal, que está en el claustro de la enfermería; era hacer un discurso largo si me pusiese á dar razon de los destilatorios y alambiques, y las extrañezas que se hacen de quintas esencias y otras abstracciones ó sublimaciones de gran primor, en que pudiera hacer de filósofo; pero tengo por género de ambicion querer tratar de todo, por lo ménos sabe á curiosidad: á quien le corriese deseo de menudear en tantas cosas, venga á verlas, que si tiene gusto de esto, hallará cuanto quisiere.

El número, proporcion y cumplimiento de todas estas oficinas y aposentos, entenderá fácilmente el que tuviere conocimiento del arte, por las dos plantas de esta fábrica, la general y la de los 30 piés que hizo Juan de Herrera en las estampas de esta casa, que sirven de mucho para

ocasiones semejantes y no hacer yerros en estos compartimentos. Las puertas y ventanas de estos cuatro claustros, las de las celdas y de las piezas mayores, de ordinario son en proporcion dupla, salvo, las que hacen frentes en los testeros de los claustros y tránsitos, que son proporcion sexqui-áltera, porque son comunes y porque ocupasen más el ancho, de suerte que, tienen de alto el ancho y más la mitad del mismo ancho. Se responden todas así en los niveles y plomos, cayendo las altas sobre las bajas, claro con claro y macizo con macizo, como en el mirarse de frente á frente unas con otras, con mucha hermosura y órden, de suerte que no hay cosa sin acuerdo.

DISCURSO IV.

Descripción del claustro principal, en lo bajo y alto de la escalera grande que sube del uno al otro.

Una de las cosas más importantes y sagradas que hay en las religiones, son los claustros, y en la Órden de San Jerónimo el todo, como si dijésemos el ser de ella, donde, como en la misma iglesia, se guarda siempre silencio, y en particular en el bajo; que aunque en todas nuestras casas de ordinario hay más de un claustro (en todas hay dos y en algunas tres), el en que viven los religiosos y donde tienen la mayor parte de las celdas, por donde andan las procesiones y se entierran los religiosos, es el que tiene nombre de claustro, donde corren las leyes de silencio y otras observancias. En esta casa de San Lorenzo, donde hay tantos, quiso el fundador, acomodándose con nuestra manera de vida, pues hacía casa de San Jerónimo, hacer un claustro principal, la arquitectura de él quiero decir ahora, pues le cabe por su órden, y es una de las seis partes principales en que dije se dividía toda la planta, y en hermosura y buenos adornos.

La primera es cuadrada, de poca ó casi imperceptible diferencia: en los lienzos que van de Norte á Sur tiene 110 piés de pared á pared; en los otros dos, que van de Oriente á Poniente, 207, poco más ó ménos: el andito, ó el ancho de la pared á los antepechos (voy hablando del suelo bajo) tiene 24 piés, y de alto, algo más de 28; de suerte que, mirada la caja y el claro de pared á pared, tiene algo más que los cuatro claustrillos de que hemos hablado en el discurso pasado. El órden primero es dórico, y el del alto es jónico, porque son muy hermanos, y entrambos, en lo que toca á la proporcion de las columnas, harto parecidos. Tiene por cada lado, contando los rincones ó ángulos, 12 pilastrones cuadrados, con su basa y chapitel por la parte de adentro (dentro llamo lo que cae al jardin): donde tiene la fachada y la vista, se levanta un pedestal de cinco piés, en la medida diagonal que pide el arte, con basa y cornisa, bien labrado, que resalta pié y medio del pilastron, y sobre él carga una columna de media caña, con su basa y chapitel de órden, como digo, dórico. Por la parte del andito y de la procesion, tiene otro pilastron cuadrado, de una cuarta de pié de relieve, que sube hasta la imposta: el claro del arco tiene en alto, desde el antepecho, que es igual con el pedestal, 20 piés, y de ancho la mitad. Encima corre, por los chapiteles de las columnas, el arquitrave, gotas, triglifos y métopas desnudas, y la cornisa, con sus partes bien consideradas y de buena salida. Res-

ponde en la pared de enfrente, en la misma proporción de antepecho y pilastra, otro pilastrón de la misma piedra, con medio pié de relieve, que va haciendo sus arcos respondiendo á los claros, capillas y bóvedas de piedra, todo bien labrado y con mucha gracia. Los pilastrones de las esquinas son doblados, para que respondan, con sus columnas y pilastras, dentro y fuera, y para el ángulo de adentro en los arbotantes. Tiene todo este órden, desde el suelo primero hasta el abaco de la cornisa, justos 30 piés; sobre ella asientan los pedestales del segundo y los antepechos, que, como dije, es órden jónico, y guarda lo mismo todo que el bajo dórico, salvo que el antepecho y pedestal no tiene más de cuatro tercias: la columna, con su pedestal, basa y chapitel, tiene de alto 22 piés; el recto, hasta la mocheta, cuatro piés. Los claros de los arcos son los mismos que los bajos, á 10 piés, y el alto en doble, contando en ello el antepecho, ó midiendo desde el suelo; de suerte, que tiene tres y medio piés ménos de alto, por razón de que quedase más abrigado, que en tierras frías se ha de tener cuenta con esto; y aún despues acá se determinó echar ventanas de madera, con sus tableros de nogal, bien labrados, y de la parte que les da el sol y el agua dado de color verde, para que sea más durable y se defienda la madera; y así queda hecho el claustro, por los 30 piés, unas galerías cerradas y guardadas en el invierno de los aires y del frío, y en el verano del sol; de suerte que es ir por él

como por una celda larga y espaciosa, cosa por extremo acertada, de mucha grandeza y provecho; por las paredes de dentro de este alto hace lo mismo que en el de abajo, respondiendo á los claros otros cerrados, que de la imposta arriba, en los dos paños de Mediodía y Oriente, hace ventanas abiertas, para dar luz á los callejones de las celdas altas que están en ellos, y tienen sus antepechos de hierro; en los otros dos, que son el de Poniente y Cierzo, las tiene cerradas: por remate de este segundo orden jónico, y para adorno de todo el claustro, se hizo un antepecho encima de la cornisa, abierto, con sus balaustres y pasamanos, asentando á plomo sobre los pilastrones y columnas otros pedestales, que son la fuerza del antepecho, haciendo sus resaltes y guardando el mismo orden que los bajos; encima de ellos están las almenas ó acroteras, con bolas que les sirve de remate; de suerte que, desde el asiento de los pedestales de este segundo orden jónico, hasta el pasamano de este antepecho, hay justos otros 30 piés, y en toda esta fachada de la arquería, justos 60, guardando todo mucha proporción y medida. Por este claustro hacemos las procesiones los días de fiestas principales, porque las de los difuntos y otras más ordinarias, se hacen por los claustros pequeños, donde nos enterramos, ó por el cuerpo de la iglesia, que hay harto espacio para ellas y parecen muy bien.

Las piezas que rodean este claustro en el bajo, por la parte del Norte, está la iglesia, y se entra

en ella, por una puerta grande que responde al claro del arco: por la de Oriente, la sacristía con el zaguan y servicios de ella, con otras dos puertas grandes en el mismo lienzo, una, al principio y otra al fin; por el lienzo de Mediodía los Capítulos y celda baja del Prior, con otra puerta en el medio por donde se entra á los Capítulos, y cada cosa de estas quiere que hagamos discurso de ella, porque lo merece. Por el lienzo de Poniente, está la iglesia pequeña, que sirvió de prestado, y la entrada del zaguan ó recibo, de que ya hicimos memoria; tambien tienen otras dos puertas grandes, en mucha correspondencia, que se miran con las otras dos del paño de Oriente; de suerte que, tiene el claustro bajo, seis puertas grandes, de una misma medida, de ocho piés en ancho y proporcion dupla. En medio de estas dos piezas, se hacen cinco claros ó arcos abiertos; los dos sirven de tránsitos para los claustros pequeños desde el grande; son tambien de piedra, bien labrados, guardando el órden del antepecho que va respondiendo de una y otra parte; los otros tres, sirven á la escalera principal, que es una de las cosas bien acertadas y hermosas que hay en esta fábrica.

La traza dió un Bergamasco, hombre de mucho ingenio en pintura y arquitectura; tiene esta escalera de cuadro en toda la caja por la entrada hasta el testero, que podemos llamar lo largo, 45 piés, por el ancho 40; la entrada para subir del claustro bajo, no tiene sino lo que responde al

claro de los arcos, ni se le pudo dar más sin romper el orden de la arquitectura, que viene corriendo con gran uniformidad, ni se podía disminuir en unos, para dar á otros sin notable fealdad. Entrando por el arco y pasados los dos pilastrones, tiene de ancho cada escalon más de 16 piés, sube derecha con solo este orden hasta 15 piés en alto, con 26 escalones, haciendo una mesa á los 13, y luego otros 13, otro descanso y mesa grande, que toma todo el ancho del cuadro, que como dije, tiene algo más de 40 piés de traviesa y 12, desde el escalon á la pared. Por esta mesa se entra á los 15 piés de los claustros pequeños, y desde ella, se parte la escalera en dos ramos ó brazos; el uno vuelve sobre la mano derecha, y el otro sobre la izquierda, y suben hasta el claustro grande, haciendo en medio á los trece escalones ó descanso de cada parte, como en el tramo que subió derecho; de suerte que, en 30 piés de alto, hay 52 escalones y cuatro mesas, y así quedó llena, suave, apacible, alegre, clara, hermosa, desenfadada, y con todas las buenas partes que se pueden desear en una buena escalera, parte tan principal y tan difícil de acertarse en los edificios: las piezas son todas enteras, de una pieza y buena piedra, los pasamanos de la misma manera, con buenas fajas y compartimentos y otros adornos en los arcos colaterales de la entrada; sobre donde revuelven los dos brazos de ella, están unos nichos grandes, con sus asientos, dos de cada lado: en el testero de los 15 piés, hay otros

tres nichos, tambien con sus asientos; los que se sientan allí, tienen delante una muy alegre y variada vista; arcos altos y bajos, y por los lados escorzos y perspectivas en arquitectura excelentes, que se hacen con las líneas visuales que salen de los ojos, nichos, puertas, jardines, frescuras, fuentes, estanques, pinturas, estátuas, que todo junto se viene delante, recreando con su composura el alma: la bóveda es muy alta, porque encima de la cornisa de piedra, que corre al derredor por cima de los chapiteles de las pilastras, se levantó un pedestal grande, que á mi parecer tiene ocho piés de alto, con sus compartimentos de estuque blanco como la nieve, y encima de él, corre otra cornisa de lo mismo. Vuelve luego la bóveda, haciendo sus lunetas y ventanas, cuatro por cada lado y tres por las frentes; la bóveda tambien está estucada, bien compartida y de buena gracia; encima de los nichos de la mesa que atraviesa y hace tránsitos á los claustrillos, están tres historias al fresco, y otras dos encima de los claros, que responden á estos tránsitos, que acaban de echar el sello á la perfeccion de esta escalera, de que haremos luego memoria: finalmente, es toda ella una pieza que los que por momento subimos y bajamos por ella, no nos hartamos de mirarla.

Dicho he, como he podido, la arquitectura del claustro alto y bajo; diré ahora del adorno de entrambos. Está el claustro bajo pintado todo al óleo y al fresco; de suerte que, en todo su contor-

no hay 46 historias del Nuevo Testamento, desde la Concepcion de Nuestra Señora hasta el Juicio final, que aguardamos, repartidas por los arcos de dentro, que responden á los claros de fuera, contando cuatro ángulos y rincones, en que hay ocho, y las cinco que dije están en la escalera principal, que tambien responden á los claros de los arcos por donde se entra á ella, y los callejones para los claustrillos. Comienzan estas historias, desde la puerta por donde salimos con las procesiones de la iglesia al claustro, y luego en el arco y claro de la mano izquierda, porque así volvemos luego con la procesion; está la Concepcion de la Vírgen Santísima, que es como la primera piedra que Dios puso en esta fábrica; de la otra parte de la misma puerta, en la mano derecha, está el exámen postrero que harán con nosotros, para ver si cumplimos tambien lo que con él asentamos en el Nuevo Testamento, que quiso hacer con los hombres, como él lo cumplió de su parte, donde acaba la procesion, y no hay más que andar y que negociar, porque los que lo cumplieron entrarán en su templo y en su gloria, con los que anduvieron bien la procesion; los que no, se quedarán fuera, como vírgenes locas, ó siervos perezosos, que no supieron granjear. Para que se vea que no está la pintura hecha á caso, se repartió toda entre cuatro maestros, dos españoles y dos italianos; la pintura al fresco de los claros de los arcos todos, con el ángulo ó rincón que está junto á la iglesia pequeña, que es la

principal, se le dió á Peregrin de Peregrin, Milanés, hombre valiente en el arte, de mucha invencion y caudal, así en el historiar como en el dibujo, uno de los más señalados discípulos y seguidores de la manera de hacer de Miguel Angel, como se muestra en todas las obras que aquí quedaron de su mano, de que haremos relacion en sus lugares propios.

De las de este claustro, diremos ahora alguna cosa: la primera estacion, como dije, es la Concepcion de la Vírgen, una historia bellísima, se abraza el Santo Joaquin, ó como se llama, San Mateo Jacob y Santa Ana, su mujer, en la puerta dorada (se admitieron en estas historias primeras de la Vírgen, las que el vulgo tiene recibidas, porque no hay otras más asentadas ni ciertas), dos figuras de lindo dibujo y movimiento que representan bien aquella pureza y gracia, que en los padres de la Señora Nuestra, se puede imaginar: se descubre un pedazo de buena arquitectura donde está la puerta dorada, y por el claro de ella, una calle con unos lejos excelentes, donde se ven personas y ventanas y puertas que hacen al propósito; por otra parte, unos hermosos paisajes y campos, donde están los ganados y pastores del Santo Patriarca. Tras esta, sigue la Natividad de la misma Señora Nuestra. Fingió un pedazo de edificio cortado, para que se viese lo de adentro de una casa ordinaria: en la pieza más alta está la santa matrona Ana, sentada con gran compostura en el lecho, y parece quedó más her-

mosa despues de tan singular parto, porque tiene una elevacion particular; en la parte más baja del aposento, están unas mujeres aderezando la niña recién nacida tan al vivo, que parece se ve lo mismo que fué. Luego, en el tercer arco, la presentan sus padres en el templo, donde hay un lindo pedazo de arquitectura puesto en perspectiva, y la niña divina se ve cómo va subiendo por sí sola las gradas del templo con tan alegre semblante como quien iba á la casa de su verdadero padre; introdujo en esta historia dos pobres desnudos que pedian limosna junto á las gradas, figuras de mucha fuerza, relieve y dibujo. Luego se sigue la cuarta, que es el desposorio de la misma Reina con el Santo José, historia excelente y á mi parecer de las más bien tratadas que hay en el claustro: tiene otra arquitectura bien entendida; se ven en ella cabezas de viejos y mozos, mujeres hermosas y mancebos de linda gracia, y todos muestran alegría y están como regocijados en ver aquella milagrosa union de los desposados. Las dos figuras principales de la Virgen y José, son verdaderamente singularísimas, llenas de honestidad y hermosura. En el claro del arco quinto se ve la Anunciacion de la Virgen que, aunque con ella nos vino toda la buena dicha, esta historia no la ha tenido, porque ya se ha pintado dos veces y ninguna ha satisfecho: mejor es la sexta y de más nueva invencion, que es, la Visitacion de Santa Isabel y la casa de Zacarías, que tiene harto buenas cosas. Aquí entra el primer

rincon y ángulo del claustro, que está junto á la puerta de la sacristía, en que hay muchas historias; hacen todos dos frentes y se doblan las historias, porque se cierran y abren las puertas de los encasamientos, y así se procuró que abiertas y cerradas guarden el mismo órden y no se cortase el hilo de la historia, y quede esto dicho para los demas ángulos. En el primero de este, se sigue luego la Natividad de Nuestro Salvador, en el nicho ó encasamento al óleo, así dentro como fuera, y el aparecimiento del Angel á los pastores, y la Circuncision del Señor: estas dos, en las puertas cuando se abren y cuando están cerradas, en lo que tapan de la pared, al fresco. En el segundo testero, está la Adoracion de los Reyes; en lo principal del nicho y en las puertas cuando se abren, se ve el Bautismo de Nuestro Señor en el rio Jordan; y el milagro de las bodas, convirtiendo el agua en vino, cada una en su puerta, y cuando están cerradas, en lo que tapan de la pared cuando están abiertas, al fresco pintadas. De suerte que, en cada uno de estos rincones hay doce historias, aunque, como digo, no son más que seis, sino que se pintan dos veces con diferente invencion y postura. Pintó esta estacion con harto estudio y cuidado Luis de Carvajal, hermano de Juan Bautista Monegro, cuyas dijimos son las figuras y estátuas de los Reyes y de San Lorenzo. Entra luego el paño y banda de Oriente que cae en la parte de la sacristía. En pasando la puerta de su zaguan, que está en el primer claro,

se sigue la historia de la Purificacion de Nuestra Señora; puede ponerse entre las primeras y mejores de esta órden; lleva la Vírgen en sus brazos el Niño alegre y risueño, en la mano derecha una vela encendida; muestra entrar en el templo, que se representa con una excelente perspectiva, y sin duda son todas estas figuras valientes: la historia galanamente repartida, lindas cabezas, bien labrado y buen colorido, y todo bueno. Sin esta, hay otras ocho historias en este paño ó banda, hasta la otra puerta que responde á esta, en el último claro. La huida de Egipto, donde se ve la Vírgen con el Niño en brazos sentada en un pollino, y juran todos que le ven caminar una cuesta abajo; José le lleva del cabestro; un ángel de piés en una nube los va guiando; una historia de solas estas tres figuras artificiosamente puestas y repartidas, y estimadas entre todas cuantas hay en este claustro, y con razon. Luego se ve la muerte de los niños inocentes, la vuelta de Egipto, la del Niño perdido y hallado en el templo, en medio de los doctores preguntando y respondiendo; historia excelente y hermosamente trazada y dispuesta; parece se les ve en los rostros, la admiracion que les ponía en alma, tan celestial prudencia. Luego se sigue la tentacion del desierto, poniéndolas todas tres con buen ingenio, la eleccion de los Apóstoles y de los discípulos, despues de haber estado orando en el monte, y significó aquí con mucho artificio aquella diferencia de sentimiento que puede creerse ó imaginarse; hizo

esta eleccion en los unos y los otros, porque los de la mano derecha, donde puso los escogidos, para tan alto ministerio, están con semblantes devotos, humildes, gratos y santamente alegres, que parece se les ven estos píos afectos en el rostro y en los movimientos; los que quedan á la mano siniestra, se muestran como tibios, descuidados, mal contentos, y como quien no merecia se les hiciese aquel favor, que apenas cae debajo de merecimientos: y pudo el maestro tanto con el arte, que nos quiso hacer ver en la pintura, lo que no es fácil de conocer en el mismo natural y vivo.

Está luego la Resurreccion de Lázaro, historia bien considerada; la última de este lienzo es cuando echó Cristo de la casa de su padre los que vendian y compraban en el templo; aquí tomó Peregrin alguna demasiada licencia en inducir personas desnudas, que con la aficion del arte y la gana de mostrarla se pierde muchas veces el decoro y la prudencia, y áun lo que fué peor, que la figura del Cristo, si bien se considera, está algo corrompida; la culpa fué del que la labró, que no le entendió bien; son pocas las que el mismo Peregrin labró de su mano en este claustro, y como S. M., que sea en gloria, deseaba tanto verlo acabado, fué forzoso traer oficiales que labrasen lo que él dibujaba, que si él lo hubiera de hacer sólo, aún no estuviera acabado; le oí yo quejarse de esta prisa hartas veces, porque veia los defectos, y en el fresco no tienen remedio sino hacerse de nuevo.

Entran luego el ángulo y rincon segundo, que tiene el número de historias que el pasado; le pintó un maestro italiano llamado Rómulo, que vivió muchos años en España, y así dejó muchas obras de su mano; dicen que no era hombre de mucha invencion: en las casas del Duque del Infantazgo, en Guadalajara, hizo muchas cosas al fresco, y del grotesco, que satisfacen á muchos; las que pintó en este rincon, son las dos principales del óleo dentro y fuera, la Transfiguracion del Señor y la Cena. En las puertas abiertas y en las partes que cubren de la pared, están la de la Samaritana y la de la mujer cogida en adulterio, y Cristo escribiendo en tierra la poca justicia de los acusadores, por haber en ellos otros mayores pecados y más graves adulterios. En la otra parte donde está la Cena, en la una de las puertas está la entrada festival y de los ramos en Jerusalem, y en la otra, el lavamiento de los piés; pintó en la de fuera la Cena legal del cordero figurativo, con los báculos en las manos y como gente que habia de caminar luego; y en la de dentro la real y verdadera del Santísimo Sacramento, del cuerpo y sangre de Jesucristo; tiene esta pintura buen colorido y no la falta relieve. Torna á proseguir luego Peregrin las historias en los claros de los arcos, y luego desde la primera, pasado este ángulo de Rómulo, comienza el discurso de la Pasion por todo este lienzo del Mediodía, en diez historias repartida, comenzando desde la Oracion del Huerto, donde mostró mucho arte y grandes pri-

mores de su ingenio, variedad de posturas, escorzos y valentías, luces fuertes, grande relieve y posturas, ó como ellos dicen, *habitudines* extrañas con diversas arquitecturas, perspectivas excelentes al parecer de muchos; ya que se atrevió hacer tantas extrañezas, y ser tan inventivo, ó como ellos dicen, caprichoso, no habia de fiar el ejecutarlo de otra mano que la suya, porque haya algunas cosas mal entendidas y con yerros ó defectos que se pueden excusar mal; tambien osaré decir que se aprovechó en más de una parte de las cosas de Alberto, que para hombre de tanta invencion es defecto, si no lo excusamos con la prisa que se le daba á que lo acabase. Llegó corriendo con estas historias hasta que Cristo sale con la cruz á cuestras por la puerta de Jerusalem, donde representó harto al vivo aquel tropel y aprietos que en estos casos suele hacer la gente, unos á pié, otros á caballo, *rempujándose*, riñendo; las cruces de los ladrones se divisan medio dentro de las puertas, medio fuera, y otros cien movimientos bien pensados; representó la persona de Nuestro Salvador, arrodillado con la cruz y el aprieto de la canalla, donde le encuentra la Santísima Madre; puso el rostro de Cristo tan deshecho y tan consumido, que quiebra el corazon; el rostro de la Virgen no se descubre todo, que casi está de espaldas; en lo que se alcanza ver, dió muestras del intensísimo dolor y sentimiento; es, sin duda, una historia valiente, de cien cosas buenas, y de mucha piedad y devocion.

Luego se sigue el ángulo tercero, que es también suyo, donde por ser casi todo de su mismo pincel y colorido, hay cosas excelentes y de mucha valentía, y de singular hermosura y arte, así en lo del fresco como del óleo. En la primera estacion de las dos principales, está Cristo crucificado; en la de dentro se puso de frente, con mucho acompañamiento de figuras; la Virgen está en pié, y lo mismo San Juan y las Marías, aunque la Magdalena abrazada á los piés del Crucifijo, en una postura artificiosa y que no ofende ni embaraza; todas muestran el vivo dolor y sentimiento que se pudo declarar con el pincel; los sacerdotes y escribas alegres y como triunfando en haber cumplido la medida de los pecados de sus padres; los verdugos, ó los soldados, jugando ó sorteando la ropa del Inocente: toda la historia, al fin, tiene gran majestad y primor, y lo que es más, que juntó en ella mucha devocion y hermosura: mostró aquí Peregrin [que aunque hacía más de 18 ó 20 años que no habia pintado ni hecho cosa de su mano al óleo, ni ejercitado el colorido, tenia gran talento y gracia en ello, y que si lo ejercitara, igualara con el Ticiano, ó con Antonio de Acorezo, príncipes del bien pintar y colorir. En la historia misma que se ve, cerradas las puertas, puso el Crucifijo de lado, en un escorzo de gran ingenio, para darle el relieve grande que tiene, porque parece de bulto y que puede abrazarse; significa la ocasion del sol oscurecido y las tinieblas que se hicieron sobre la tierra, sin-

tiendo la muerte de su Criador, un cielo y aire cubierto y eclipsado, que hizo con esto admirable efecto para todo el relieve de la historia: aquí en otra estacion que está en la pared, que cubre la puerta cuando se abre, puso la Santísima Virgen derribada y vencida del dolor, en esta de verle muerto y que le van á dar la lanzada, en la otra de verle enclavar en la cruz; pero se le ha de perdonar, porque no se lo advirtieron, que las muchas pinturas que se ven con este desmayo, así antiguas como modernas, le hizo caer con este descuido, que él mismo me dijo le habia pesado, y por variar el dibujo hizo este agravio de poner desmayo en la más alta fortaleza de mujer que Dios ha criado. En las puertas abiertas están las dos historias, de clavarlo en la cruz la una, y descenderle de ella la otra; entrambas, así en las puertas al óleo como al fresco en la pared, son de su misma mano, como las otras dos que hemos dicho, y de tanta excelencia y perfeccion, que no sé si su maestro Miguel Angel hiciera más en ellas. Las dos de cuando le clavan son de mucho arte, porque está el Cristo tendido en el suelo encima de la cruz, y hace unos escorzos ingeniosísimos y de mucha dificultad; en la otra estacion está por principal la Resurreccion, que aunque no la labró toda de su mano, la retocó y la realzó mucho; así la de dentro como la de fuera, tienen entrambas valientes escorzos y grande dibujo, posturas difíciles en extremo en los soldados que guardan el sepulcro, que como en gente espantada, albor-

tada y despavorida, hubo lugar de mostrar mucho arte; tiene la de adentro excelentes luces y retoques de unos arreboles que se cansan y salen de aquel gran sol de justicia, que se muestra rodeado de una aurora y mañana hermosísima, que á quien le mira regocija el alma. En la una puerta está, cuando le ponen en el sepulcro, y en la otra, cuando saca las ánimas de los santos padres, y lo mismo responde en los lados de la pared cuando está cerrada la estacion; lo que más aquí se pondera y nunca acaba de estimarse, son las dos estaciones del fresco, que se juntan en el propio rincon entre estas dos historias principales, que son, el Descendimiento de la Cruz, y el ponerle en el sepulcro, entrambas al fresco en la pared, donde parece quiso esmerarse y mostrar cuánto valia en el arte, pues en muy breve espacio encerró estas dos historias, acomodando unas figuras muy grandes; de suerte que se gozan bien, y de tanto arte y tan bien labradas, que no las ha visto nadie que no quede satisfecho de ellas por extremo. Se siguen luego en el paño del Poniente las historias de la Resurreccion, en que están todos los aparecimientos que el Señor hizo despues de resucitado, desde la primera, que está en pasando la puerta de la iglesia pequeña, hasta la postrera, que hizo sus Apóstoles andando pescando San Pedro y San Juan en el mar con otros de aquel sagrado colegio, en el mar, de Tiberiades, y el Señor les habló desde la ribera, y en el convite del pez y del panal le conocieron. Las Marías y san-

tas mujeres á quien se mostraron los ángeles y les dieron la buena nueva de la Resurreccion, están en la segunda estacion, y porque aquí se sigue luego los cinco claros que dije se hacen con los dos tránsitos para los claustros pequeños y los tres de la escalera principal, se pusieron las historias en los arcos que están en la escalera, que son, la corrida que hicieron San Pedro y San Juan por la nueva que les dió la Magdalena, y cómo llegan admirados al sepulcro; luego la aparicion á la misma María Magdalena: tras ella, la que el mismo Señor hizo á las santas mujeres; la cuarta la que hizo á los dos discípulos que iban al castillo de Emaus, y luego la que hizo á los discípulos la primera vez, faltando Santo Tomás; esta y la de San Pedro y San Juan cuando llegaron al sepulcro, no son de Peregrin, si no de Lucas ó Luqueto Calgiaso, que las habia pintado todas cinco; y porque no contentaron las tres del testero, se quitaron y las pintó Peregrin; las otras dos son, la otra venida del Señor, cerradas las puertas, y estando Santo Tomás presente; una historia harto excelente y de mucha consideracion, con una arquitectura en perspectiva bien acertada; y la postrera la que dije del mar estando los discípulos pescando. Síguese luego el cuarto ángulo ó rincon del claustro, donde por el mismo orden están en lo principal de los dos testeros la Anunciacion del Señor y la venida del Espíritu Santo, y en las puertas y en lo que les responde de la pared, otras dos apariciones que hizo el Se-

ñor á muchos de sus discípulos juntos, y la venida y descension del Espíritu Santo, por la predicacion de San Pedro y por la imposicion de las manos de los Apóstoles sobre muchos creyentes.

Estas historias y todó este rincon es pintura de Miguel Barroso, español, que si fuera italiano, le llamaran el nuevo Miguel Angel, y pegárasele tras esto, alguna más valentía, que ha sido comun vicio de los pintores de España afectar mucha dulzura en sus obras y alabarlas, como ellos dicen, y ponerlas debajo de una niebla ó de velo, cobardía sin duda en el arte, no siéndolo en la nacion: en lo demas están estas historias muy bien tratadas y entendidas, buen repartimiento y colorido y de buen dibujo: sólo me parece que les falta la fuerza, y lo que es más de estimar en este maestro, que sin haberse ejercitado mucho en pintar al fresco y en paredes, las cuatro estaciones que aquí hizo, los lados que cubren las puertas, son muy buenas y parecen de los que han cursado en Italia, aunque nunca estuvo allá, donde se ve el ingenio del hombre, y lo mostraba en otras muchas habilidades que tenia; sabía bien la lengua latina y no sé si la griega, con otras vulgares, la arquitectura perspectiva y música; díjome él á mí que le habia aprovechado mucho, lo que comunicó con Becerra trabajando mancebo en su casa, donde infiero, que si pasara en Italia y viera los originales y las buenas cosas de aquellos príncipes de este arte, los comunicara como

hicieron nuestro Mudo y el Becerra, fuera excelente hombre.

He dicho así de corrida lo que hay en estas cuatro estaciones y rincones del claustro; lo que falta hasta la puerta por donde comenzamos y salimos de la iglesia, son otras cuatro estaciones de Peregrin, en que están las historias del tránsito de Nuestra Señora, su subida al cielo y la coronación en Reina Soberana, sobre todo, los coros de los ángeles y la postrera el Juicio final, que es la postrera de las fiestas que celebrará este mundo y la mayor que se puede imaginar.

Esta es toda la pintura de nuestro claustro, atropelladamente dicha y representada; pierde mucho en tratarse así; ni vale nada si no se ve, porque va siempre el alma del que por él pasea, trasladando en sí con la fidelidad de la vista, el espíritu de tan amorosos pasos, y sintiendo unos alborozos y movimientos de otro género que los que pueden nacer de cosa terrena. Lo que hay mucho de doler es, que el tiempo va tratando mal esta tan excelente pintura, porque el agua, el aire, el sol, la niebla, el calor y el frío, la combaten casi irremediabilmente, pues no hay muralla tan fuerte que esto no quebrante. Pensé acabar todo lo de este claustro en un discurso, más excederá mucho de la medida, y así acuerdo repartirlo.

DISCURSO V.

Prosigue la relacion de las pinturas del claustro principal en lo alto: la fuente de su jardin y otras piezas notables.

Aunque en el claustro alto no hay tanto adorno ni pintura como en el bajo, por donde pasamos tan corriendo, por no cansar al que va viendo esta casa, la que hay es tan buena, que nos pudiéramos detener con ella muchos ratos. Dijimos que los claros de los arcos de la pared, que responden á los de fuera, quedaron cuadrados, porque corre una faja de piedra, continuando el nivel de los chapiteles de las pilastras por todo el contorno, y encima se hacen unas lunetas repartidas con otras dos pilastras que le dan buena gracia. En las frentes y testeros hay ocho cuadros grandes de mano de nuestro Juan Fernandez, mudo, fué (porque lo digamos de paso, que es digno se perpetúe su memoria) natural de Logroño, de padres honrados y nobles, nació mudo, y como desde niño le vieron inclinado á pintar y á cosas de dibujo, y que con carbones y con piedras y con lo que hallaba, andaba contrahaciendo y *bur-tajando* lo que veia, le llevaron á la hospedería

del monasterio de la Estrella de nuestra Orden, para que allí aprendiese algo de un religioso de aquel convento, que se llamaba fray Vicente, que sabía de pintura: le dió algunos principios, y como vió tanta habilidad en el muchacho, trató con sus padres, que pues se iba haciendo hombrecillo, le enviasen á Italia; fué allá y vió cuanto bueno en ella habia en Roma, Florencia, Venecia, Milan y Nápoles. Trabajó en casa del Ticiano y de otros valientes hombres de aquel tiempo; no sé que por sí hiciere alguna cosa de consideracion; le oí decir á Peregrin, admirándose de las cosas que aquí habia suyas, que en Italia no habia hecho cosa de estima; creo que estuvieron juntos algun tiempo: con todo eso, pienso que tenia allá nombre, porque luego como se comenzó esta fábrica, tuvo el Rey noticia de él, creo por via de Don Luis Manrique, su limosnero mayor, y le mandó llamar para que pintase algunas cosas. Lo primero que sabemos hizo aquí, fueron unos profetas de blanco y negro en unas puertas de un tablero de la quinta angustia, que está ahora en medio de la pared de la sacristía, encima de los cajones, que por estar de continuo abiertas no se gozan; copió luego un Crucifijo grande y excelentísimo, que está en el altar de la misma sacristía, muy del natural, aunque Nuestra Señora y San Juan tienen las ropas no más que de blanco y negro: contentóle mucho al Rey esta copia, y la mandó poner en una capilla que tiene en el bosque de Segovia: se le ordenó luego pintase

cuatro cuadros grandes, para que sirviesen de re-tablos en la sacristía de prestado que se hizo en el lienzo del claustro grande, donde está la escalera: acabados estos, le mandaron pintar otros cuatro para que sirviesen de lo mismo en la sacristía del colegio, que estaba de la otra parte de la escalera del mismo paño. Estos ocho cuadros grandes son los que ahora están en este claustro alto por el orden que aquí los iré poniendo; advirtiendo primero, que se ve en ellos una notable diferencia, y que si apartaran los cuatro primeros á una parte, y los postreros á otra, los juzgaran por de diversos maestros, aunque entrambos buenos; tanta mudanza hizo de los unos á los otros en la manera de la pintura.

El primero de todos fué el cuadro de la Asuncion de Nuestra Señora; la adornó con mucha diferencia de ángeles, unos vestidos y otros desnudos, con diversas posturas, y escorzos ingeniosos de su propia invencion; los doce Apóstoles que la contemplan subiendo por el aire, llenos de devocion y de espíritu, tienen todos hermosísimas cabezas y rostros verdaderamente de santos; está entre ellos el retrato de su mismo padre, y dicen que el de su madre, es el mismo que el de la Santísima Vírgen, porque era muy hermosa, y él salió tambien gentil hombre y de buen rostro; pintura toda muy acabada. Con todo esto, el Mudo quisiera no haberla pintado, porque la disposicion de las figuras, que es en las historias parte principal, no le contentaba, y quisiera, si

el Rey le daba la licencia, borrarla y hacer otra, y tenia razon, porque la Virgen parece va apretada entre los ángeles, y tan envuelta con ellos, que fué poca autoridad y poca gracia. Hizo luego el cuadro del martirio de San Felipe, ocupando lo principal con sola la figura del Apóstol en una excelente postura, y lo demas con algunos lejos, aunque parece todo ello algo desgraciado por el colorido de las ropas. Luego fué obrando el cuadro del martirio de Santiago, patron de España, hermosísima pintura, más que valiente, tan acabada, que parece iluminacion; está el verdugo fiero y muy airoso, extraño rostro, y parece del natural, y así dicen es retrato de un mancebo oficial de Logroño; la actitud y movimiento es, cuando pasa el cuchillo por la garganta del Apóstol, con tanta propiedad y naturaleza, que juraran los que le vieren, que comienza ya á espirar; los ojos como revueltos, el color perdido, mudado el rostro, que pone compasion en las almas, como si se viera el caso, y hace venir las lágrimas á los ojos; tiene lindísimos lejos, porque tenia en ello singular gracia; se ve en una campiña rasa una batalla de cristianos y moros, y Santiago á caballo que va haciendo riza en ellos; aunque estamos mirando cada dia esta historia, siempre se nos hace nueva, y siempre tiene que mirar. La cuarta fué un San Jerónimo en la penitencia y en el desierto, que á dicho de cuantos le ven, es de las mejores cosas, así en el arte como en la hermosura y labor que se ha visto.

Aquí en esta casa creo hay las más lindas y artificiosas pinturas y cuadros de este santo que hay en Europa juntas, y de valientes maestros, mas ninguna tiene comparacion con esta. Puso al santo casi de frente y de rodillas, todo desnudo, ceñido con un paño blanco y dándose con la piedra en el pecho, postura difícil y tan bien entendida, que en lo que toca al dibujo no debe nada á todo cuanto se estima por excelente; en el colorido y carne no hay más que desear, porque parece vivo; el rostro en escorzo excelente, viejo venerable, hermoso, grave y lleno de espíritu verdaderamente de santo; en una fuente que está á un lado, puso al leon bebiendo; se ve todo entero, ¡linda bestia! en el contorno, pasajes de mucha frescura y arboleda, que no sé yo haya hecho Flamenca cosa tan acabada ni de tanta paciencia, y esta sola falta tiene, que en estar tan acabado no parece de hombre valiente, y tambien que San Jerónimo no escogió para su penitencia lugar de tanta amenidad y frescura, sino como él dice, un desierto áspero, y aún para los muy perfectos monges, espantable.

En estos cuatro lienzos, me parece á mí que siguió Juan Fernandez su propio natural, y se dejó llevar del ingenio nativo, que se ve era labrar muy hermoso y acabado, para que se pudiese llegar á los ojos y gozar cuan de cerca quisiesen, propio gusto de los españoles en la pintura. Le pareció no era esto el camino de valientes y lo que él habia visto en Italia, y que aunque su

maestro el Ticiano habia hecho algo de esto á los principios, que despues siguió otra manera más fuerte y de más relieve, y que lo mismo habia hecho Rafael de Urbino; y así en los demas cuadros que hizo, no acabó tanto y puso más cuidado en dar fuerza y relieve á lo que hacía, imitando más la manera del Ticiano en los oscuros y fuerzas, y en los claros y alegres que piden hermosura á Antonio de Acorezo, escogiendo lo bueno de los unos y de los otros, como se ve en los cuatro cuadros que ahora diremos, y en el cuadro primero (que fué de lo postrero que pintó) del recibo que Abraham hizo á los tres ángeles; que en el colorido y encarnado de rostros, manos y piés, no parecen sino los mismos que el Patriarca vió. Hizo un nacimiento de Nuestro Salvador con admirable artificio: dale á la Virgen en el rostro el resplandor del Niño, y se ve en ella una hermosura celestial, con el afecto de madre, y el infante recién nacido, que alza los bracitos para abrazarse con ella; á San José le da luz de una candela que lleva en la mano, que tambien hace un efecto de admiracion extraña, y se conoce la diferencia de la luz, que fué cosa de mucha consideracion y primor; á los pastores, que aún están algo apartados, y sin duda son lo mejor de este cuadro, le dan unas vislumbres de los ángeles, que hacen un singular efecto; le oí yo decir algunas veces á Peregrin mirando este cuadro: *¡Oh le belli pastori!* por decirlo en su lengua: reverberan estas luces de unas partes en otras; se ayudan para hacer

claros y oscuros diferentes, cosa de mucho ingenio; pudiera hacer famoso á un hombre este solo cuadro. Está ya algo maltratado, porque las humedades y destemplanzas del cielo le dan allí batería, y no se ha guardado con el cuidado que era razon; y tambien algunas copias que se han hecho de ella de mancebos que saben poco, han hecho su parte de daño. Más entera y guardada está la que mira á esta de frente, que es un cuadro de Nuestra Señora y Santa Ana con el Niño, San José y San Joaquin, con las más bellas y hermosas cabezas que se pueden desear; el Niño está como de bulto y carne viva; la santa y vieja Ana es un rostro de singular artificio, que con significarse claramente la mucha edad, se le ven muestras de haber sido de hermosura en la edad pasada, que es mucho pueda hacer esto la pintura, que apenas lo hace la naturaleza; y sobre todo, y lo que nunca se ha de loar, es la cabeza y toda la figura de San José; dicen que está tomada del natural, mas no sé yo si despues de la del mismo santo, hizo la naturaleza tan linda testa: quiso aquí jugar un poco, y regocijar la vista, pintando una perdiz, que parece ha de volar si llegamos á cogerla, salvo que se le ve que es mansa; tambien un perrillo y un gato que riñen sobre un hueso, tan *aferruzados* y propios, que dan gana de reir. El otro cuadro es de San Juan Evangelista escribiendo el Apocalipsi en la isla de Padmos; una figura valiente, galanamente plantada, de singular meneo, elevado el rostro, con un escorzo

acertadísimo, porque tenia gracia en esto; el colorido de hombre varonil, extremado, vestido y ropas con mucho adorno, grave y hermoso: la campaña y los lejos, llenos de arboleda y de frescura, con algunas visiones sagradas muy remon- tadas y casi imperceptibles. Finalmente, un cuadro de una sola figura y tan lleno y tan bien adornado, que quiere llevarse la ventaja entre todos; el último de estos ocho y el primero en devocion, majestad, piedad, reverencia, es un Cristo á la columna, en una muy difícil postura y de gran artificio; porque está muy de frente, y la dificultad de figuras puestas así, la encarecen mucho todos, y tienen razon, porque de ordinario se aciertan pocas, y pocas contentan; el rostro lleno de tristeza, hermosura y gravedad; los brazos le está atando por detras un verdugo, con el azote en la boca, por desembarazar las manos; tiene puestos los ojos y el semblante en el suelo, como hombre condenado y lleno de vergüenza; se contrapone á todo esto, la firmeza y desenvoltura de los sayones y verdugos, que unos le atan y otros le amenazan, y se la juran y aparejan los ramales. Estas son las ocho estaciones y cuadros que están en el claustro alto de nuestro español Mudo; por solo gozar de ellas, merece esta casa la vengan á ver de lejos: estos dos claustros alto y bajo están solados de mármol blanco y pardo, hechos con las losas iguales algunos compartimentos, por salir de los escaques ordinarios.

De la parte de dentro (digo de la plaza y cuer-

po del claustro) hay un hermoso jardín, partido en diez y seis cuadros; los doce son de flores y verduras, que hacen diversas labores, y tan frescos y hermosos en todo el año, que no hay mes ninguno, ni tan apretado del frío, ni tan pasado del calor, en que no se hagan en él muchos y muy graciosos ramilletes de sus flores, que se llevan á los Reyes y se ponen en los altares: cada uno de estos cuadros tienen 30 piés por sus lados, porque no piensen que son pequeños, de suerte que, en contorno tiene cada uno 120 piés: los otros cuatro sirven de estanques, que están siempre llenos de agua para el riego y para la hermosura: estos son de mármol pardo variado, con sus vetas harto graciosas; por el derredor tiene cada uno dos gradas de lo mismo, y ellos por sus paredes ó antepechos, con sus compartimentos y pilastras ó términos: en medio de estos cuatro estanques, donde se cruzan las dos principales calles de estos cuadros que reparten el jardín, se levanta una hermosa fuente, no sé si la llamo bien así; no es fuente, sino uno como templo ó cimborrio, en forma cuadrada, aunque, por cortarle las esquinas, es ochavado; y así los estanquillos, por aquellas mismas puntas por donde habian de cuadrarse con las calles que cruzan, están también cortados, y dejaron plaza para asentar esta fábrica y recibir ellos cómodamente el agua, como veremos: la materia, por la parte de fuera, es de piedra berroqueña, de la mejor y más escogida; por la de dentro, es de varios jas-

pes y mármoles de colores, de suerte que, parece una joya con su funda. La forma, como digo, es ochavada y cuadrada (lo digo así porque cada forma de estas hace por sí su efecto): la cuadrada son cuatro portadas cuadradas, que vuelan fuera, sobre dos columnas enteras, que se levantan sobre pedestales despegados de la pilastra de detras todo lo que pide la basa y algo más; el órden es dórico, labrado como de plata; sobre él se levanta un pedestal redondo, con sus compartimentos, y luego una cúpula ó cimborrio partido, con sus fajas: encima otra linternilla cerrada, adornada de nichos pequeños; luego su media naranja, y encima, por remate, la cruz: pasadas estas cuatro portadas se hacen cuatro arcos triunfales, que tienen 10 piés de ancho y 23 de alto; en cada compartimento se hacen dos asientos en unos nichos de jaspe, grandes y de una pieza, que fué menester mucho ingenio para sacarlos así, haciendo cierta manera de sierra que cortase en redondo; y tienen tanto pulimento, que se pueden mirar en ellos como en espejos: en los otros ángulos de dentro, que tambien se cortaron porque no hiciesen esquina viva, se hacen otros cuatro asientos, de suerte que son todos doce, y no apretados, sino con mucha gracia y anchura. Á muchos les pesa ver este templete en medio de este claustro, porque como es tan grande, que tiene de ancho y de diámetro 30 pies, y sube tan alto que iguala con los pasamanos y balaustres del claustro, ocupa mucho la vista, embara-

za, y aún apoca la majestad del claustro; y, lo que es peor, que no tiene uso ni fruto. Lo que principalmente se ha de mirar, aún en los adornos de las fábricas, porque como los religiosos nunca tenemos libertad de hablar en los claustros, sino con nuestra pena, fué cosa supérflua hacer allí parlatorio; y para los seglares peor, porque como hablan sin recato, turban nuestro silencio, y se pasa mucho tiempo sin que se llegue allí un religioso, ni lo ve, y así está casi perdido, sin uso. Preguntó S. M., que sea en gloria, qué sería bien poner en aquellos nichos de fuera, y cómo caería el agua en los estanques, pues todo el fin de esta fábrica era hacer una fuente extraordinaria. Unos dijeron que las cuatro virtudes cardinales; otros, los cuatro tiempos del año; otros, que los cuatro doctores de la Iglesia, y otros daban en otras buenas imaginaciones; yo también dije la mia, y aunque no en todo, en parte le contentó á S. M., y así se puso en ejecución.

Imaginé este claustro como un místico paraíso terreno, y que de él, como de aquel que plantó Dios, salían cuatro fuentes ó rios que regaban toda la tierra, y mirando ahora el mundo con sus cuatro partes, Asia, Africa, Europa y la nueva América, hallaba que en todas, debajo del nombre é imperio del Rey Felipe II, se predica la ley divina y Evangelio de Cristo, y aunque en unas más y en otras ménos, al fin en todas tiene vasallos fieles y cristianos debajo de su corona. Para significar to-

do esto, ponía en el remate y cúpula de este templo la figura de nuestro Salvador, fuente y principio de todo nuestro bien: de allí se comunicó su doctrina á los Apóstoles y Evangelistas, y así ponía estos en los cuatro nichos, y en la peana grande que tienen debajo en el corte de las esquinas de los estanquillos, la figura de cada uno de los Evangelistas, águila, leon, becerro y hombre, para que desde ellos, se recibiese el agua en unas tazas ó vasos que habian de tener en las manos derechas cuatro ninfas, puestas dentro de los estanques, figuras de las cuatro partes del mundo, estribando con la mano izquierda en el escudo de las armas Reales: de allí habia de caer el agua en la alberca y estanque y despues salir á regar los jardines del contorno. Aunque le contentó al Rey el pensamiento, no quiso se ejecutase en todo por su gran modestia, sino que en lo alto de la cúpula y por remate se pusiese una cruz de mármol blanco, los cuatro Evangelistas en los nichos, con sus cuatro figuras en los pedestales, y que delante de ellas se pusiesen unos términos por donde saliese el agua. Las estatuas se hicieron de mármol de Génova, blanco como la nieve; lo mismo las figuras é insignias de los animales; los términos son de mármol pardo, con unos capirotos ó coberteras de jaspe, labrado todo hermosamente por Juan Bautista Monegro, el mismo que hizo los Reyes y San Lorenzo. Se procuró que al Evangelista y su figura ó símbolo hiciesen efecto, se correspondiesen y mirasen; así

tiene cada uno un libro en la mano, y la figura levanta la cabeza á mirar al Evangelista, si no es San Juan, que él y su águila están como mirando á la parte de Oriental de hito en hito. Los libros están abiertos y escritos en cuatro lenguas, hebreá, griega, sira y latina: estas figuras son poco más que el natural, de siete piés en alto: las insignias ó símbolos de mejor proporcion que se pudo dar, harto excelentemente labrado todo: las calles que cruzan por medio de esta gran fuente, y la que corre por el contorno junto á los pilastrones del claustro, son de á 10 piés, de buenas losas; las otras calles menores que reparten los carteles son de á seis piés: los tejados son todos cubiertos de plomo, asentadas unas planchas largas sobre froga de ladrillo, porque si asientan sobre madera, con la humedad y el calor se crian unos gusanillos que roen y taladran el plomo, como lo ha mostrado la experiencia; las aguas se despiden por unos canalones de plomo al jardin, dándoles mucho vuelo para que no dañasen las cornisas ni los arcos de los órdenes.

DISCURSO VI.

Los capítulos, la celda alta y baja del Prior, y otras piezas del claustro grande, dignas de advertencia.

Para que no falte nada en esta fábrica de cuanto bueno los antiguos ejecutaron en las suyas, no sólo en las partes principales y cuerpo del edificio, sino también en las menores, como son aposentos y piezas de dentro comunes, como salas, paseos y asientos, que los griegos llamaron *egedras*, y nosotros las llamamos con los nombres de sus usos, como lonjas, aulas, capítulos, aunque Budeo nos reprende de bárbaros, así se ven aquí algunas de este género harto excelentes; las más principales son los dos capítulos: esto cae en el lienzo de Mediodía; se entra á ellos por una puerta grande del mismo claustro que responde al claro del arco que está enfrente de la calle, que cruza por medio de la fuente y templete del jardín. En entrando se ve una pieza poco ménos cuadrada, de 30 piés; en el frente tiene tres ventanas con sus rejas, que caen á los jardines de los nichos de fuera: á los dos lados tienen otras tres puertas que se miran de frente, las del medio son tan grandes

como por la que entramos en esta cuadra, las otras dos que tiene á los lados son como las de las ventanas, de suerte que hacen buen órden y composura: aquí no hay asiento ninguno, porque sólo sirve de zaguan para los dos capítulos, que le tienen en medio: encima de las puertas y ventanas están puestas algunas tablas y cuadros de pintura al óleo, retratos de algunos santos, como de San Francisco, Santo Tomás, Santo Domingo, que acompañan la pared que sobra entre las ventanas y la cornisa de la vuelta de la bóveda, que corre al derredor de la cuadra. De la cornisa arriba está pintada de muy graciosos grutescos sobre estuque. Esta manera de pintura (por decir algo de ella en este lugar, pues la hemos de encontrar tantas veces en este edificio) es nueva en España, y áun en Italia no há mucho que resucitó, despues de largos años muerta y olvidada, en tiempo del Emperador Cárlos V, que comenzó á favorecer á todas las buenas artes, y aunque por muchas partes de la sangre de los Godos, grandes enemigos del Imperio y de los ingenios romanos, singular patron, como varon de tan buen gusto, de todas sus buenas obras. El modo como se tornó á usar esta pintura, fué que Rafael de Urbino y Juan de Audene, grandes maestros de pintura, entraron una vez, entre otras, con la codicia de desenterrar los primores antiguos en su arte, en los subterráneos ó grutas de San Pedro *In víncula*, donde dicen fué el palacio de Tito; encontraron allí con algunos pedazos de esta ma-

nera de pintura; quedaron grandemente admirados de su extrañeza y hermosura, y de ver que el tiempo ni el lugar no hubiesen sido parte para quitar el lustre y la perfeccion de los colores: el Juan de Udine ó Audene se dió á mirarla más atentamente; como era hombre ingenioso, comenzó á contrahacerlas y probó tantas maneras de cal y de estuques y colores, que vino á hacer cosas excelentes en este género de pintura; por haberla hallado en aquellas grutas la llamaron grutesco; otros la llamaron brutesco, porque ven en ella diferencias de animales y mónstruos, como sátiros, silvanos, ninfas, leones, tigres y mezclas de uno y de otros; á mi parecer la llamarían mejor egipcia, de donde creo la trajeron los romanos, que barrieron todo lo bueno del mundo para ennoblecer su ciudad, porque como los egipcios figuraban en los símbolos de animales, ahora, segun la propia naturaleza de cada uno, ahora componiéndolo unos con otros, haciendo mónstruos sus misterios y la filosofía que no querían comunicar con todos, ponían en las paredes de los templos y en las columnas y obeliscos que para esto levantaban y en otros lugares sacros, estas figuras, que llamaron ellos notas sagradas que servían de adorno y doctrina: está, pues, este zaguan entre los dos capítulos, pintado de este grutesco.

Tiene la bóveda hechas sus lunetas encima de las ventanas y rincones, y sobre las cornisas de las puertas principales, que se responden; la cornisa es de estuco, toda blanca: en el cuadro y

claro del medio de la bóveda se finge un cielo abierto con sus nubes, por donde se ven bajar algunos ángeles con coronas de laurel en la mano; en el encasamento ó nicho que está encima de la puerta del uno, se muestra el santo Job, desnudo y llagado con las heridas que permitió Dios le afligiese nuestro adversario comun, que por esto se llama Satán. Por los otros encasamentos y nichos que responden á éste, hay otras figuras de profetas; y por otros triángulos y cuadrados, y otros compartimentos, se ven figuras menores de ángeles, con palmas y guirnaldas de flores: se finge tambien que sustentan el cuadro del medio, que tiene su cornisa y modillones de piedra fingidos, ocho términos que se rematan en figuras de cariatas, que sobre sus cabezas sufren todo el peso, que ya todos saben la historia de esto. De aquí se entra en los capítulos, piezas de mucho desenfado, alegres, claras y de grandeza; el ancho es de 34 piés, de largo 80, entrambos iguales; de suerte que los dos capítulos, con el zaguán que está en el medio, tienen 200 piés de largo; en los testeros están dos altares que se miran de frente: las bóvedas tienen de alto 28 piés, y sobre ellas pisan las celdas del claustro alto; así tienen dos órdenes de ventanas: las unas, que son las bajas, rasgadas y con sus rejas; y las altas, á los 15 piés, con vidrieras, que están encima de la cornisa donde vuelve la bóveda; de suerte que cada pieza tiene 14 ventanas, al Mediodía todas, que están siempre con luz, y áun con sol en in-

vierno, desde que sale hasta que se pone, alegres y calientes: por al derredor hay entrambos sus bancos y asientos de nogal, con espaldates y tableros, todos bien labrados: entre ellos y la cornisa, mucho adorno de cuadros y pinturas al óleo, unos grandes y otros medianos, todos de maestros señalados, italianos, españoles, flamencos, alemanes, y todos de mucha devocion y piedad. En los dos altares que están en los frentes se ven dos cuadros del Ticiano, muy dignos de su nombre: el uno es de San Jerónimo en la penitencia y desierto, ya en la edad de viejo; figura de grande relieve y fuerza; una carne tostada, magra, enjuta, tan natural cual el mismo santo nos dice que la tenia, y allí como vivo nos lo muestra: en el otro de enfrente está la Oracion del Huerto; las figuras son como del natural, y no sé cómo pudo en aquella oscuridad, y con tan remota luz, dar un colorido y fuerza tan grande en todas, que las juzgaran como vivas, aunque dormidas: de los otros cuadros, que son muchos, no haré memoria en este discurso, que sería largo, y porque de los más principales de estas dos piezas, y de otros muchos que se ven en otras, haré alguna relacion en un discurso particular. De la cornisa arriba están entrambos techos y bóvedas labradas con gran variedad de grutescos; el órden de estos es excelente; fíngense obras de follajes de yeso, y resaltes de claro y oscuro; artesones con florones y vacinetas de lo mismo: por dentro de estos marcos van corriendo, por

sus listas y compartimentos, mil bizarrías y caprichos de grutescos, donde se ven animales varios, aves extrañas, paños de diversos colores colgados, tendidos unos, plegados otros; pedazos de arquitectura, frontispicios, cornisas, cimborrios, sustentados falsamente sobre palillos, y otras cien monerías propias de esta suerte de pintura, que no pretende más que deleitar la vista con esta vagueza, donde tambien se ven toldos y nichos, figurillas de ángeles en unos, de las virtudes en otros, en otros medallas; todo tan vivamente colorido y labrado, que alegra y entretiene mucho; obra de los hijos del Bergamasco, Granelo y Fabricio: consiste la perfeccion de esto en los buenos contrapuestos y repartidos, variándolo todo, de suerte que parezcan todos diferentes: encima de las dos puertas y de los dos altares se hacen unos encasamentos ó nichos como ventanas, y en ellas, en unos marcos ó guarniciones como retablicos pequeños, están guarnecidas cuatro imágenes ó figuras de piedra de pórfido, de medio relieve, cosa preciosa: las estimaba mucho el Rey, así por el arte y labor, que es muy buena, como por estar en tan extraña materia: es tan rara hoy esta piedra de pórfido, que no se sabe en la tierra donde hay alguna cantera de ella; y tan dura é invencible, que no se rinde ni áun á los diamantes, y así cualquier cosa que se labra en ella se ha de estimar en mucho: por estas razones se les dió á estas figuras ó medallas tan señalado lugar, como á cosa de estima: las dos de

ellas son dos cabezas de Nuestro Salvador, y las otras dos la figura de Nuestra Señora, con el Niño en sus brazos. Las ilustró el doctor Arias Montano, por mandado del Rey, con unas inscripciones que están en sus pedestales, doctas, elegantes y aún misteriosas, y por eso acuerdo que las lean aquí todos, que allí no se alcanzan á leer muy bien. En la una cabeza de Nuestro Salvador, que está encima del altar de la Oracion del Huerto, hay un dístico en latin, que, vertido al castellano, dice así:

Ofendida esta piedra ó despreciada,
Mortal ruina é irremediable herida
Hará en el ofensor: mas si es temida,
Será refugio de salud cumplida.

A la imágen de la Vírgen que está en la otra puerta de este mismo capítulo, en la entrada, puso otro dístico, que dice:

¿Ves esta union, ves estas perlas bellas?
De aquí salió la piedra tan preciosa
Que te enriquece, y de su autor amadas
Son sumamente piedras tan preciadas.

A la otra cabeza y rostro de Nuestro Salvador que está encima del otro altar de frente, y á la otra imágen de Nuestra Señora que está encima de la otra puerta, puso dos ligeras inscripciones. La inscripcion encierra en sí el argumento de la fábrica ó pintura, diciendo la virtud ó excelencia de ella, y ésta se hace por alguna dedicacion, ó como si dijéramos, consagracion, si es divina; el uso, la doctrina y el fruto que se ha de sacar de

ella, se declara ó con un dístico ó con una epígrama; todo ha de ser breve, lleno de significacion y gravedad.

Desde estos dos capítulos, donde aún se quedan hartas cosas que tenian bien que considerar, se entra en otra hermosa cuadra que cae debajo de la torre que mira á Oriente en este lienzo de Mediodía; tiene en cuadro 34 piés, sirve de celda ó de estancia en el verano al Prior, que está allí á mano para los negocios que se ofrecen. Podria decir que toda ella es un joyel, pues no hay apenas parte que no tenga algun particular adorno; por estar en la esquina ó ángulo, tiene ventanas al Mediodía y al Oriente, tres de cada parte, con rejas rasgadas hasta el suelo; las de encima de estas, que son del orden de los 15 piés, están condenadas, porque la bóveda cubre parte de ellas, y porque esté más fresca en verano: entre los macizos de estas ventanas hay algunos cuadros grandes que asientan sobre los azulejos que están por lo bajo de la pared cinco piés y más en alto; tres de estos cuadros son de Jerónimo Bosque, extraño hombre en la pintura, de quien haremos adelante memoria para descubrir algo de lo mucho que abraza su ingenio; otros cuadros hay de un aleman ó flamenco llamado Joaquino, de excelentes paisajes al óleo, aunque no de mucho dibujo; la una pintura es el milagro de los cinco mil hombres que el Señor hartó en el desierto con los cinco panes y dos peces, y supo repartir tan ingeniosamente el cuadro, que poco

ménos los podemos contar todos. La otra es de nuestro doctor San Jerónimo sacando la espina del pié al leon; le puso en un desierto y entre unos peñascos pelados: otras tablas hay de otros tambien de este género y más antiguas, no sé cuyas son. Tambien se ven entre estas mismas pinturas un San Jerónimo de aquella manera de labrar antigua, que propiamente se llamaba obra mosaíca, que es de varias pedrezuelas, tan menudas como unos granos de hinojo ó anis, y de ellas, por ser de varios colores, hacen el rostro, el cabello, el ojo, la barba y la ropa, y cada cabello por sí, ora sea el color de las piedras nativo ó artificial, para labrar de estas piezas tan menudas y asentarlas en un cuadro de media vara de alto, y hacer una figura de un santo con su leon, y otras menudencias que allí se ven, era menester un año y un hombre de paciencia eterna, cosa, á mi parecer, de poco ingenio y de ménos fruto; no han querido los hombres dejar de probar todo. Adornan tambien esta celda un estante con libros, y ocupa el vacío de una puerta grande que está en medio de la pared; en el medio de él, que por esto me acuerdo, está puesto en uno como retablillo de ébano, un Crucifijo con Nuestra Señora y San Juan, la más acabada y bien labrada cosa en marfil que he visto de este género, aunque hay aquí mucho y muy bueno: no sé de cuyo maestro; las figuras son como de una tercia. Encima de este órden de pinturas, se sigue otro de retratos de Pontífices romanos, bien

copiados, enviados de Roma á S. M. por excelentes: la cornisa que corre luego encima de ellos por toda esta cuadra, es tambien blanca, de estuco, y de allí arriba toda la bóveda está de oro y azul; tiene una pintura al fresco y un grutesco excelente, con grande estudio labrado, obra de un Francisco de Urbino, italiano, que desde mancebo se vino á España y se casó en Segovia; llevaba principio de ser de los muy valientes, y su mucho estudio lo prometia, y el buen ingenio ó índole que le habia dado el cielo. Se murió luego en acabando esta obra, y así no nos quedó de sus cosas más de esta, de que no se puede hacer memoria. En el cuadro que hace en el medio de la bóveda, sustentada, como dije, con aquellos ocho términos ó cariatas, está la historia del juicio que hizo Salomon entre aquellas dos mujeres vendedoras ó mesoneras, que la una por haber ahogado su hijo durmiendo, queria alzarse con el de la otra compañera. Declaró admirable el afecto y el vivo sentimiento de la madre, mostrando queria más llevase su hijo sano y sin partir la que no era madre, que gozar ella de la parte, que mirarla le habia de rasgar las entrañas: está la ansiada mujer derribada en tierra, enclavijadas las manos, en hábito de persona afligidísima, que mueve á compasion á los que la ven pintada, que la harian viva. La figura del sábio Rey y todo el meaneo, excelente; historia muy á propósito para celda de Prelados, para que en ella aprendan á pedir sabiduría y conocimiento de mil casos que es

necesario venga la prudencia del cielo; por el contorno hay excelentes follajes. En las lunetas y encasamientos hay algunas figuras de Profetas, y en unas medallas de oro los cuatro Evangelistas en cuatro ángulos ó pechinas de la bóveda: las virtudes morales y teologales repartidas en otros encasamientos, todo de lindo meneo y aptitud, labrado con excelencia; finalmente, la pieza toda es bellísima; está el suelo de losas de mármol par-do y blanco, como los claustros y los capítulos, hechos compartimentos. Desde esta celda se sube por una escalera, que aunque es de las que llaman hurtadas tiene harta anchura y alegría, á la celda alta del mismo Prior, y áun hasta lo más alto de aquella torre. Tiene esta celda dos cuadras; la una cae encima de la que habemos dicho, pieza espaciosa y alegre, con muchas ventanas á las dos bandas de Mediodia y Oriente, seis bajas y seis altas, de donde se descubre una vista muy tendida y vária, haciendo diversos lejos y cercas, donde se ven arboledas y estanques y gran copia de jardines, flores y fuentes por todas partes. El adorno tambien de esta cuadra es excelente; pudiera hacer un capítulo largo si quisiera detenerme á mostrar sus particulares por menudo; no se sufre callarlos todos, diré algunos. Están por los dos lados de la cuadra unos estantes de nogal bien labrados, y ocupados con libros de todas facultades; en algunos senos ó divisiones que se hacen en medio de ellos, están como en sus encasamientos guarnecidos de seda, algunas imágenes ó

figuras de alabastro ó de mármol, harto excelentes y de extraordinario primor en el arte, como son las del santo doctor Jerónimo, desnudo, en la penitencia, aunque no tostado como él dice, sino blanco, de la fineza y labor de la piedra. San Juan Bautista con su piel ó vestido de cerdas de camello, aunque las puede imitar mal el alabastro; un Crucifijo devotísimo y otras piezas de valientes hombres, unas en piedra y otras en pintura. En la otra banda están dos retratos enteros y en pié de los dos grandes Monarcas, el Emperador Cárlos V y Felipe II, su hijo, entrambos casi de una edad, los hábitos diferentes; el Rey está armado de la misma edad y forma que se halló sobre San Quintin. De la otra banda, partiendo los estantes y cajones de los libros, está un rico oratorio que sirve de altar, donde, cuando quiere, dice el Prior misa con mucha decencia; es á modo de una caja grande cuadrada, cerrada por todas partes, por la frente se abren dos puertas: dentro tiene muy preciosas reliquias, y porque no falte nada, indulgencias para todos los que en él hicieren oracion. Encima de los cajones de estantes de libros, hay dos órdenes de lienzos ó cuadros de pintura, porque tienen más de 25 piés de alto. Unos de estos son al temple y flamencos de lindos paisajes, en que se va significando el discurso de la vida del hombre por sus edades, desde la infancia á la decrepita: otros son de Nuestra Señora, en cinco cuadros, de una buena invencion y devocion; tienen unos ángeles en las

manos unos paños en que le muestran todos los misterios de su rosario, que de aquella suerte de pintura son de lo muy bueno. Los cuadros del orden más alto son al óleo, de algun excelente maestro, en que tambien están pintadas las edades del mismo hombre con mucho mayor arte y primor, porque aquí las figuras son mayores y el principal intento de la pintura, que en los otros son pequeñas, y lo principal son las verduras y paisajes; junto con ellas, por las otras dos paredes, está aquella famosa historia del Diluvio, de mano de Basan, que con razon la estiman en tanto, aunque aquí por estar tan alta no se goza bien: desde esta cuadra se entra en otra, que sirve propiamente de celda y de dormitorio, porque estotra es muy comun y del oficio de Prior; tambien hay que ver en ella (porque no digan que no lo mostramos todo). Encima de la puerta de la alcoba donde duerme, está un cuadro de Nuestra Señora con el Niño y San Juan, que dicen es del valiente Rafael Urbino, labrada de su mano, y se parece porque es excelente. En uno de los estantes de libros que tambien tiene esta celda, hay un cuadro del bautismo de Nuestro Salvador, que fué la muestra que Juan Fernandez, mudo, trujo cuando vino á ser pintor de S. M. á esta casa, y es de mucha estima, porque está excelentemente labrado, donde se ve tambien cuán diferente manera era aquella de la que despues siguió. Hay aquí otros muchos cuadros de que no hago memoria por no ser prolijo,

y aún esto he dicho porque no entiendan encubro alguna cosa.

Las celdas todas que están en este claustro grande, por las dos bandas de Mediodía y Oriente, son cuadras grandes y alegres; dos ventanas rasgadas cada una, la vista tendida y varia en cerca y en lejos; tienen de cuadro en largo, de puerta á ventana, 35 piés, de ancho 25, poco más ó ménos: encima de estas celdas hay otras en el mismo claustro de poco menor tamaño: tambien este claustro alto está con losas de mármol pardo y blanco, y con los mismos compartimentos que el suelo bajo. En las ventanas y claros de los arcos (como dije) se echaron ventanas y vidrieras, que lo hermosean y lo dejan como un aposento guardado. Quedan aún aquí, en este claustro alto, otras dos piezas que no es razon olvidarlas; en otra parte se fueran á ver de propósito: la una sirve de aula, donde se lee á los religiosos del convento una leccion cada dia de Escritura Sagrada, ó alguna materia teológica, conforme al mandado del Concilio de Trento. Está bien aderezada, con asientos y espaldares y cátedra, todo bien labrado de nogal; el suelo tambien de mármol, con sus compartimentos, y llenas las paredes de muy ricos cuadros de pintura, de singulares maestros, de que haremos despues memoria. Junto con esta aula está una piececica, ó llamémosla camarín, pues ya hemos tomado licencia para tantos nombres nuevos en España; aquí hay excelentes joyas de pintura, escultura, ilumina-

cion y otras cosas menudas y preciosas. La otra pieza es una cuadra grande; sirve sólo de tener las capas que los cantores se ponen en el coro, en las fiestas dobles y más precisas, que como son tantas y son menester tan de ordinario, si estuvieran en la sacristía era larga la distancia, ó no cupieran, aunque es muy grande: para este menester está esta cuadra llena de cajones de nogal, labrados con el cuidado que los demas; encima de ellos, adornando las paredes (y digamos la verdad, como sobrados), están algunos cuadros grandes, de grandes maestros, dignos de que hagamos de ellos memoria, que será en el lugar prometido.

Esto es lo más notable que se puede advertir en esta parte del edificio, que es la principal y donde vive el cuerpo del convento, y las oficinas que son de más importancia, procurando lo que me ha sido posible que el lector quede satisfecho de lo que toca á la arquitectura y su grandeza, y de los más principales adornos, sin menudear en muchos singulares, que aunque hemos descendido á algunos, quedan otros infinitos. Antes de llegar á la iglesia, ni cosas suyas, como son la sacristía y los relicarios, quiero pasar á la otra banda, que mira al Norte, donde no me detendré tanto, que por la semejanza que tiene con este otro está ya dicho mucho.

DISCURSO VII.

La fábrica y partes del colegio y seminario, con lo que hay allí de consideracion.

Desde aquella comun entrada, que llamamos vestíbulo ó pórtico de la iglesia, echamos por la puerta de la mano derecha, y vimos los cuatro claustros menores con sus oficinas: de allí pasamos al grande, donde nos hemos detenido y áun cansado en ver tantas diferencias de cosas. Saliendo ahora por la misma puerta, caminaremos derechos á entrar por la que está de frente igual á ella, atravesando por delante de las puertas de la iglesia y haciendo inclinacion al Santísimo Sacramento, porque se ve claramente no sólo la Custodia grande, sino la pequeña de dentro, y entraremos por ella á ver lo que hay en aquella parte de la casa que parece como atrasmano. Donde está el colegio de los religiosos y seminario de niños, que es otro distinto colegio, como vimos en su lugar, donde se crián con tanto cuidado hasta que salen hombres, y muchos de ellos cantando misa; en entrando, diremos, aquí, no hay ya que ver, todo es uno; los claustros del mismo tamaño, la misma materia, la piedra, forma, ar-

quitectura, pilastrones, fuertes, cuadrados, las mismas fajas y verdugos: tres órdenes de suelos y arcos, fuentes de mármol como las otras; parece que esto y aquello salió todo de una turquesa. Así es verdad; y aunque es tan uniforme el cuerpo de la arquitectura en la disposición y repartimiento de las piezas, sin embargo, hay algo que considerar y en que poder entretener al huesped. Lo primero que se ve, es que estos claustros están abiertos y corre la vista de uno á otro por los claros de los pilares, sin que le impida ninguna division y atajo, lo que no hay en los claustros del convento. De estos cuatro claustros, dos sirven al colegio de los religiosos, que son los que miran á Mediodía, y sus ventanas principales caen á aquel pórtico y patio grande que vimos en el segundo discurso; el otro, que mira al Poniente y Norte, tienen los seminarios, y el cuarto, que hace espaldas á éste á la parte oriental, no es claustro, sino un patio, ó llamémosle en nuestro castellano corral de gallinas ó de leña para la cocina y chimeneas: está sin arcos, con sólo la caja de las cuatro paredes, con alguna division para dar servicio á las cocinas reales que están junto á él. Entre los dos claustros que sirven á los religiosos colegiales, que fué los que comenzábamos á mirar, se hacen el suelo bajo una lonja y paseo abierto, que se pasa de uno á otro sin escalo ninguno, muy espacioso y abierto, con muchos arcos, que responden á los de los claustros, que como van dos órdenes de ellos por las dos bandas y tantos

pilastrones, y la vista lo atraviesa todo de una parte á otra, hace majestad y grandeza; tiene de largo el paseo 125 piés, y de ancho 35; va correspondiendo á las piezas de ropería y refectorio del convento; el techo es hermoso, de artesones de madera pintados. A esto llamaban los antiguos *lacunaria*, ahora los italianos los llaman *palchi*, nosotros *artesonados*: lo más de la labor es de claro y oscuro, como lo han usado en muchas ciudades de Italia, para estos propósitos, hombres de buen juicio, en salas y cuadros de la gente noble: en medio de las formas cuadradas que hacen los artesones, ponen otras redondas ú ochavadas y de otras maderas en tan buena perspectiva, que hacen mucho relieve, adornándolas de flores, pateras, mascarones, rodeadas y investidas con follajes y grutescos; tienen algunos colores como azules claros, por donde se finge se descubre el cielo: en otras hay algunos cuadrados de verdes claros y otras de carmines muertos, que le dan mucha variedad y hermosura. Las cornisas, cuerdas, filetes y fajas que andan al derredor y dividen los artesones y hacen los compartimentos, son como fingidas, de yeso labrado y cortado, descubriendo por las aberturas el oro, que le da mucho ser y ennoblece la fábrica; todo está hecho con gran discrecion y juicio, porque jamás juntos frisos semejantes, siempre los mezcla y reparte con tanto artificio el maestro, que no se enfada la vista, gozando de la variedad que tanto ama. Hay algunas cosas tambien oscurecidas y

relevadas que parece saltan de las otras y que son de bulto, sin que se puedan determinar los ojos cómo están obradas. Encima de los arcos responde un órden de ventanas con parapetos de hierro, que corren por el contorno y dan mucho ser á la lonja, porque parece un teatro hecho á propósito para actos públicos y representaciones, donde cabe, y goza bien lo que se hace, mucha gente. Así se representaron delante del fundador y del Príncipe, que ahora es el Rey nuestro señor, y de otras personas Reales, por los niños y estudiantes del seminario, algunas comedias devotas, gozándola con ellas sus damas y caballeros, conventuales y colegiales y otra gente, sin embarazarse ni mezclarse, tanta es la comodidad y anchura. Por los dos claustros bajos en los testeros y frentes, están repartidos once cuadros al óleo de la historia y martirio del glorioso San Lorenzo. Los ocho de ellos son de mano de Bartolomé Carducho, italiano; vino á España en compañía de Federico Zucaro, y despues ayudó en muchas pinturas del fresco á Peregrin en el claustro y librería, en cuya compañía aprovechó mucho: estas historias son de su invencion y están harto bien tratadas; creo que si hubiera estado en Italia, donde se ejercita y se estima en más este arte y donde no cuesta tan caro el ganar de comer, que en pocos años mereciera lugar entre los muy excelentes, y ahora no está lejos de ellos.

Las piezas más principales que hay en este colegio, fuera de esto, son las aulas; una de teolo-

gía y otra para dialéctica y física, que ahora llaman artes; entrambas son de una misma traza, en el tamaño se llevan poco; la de teología es de 75 piés, la de artes de 85; el ancho el mismo, que es 27; asientos, espaldares y bancos de facistol para escribir, de nogal bien labrados, que corre al derredor, por la parte de las ventanas, hacen dos asientos, unos altos para los maestros y gentes de respeto, otros bajos para los estudiantes: están divididas las aulas con unas rejas de hierro altas para que los estudiantes seculares que quisieren oír, no se mezclen con los religiosos, así responden dos puertas grandes de frente en los testeros; las por donde entran los frailes están á los dos lados de la lonja que dijimos, grandes, de á seis piés de ancho y 12 de alto, adornadas con sus boceles y filetes, y en lo alto cobertores ó capirotos bolados, todas bien labradas y de piezas enteras; el alto de la bóveda es hasta los 30 piés, y así tienen dos órdenes de ventanas, las primeras del primer suelo y las de los 13 piés, todas con vidrieras; las bóvedas tienen compartimentos como artesonado, aunque se están blancas, y no tienen estas dos piezas, que son tan frecuentadas, ningun adorno, sino algunos cuadros de pintura de poca monta. Fueron desdichadas en morirse el fundador, que sin duda fueran de las mejores y bien adornadas piezas que hubiera en la casa, porque estaba ya casi determinado que se pintasen al fresco; se habían hecho los diseños, los vió S. M., que está en el

cielo, y se holgó con ellos, porque estaban repartidas las materias que se tratan en la una y otra escuela; de suerte que la pintura no sólo estorbara á los oyentes, que fué la razon toda de no pintarse al principio, más antes ayudara á la memoria, y el maestro leyera lo mismo que las paredes mostraran con los colores á los ojos. En el aula de teología, en el compartimento grande que está en el medio de la bóveda, se mostraba la Santísima Trinidad en un trono; luego aquellas criaturas más altas, que son los ángeles; más bajo el sol, luna y estrellas, y en lo ínfimo, la tierra, con sus animales y plantas; por una parte se veia la creacion del hombre, por otra cómo pecaba comiendo del árbol vedado, engañado por la envidia de la serpiente antigua, y le echaban del Paraíso, y así se cifraba aquí todo lo que se lee en la primera parte de Santo Tomás, cuyas son estas cátedras y cuya doctrina se profesa. En los dos cuadros de los lados de la misma bóveda, en el primero se pone la Encarnacion del Verbo Eterno para remediar al hombre y levantarle á más alta dignidad que fué ordenado primero, para que reviente más en envidia el demonio, y allí el nacimiento de las entrañas virginales, y en los lejos algunos pasos de la vida de este Dios y Hombre. En el otro cuadro segundo, el misterio del Santísimo Sacramento del altar, secreto nunca revelado á ninguna generacion antigua, como lo dice él al Apóstol, donde fué vencida la sabiduría de la astuta serpiente. En la

correspondencia de las ventanas que están en la pared, frontero de las vidrieras, que son siete, las siete virtudes, tres teologales, Fe, Esperanza y Caridad, y las cuatro cardinales, Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza, en que se encierra la otra parte de la teología de Santo Tomas, que por ser grande la dividió en dos. En las entre-ventanas, que tambien son cuatro, se ponian los doctores de la Iglesia latina, Jerónimo, Ambrosio, Gregorio, Agustin, y en el cuarto, que es más grande y casi doblado que los otros, San Agustin con Santo Tomás. De la otra parte, en la correspondencia detras, los cuatro doctores de la Iglesia griega, Atanasio, Gregorio Nacianceno, Basilio y San Crisóstomo, junto con San Buenaventura. En los testeros principales, encima de las cornisas de las puertas, en el uno, la ley y pacto antiguo, una mujer anciana sentada en un altar de tierra, y á los lados Moisés, David, Esaías, Esdrás y otros santos escritores de aquel tiempo. En el otro de frente, la Iglesia en trono real; por los lados, los cuatro Evangelistas y San Pablo, acompañado todo esto con sus follajes y grutescos, que le diesen mucha gracia, como se vió en los dibujos. El aula de artes se dividió tambien por sus materias en otros cuarteles y artesones que hace la bóveda, donde se ponian como principales y universales sugetos, la dialéctica y la filosofía, los cielos y los elementos, el tiempo y otras cosas bizarras y de ingenio para el propósito. De todo esto ordenó los cartones Bartolomé Cardu-

cho, harto bien considerados; he dicho esto aquí en suma por si algun dia, etc.... Al fin de la lonja y paseo, otro cimborrio, en que tambien concurren estos tres claustros ó cuatro, como en el convento los otros tres, aunque es harto diferente; no es éste cuadrado ni tiene el ventanaje que el otro, y aunque tiene 12 puertas en el andito primero, por donde se entra á él, y se pasa á la cocina y bodega y otros servicios, no son iguales; las cuatro del medio, grandes, las de los lados más pequeñas; de allí arriba está todo blanco, sin ventanas, porque no las hubo menester, no teniendo tránsitos á quien sirviese, sino por sólo una parte. En la cúpula tiene ocho ventanas con vidrieras que le dan bastante luz: antes que entremos en el refectorio que está aquí junto, será bien considerar dos cuadros que hay en el testero de la lonja ó paseo, entre las ventanas que caen al pórtico, y otros dos que hay aquí en este mismo cimborrio, porque son de grandes maestros, aunque están aquí desterrados, ó digámoslo así, como derribados de su dignidad y asientos primeros; los que están en el cimborrio son de Lucas Canguiaso, que nosotros de ordinario llamamos Luqueto; son muy grandes y rematan en vuelta ó en arco, con sus guarniciones y marcos dorados: el uno de las once mil vírgenes, el otro la caída de Lucifer en aquella batalla grande que hubo en el cielo entre él, y San Miguel y los de cada bando. Se pusieron estos dos cuadros en las dos principales capillas de la iglesia, que hacen

testeros en la nave principal, cruzando con la del altar mayor: le descontentaron mucho al Rey, así por la compostura de las historias, como por el poco ornato que tienen las figuras y un colorido muerto, sin gracia.

Vino Lúcas ó Luqueto de Italia, como á suplir la falta que habia hecho con su muerte Juan Fernandez, nuestro mudo, traído por famoso y por valiente, y con mucha razon; hombre facilísimo en el arte, de extraña presteza y no falta de invencion, aunque sí notablemente de adorno. El principal motivo de traerle fué para las cosas del fresco, en que tenia mucha práctica; pintó aquí hartas cosas en breve tiempo, de que hablaremos en sus lugares propios. Estas dos historias parece que las hizo no más de para ganar de comer aquel dia, segun están de andaderas y al parecer poco más que bosquejadas: en el cuadro de San Miguel apenas quiso poner otro ángel bueno; todos los otros son demonios fieros, desnudos, en posturas extrañas, y para altar feas, poco pías; en el de las Vírgenes, aunque puso algunas, para el número que podian significar fueron muy pocas, y aquellas de suerte que quitan la gana de rezar en ellas, y un solo verdugo que las está descabezando, que aunque la figura es airosa, es fea, mal vestida, y el colorido de todo ello descolorido y deslavado; y con todas estas faltas no se le puede negar sino que descubren la valentía del maestro, lo mucho que sabía, y cuán diestro era en plantar las figuras y mostrar sin

dificultad todas las partes, con singular proporcion y movimiento.

Los otros dos, que están entre las aulas, son del famoso Federico Zucaro, que vino á suplir la falta que hizo Lúcas Canguiaso, y la suplió tan bien como Lúcas la del Mudo, que si viviera éste, ahorráramos de conocer tantos italianos, aunque no se conociera tan bien el bien que se habia perdido. Vino Federico con tanto nombre, enderezado al servicio del Rey por medio de personas tan graves y de tan buen juicio, y las estampas suyas le habian hecho tan famoso, que poco ménos le saliéramos á recibir con palio. Se le entregó luego todo lo bueno y cuanto él podia desear, que fué la pintura del retablo principal, y de los dos colaterales de las reliquias, y algunas estaciones del fresco en el claustro grande: todo esto pintó, y poco de ello dió contento al Rey ni á nadie, y ninguna cosa hizo que llegase con mucho á las esperanzas que se habian concebido á su nombre: las dos historias de que aquí vamos tratando son las víctimas en que puso la mano, con el mejor cuidado y estudio que supo; y las que habian de estar al lado de la Custodia, en el altar mayor y muy á los ojos, que son la Natividad de Nuestro Salvador y la Adoracion de los Reyes. Cuando las acabó, quedó tan enamorado de sus manos Federico, que quiso las viese S. M. antes que las asentasen, lo que no osó hacer en las otras del mismo retablo, pareciéndole, y como les habia dado tanta fuerza para que re-

levasen de lejos, no serian tan apacibles mirándose de cerca. Estas sí; y cuando llegó S. M. á verlas, habiéndolas puesto á la luz que le pareció responderian mejor, le dijo con harta confianza: «Señor, esto es donde puede llegar el arte, y éstas están para de cerca y lejos.» No le respondió ninguna cosa, mostrándole aquei buen semblante y gracia que daba por respuesta á todos, que jamás lo supo darlo malo á nadie. De allí á un rato que las estuvo mirando, le preguntó si eran huevos los que tenia allí en una cesta un pastor, asiendo de ellos á dos manos para presentarlos á la recién parida Vírgen Madre: respondió que sí. Notáronlo los que allí se hallaron, entendiendo que habia hecho poco caso de lo demas, y que parecia cosa impropia un pastor que venia de su ganado á media noche, y áun corriendo, pudiese haber allegado tantos huevos, si no guardaba gallinas. Le pusieron al fin estos dos cuadros en el lugar para do se hicieron, y cuando se despidió, haciéndole mucha merced, como se esperaba de tan gran Príncipe, mandó quitarlos del retablo, y con ellos el cuadro principal del martirio de San Lorenzo, que tambien era de su mano. Este se puso fuera de casa, en una capilla que se hizo en este Sitio, donde los oficiales de la fábrica oyen misa y se les administran los Sacramentos; y estas otras dos, que son para de cerca y de lejos, como dijo su autor, mandó poner aquí entre estas dos aulas, que á pocos he visto den gusto, aunque sin duda son de lo mejor que aquí nos dejó.

Y por acabar con esto de una vez, diré el remate de su vuelta á Italia.

Hechas estas historias al óleo, con las dos reliquias, Nuestra Señora y San Jerónimo, iba pintando al fresco, con los oficiales que trajo de Italia, la mitad de las historias del claustro principal. Las cuatro ó cinco que estaban hechas, desde la Concepcion de la Vírgen, hasta la de la Visitacion, descontentaban tanto al Rey y á cuantos las veian, que se le dijo al mismo Zucaro. Él se excusó que no las habia labrado de su mano, sino unos mancebos, que se las habian echado á perder. Se dió traza para que pintase él una de su mano, que fué la primera de la Concepcion de la Vírgen: salió tan perdida cosa, que aún parecian las otras mejores. Visto esto, S. M. le dió licencia para que se tornase á Italia. Le dió 6.000 ducados, conforme al asiento que estaba hecho, que eran 2.000 por año, y estuvo tres. Y con otras mercedes particulares que el Rey le hizo, le valió más de 8.000 la venida; y sin esto dicen le mandó dar más de 400 ducados de por vida en Italia, de que él fué muy contento, dejándonos acá muy poco gusto de sus pinturas. Cuando ya le habia despedido el Rey y héchole tanta merced, fray Antonio, nuestro obrero, llegó y le besó las manos, diciéndole: «Bésoselas á V. M. por la merced que ha hecho á Zucaro.» Respondióle: «No tiene él la culpa, sino quien le encaminó acá,» aludiendo al disfavor de despedirle, y no á la merced de que se le daban las

gracias. Mandó luego que picasen las historias, y tornólas á pintar Peregrin, como ya lo vimos, en el claustro grande.

Entremos en el refectorio del colegio: es una pieza bien proporcionada: el largo 60 y el ancho 30 piés, poco ménos; bóveda de ladrillo, con sus compartimentos y fajas, ventanas, lunetas y la cornisa que corre al derredor de piedra; no tiene mucha luz, porque está en lo muy dentro del cuerpo del edificio, y sólo el patio ó corral de la leña se la da por unas ventanas, que, como no están en el testero, no le alumbran todo ni bien. Está aquí una Cena del Señor, encima de la mesa de la cabecera y del orden de los azulejos, que aunque es copia de otro original, es tan valiente y tan buena, que no hay en toda la casa pintura ni cuadro de más consideracion. Es pintura de Leonardo Vins, uno de los singulares ingenios que ha producido Italia, no sólo para la pintura, en que fué tan excelente, sino para todo cuanto emprendió: tanto caudal le dió la naturaleza, que saberlo todo le parecia poco. Músico grande y gran arquitecto, escultor, ingeniero, maquinista, anatomista, filósofo, y al fin lo que queria, y en cualquier cosa que se reposara, que esto no habia hacer, fuera cosa monstruosa, sino que aquel fuego y viveza nativa del ingenio le hacía andar dando saltos de una en otra, como á muchacho que le hierve la sangre y no le deja estar quedo. De aquí vino que quedaron pocas cosas suyas acabadas, y las que hizo de fresco están ya mal-

tratadas, y tales cuales están adoran en ellas los del arte. Pintó esta Cena en la pared del refectorio de los religiosos de Santo Domingo, en Milan; se llama el convento Santa María de Gracia; y les dió tanta majestad y grandeza á los apóstoles, y las cabezas salieron tan excelentes y graciosas, que no se atrevió á acabar la figura del Cristo, dejando por hacer la cabeza, ni pudieron jamás con él que lo hiciese, diciendo que no podía él formar idea de una testa tal que hiciese, como era razon, ventaja á las de los apóstoles; fué necesario buscar otro maestro que la acabase. El Rey Francisco de Francia, tuvo noticia de esta Cena, y refiere el Vassari que prometia grandes premios á los arquitectos é ingenieros que llevasen aquella pared á su costa á París, y hacer á los religiosos otra pared y otra Cena. En tanto estimó esta pintura; y al fin, como ninguno se atrevió, se quedó allí, y se llevó el pintor, cuando más no pudo. Aunque cuando Leonardo fué á Francia ya era viejo; y el Rey Francisco, que estimó en tanto los hombres de claros ingenios en buenas artes, le fué á visitar estando malo, y al fin murió reclinando la cabeza en las manos de aquel valeroso Príncipe. Le presentaron al Rey, nuestro fundador, esta copia en Valencia, que, como digo, es tan buena, que quita la gana, digo el deseo, de traer acá el refectorio de Milan. Están todos los Apóstoles como desasosegados y con afecto inquieto, oyendo decir á su Maestro y Señor que uno de ellos le habia de vender: en sólo

Judas se echó de ver un reposo recatado ó fingido, como de traidor que está aguardando en qué ha de parar aquella plática; está recostado con el brazo izquierdo en la mesa, y con el derecho derramó el salero, como quien quebrantaba y rompía la paz y unidad de aquel celestial Colegio: los rostros están vivos; parece que oímos á San Pedro lo que pide á San Juan sobre aquel caso, para despachar con el delincuente, segun está el viejo desasosegado y mudado el color, y medio en pié: las ropas, los vasos, los lienzos y manteles, como si fuera ello mismo. Aquí junto está la cocina del mismo colegio, una pieza tan buena que merece la nombremos.

Para subir á los claustros y hasta los desvanes, hay dos escaleras, la una como la de los otros claustrillos del convento; la otra es principal y bien acertada; en los claustros altos no hay piezas de consideracion, si no es otro paseo en el andar de los 30 piés, que pisa sobre la lonja de abajo, y tambien está abierto con el mismo orden de pilares. Hay tambien en este suelo una capilla de 68 piés de largo y 28 de ancho, con altar y retablo; sirve de que se junten allí los colegiales á decir maitines y la salve de Nuestra Señora: está enriquecida con un cuadro grande de nuestro Juan Fernandez, mudo. Tiene la historia de cuando el tirano le dejó muerto y asado sobre las parrillas, y entraron en lo secreto de la noche San Hipólito y otros compañeros á hurtar el cuerpo para llevarle á enterrar; no la dejó acabada

del todo, la acabó un su discípulo, y lo echan de ver los que saben algo. En el otro claustro, donde están los niños y estudiantes del seminario, no hay que detenernos, porque es lo mismo; no hay aquí pinturas ni otros primores, porque al fin, aunque vivan con mucho concierto, los moradores son muchachos, y ni los han menester, ni los conocen.

DISCURSO VIII.

La casa y patio del Rey, con los patinejos de dentro, cuadras y galerías, y el aposento privado de S. M.

Aunque hay muchas puertas por donde entrar á considerar la otra parte de esta fábrica que sirve al aposento y Casa Real, no se sufre dejar de entrar por los principales y comunes, que como dije en el primer discurso, son dos; están en la fachada ó lienzo del cierzo. Se entra á pié llano por entrambos á unos zaguanes grandes, y de allí, por otras dos diferentes puertas, se entra en diferentes patios, aunque todos se comprenden en uno, que responde con su magnitud al que vimos en el convento, y entrambos tienen la iglesia en medio. De suerte que considerada la caja de este claustro por dentro de los arcos de pared á pared, tiene 218 piés, y es en esto, algo mayor que el del convento, porque los aposentos de la parte del cierzo no son tan grandes como los del Mediodía. Para desde el zaguan entrar á este patio Real, hay seis escalones, porque se tuvo en cuenta, como ya lo he advertido, que en todo es-

te suelo y planta primera no hubiese escalon ni tropiezo alguno, y se anduviese toda la casa sin tener que alzar el pié, y lo mismo se guardó en la planta de los 30 piés, que es una de las mayores perfecciones que tiene esta fábrica, pues se puede caminar casi todo un dia, y digo poco, desde que se sube de este zaguan, sin tener que subir ni bajar escalon. Se dividió este claustro ó patio de los 30 piés abajo en dos partes, y la segunda de éstas en otras dos; así quedaron hechos tres patios, uno grande y dos pequeños. El mayor, que se llama el patio de Palacio, es cuadrángulo ó prolongado, tiene de largo de pilar á pilar 170 piés, de ancho 100; por dentro de los arcos y en el andito por donde se pasean, tiene dos lienzos enteros, que son el que arrima á la iglesia, que está al Mediodía, y el que mira á Oriente, cada uno de 218 piés de largo y 20 de ancho; la arquitectura es muy hermosa y fuerte; la distancia está repartida en nueve arcos claros, que las del claustro del convento son 11, por ser la arquitectura más delicada: las pilastras tienen seis piés de cuadrado y 18 hasta encima de la imposta; el claro del arco tiene 13 piés y de alto el doble. Encima de este órden se levanta el segundo, de suerte que por todos cuatro lienzos, mirados desde fuera, se ven hechas unas graciosas galerías con este buen órden de ventanas; esto se remata con una cornisa perfecta y bien labrada de molduras; encima de ellas, por remate, un pasamano ó antepecho como el del claustro

del convento, con sus balaustres, y encima los términos ó acroteras con las bolas.

De los 30 piés abajo, dije que quedaba partido este claustro ó patio grande con otros dos claustrillos y patinejos; la pared con que se divide, por donde mira á la plaza del patio Real, hace correspondencia de arcos cerrados con los abiertos del paño de Levante, y así quedó aquel patio por lo bajo, con muy buena vista, y el orden de los arcos atado y cumplido. Estos patinejos, que tienen de claro ó de cuadrado 60 piés sin los soportales, se embutieron ó se encajaron en este cuadro grande, porque no estuviesen lejos ni fuera de casa los oficios y cocinas reales, especialmente todos los oficios que llaman de boca, y así hay dos cocinas junto de ellos, para diferentes servicios, y para los ministros de ellos dos órdenes de aposentos altos y bajos. A lo alto de los 30 piés se rematan con un terrado de plomo que tiene un antepecho con sus balaustres, y los demás adornos de peanas y bolas, que le dan buen parecer y gracia.

Por la parte de dentro, en el lienzo que mira al Norte, hay buenas piezas de servicio donde comen el Estado y caballeros de la Cámara y mayordomos; aposento para Embajadores; y en el ángulo ó rincon que hace este paño con el Oriente, está la escalera principal, que si fuera un poco más ancha, está harto bien trazada; no tiene sino nueve piés escasos, que fué defecto. En el paño que mira á Oriente está una puerta grande por

donde se entra á los aposentos Reales, que están al paso del patio: el primero es una hermosa cuadrada de 50 piés de largo y 33 de ancho; tiene una bóveda con sus compartimentos de fajas y lunetas en las ventanas altas; las guarniciones de las ventanas bajas son de mármol pardo, y en el testero una grande y bien labrada chimenea de mármol pardo. En otros muchos aposentos hay otras chimeneas como esta, de poco menor tamaño y de igual hermosura, que no me puedo detener á contar por menudo tantos aposentos ni sus adornos, que sería cosa enfadosa y de poca necesidad: basta decir, que están labrados como para casa Real y con la policía y hermosura que es razon. Por la parte que responden á la iglesia, no hay en este suelo bajo aposentos, porque la misma pared de dentro es la de la iglesia. Subiendo á lo alto del patio, que es á los 30 piés, hallaremos variedad y muchedumbre de aposentos para caballeros y personas de cuenta, de los criados de S. M., y de las personas Reales, que no hay que detenernos en ellos. A la parte de Levante se hacen tres diferencias de aposentos, para los Príncipes, Infantas y personas Reales, y los que han de estar más inmediatos á su servicio: unos caen á la parte de los jardines de Oriente, otros á la parte de la galería, con sus chimeneas de mármol casi en cada pieza. La galería de este lienzo se dividió en dos piezas grandes, cerrando las ventanas abiertas con sus puertas y vidrieras, para que se pudiese habitar como en las demas piezas. La una de és-

tas está adornada con excelentes cuadros de pintura, unos del Basan y otros de Jerónimo Bosque, y de otros maestros que dejo de decir lo que son hasta su tiempo. Hay en estos dos lienzos de Norte y de Oriente cuatro órdenes de aposentos, unos sobre otros, que son de grande cumplimiento y hacen una gran casa, aunque siempre viven apretados y descontentos: y sin esto se aprovechan los desvanes, que no hay cosa ociosa y sin oficio. En el paño que arrima á la iglesia en este mismo suelo de los 30 piés, se hace una larga y hermosa galería de 20 piés en ancho, 190 de largo y 28 de alto; está todo pintado por los dos lados, por los testeros y por la bóveda. En la pared, que es de la iglesia, se fingen dos paños colgados de sus escarpías con cenefas y franjas, tan al natural, que engañan á muchos hasta llegar á levantarlos y asir de ellos. Está pintada allí la batalla que el Rey Don Juan el Segundo, dió á los moros de Granada en la misma vega; se llama la batalla de la Higuera; la ocasion de pintarse aquí esta batalla fué, que en una torre del Alcázar de Segovia, en unas arcas viejas, se halló un lienzo de 130 piés de largo, donde estaba pintado de claro y oscuro, que no tenia mal gusto de pintura para aquel tiempo el que la hizo. Mostraron el lienzo al Rey nuestro fundador y le contentó, mandando la pintasen en esta galería. Al otro lado, entre los macizos de las ventanas de la galería, que son ocho, está pintada tambien al fresco la toma de San Quintin y la batalla que habia

dado primero el Duque Filiberto, el día de San Lorenzo, cuando prendió al Condestable de Francia, como ya dijimos, que fué la ocasion y primer fundamento de esta fábrica.

En los dos testeros están otras dos jornadas que se hicieron sobre la isla de la Tercera, y los dichos sucesos de la una y de la otra; donde se ve tambien el modo de pelear en el agua y la forma viva de aquellos grandes vasos con que se anda en ella. El techo y la bóveda de toda esta galería está tambien labrada y ordenada con varios grutescos en estuco, donde hay mil diferencias de figuras y ficciones, encasamentos y templetes, nichos, pedestales, hombres, mujeres, mónstruos, niños, aves, caballos, frutas, flores, paños y colgantes, con otras cien bizarrías, como dicen los italianos, cuya es toda la pintura de este género.

Salgamos de esta galería, que es tan larga y tan llena de estas cosas, que si lo queremos ver todo nunca acabaremos. Bajemos otra vez al suelo del patio Real, y sin entrar en él, lanzándonos por un callejon estrecho que vuelve por detras de la iglesia, entremos á los aposentos propios del Rey. Aquí dentro, se hace un claustro ó patinejo har-to hermoso; tiene de cuadro 60 piés de Mediodía al Norte, y poco ménos de Poniente al Levante. En el paño que cae á Oriente no tiene arcos abiertos, sino unas pilastras cuadradas, y en lugar de la fuente que habia de estar en medio, tiene dos, en dos nichos que se hacen en la misma pared,

en unos mármoles pardos, que por las bocas de dos cabezas humanas de mármol blanco echan el agua en dos conchas grandes de la misma piedra. El orden y arquitectura que hacen los otros arcos en los tres lienzos es dórica, con columnas redondas enteras y bien labradas; encima de este orden hay otro de ventanas cuadradas como galería, y encima de este se levantó luego otro de la misma forma, de suerte que todo este claustro es un joyel hermoso, con gran cuidado y primor labrado. En la alta, que es la principal, hay por todo el contorno hermosos lienzos y cuadros al temple, de lo mejor que ha venido de Flandes; las más hermosas verduras y paisajes que yo he visto. En uno, se ve Elías debajo del junípero ó terevinto, y en otra el mismo cómo le traen de comer los cuervos; en otro el Profeta Eliseo, cuando subiendo á Jericó los muchachos le burlaban; Balaan en otro, detenido por el ángel y su ama, que se vuelve á reprenderle, y otros mil lugares é historias del Nuevo y Viejo Testamento; debajo de estos cuadros, están repartidas por todo el contorno de la galería, mapas de todas las provincias que conocemos y se han lineado y grabado por los cosmógrafos, todas de estampa fina y bien coloridas, guarnecidas en sus marcos dorados; son más de sesenta y tantas, excelente entretenimiento para caballeros y Príncipes y de provecho, para que no padezcan ignorancia de lo que cada día se trata entre ellos. La bóveda es llana, con sola una faja que anda al derredor, estucada toda y

blanca como la nieve, y en la pared que mira á las ventanas, dos chimeneas francesas de mármol. A los dos extremos tiene dos puertas por donde se entra en ella, desde los aposentos que caen al Norte, que se llaman de la Reina, y de los de Mediodía, donde vive el Rey: el primero que se encuentra entrando de esta galería es una cuadra grande, de 60 piés de largo por 20 de ancho, con cuatro ventanas al jardin, y podriamos llamarla ante cámara. Esta tambien tiene muchas diferencias de cuadros que son de consideracion: retratos del natural de muchas cosas que se ven en nuestras Indias; unos de muchas diferencias de aves, con el mismo color de sus plumas; otros de variedad de animales grandes y pequeños, aunque reducidos los grandes y los más de ellos á formas pequeñas, porque cupiesen en los lugares que pretendian ponerse, como lo veremos cuando vengamos á tratar de la librería de mano. Hay tambien otra diferencia de los que llaman reptiles, que en castellano comunmente llamamos sierpes, tomando del latin el vocablo, en particular culebras, vívoras, lagartos, caimanes, escarzones, sapos y otras mil sabandijas: en otros cuadros en ciertos diseños y perspectivas de jardines, huertos, claustros y fuentes; hay gran variedad de plantas y yerbas, con raices, hojas, frutos, flores, coloridas al natural, que entretienen harto la vista y áun la engañan. Debajo de estos cuadros están repartidos los dibujos ó estampas que Juan de Herrera ordenó de toda esta casa con sus plan-

tas y monteas; en los dos testeros ó frentes de esta pieza, donde tiene las entradas, hay dos puertas de marquetería de lo mejor y más bien labrado que nos ha venido de Alemania, bien trazadas y entendidas, columnas dobladas á los lados con sus encasamentos y nichos en los intercolumnios. En los nichos, pedestales, frisos, cornisas, targetas y otras piezas, hermosas labores y embutidos de diversas maderas, obra que parece corta la vida de un hombre para acabarla. Desde esta cuadra se entra en otra, donde vivió siempre nuestro fundador el gran Felipe II; no se puede entrar allí sin lágrimas: veámosla al fin como pudiéremos. Se hace, como dije arriba, y lo muestra la planta desde aquí, sin resalte ó salida con estos aposentos Reales de la una y otra parte, de suerte que abrazan la capilla mayor, donde advertí que en la primera planta se habian de levantar las torres. El hueco ó el cuerpo de ellas, es el cuadro y el espacio de estos aposentos, del Rey al Mediodía y de la Reina al cierzo, que es 30 piés de ancho y lo mismo de largo ó poco más; esto se dividió en tres apartados por lo largo; el mayor es el cuerpo del aposento de 16 piés, con dos ventanas al Mediodía, y otra al Oriente: en las otras dos partes que caen á la parte de la iglesia, se hizo una alcoba para dormir y un escritorio donde tenia, y se está ahora, un estante con libros como los que tenemos en las celdas, no de mejor hechura ni madera, con otros cajones ó escritorios más pequeños. El adorno de estas piezas ó

de esta tan honrada celda, es harto sencillo y llano: otras hay más bien aderezadas en la casa, que parece no venia aquí á ser Rey, sino religioso de los muy observantes. La bóveda llana, las paredes blancas, el suelo de ladrillo, y apenas hay que ver: tanta era la modestia en sus cosas propias de este mismo Rey. Dos bufetes le hizo fray Antonio el obrero, de un mármol que trajeron de las Indias, y se los puso allí sin pedirlos él: por las paredes algunas imágenes y cuadros de Nuestra Señora, todo lleno de devocion; algunos dicen que son de aquel gran Alberto Durero, como es, la huida á Egipto de noche, que se le echa de ver ser suya; y no sé si tambien un Nacimiento ó Resurreccion y otro cuadrillo pequeño de unas aves: la alcoba donde dormia está llena por los dos lados de imágenes pequeñas de santos, porque doquiera que se revolvía en la cama, como lo dije en su lugar, recibia consuelo en ver tan buena compañía. Desde esta pieza se sale á un tránsito que va á dar á la escalera, por donde se baja á la sacristía y por donde se sube á lo alto de la iglesia y al claustro: tiene dos puertas de marquetería de Alemania, muy galanas y labradas con igual primor que las otras, de aquellas diferencias de maderas y embutidos tan detenidos y hermosos; desde la alcoba ó dormitorio, y desde el escritorio que está junto á ella, por dos puertas, se ve el altar mayor, harto claro y cerca, y por ella se sale á los oratorios que están entre medias en el grueso ó en el hueco de un arco gran-

de de la iglesia: mas porque ya esto entra en sagrado, volveré el pié atrás, dejándolo para su lugar propio. A la otra parte y banda del Norte, he advertido que hay otros tantos aposentos como estos, alcoba y escritorio y oratorios, donde estuvieron casi siempre el Príncipe nuestro señor y su hermana la señora Infanta, y ahora la Reina nuestra señora: no hay que detenernos en esto. Hay tambien de cada lado una escalera, por donde se baja á otros tantos aposentos que están al suelo del claustro ó patinejo, sin faltar punto de como están arriba: piezas muy frescas para el verano, y que por las mismas rejas de la galería y otras cuadras se entran los naranjos, jazmines, rosales, mosquetas y otros arbustos olorosos, y por las mismas, que están hechas aposta, se puede salir al jardin casi á pié llano con dos solos escalones. La galería que decimos está debajo de la otra, no hay otro adorno más de seis cuadros tan grandes, que ocupan toda la pared de frente de las ventanas, en que se ve hecho al vivo aquella batalla naval de Lepanto, en que con tan gloriosa victoria el señor Don Juan de Austria, hijo de Carlos V, siendo capitan general de la liga, venció, echó á fondo y trajo cautiva toda una gruesa armada del Turco, el año de 1571. Siendo Pontífice Máximo, Pio V, de gloriosa memoria. No tengo que detenerme en referir lo que tantos tienen dicho, ni me toca. La pintura de estos lienzos es de Lucas Canguiaso, que le dió la fuerza y la viveza que él tenia en todas sus obras.

DISCURSO IX.

La librería de este convento, con sus repartimientos y adornos.

Segun las diferencias de los moradores, hemos visto ya las diferentes moradas que hay en esta casa, con tanta consideracion repartidas. Las conventuales, que es lo estrecho de la observancia y religion, cuya vida es silencio, oracion, clausura y alabanzas divinas, por sí en un claustro grande y cuatro menores. Los religiosos que tratan letras naturales y divinas, donde se sufre y se permite más ruido, y son virtud ciertas competencias santas en las opiniones y en los ingenios, por el fruto que despues de estas raíces amargas se coge, tambien por sí en dos claustros, como los otros, pequeños. Los niños del seminario, que estudian los primeros elementos, principios para las ciencias, en otro que linda con estos. Los caballeros y las damas que van siguiendo á la córte, las flores y favores del mundo, haciendo estado á los Reyes y personas Reales, tambien por sí y muy apartados. Los mismos Reyes y Altezas, más retirados y solos, donde no puede llegar ni asomar sin su licencia otro

ninguno, como águilas en las rocas inaccesibles

Falta ahora de ver en esta tan bien considerada fábrica, supuesto que se encierran estas diferencias de moradores dentro de cuatro paredes, en qué se adunan, cómo se atan y convienen; quiero decir, qué piezas hay comunes, donde todos ó parte se junten; estas son dos: la una, para entre el colegio y convento, y la otra para todos; aquella es la librería, y ésta la iglesia. Estas dos piezas adunan todo el edificio, y ellas mismas le dividen; hacen, poniéndose por medio, que los unos no estorben á los otros, y cuando fuere menester, como moradores de una casa, se comuniquen y concurren en uno. Veamos, pues, la librería primero, pues es la primera y está encima de la puerta principal: podré hablar de ella con más libertad que de las otras partes de esta casa, por ser cosa más llegada á mi propia facultad, pues, al fin, lo principal es libros, amigos y compañeros perpétuos, casi desde la cuna, y porque he puesto en ello las manos y alguna parte del ingenio. Pudiera también hacer un libro entero de tan rico sujeto, si quisiera tender las velas á todas las ocasiones que se ofrecen en materia de librería, como lo ha hecho alguno; mas será contra las leyes de la historia tan demasiada licencia, y ajeno de la brevedad que hasta aquí he profesado: sólo diré lo que derechamente tocara al sujeto, de suerte que, ya que no se vea lo que está por falta mía, se conjeture al ménos por lo que dijere.

Está dividida esta librería en tres piezas principales: la mayor y la más noble, atraviesa de Norte á Mediodía, que no viene mal con el consejo de Vitruvio, teniendo la luz de la mañana, tan importante al estudio, y la de la tarde, cuando ya se puede tornar á los libros, gastada la comida que estorba, y puertas en los mismos testeros para entrar á ella, de parte del convento y del colegio, y asentada, como dije, encima del zaguan y puerta principal de toda la casa. De suerte que está entre las dos fachadas, la de fuera y la de dentro, que mira á la de la iglesia; tiene de largo 194 piés, contando desde los umbrales de las puertas de los claustros pequeños de cada lado, y de ancho 32, repartido el largo en tres como capillas, haciendo dos arcos por dentro, para guardar la buena proporcion con el alto de ella, que es de 36 piés hasta la cumbre de la bóveda. Á la parte de Oriente tiene diez ventanas, cinco bajas, grandes, rasgadas, con vidrieras y sus parapetos de hierro, de más de seis piés de ancho y 12 de alto, puestas en viaje adentro, porque den más luz. Las altas algo menores, tambien con sus vidrieras, que no se abren. Á la parte del Poniente tiene siete, de suerte que desde que el sol sale, hasta que se pone, la alumbra por una ó por otra parte, excepto en las horas del mediodia, que no la há menester. El suelo por que desde él nos vamos levantando, es de losas de mármol pardo y blanco, como las demas del claustro; sobre él asienta, por todo el contorno,

guardando las ventanas, una peana ó zoco de lindo jaspe colorado, de un pié y más en alto, con tanto pulimento que puede servir de espejo. Sobre éste, cargan los cajones ó estantes, la más galana y bien tratada cosa que de este género creo se ha visto en librería; lo que antiguamente se solia hacer para un libro estimado, y como joya preciosa que se presentaba á un Príncipe, que era guardarlo en cajas ó arcas de ciprés ó cedro, se ve aquí como cosa ordinaria para todos, porque la materia y madera de que están hechos estos estantes es toda preciosa, la más ordinaria nogal; las demas, traídas de las Indias; caoba de dos suertes, que llaman macho y hembra, de color de brasil, algo ménos encendido; acana de color castaño oscuro, algo más noble y encendido; ébano, cedro, naranjo, terevinto; de todas estas, ensambladas y entretejidas, se compone, por el contorno de toda la pieza, una fábrica de órden dórico hermosísimo: se levantan los pedestales de las columnas encima del zoco de jaspe, con su basa y chapitel, y en el macizo ó cuerpo del pedestal, por las tres partes, hace un cuadrado, embutido de otra madera diferente, el cuerpo de otra, las molduras y el marco de otra, con que queda variado y hermoso. Entre el zoco de jaspe y la mesa que carga sobre el pedestal, queda una buena distancia ó *sena*, que llamaron los antiguos *plúteo*, porque se llenan, ó congregan, ó juntan allí los libros, y así cabe aquí un órden de libros de folio. Sobre la mesa, que es de nogal,

madera que sufre más trabajo, y que con las manos y la ropa se mejora, asienta otro zoco, que tambien es de diversas maderas ensambladas, y sobre él la basa de la columna; y aquí se hace, desde la mesa hasta el escape bajo de la columna, otro seno, que se cierra y abre con una puerta, que, dejándola caer sobre la mesa, no estorba, donde cabe otro órden de libros de á cuarto. La columna, sin la basa y chapitel, tiene á seis piés poco ménos, con estrias enteras de alto á bajo y redondas, apartadas de la pilastra de tres, y la materia es caoba. La basa y chapitel son de naranjo: para tantas y tan gruesas piezas fué menester cortar muchos y pagarlos bien á sus dueños; y aunque la materia fué tan extraordinaria y hermosa, no fué de mucho provecho, porque está muy sujeta á la variedad del tiempo; abre y cierra, y con esto hace fealdad; tanto importa tener experiencia de los materiales y de las tierras donde han de servir; la pilastra de tres es de lo mismo. En toda la distancia de esta columna, hasta encima del chapitel, donde carga el arquitrave, hay otros tres senos; de suerte que son estos cinco en cada division, de columna á columna, por todo el contorno de la pieza. La cornisa tambien es de estas diferencias, con los triglifos y gotas del mismo naranjo: encima de ella, por remate, asienta un pódio con su pedestal, friso y cornisa, y las pilastrillas que responden encima de las columnas; y encima de ellas, por último remate y adorno, las peanas ó acroteras, con las bolas de

naranja, porque responden á las basas y chapiteles; el alto de toda esta fábrica de los cajones, desde el zoco de jaspe hasta estos remates, es de 15 piés: en los dos testeros y frentes de la pieza se hacen, de las mismas maderas, tres puertas, con sus jambas, dinteles y frontispicios, que dividen los estantes y cajones, y así queda con ellos la pieza adornada noble y ricamente, por ser la arquitectura tan buena, y la variedad y hermosura de tantas diferencias de maderas. De allí arriba, hasta la cornisa que corre por el derredor de toda la pieza, bajo de las ventanas altas, donde comienza á volver la bóveda, hay una distancia de ocho piés, en que están pintadas las historias que despues veremos. La cornisa está cubierta de oro, con los filetes y boceles labrados de oscuro, como si fueran relevados, y abiertos los follajes, que les da mucha gracia. La bóveda, con los dos testeros y frentes que están encima de la cornisa, están pintados de mano de Peregrin, que aunque siempre se muestra discípulo é imitador del Bonaroto, aquí quiso competir con él: de la invencion y disposicion de esta pintura diré con la mayor brevedad que pudiere. En los dos frentes de encima de la cornisa, están pintadas las dos cabezas y principios de las ciencias todas que el hombre trata: la Teología y la Filosofía; lo natural ésta, lo revelado aquella. A la parte del convento se puso la Teología, teniendo consideracion que aunque en el colegio se estudia lo uno y lo otro, es más á propósito atribuirles la Filosofía,

porque allí comienzan los religiosos, siendo mancebos, los estudios, comenzando por la dialéctica; y la Teología, aunque tambien allí se estudia, no se goza de ella en aquellos primeros años, que se gastan todos en altercaciones, y disputas, y opiniones, hasta que, reposados y maduros, gozan en las celdas de su convento, los frutos que dieron aquellas raíces amargas de las disputas y escuelas.

Está, pues, en la parte del colegio pintada la Filosofía como una matrona grave y hermosa: tiene delante de sí, un globo grande de la tierra, mostrándole con el dedo á los filósofos que tiene á su lado: Sócrates y Platon, su discípulo; Aristóteles, discípulo de entrambos, y Séneca, discípulo de todos tres; se escogió éste, aunque se pudieron poner otros más aventajados, por ser latino y español. Las figuras son grandes, poco ménos *trestanto* que el natural, de tanta fuerza y relieve, tan bien entendidas y tan bien pintadas al fresco, que los que entran por la puerta de frente, aunque están á cien pasos de distancia, parece están junto de ellas, que las pueden asir con la mano, tan de bulto parecen y tan fuertemente relevan de la pared. Desde esta madre comun de las ciencias naturales, y que se alcanzan con nuestra diligencia, se va caminando á la perfeccion y remate de lo que se puede saber en la tierra de lo revelado y divino, que se llama teología, cosa de tanto punto necesaria, que sin tener alguna nota de sus misterios es imposible

alcance el hombre el fin para que fué criado.

Son tres partes: de la una parte, de esta filosofía que se llama racional; para esto, en tres distintos apartimientos ó compartimentos de la bóveda, se pintan estas tres ciencias, por el orden que se ha dicho. Se finge abierto el cuadro, y que por allí se ve el cielo y aire sereno, y la Gramática sentada encima de unas nubes para la propiedad de la naturaleza, que la figura humana, si no tiene alas, ha de asentar y sustentarse en algo. La figura es de mujer grave; tiene en la una mano, una guirnalda de verdura y flores, y en la otra, una palmatoria y azote, aunque algo escondido, para significar que en las escuelas se ha de usar más del premio que del castigo, y basta sepan que lo hay. Se ven en esta pintura algunos muchachos al derredor de la Gramática, con sus cartillas y librillos; todo con tan lindo colorido, luces, escorzos, desnudos y fuerzas, que entretiene y deleita mucho.

La arquitectura del techo abierto, que se finge de piedra, la sustentan cuatro mancebos fuertes, desnudos, mayores que el natural, con paños ó almohadones en los hombros ó en las cabezas, tan valientes y de tanto artificio y dibujo, y en tan extrañas posturas, que tienen bien en qué estudiar los que quieran aprovechar en el arte. Las lunetas y capialzados que están en las ventanas altas, y en las que corresponden en la otra pared de frente, se fingen tambien abiertas al cielo, con unos fondos ó espejos de piedra, y otros dos

mancebos desnudos, poco ménos del natural, que tambien están sustentando la abertura ó cerco del claro con extremadas posturas, hermosas ropas y pulvinares ó almohadas, en que hacen la fuerza y reciben la carga: por el agujero del fondo ó espejo, se ve bajar por cada uno un ángel, con alguna cosa en la mano de lo que toca á la facultad y ciencia que acompaña; vienen haciendo excelentes posturas y derribándose por el aire, con maravillosos escorzos y perspectivas, que, mirados de diversas partes, varían la figura, con singular deleite de los que las consideran. Al fin, está todo tan valiente, que han dicho muchos italianos que aquí vienen, inteligentes y de buen gusto en el arte, viendo tantas diferencias y desnudos, que les parece vino el mismo Bonaroto á pintar esta pieza, y que quita el deseo de ver aquel tan alabado Juicio que pintó en el Vaticano. De suerte que, en lo que toca á la invencion y traza de esta pintura, en cada cuadro ó arteson, ó llamémosla la basílica, está una parte de la Filosofía y diez figuras de varones desnudos y sin ninguna deshonestidad, de lo que no se recató Miguel Angel en su Juicio, sin los grotescos y follajes de oro y de piedra fingida, que hacen los compartimentos. Sin esto, á los dos lados de las ventanas altas que están á la banda de Oriente, encima de la cornisa, y en las que responden á estas á la banda del Poniente, que están cerradas, se ve algun varon insigne en aquella facultad y ciencia que está acompañando, de suerte

que con cada una hay cuatro; y así, en este primer compartimento de la Gramática se pusieron cuatro varones insignes en ella, en diversas posturas, aunque todos con gravedad y decoro sentados, y mayores mucho que el natural.

En las figuras que representan personas bajas, que se inducen en la historia no más de para servicio ó carga, ú oficios bajos, se permiten desnudos y mostrar en ellos el arte; mas no se ha de permitir en las personas principales, graves, honestas. Y así lo guardó el Peregrin en esta librería y claustro principal. Acompañan, pues, á la Gramática, de un lado, Marco Terencio Varron, que con justo título puede ser el primero; junto con él, de la otra parte del feston que aquí responde á la ventana de frente que tiene en medio un medallon fingido de oro, y un filósofo esculpido en él, harto bien contrahecho, está Sexto Pompeyo, de poco ménos antigüedad que aquel gran Príncipe y Capitan romano, pues floreció en tiempo de Augusto: escribió veinte libros de la significacion de las palabras, que fué como reducir el método, lo que antes habia hecho Verrio Flaco. De la otra parte, que es la de Oriente, están los dos conocidos Aélios, tan temidos de los muchachos, que decoran sus artes. Nuestro Antonio de Nebrija está con razon puesto entre estos varones tan doctos, y tengo vergüenza le estimen y conozcan mejor los extranjeros que nosotros sus naturales y discípulos, que sin exceptuar ninguno se pueden llamar así, de cien años

y más á esta parte, todos los hombres doctos de España. Luego, entre dos fajas que dividen este cuadro en la bóveda del cuadro segundo, que es de la Retórica, se hace una distancia que responde á los intercolumnios: está labrado de bizarros grutescos, con trozos de arquitectura, templetes y otras invenciones graciosas, y en los remates se ven los dos ilustres escritores de historia, la Natural y Moral, Plinio, aquel hombre tan fecundo en escribir las cosas de la naturaleza, como ella en producirlas; se le ve rodeado de algunos animales, para significar el sujeto de que trata aquel autor y cuán excelente descubridor fué de sus propiedades. El otro es Tito Livio; se sigue luego el cuadro de la Retórica, una hermosa y valiente figura de mujer con extraño aderezo de ropas y más extraña postura y escorzo; en la mano derecha tiene el caduceo de Mercurio; le llamaban los antiguos el dios de la elocuencia: está tambien acompañada de muchachos desnudos metidos entre nubes con libros en las manos, con posturas alegres y traviesas, que hay mucho que estudiar y ver en ellas. Tiene un leon al lado, para significar que con la elocuencia y la fuerza del bien hablar, se amansan los ánimos más feroces. En este segundo cuadro de la Retórica, al lado de las ventanas y rosetones, le están haciendo estado y acompañándola aquellos cuatro príncipes de la elocuencia, Isócrates y Demóstenes á una parte, entrambos griegos; de la otra banda está Ciceron, todos le conocemos porque desde muchachos trae-

mos sus libros en las manos; el postrero de estos cuatro es Quintiliano, que aunque tan maestro del arte y español, y á lo que dicen natural de Calahorra, entre estos héroes es justamente el postrero. Luego, despues de este cuadro, está una faja con un grutesco hermoso, y luego el arco que sube desde el suelo de la pieza que hace la primera capilla, de las tres en que dije estaba dividida esta pieza, para que no quedase embacinada y demasiado larga para el alto y el ancho y sin la debida proporcion. Esta anta ó pilar resalta dos piés y medio y algo más de la pared, y por todos los tres lados, está adornado con diversas labores y guarniciones; por el frente está de lindos y grutescos graciosos y bien labrados, en que se ven medallas y figuras pequeñas de mucha traza, de suerte que está harto enriquecido y hermoso de cosas fantásticas, ó como ellos dicen, *caprichosas*. Encima de la cornisa donde comienza á mover el arco, están sobre unos pedestales que se fingen en unos encasamentos ó nichos, de la una parte Homero, coronado de laurel, príncipe de la poesía de Grecia y de todos los autores profanos, y con tan propia habitud y semblante de ciego, que aunque no se le viera en los ojos lo conociera cualquiera; tan vivamente supo el maestro darle el aire de hombre que hecha las manos atentando para suplir la falta de la vista. De la otra está Virgilio, á quien los críticos de nuestros tiempos, no sabiendo dónde ponerle ó cómo llamarle, le dicen dios de los poetas. En otro intercolumnio

que se hace de otras dos fajas, están los dos famosos poetas líricos Pindaro y Horacio, coronados tambien de laurel, árbol tan amado de Apolo y por consiguiente tan consagrado de sus adoradores vanos. Algunos han querido reprender que en esta librería hay mucho de esto, poético y gentil, y paréceles que en librería no solo cristiana, mas aun de convento de religiosos y jerónimos, no habia de haber nada de esto, ni oler á cosa profana, todo habia de ser figuras é imágenes de santos: razon es de gente ignorante ó hipócrita. A cada cosa se ha de guardar su decoro: eso es para el claustro, sacristía, capítulos, coro y otras piezas propias del estado y de la observancia: las librerías son apotecas y tiendas comunes para toda suerte de hombres y de ingenios: los libros lo son, y así lo han de ser las figuras; y si están aquí y en todas las bibliotecas del mundo los libros de tan insignes ingenios, que muestran la hermosura ó el rostro de lo que tenian dentro y se les leen las almas, ¿por qué quieren no estén los retratos del rostro?

Esta librería es Real, y han de hallar todos los gustos como en mesa Real, lo que les asienta; y áun si bien se advierte, áun para los muy religiosos, hay en esto que llaman profano y gentílico, buenos sujetos y ocasiones para loores divinos, y motivos de santa meditacion, y los santos muy enseñados del cielo estimaron mucho esto, de que algunos hacen tantos arcos, y dieron reglas para que se sacase mucho fruto de

ellos; quede esto dicho para lo que se sigue y voy mostrando á los de buen gusto, gente santa, sin hipocresía, que de todo se aprovechan para bien. La Dialéctica viene luego en tercer compartimento y cuadro, otra mujeraza valiente, y es mucho en cabezas tan grandes mostrar tanta hermosura, y ésta la tiene, lindo rostro, y en un escorzo difícil, tiene los brazos tendidos, la una mano abierta y la otra cerrada, para mostrar que enseña cómo se ha de dilatar un sujeto y recogerle, que son dos grandes virtudes de su arte. La cabeza tiene coronada con los cuernos de la luna, para significar aquella manera de argumento que los griegos llaman dilema, y los latinos argumento cornuto, con que se aprieta mucho al adversario, y con que más fuertemente le derriba y vence. Tiene el mismo acompañamiento de mancebos y muchachos, trepando y moviéndose con hábitos admirables, llenas de dificultad y hermosura, porque ama siempre este artífice acometer cosas difíciles en los desnudos, por mostrar lo mucho que tiene del arte. De la una banda están Meliso y Zenon, de este dice Ciceron que declaraba diferencia de la Retórica y de la Dialéctica, mostrando la una mano cerrada y la otra abierta; la manera del decir de la una abierto, extendido, hermoso; la de la otra, apretado y duro. Síguense luego en los cuatro compartimentos y cuadros que restan en la bóveda iguales á éstos y de igual hermosura, las cuatro principales partes en que se divide la otra

parte de la Filosofía, que se llama comunmente Matemática, que son Aritmética y Música; la una trata de números y cuentas, y la otra añade sobre esto el sonido; de suerte que se suene numerosamente y por cuenta, y por eso la llaman subalternada, porque es como inferior y contenida debajo de los principios de la otra, que son más universales. Lo mismo digo de las dos que se siguen, Geometría y Astrología, que aunque la compañera y más vecina de la Geometría sea la perspectiva y su subalternada, como dijimos de la Música, pues la primera trata de líneas, y la segunda sobre este sujeto, añade vista, líneas hechas y producidas con la vista; se puso empero en lugar de ella la Astrología, porque es más noble su sujeto y más levantado por tratar de los cuerpos celestiales, de sus movimientos y aspectos. En todas estas ciencias hay grande acompañamiento y ornato, y se ponen los más insignes varones ó de mayor antigüedad que se conocen en estas disciplinas, mezclando con ellos algunos de nuestros tiempos. Se ven allí Arquitas Tarentino, Pitágoras, Xenocrates, Arquímedes, y tambien Jordan, y Sacro Bosco, y Juanes de Monteregio, que en comparacion de los cuatro primeros son de ayer. En la Música, Apolo, Orfeo, Anfion, Tubal, Cain, padre de todos, y entra con ellos Boecio Severino. En la Astrología se junta con Ptolomeo nuestro Rey Don Alfonso, famoso por sus tablas en todo el mundo. De esta suerte se muestra, que para venir de la Filosofía á la Teo-



logía es menester caminar por el conocimiento de muchas de estas cosas. Así, pues, se ve puesta en el testero que dijimos cae á la parte del convento, dentro de una arquitectura de un templo, que significa la iglesia donde ella reina y tiene su trono y cátedra. Está sentada una doncella grande y hermosa, porque ni admite corrupcion ni vejez, que la que padece estas mudanzas no es Teología, sino fantasías ó sueños de opinantes metafísicos que brotan de ingenios ociosos ó lujuriantes, como los llama San Jerónimo. La salen de la cabeza y rostro unos resplandores divinos y una corona Real, que se sostiene encima con la fuerza de la luz para significar cuán sobre todo lo terreno se levanta, y que sus fundamentos son divinos, que no tienen necesidad de apoyo humano, y como á Reina tiene de servirle todo y obedecerle. A los dos lados están los cuatro doctores de la Iglesia latina, Jerónimo, Ambrosio, Agustin, Gregorio, con sus propios hábitos; figuras grandes de mucha majestad y autoridad; en los rostros y semblantes se les echa de ver la santidad de las almas y la alta meditacion en que están puestos. Con el dedo de la mano derecha les muestra la Teología un libro, que es la Santa Escritura, para decirles, que en aquello han de emplear el gran talento que les dió el cielo. Este es el órden y la pintura que se ve en la librería de la cornisa arriba; por descansar de mirar en alto y de discurso tan largo, dejamos lo demas para el siguiente.

DISCURSO X.

Prosíguese la traza y adornos de la librería principal, con todas sus partes y piezas.

No he visto entrar hombre en esta tan ilustre pieza, que no se le haya puesto en admiracion y como dejado suspenso, y verdaderamente con razon, pues áun á los que estamos en ella cada dia, si sucede hacer alguna ausencia, cuando volvemos nos causa su vista esta misma novedad y movimiento. Muchos italianos que han visto la Vaticana de Roma, que es tan excelente, y otras muchas de Italia y Francia y otros reinos, le estiman y reconocen por cosa excelente. Visto hemos su traza y sus compartimentos, suelo, cajones, estantes, y la pintura, desde la cornisa arriba, en las siete capillas ó cuadros, y los dos testeros, donde se pintaron todas las ciencias. En este discurso veremos la demas pintura, que está entre la faja y ondas que corre por encima de los cajones hasta la cornisa, y el asiento y órden de los libros. Dijimos que en el frente de la pared que cae al colegio está la Filosofía con algunos filósofos, príncipes naturales y morales. Se acordó que debajo de cada cuadro de la bóveda, y todo

lo que respondiese hasta los mismos cajones, fuese cosa tocante á la misma ciencia, que está asentada en las nubes de aquel claro. Se pusieron á los lados varones insignes, como vimos, y debajo de la cornisa historias que respondiesen á lo mismo de arriba. Así se compuso en este testero una historia de la escuela de Atenas, partida en aquellas dos sectas tan encontradas de estóicos y académicos; están dos cátedras para significar esto en el cuadro; y en la una, que es de los estóicos, se ve puesto en ella Zenon, fundador de aquella doctrina dogmática, ó, como si dijésemos, preceptista y definidora, que quiere dejarlo todo asentado y determinado por sus reglas y sus discursos. En la otra, que es de los académicos, se ve el prudente y agudísimo Sócrates, á quien hacen fundador y padre de esta escuela; de suerte que estas dos principales escuelas, diferian en los tres puntos principales que estriban todas las ciencias: en los principios, medios y fines. Esto se pretendió significar en esta historia, que es la primera, como digo, que está debajo de la Filosofía.

A los dos lados, debajo de la Gramática, están otras dos al propósito. La una es la torre de Babilonia, que se ve edificando con gran bullicio y concurso de gente, andamios, gruas, piedras y todo aquello que vemos en un edificio grande cuando vuelve la labor; y porque allí confundió Dios las lenguas y diferenció los idiomas, y de aquí nació tener los hombres necesidad de apren-

der gramática, para venir en conocimiento de la otra lengua de su propiedad, congruidad y cadencias, que llamamos idiomas y dialectos, y por esto se puso esta historia, origen de la Gramática, que está harto galanamente pintada. De la otra parte, está el primer seminario y colegio de gramática que sabemos ha habido en el mundo, donde, por mandado del Rey de Babilonia Nabucodonosor, se juntaron muchos muchachos de su reino y de los cautivos israelitas para que allí estudiasen diversas ciencias. Vino á propósito esta historia para la antigüedad de la gramática y su autoridad, y por haber juntado aquí el Rey Don Felipe un seminario de cincuenta mozos que aprenden lo mismo. Tras estas dos historias sagradas de la Gramática, se siguen dos de humanidad, debajo de la Retórica. La una es la libertad que Ciceron alcanzó de Cayo Rabirio, que estaba acusado y poco ménos condenado por Tito Labieno de Perduelio, que era crimen, como decimos, de lesa majestad. Habia Rabirio muerto á un Saturnino, hombre pernicioso á la república: fué tan excelente la oracion que Ciceron hizo en su defensa, de tanto arte y con tantos afectos adornada y dicha, aunque le dieron poco tiempo para hacerla, que de todo punto salió con la victoria: se ve pintado á Ciceron orando, y Rabirio, que le está cortando las ataduras, en señal de libertad; y así mereció esta oracion que se pusiese por muestra de lo mucho que puede la retórica y el arte del bien decir. De la otra

parte está aquel Hércules Gálico de Luciano, tan alabado y recibido de todos; viejo, desnudo, con sólo la piel de leon y con la clava, y de la boca le salen unas cadenas de oro y plata, que prendiendo en las orejas de muchas gentes, se los lleva tras sí; que no se pudo inventar mejor enigma ó símbolo para mostrar la fuerza que tiene el hablar con arte y hermosamente en los corazones de los hombres. En la Dialéctica se pusieron otras dos, una de Zenon Eleates, á quien hace Aristóteles inventor de la dialéctica, porque debió de ser el primero que entre los griegos dió algunas reglas ó puso en algun método la manera de disputar, aunque hasta los tiempos de Sócrates se supo poco de esto y de la ética. Se pintó este filósofo delante de muchos mancebos que le siguen, y él les muestra dos puertas: la una tiene por título *Véritas*, y la otra *Fálsitas*, para significar que la dialéctica es la puerta por donde se entra al conocimiento de la verdad, y descubre la falacia y la mentira, y que su oficio es dar reglas para distinguir lo verdadero de lo falso. De la otra parte están San Ambrosio y San Agustin, como disputando, y la santa madre Mónica rogando á Dios por la conversion y salud de su hijo: se siguen luego las dos historias de la Aritmética; se ve de la una parte Salomon, mancebo hermoso, ricamente vestido, sentado en una mesa, y la Reina de Sabbá, que está como preguntando y proponiendo enigmas. Encima de la mesa está un peso de balanzas, una regla y un aba-

co ó tabla de contar muchos números y cifras de aritmética, y en la caída del paño de seda que está sobre la mesa, escrita con letras hebreas aquella tan alta sentencia: *omnia in número, pondere et mensura*; todo tiene número, peso y medida. La misma ó poco ménos dificultad tiene la historia que se ve al otro lado: están pintados muchos hombres desnudos, que son aquellos gimnosofistas de quien dice San Jerónimo que filosofan con números en arena; están repartidos en el cuadro por corrillos, y muy atentos á las figuras del suelo. Luego se sigue la Música, y, como vimos, nace de la Aritmética y de su mismo sujeto, y presupone sus principios. Aquí tambien se mezclaron historia profana y divina.

De la una parte está aquel excelente efecto que hacía la música de David en la endiablada melancolía de Saul, que es una música que saca y libra como de entre unas furias infernales, aquella parte que desea gozar la luz del entendimiento. Esto es lo que significa en la otra historia frontera, que es la docta fábula de Orfeo cuando saca á su amada consorte Eurice del infierno, tañendo dulcemente con el arpa, adormeciendo al son al canchero de tres cabezas, y perdió la mujer cuando ya salía del peligro, por no guardar el precepto de Proserpina, de no volver la cabeza atras. Está con grande esmero pintada la fábula, con hermosos lejos, claros y oscuros, y con solas dos figuras, ocupando un cuadro harto galanamente; se parece, por una parte, una boca de fue-

go del infierno, el cançervero á la puerta dormido; por otra se descubren unos campos alegres, que hacen admirable contraposicion: Orfeo parece va con grande tiento tañendo, y Euridice, hermosísima, desnuda y honesta, siguiéndole. Aquí entre los intercolumnios y pilastras entra el otro arco que hace la division de la tercera basílica de esta pieza, y el adorno y grutescos con algunas figuras excelentes de Mercurio y Apolo, todo de mucho arte. Entran luego las otras dos historias de la Geometría: de la una parte, se ven los filósofos de Egipto, que eran los mismos sacerdotes, haciendo demostraciones geométricas en la arena en diversos corrillos y juntas, con sus compases y escuadras, y se muestran tan atentos, que se les ve el estudio y la especulacion grande con que vinieron á hallar tantas utilidades y primores en aquella facultad: dicen que tuvo allí la Geometría su principio, porque como el Nilo los baña é inunda la tierra con sus crecientes y turba la division de las posiciones y heredades, encargaron á los sacerdotes que se las tornasen á partir, y diesen á cada uno lo que tenia primero. De la otra parte, está Arquímedes tan atento en una demostracion matemática, que aunque los soldados romanos que habian entrado en la ciudad de Zaragoza, de Sicilia, le amenazaron de muerte, no hizo caso de ellos ni alzó la cabeza á mirarlos, y así le quitaron la vida. Las postreras dos historias son de la Astrología: la una muestra aquel tan sobrenatural eclipse del sol, que aconteció en la Pasion

de Nuestro Señor: es historia harto bien pintada y con tan hermosos lejos, unos claros, otros eclipsados y los filósofos tan admirados y atentos, que es una de las cosas que hay en esta pieza donde hay tanto bueno. Del otro lado está otra tan extraña maravilla del sol, la historia es la célebre y conocida del Rey Ezequías, que Dios le perdonó y le concedió quince años más de vida, cuyo pecado fué no haber querido casarse ni tener cuidado de dejar hijo heredero en el reino de David.

Se muestran en estas dos historias de la Astrología que el Criador de los cielos, y el que solo sabe los nombres de todas las estrellas, hace de ellas y con ellas lo que quiere y como quiere, y que como él nos lo manda, no tenemos que temer ni de sus influjos ni constelaciones, sino servirle y amarle. Y pues hicimos de esta Astronomía Teología, digamos la postrera, que está respondiendo de frente á la escuela de Atenas y debajo de la misma historia. Se representó lo mejor que se pudo el Concilio Niceno, que es el más general y más grave de cuantos ha celebrado la Iglesia, si en esto puede haber más ó ménos, pues estriban todos en una misma autoridad divina y existencia del Espíritu Santo. Concurrieron en él trescientos diez y ocho padres varones, santísimos, probados muchos de ellos en las batallas de la fé y derramado por Jesucristo la sangre: presidió en este Concilio nuestro Obispo de Córdoba, junto con dos presbíteros, que eran lo mismo que ahora llamamos Cardenales legatos *ad látere*; se signifi-

caron aquí con la pintura, fuera de la existencia del Espíritu Santo, dos puntos importantes, lo mejor que se supo hacer: el emperador Constantino, sentado más bajo, apartado de los Obispos, porque jamás se osó poner entre ellos, ni tener mejor lugar, diciendo que aquella junta y tribunal, era de los que tenían en la tierra las veces de Dios, y así está echando en el fuego unos papeles en que se le habían dado ciertas acusaciones de algunos Obispos: lo segundo es la condenación de Arrio; se muestra derribado de un asiento caído en el suelo y con tal rostro, que se le puede conocer la obstinada rabia de verse vencido. Esta es la forma y el adorno de lo material de esta tan excelente librería: dicho queda con la mayor prisa que he podido.

Lo principal y lo que en librerías es el fin y la sustancia, son los libros y el asiento y orden de ellos. Quanto á lo primero, en esta pieza no hay más que libros impresos en lengua latina, griega y hebrea, sin entremeter en ellos ni libros de mano ni de otras lenguas vulgares; el número no es mucho, porque no llegan á siete mil, aunque no hay cajon ni estante vacío; todo está lleno y cumplido: están (es verdad) en un volúmen muchos autores juntos, teniendo respeto á que los cuerpos sean bien proporcionados, que si estuvieran por sí, pasaran de nueve mil: la encuadernación es llana, en becerro colorado, los cortes de las hojas dorados todos, sin manezuelas, porque están en carton, y como se juntan y aprietan, puestos todos

de canto, que ninguno hay de llano; están bien guardados y compuestos, así parece toda la pieza hermosa, porque desde el suelo á la cumbre está ó pintada ó cubierta de oro. De las otras piezas y del orden de los libros y en particular de algunos que hay en ella notables y de estima, diremos en el discurso siguiente, porque no sea este más largo.

DISCURSO XI.

Las otras dos piezas de la librería de este convento, sus adornos y el orden de los libros, con otros particulares.

Teniendo consideracion á que quedase esta pieza alegre, llena de majestad y de luz, no pudo caber mayor número de libros de los que hemos dicho. Tiene, como vimos, por la parte de Poniente, siete ventanas grandes, y por la de Oriente cinco, aunque más abiertas á fuera, dentro de la misma distancia, y como están entre los mismos estantes, estorbaron demasiado. Las cuatro pilastras ó antas que dividen la pieza quitaron otros cuatro estantes, y así se perdieron más de tres mil cuerpos de libros, que aumentarían mucho la librería. Con esto, las columnas redondas de los mismos cajones y las pilastras que responden detras, hacen que se pierda otra gran cantidad de libros; por esto fué forzoso, aunque la pieza es tan grande, ayudarle con otras dos, donde se supliese esta falta, aunque parece redundo, en mayor autoridad y grandeza de la librería. La primera de estas, está encima de ella puntualmente, y es tal, que quien la ve primero

piensa no hay más que pedir. Los estantes, aunque de madera de pino, bien labrados, con pilas-tras cuadradas pintadas y contrahechas las maderas, que son naturales en lo principal, y así parecen lo mismo. Tienen á cuatro senos en que se ponen los libros derechos y corte dorada, y de la misma encuadernacion sin faltar punto. La pieza tiene las mismas ventanas que la de abajo, excepto una del medio, que no pudo dársele, por tener allí la figura ó estatua de San Lorenzo, que dijimos estaba en la fachada de la puerta principal. Encima de los cajones, por todo el contorno de las paredes, están los retratos de muchos Pontífices y personas principales en santidad y letras, tan al natural y vivos, que parece se puede hablar con ellos. Hay tambien algunos globos terrestres y celestes y muchas cartas y mapas de provincias, como en la librería principal, aunque allí no hicimos caso de ellos, porque son cosas movibles, como ni de otros instrumentos matemáticos, algunos del mismo Gernafrisio, y otros de Pedro Apiano y de otros grandes maestros en el arte. Los libros de esta librería son de las lenguas vulgares castellana, italiana, francesa, alemana, portuguesa, lemosina ó catalana; de todas hay buenos libros, aunque no se ha puesto mucho cuidado en juntarlos, porque no se hallan fácilmente. El principal intento de esta pieza es éste, mas sin estos, tiene muchos de la lengua latina, y más que de otros ningunos, por haber gran variedad de impresiones, y en particular se

guardan aquí las antiguas, que muchas veces son más emendadas que las nuevas; ofrécese necesidad de acudir á ellas. Sólo una falta tiene esta pieza, que está desacomodada por estar tan alta y encima de la principal, y así el invierno la hace muy fria y en el verano no la falta calor.

La tercera pieza ó librería pudiéramos llamarla primera, porque la dignidad de los libros lo merece: son todos de mano, en muchas lenguas y en todas facultades, entre ellos muchos originales de gran antigüedad y estima. Está muy junto de la principal pared en medio, en el claustro de la Hospedería: las puertas casi juntas, que se echa de ver; es esta como la recámara de la grande, lo guardado y lo que no se comunica á todos. No es la pieza muy grande ni de mucho adorno, porque no se hizo aposta para este menester; antes eran unos aposentos ó celdas que se acomodaron quitándoles los atajos, y vino tan á propósito que parece se pretendió de principio, y es así, que para la conservacion de estos libros, que son de mano y tan antiguos, que es maravilla cómo muchos de ellos viven: fué cosa de todo punto acertada; tiene las ventanas al cierzo, que ayudan mucho á esto; el largo de la pieza es de 83 piés en todo, porque aún está dividida en dos piezas; el ancho son 20 escasos, de alto 15; los estantes son como los de la librería alta, con cinco órdenes ó senos, que sin dificultad se alcanzan y gozan todos los libros. Desde los cajones hasta lo alto del maderamiento, no hay otro ador-

no más de retratos de Papas, de varones santos y hombres eminentes en letras, antiguos y modernos enviados al Rey, de Italia, Francia y Alemania, y otros que se hicieron en España, que ha habido quien los hacía muy bien. En la primera y mayor de estas dos piezas, están sólo libros griegos y latinos de mano, sin mezclarse en otra lengua ninguna. En la segunda, hebreos, arábigos, italianos, castellanos, persios y de la China y turquescos. Tambien hay aquí buenos globos y otros excelentes instrumentos matemáticos, y en particular uno que inventó Pedro Apiano y se lo presentó al Emperador Cárlos V, que tiene grandes usos, y para cosas de medir campañas y considerar y medir tierras, tomar sus alturas y distancias, excelentísimo: para su declaracion y uso, hizo cuatro cuerpos de libros de á folio, parte impresos y parte de mano, que se guardan aquí con el mismo instrumento. Están tambien en sus cajones guardadas muchas diferencias de monedas y medallas, figuras de metal antiguas que se dieron á S. M. con la librería de A. Agustin, Arzobispo de Tarragona, varon insigne en todo género de buenas letras, gran amator de la antigüedad: entre ellas se ve el Abaca antiguo, con sus números y cálculos, por donde contaban los romanos, aprendido de los griegos, llamado Mesa Pitagórica, donde se ven aquellas notas y figuras antiguas que se parecen mucho á las que nosotros llamamos castellanas, de que hizo mencion el mismo San Agustin en su libro de ins-

cripciones y monedas, y tambien del Congio que está con él, medida antigua romana que se daba como de racion de vino en la República y en los convites y á los criados de los señores y pania- guados: es una octava parte de cuadrantal, ó como si dijésemos, de una cántara; quien quisie- re saber más por menudo de estas antigüedades, vea el mismo autor en el mismo libro, que acordó escribirlo en lengua castellana y en diálogos, porque todos lo gozasen. De esta manera, hay otras antigüedades que sirven para la intelligen- cia de los buenos autores y áun de la Sagrada Escritura, como es la de aquella antiquísima y celebrada moneda que se llama Siclo, tan repeti- da en el Testamento viejo, y de cuya verdad y noticia se colijen y averiguan mil verdades en cosas de monedas y pesos: dejó aquí esta tan ex- celente reliquia, que así quiero llamarla, el doc- tor Arias Montano.

Visto lo que toca á las piezas y cuabras de la librería, quiero decir que el órden que en ellos se tiene y de division y asiento se ha dado á los li- bros, despues, como de corrida, se dará noticia de algunos en particular. Esta librería se asentó la primera vez toda junta en una pieza, que aho- ra sirve de dormitorio á los novicios; y el doctí- simo Arias Montano, como quien tenia cabal noti- cia de las lenguas y disciplinas ^(x), la fué dividiendo, asentando cada lengua por sí, que como eran

(x) Llama disciplinas, á las asignaturas que se explicaban en el Se- minario, que por lo numerosas he creido innecesario poner aquí.

los principios y no se habia juntado tanto acopio de libros, pudieron caber allí tantas divisiones; y en cada una de las lenguas hizo otra division, asentando lo impreso á una parte y lo de mano á otra, y despues otra division en cada una de estas divisiones de impreso, de mano y de lengua, hacía que estuviese cada facultad por sí; y dividió la librería, en cada una de las lenguas, en sesenta y cuatro facultades. Adviértase en esta participacion de disciplinas, que no entendió su autor que cada una fuese disciplina por sí, que esto ello se dice, sino que muchas de estas divisiones son parte de una misma disciplina: de esta suerte se asentó la primera vez la librería en el lugar que dijimos, con tantas divisiones y particiones y títulos; despues que se puso en las que he dicho, donde ahora están, tiene mucha facilidad, claridad y compostura. Cuando la mudé de allí, porque sucedí en ella á tan ilustre Bibliotecario, á quien tengo en todo por maestro (ojalá mereciera yo nombre de su discípulo), me pareció guardar en cuanto fué posible el órden que habia dado en el asiento de las disciplinas, y por quitar la fealdad que hace la desproporcion de los libros, junté los de folio todos en los cajones que están para ellos, y los de cuarto en los de cuarto, y así los demas en sus propios senos; y para que con suma facilidad se hallase lo que se busca en ellos, hizo dos catálogos, el uno de los nombres propios de los autores, y el otro con el mismo órden de estas disciplinas; y se satisface á todo,

á la buena apariencia y compostura de fuera, y al orden de las ciencias y facultades lo de dentro. El fundamento y principio de esta librería fué, la misma librería del Rey Don Felipe II, cuyo índice de sus libros guardé yo, y le tenemos en la librería ahora, como prenda importante, en que de su misma mano están rayados y notados los libros que nos iba dando al principio, donde entre otras cosas que va notando en las primeras hojas blancas, dice así: «Los libros de mano y de más importancia, por lo que en ellos se verá, que se enviaron á San Lorenzo para que allí los tengan á gran recado en la sacristía, con las cosas más preciosas, están señalados en la márgen primera del catálogo con esta señal $\text{K} = 5;$ » y luego, más abajo, dice: «Los libros que tienen mis armas en la encuadernacion, que es la que se hizo en Salamanca, tienen una raya al cabo, que atraviesa la márgen postrera. Los libros que se llevan á la librería de San Lorenzo, que ahora han de estar en la Fregeneda, tienen en la primera márgen esta señal — $\text{Q},$ » y así hay otras muchas advertencias de su mano en este índice. El número de los libros es casi dos mil; se trajeron á esta librería más de mil doscientos, que por ser muchos de ellos de impresiones antiguas, mandó se repartiesen por las celdas de los religiosos, y otros se quedaron en la librería para dar cimiento y servir como de nidál á tan feliz número como en ella se ha juntado, y al fin la primera entrega de esta biblioteca del Rey Don

Felipe en su casa de San Lorenzo. Tras ella vino luego la librería de Don Diego de Mendoza, caballero tan docto como ilustre, hermano del Marqués de Mondejar y Conde de Tendilla; fué Embajador en Venecia y en Roma, y tuvo otros cargos importantes. Cuando murió mandó esta librería al Rey, y él la aceptó, pagando las obligaciones y deudas que dejaba en su testamento; vinieron en ella buenos originales griegos, árabes, latinos, de mucha antigüedad y estima, con otros muchos libros impresos de estas mismas lenguas, que las sabía todas con harta excelencia. Se juntó tambien aquí la librería del Arzobispo de Tarragona, Antonio Agustin, que la recibí por mi mano. Del Obispo Don Pedro Ponce de Leon, se juntaron tambien muchos originales, y de otros hombres particulares se han ofrecido y juntado, y mandado buscar por el mismo Rey, en España, Italia, Flandes y Alemania, otros libros originales de estima. Ambrosio de Morales, el doctor Juan Paez, Julio Claro, Arias Montano y otros hombres doctos, han consagrado aquí particulares memorias suyas, así de libros y tratados, como de otros que tenian en estima. Entre los diferentes volúmenes, hay originales de Evangelistas y de otros santos, y no se engañan en esto, que no se tiene noticia dónde los haya en el mundo; diré algo de lo que aquí tenemos más precioso y como reliquias. Y advierto lo primero que ayudando aquí y en otros autores que tratan de librerías, oyeren decir y leyeren que hay muchos

originales de mano, no entiendan que son los que escribieron los mismos autores por las suyas, que de esto si hablamos, de los mil años arriba, apenas hay cuatro en el mundo, y es como milagro hallarse. Originales se llaman, libros de mano antiguos, aunque sean de muchos años despues de sus mismos autores, por la autoridad que han cobrado, siendo de trescientos ó cuatrocientos años ó más. Dejando aparte las Biblias antiguas de letra longobarda y gótica, que son cosa muy preciosa, lo más antiguo es un libro escrito de mano de San Agustin, que aquí y en sus obras impresas se intitula *De Baptismo parvulorum*: la letra es como de nuestras mayúsculas, y la forma longobarda, ó de los vándalos, que entonces se usaba en África, donde eran muy señores. Tuvo el Rey, nuestro fundador, muchos años este libro entre las reliquias; me mandó despues que le pusiese en la librería, en un escritorio cerrado, entre las cosas preciosas que hay en él: le pregunté una vez qué certinidad tenia S. M. que aquel libro fuese de mano del santo: me respondió que la Reina María, su tia, hermana del Emperador, se lo habia dado por tal, y como una reliquia que ella estimaba en mucho; lo mismo me dijo de otro libro que contiene los Evangelios que se cantan en la iglesia por el discurso del año, escrito en lengua antiquísima griega, que tambien se lo habia dado la misma Reina, su tia, con el mismo nombre de reliquia preciosa, por haber sido del glorioso doctor San Juan Crisóstomo:

con estos dos, está tambien un Apocalipsis de San Juan, escrito de mano, iluminado harto bien, con una glosa de letra colorada de la misma forma, y á mi parecer no es de más antigüedad que de doscientos años; tenia el Rey en gran estima; no le pregunté la razon de ello.

Hay aquí un libro en que están escritos los cuatro Evangelios enteros, todos con letras de oro en un pergamino, hecho con mucho cuidado, encuadernado en tablas, con una cubierta de brocado, iluminado con el mayor cuidado de aquellos tiempos. Mandóle escribir el Emperador Enrique II, habiéndose comenzado en tiempo del Emperador Conrado, su padre. El volúmen tiene tres cuartas de largo, el ancho en buena proporcion. Notable curiosidad, ó por mejor decir, devocion y reverencia, mandar escribir todos los cuatro Evangelios con letras, en ciento y sesenta y ocho hojas, con los Prefacios y Epístola de San Jerónimo y los Cánones de Eusebio Cesariense. Están ahora las letras tan vivas, tan enteras y con tanto resplandor, como si hubiera dos años que se escribió, habiendo 570 y más, porque el de 1039 comenzó el imperio de Enrique II, por la muerte de su padre, y ya estaba comenzado á escribir. Se ve esto porque en la primera hoja está nuestro Redentor pintado, sentado en un trozo de nubes, acompañado de muchos ángeles: en la siniestra tiene un libro, y con la diestra echa la bendicion al Emperador Conrado y á la Emperatriz Gisela, su mujer, que están postrados en su presencia;

tienen hábitos y coronas Imperiales y los nombres escritos más abajo; en el cerco de la plana, unos versos de la elegancia de aquel siglo, en que todas las buenas artes y erudicion estaban tan por el suelo. En la segunda plana está Nuestro Señor en otro trono, y delante de ella, puestos de rodillas, el Emperador Enrique y la Emperatriz Inés, con coronas y títulos de Reyes, porque aún no se habian coronado de Emperadores, y despues se coronaron en Roma. Tambien están por la orla otros cuatro versos del mismo estilo, aunque llenos de piedad y devocion. Erasmo Roterodamo celebró mucho este libro en las anotaciones al Nuevo Testamento, y le llama el Códice aureo, y sacó de él algunas buenas y germanas lecciones, que no halló en otras originales. Encarece la solemnidad con que se le mostraron, y le mostraba siempre encendiendo antorchas y otras ceremonias santas, como debidas á joya tan preciosa. Dice lo vió la primera vez en poder de la Princesa Margarita, hija de Maximiliano, mujer del malogrado Príncipe Don Juan: despues dice que lo tenia la Reina María, hermana del Emperador Cárlos V: y ella, con los otros tres que hemos dicho, se los dió como joyas preciosísimas al Rey Don Felipe II, su sobrino, de donde se ve de cuánta autoridad son todos cuatro. Tenemos tambien una Biblia griega del Emperador Cantacuceno, aunque mal tratada y con faltas: están tambien dos grandes volúmenes de letra gótica, en que se contienen los Concilios y Decretos, desde el Ni-

ceno primero, hasta el undécimo Toledano, con muchas obras de gran estima, que sería cosa larga hacer catálogo de ellas. El uno se escribió en la era de 1000 por Sisebuto, Obispo; el otro, que se llama el Codex Vigiliano, porque le escribió un Vigila, presbítero del monasterio de San Martin de Albelda (ahora es un pueblecillo pequeño dos leguas de Logroño) el año de 976, que, según esto, tiene más de 630 años de antigüedad: hay otro tomo de Concilios, de menor forma y de la misma forma y de mayor antigüedad: se acabó de escribir á los 29 de Julio año 911; sin estas tan venerables antigüedades, hay de doctores santos griegos como de Atanasio, Basilio, Nacianceno y Crisóstomo y otros padres, muchos originales antiquísimos, entre ellos muchas homilías, oraciones y tratados, que nunca se han impreso; sin esto, se guardan en diversos cajones y escritorios otras curiosidades propias de esta tienda y oficina. El modo de escribir antiquísimo, no sólo en el Papiro Egipcio de Alejandro, de que hay algunos pedazos, ó digamos hojas, sino tambien el de antes que este se hallase, que era en hojas y cortezas de árboles, de donde dicen nació el nombre de libro, tenemos aquí uno de estos: unas cortezas ú hojas, no sé que son, largas como vainas de espadas ó de dagas, cortadas todas á una medida, y grabadas en ellas con harto primor las letras, y despues dado con cierto polvo ó tinta con que salen muy bien; es una historia entera, mas no sé qué letra es, el título dice: «Lengua mala-

bar;» la encuadernacion es graciosa, porque están todas estas hojas agujereadas y por ellas pasa un cordel, y las tablas de fuera parecen del mismo palo ó madero; antigüedad hermosísima. La impresion de los libros de la China, las figuras son groserísimas, aunque el papel de extraña delicadeza; nos han llevado ventaja en ser primeros en la invencion de imprimir y de estampar, mas en la hermosura y primor se quedan muy inferiores. Junto con esto, hay una curiosidad de gran estima, digna del ánimo y grandeza del fundador de esta librería. Esta es la historia de todos los animales y plantas que se han podido ver en las Indias orientales, con sus mismos nativos colores, el mismo color que el árbol y la yerba tiene, en raíz, tronco, ramas, hojas, flores y frutos: el que tiene el caiman, la araña, la culebra, la serpiente, el conejo, el perro y el pez con sus escamas: las hermosísimas plumas de tantas diferencias de aves: los piés y el pico y aún los mismos tallos: colores y vestido de los hombres, y los ornatos de sus galas y de sus fiestas y la manera de sus coros y bailes y sacrificios, cosa que tiene sumo deleite y variedad en mirarse y no pequeño fruto para los que tienen por oficio considerar la naturaleza. Encomendó el Rey esta empresa y trabajo al doctor Francisco Hernandez, natural de Toledo, hombre docto y diligente; escribió quince libros grandes de fólio, en que dió gran noticia de todo lo que hemos dicho. Hizo fuera de estos quince tomos, otros dos por sí: el uno es el índi-

ce de las plantas y la similitud y proporcion que tienen con las muestras, y el otro es de las costumbres, leyes y ritos de los indios: están estos quince tomos encuadernados hermosamente fuera de lo que en esta librería se ha usado, cubiertos y labrados de oro sobre cuero azul, manezuelas, cantoneras y bullones de plata, muy gruesos, y de excelente labor. Otras cien cosas se quedan por los senos y cajones de estas librerías. Siendo el Señor servido de dar vida, algun dia se verá un catálogo copiosísimo de sus libros y de sus más preciosas alhajas. El número que ahora se ha podido contar de los libros, por si alguno le da gana de saberlo, es de catorce á quince mil cuerpos, sin contar en este número los que hay en la celda del Prior y en otras librerías pequeñas y más usuales, que están allí para el entretanto que esta principal acaba de asentarse con el orden que aquí hemos referido.

DISCURSO XII.

La fábrica y ornato de la iglesia principal de este Monasterio.

Esta parte de que se ofrece hablar ahora es, digámoslo así, como el centro donde concurren las líneas de la circunferencia de esta fábrica, el fin á donde todo se ordena, y donde todo se junta, todo se ata y todos concurren, aunque no todos la gozan igualmente; así parece es necesario sea la mayor, la más hermosa y preciosa de todas. Suelen, los que bien filosofan, decir del hombre, que no sin razon singular se llama templo de Dios, y como tal es la más extremada fábrica de la divina mano y el fin de todas las cosas, y así es como cosa debida al que tiene razon al fin, y tal fin como es ser morada de Dios, que lleve crecida ventaja á todo lo que no tiene más de razon de medio. Si miramos todo el ámbito y lo que este templo ocupa y le es como necesario y parte suya, es su largo desde la fachada donde dijimos están las cinco puertas y los seis Reyes, hasta la pared que cae encima del patinejo ó claustrillo de la casa y aposento Real, tiene 364 piés, y de ancho desde la pared del claustro

grande del convento, hasta la de la galería grande de la casa y claustro Real, tiene 230 piés: aquí se entienden y se encierran la capilla mayor, el coro, los patinejos que tiene al lado, el sotacoro y tránsito desde el convento al colegio, y las capillas y antecoros de una y otra parte. Si hablamos ahora de lo que precisamente es cuerpo y cuadro de la iglesia, quitándole todas estas partes, mirándola desde las rejas de bronce que caen debajo de los antepechos del coro y antecoros, hasta la primera grada de la capilla mayor, y desde las dos paredes de los lados, es una capilla cuadrada con muy poca diferencia, de 180 piés, sin contar los callejones y tránsitos y capillas en lo bajo ni á los 30 piés de alto. De esta manera hablaremos ahora de ella, llamándola una basílica cuadrada, pues tal fué el intento de su dueño.

La materia de esta basílica es de la misma piedra berroqueña, la más escogida, blanca y hermosa que se halló, tan uniforme é igual y parecida en grano y dureza, que quien la mira un poco distante parece de una pieza y cavada en una misma peña; tan excelente labor, juntas, cortes y trabazon, tiene todo. La forma y orden de la arquitectura es dórica; la razon, dijimos arriba, de sentencia de Vitruvio. Toda la máquina se sustenta y se levanta sobre cuatro fuertísimas antas ó pilares cuadrados, asentados en medio de la arca y planta en 53 piés de distancia uno de otro, midiéndolos por la basa, y así haciendo

entre sí mismos cuatro arcos, y respondiéndoles en las paredes otras antas ó pilastras cuadradas á distancia de 30 piés, se hacen en la basílica tres naves por cada parte que la miren, con singular correspondencia y artificio. La de en medio, de 50 piés de ancho, y las de los lados, de á 30, que andan por el derredor de las dos grandes que se cruzan en medio. El grueso de las cuatro antas y pilares principales, es de 29 piés de cuadro, cortado por los dos ángulos diametrales el vivo de las esquinas. El alto hasta el tablero del chapitel tiene 65 piés, y por la parte que entre sí se miran y hacen las naves principales, tiene dos pilastras, estiradas todas, que resaltan de lo macizo un pié, dejando tres de intercolumnio; de suerte que, en cada pilar hay cuatro pilastras que tienen sus correspondencias de dos en dos, y sobre ellas se forman los arcos y vueltas de las naves principales, partidos como las mismas pilastras. Por los otros dos lados de estos pilares con que miran á las otras dos naves menores, se hacen entre dos pilastras cuadradas lisas, que resaltan otro pié, dos nichos, uno encima de otro, que adornan todo el cuerpo de la caña y se responden con otros dos que están en las antas ó pilastras de la pared. Tiene de claro nueve piés y de alto desde el pavimento casi el doble: los bajos sirven de altares harto espaciosos, y así hay en cada pilar dos con sus correspondientes, que son cuatro, y por consiguiente, en todos los cuatro pilares y sus correspondencias, 16 altares,

todos de una misma forma; encima de ellos otros 16, que ahora no sirven de nada, pueden andando el tiempo llenarse de estatuas y figuras de personas Reales que se enterrarán en este tan célebre mausoleo, pues apenas habrá quien ose emprender otro más digno de los Príncipes de España. En los dos testeros de la nave principal, que cruza del Mediodía al Norte, se hacen seis capillas, tres de cada parte, con tres altares, uno grande en medio y dos pequeños á los lados, que forman una fachada con sus tres portadas de fuera, que hermocean mucho los lados de los 30 piés abajo, y la misma forma guarda la entrada del templo, donde en lugar de estos tres altares, están las tres rejas por donde desde el sotacoro ve la gente el altar mayor y muchos otros altares de la iglesia, y oyen misa en ellos; sin estas tres puertas grandes que se hacen en las naves principales, hay otras ocho; algunas sirven de altares y capillas, y otras para las entradas y salidas, con mucha proporcion y correspondencia, encima de las cuales, que por todas son once, dije están puestas las cruces de la consagracion de la iglesia, que no hay para qué repetir las, y la doce está detras de la grada que está encima del altar mayor, que como advertí, aunque con sumo acuerdo se pretendiera, para el fin de esta consagracion, la postura y adorno de estas tres puertas, de tres en tres cada banda, á los cuatro vientos, no se pudiera trazar más casualmente ni con tan acertada forma. Los cuatro arcos principales de las naves

de en medio tienen, como dije, de claro más de 53 piés, de alto desde el suelo á la clave 110, y los de las cuatro naves menores de los lados, de ancho 30 y de alto 60 y algo más.

Por encima de estas capillas y puertas que hemos dicho, y á la planta de los 30 piés, se hacen al derredor de toda la basílica, entre las paredes de los claustros y las correspondencias de los pilares de dentro, unos tránsitos de diferentes anchuras entre sí mismos, segun las partes por donde pasan y los oficios para que sirven. Por la parte del Poniente hace los dos antecoros del convento y colegio, pasando por entre el facistol y antepecho del coro, que es todo muy espacioso y alegre, con ventanas grandes á los patinejos. Por los dos lados del Norte y Mediodía, con la vuelta que hace á Oriente de entrambas partes, hacen otras seis capillas espaciosas con sus altares ó retablos. En lo que se encuentra con las correspondencias de los pilares tiene algunas más estrechuras, y allí hay puertas para los nichos altos, que sirven de tribunas, desde donde sin bajar abajo se oye misa en los altares de frente en otros muchos que se alcanzan á ver de sus antepechos de bronce. Así se anda toda la iglesia al derredor, excepto la capilla mayor. Sirve tambien el tránsito en la parte del Mediodía, de paso ordinario para desde el coro á la iglesia y sacristía; se baja por una escalera harto bien trazada que está en el ángulo de Oriente, clara, alegre y fácil. De la otra parte del Norte, se da paso por el otro trán-

sito para los aposentos Reales, que caen á la parte del oratorio de la Reina, donde hay una escalera hurtada que baja hasta las mismas puertas de los oratorios y sale á la mesa de las gradas del altar mayor; de suerte que, por estos tránsitos se comunica tambien la iglesia á unos y á otros; y por cuatro caracoles que hay en ellos se sube otro tránsito y callejon más alto que anda por dentro de la pared, que está de la cornisa de la iglesia arriba, y por él se sale á ella y se anda toda al derredor y pasa por encima de la cornisa del coro, donde tiene un antepecho de hierro con sus verjas, y da vuelta por las espaldas del altar mayor.

Sobre los arcos principales que hacen estos cuatro pilares grandes del templo y sus cuatro pechinas, asienta un grande y fuerte pedestal. Por de fuera de la iglesia y encima de sus tejados, se ve de cuadrado, y por dentro en redondo. Sube sobre la cornisa que corre por fuera de la iglesia 28 piés, con su cornisa y corona; tiene de cuadrado, contando el vuelo de la misma corona, por cada banda 110 piés. En los cuatro ángulos se hacen cuatro cimborrios pequeños, que rematan los caracoles y escaleras que suben hasta allí. Por todo el contorno tiene un pasamano y antepecho de la misma piedra, con sus balaustres, término, acroteras y bolas, que dan mucha gracia al pedestal, y se anda al derredor con no pequeño gusto de los que á él suben, que no parece sino un terrado hecho aposta, para alegrar la vis-

ta, ver el campo, la casa y claustros y tejados, que es muy de ver. Encima de él se planta aquella hermosa máquina del cimborrio principal: llámanlo con diversos nombres; unos le dicen cúpula, otros tolo, y otros tribuna: es tan grande y tan hermoso y fuerte, que si estuviera en el suelo pudiera servir de una bastante iglesia. El diámetro de dentro y su claro, es de 66 piés, y así tendrá 207 de ruedo ó circunferencia, por la regla de Arquímedes, que quiere que la circunferencia tenga tres partes más que el diámetro, y una séptima parte del mismo diámetro, aunque tampoco es del todo cabal esta proporcion. Por la parte de fuera es mucho mayor, porque tienen poco menos 14 piés de grueso las paredes. En el cuerpo de todo él tiene ocho ventanas grandísimas; por la parte de fuera tienen de claro 16 piés de ancho y 34 de alto; por la de dentro 13 y 27, porque están en viaje para que reciban más luz y ocupen mejor el cuerpo. Entre una y otra ventana se levantan dos columnas de media caña, tambien de órden dórico; en los intercolumnios hay un encastramiento ó nicho, con su tablero y cuadrado encima, que adornan el intercolumnio; por encima corre el arquitrave, con las gotas y con los demas cuerpos y partes de la cornisa; sobre ella asienta otro antepecho y pasamano, con el adorno del de abajo que está en el pedestal; por el grueso van dos caracoles para subir á él. Asienta luego encima la vuelta y bóveda, ó cúpula partida, con sus fajas resaltadas, que van á rematarse en los bor-

des de la linterna alta, donde quedan como atadas ó ceñidas. La linterna ó fanal que aquí se levanta tiene otras ocho ventanas, de 18 piés de alto, y parecen de acá muy pequeñas. Sobre la corona de esta linterna se hace otra cupulilla, y desde allí, sube una aguja ó pirámide de piedra, estirada toda, que tiene 30 piés en alto; sobre ella asienta la bola de bronce dorada, que ya dijimos tiene siete piés de diámetro. Luego se pone el último remate, que es la cruz, con un arpon de mucho grueso y grandeza; de suerte que, desde el suelo de la iglesia, hasta el centro de la bola, hay justos 300 piés de vara en alto, y desde allí al remate de la cruz otros 30 más. Quedó por la parte de fuera este cimborrio ó tolo, algo más bajo y enano de lo que su natural proporción y buena gracia pedia; se le quitó un pedestal de 11 piés de alto, sobre que habían de asentar las basas de las columnas ó medias cañas, que por faltarles, no se descubren de ninguna parte, si no es de lo alto de la sierra, y perdieron mucha gracia. Este defecto se siguió del miedo que puso uno de los cuatro pilares, que por falta de los maestros y asentadores, comenzó á hender y rajarse por algunas partes, áun antes que tuviese otro peso encima más de su misma grandeza; así temieron que no había de poder sufrir la carga de tan gran cimborrio el que á sí mismo no se sufría. Y trataron de aligerarle quitándole todo el peso de este pedestal, harto contra la voluntad del arquitecto Juan de Herrera, que como hombre de

gran juicio, conoció que la falta no venia del peso, sino de la mala labor, asiento y desigualdad del grano de la piedra de dentro con la de fuera; y como no se resistian aquellas igualmente, echaban la carga á los sillares de fuera, y reventaban con ella, desamparados de ayuda. Puso esto demasiado temor en muchos de los maestros, y así estuvieron aquí muy determinados, no sólo de quitar el pedestal, sino de macizar los nichos de los pilares donde están los diez y seis altares. El tiempo ha mostrado que el temor fué de poco fundamento, y que estaba todo bien proporcionado y entendido, y no sólo sufriera lo que le quitaron, que hace harta falta, mas aún otro mayor peso. Por la parte de dentro, no se echa tanto de ver la falta, porque tiene su pedestal debajo de las pilastras que acompañan las ventanas. Tiene tambien esta basílica todas las luces bien dadas y repartidas, y así no hay cosa en ella oscura, y están todas con vidrieras blancas, y así es una claridad grande la que todo tiene, y cuando quieren que no sea tanta, cierran las que les parece. Sin estas ventanas, que tienen 12 piés de ancho por 24 de alto, sin contar las ocho grandes del cimborrio, hay otras encima de la cornisa que anda al derredor por dentro, y son de arcos y medias lunetas grandes. Los claros de las bóvedas son de ladrillo, estucadas, tan blancas como la nieve. Algunos han tachado el vuelo de la cornisa de dentro, diciendo que es demasiado y parece aprieta ó congoja la vista, y en pareciendo así, es

así y tienen razon, porque el juez de esto son los ojos, como de la buena consorancia el oido. El suelo es de losas de mármol blanco y pardo, con otros compartimentos, como los del claustro y Capítulos. Los altares son, como dije en la consagracion de este templo, cuarenta, todos consagrados, y otros cuatro más, dos en los oratorios de las personas Reales y dos en el sotacoro, y otros seis en los tránsitos de los 30 piés. El orden de los altares y cómo están repartidos, toqué tambien arriba; no hay que repetirlo: de las pinturas y de sus retablos diré alguna cosa: en los dos pilares grandes que están más cerca del altar mayor hay cuatro altares, y en estos y en sus correspondencias, que son ocho, están pintados, de manos de nuestro Juan Fernandez, el mudo, los doce Apóstoles y los dos Evangelistas San Márcos y San Lúcas, y San Bernabé y San Pablo, que son diez y seis figuras, de dos en dos; San Pedro y San Pablo están juntos y tienen la mano derecha de la correspondencia del pilar grande que está al lado del Evangelio; y de la otra banda de la Epístola están Santiago y San Andrés, y estos dos son altares privilegiados de ánimas, y así van hermanados de dos en dos: San Juan y San Mateo juntos en otro altar, y de frente San Márcos y San Lúcas; en otro San Felipe y Santiago el menor; en otro San Simon y Judas; en otro San Felipe y San Bartolomé, y en otro San Matías y San Bernabé; y no sólo están aquí sus figuras, mas casi de todos ellos, en sus mis-

mos altares, sus reliquias, excepto Santiago el mayor y San Juan Evangelista. Son las cabezas tan hermosas y de tanta autoridad y majestad, que podemos decir se excedió á sí mismo aquí el Mudo, ó que le dió el coro apostólico algun don particular para que acertase tanto en sus rostros. Los dos principales fuera de estos, que son los de las reliquias, uno de la Anunciacion de la Vírgen, y otro de nuestro doctor San Jerónimo, son de Federico Zucaro, aunque ya no son suyos ni de nadie, sino un agregado no sé cómo; le descontentó al Rey el uno y el otro, y mandó que lo remendase un Juan Gomez, pintor español, y al fin están mejor que antes. En los otros dos principales de la nave que cruza con la capilla mayor que va derecha á la puerta, están, á la parte del Evangelio, la batalla de San Miguel con Lucifer, una valiente pintura de Peregrin, y muy de su mano labrada: enfrente de éste, en el otro testero, está otro escuadron victorioso de las Once mil Vírgenes, dibujo é invencion del mismo, harto hermosamente considerado; no la pintó de su mano, sino por la del Juan Gomez, y no está malo. En otro altar de esta misma grandeza y forma está el otro escuadron de valientes soldados de Cristo, debajo de la esclarecida seña del capitan San Mauricio; pintura de Rómulo, harto alegre y bien tratada. En otro que de la misma banda responde con éste, está el gran Bautista, predicando en el desierto, donde le salia á oír mucha gente, historia hecha

de mano de Luqueto. Junto á él está otro de la misma forma; es de la santa matrona Ana, y del mismo Lúcas Canguiaso, que aunque la figura principal no contentó en el rostro, lo demas todo es muy bueno. De Alonso Sanchez, aquel gran hombre de retratos, está en algunos cuadros de estos altares menores, San Estéban y San Lorenzo en uno, San Vicente y San Jorge en otro, har-to buenos; otros hay de Santa Catalina y de Santa Inés, y de otras vírgenes en que no acertó tanto. Todos estos altares, que como digo son cuarenta y cuatro, sin los seis que como dije que están en los tránsitos altos de los 30 piés, se componen y adornan de una misma manera, con frontales, frontaleras, cruces y candeleros: en los dias ordinarios son de plata; en las fiestas más principales, de bronce dorado. En cada una de las tres naves están dos lámparas de plata, que como todo el templo tiene tanta correspondencia con ellas, queda tan claro que de noche se goza todo.

Resta digamos de las dos capillas que están debajo de los 30 piés, donde dijimos estaban los altares de los doctores de una parte, y de otra las Vírgenes y santas matronas, porque son de buena arquitectura. El largo de cada una es de 68 piés, el ancho de 22, sin lo que entra en los encasamientos de los altares entre las pilastras que resaltan. En la parte del colegio no son los altares más de cinco, porque en lugar del sexto, que está de la otra parte, se puso una fuente de már-

mol para lavarse los que bajan del colegio á decir misa; tiene su pila y frontispicio del mismo mármol pardo con dos grifones para el agua. En estas capillas se miran de frente cuatro arcos en los cuatro lados, que son como cuatro puertas principales: y es así, que las dos sirven de puertas, la una que sale á la iglesia en la nave que mira á los relicarios, y la otra que le responde, sale á los patinejos que tiene la iglesia á los lados; en la que cae á la iglesia está una hermosa reja de bronce, en la del patio unas puertas grandes de nogal, caoba y encina, harto bien labradas, y en los postigos, unas rejas de hierro, para que abiertas vean desde allí los seglares los relicarios que están de frente y se abren para este propósito en las fiestas principales. A los lados de estas dos puertas, se hacen dos nichos ó encasamientos, que son dos altares, y así se hacen cuatro, los que caen á la parte del patin; tienen encima unos espejos abiertos, que sirven de dar luz á los altares de frente que están á la parte de la iglesia, que tambien los tienen encima, aunque cerrados, puesto que no habian de recibir luz, y así se hace de cada parte una fachada hermosa, que guarda el mismo órden que corre por la iglesia.

Se ve todo esto singularmente ejecutado, porque con ser tan grande este templo, no hay en todo él un pié de pared ociosa, que no tenga oficio y nombre propio y otra cosa como ella que le responda, que cuando no hubiera más que esto, era digno de venirse á ver de muchas partes; y lo

mismo que digo de la iglesia, puedo decir de toda la casa: y porque no se me olvide, en medio de cada una, se ve un grande y hermoso candelero de bronce con diversos ramos, donde se ponen cirios ó blandones.

Para que concluyamos con este discurso, digamos algo del sotacoro: es una singular fábrica de lo bien tratado y considerado que hay en este templo. Si no me acuerdo mal, dije en otra parte que esta pieza es la que podríamos llamar cuerpo de la iglesia, y lo que hasta aquí hemos dicho, no es sino la capilla, aunque alguno dirá que es mucho mayor la capilla que la capa. Ahora añadiré que no es otra cosa este sotacoro, sino un pequeño retrato de ella: y así guarda en otra más pequeña forma todo lo de la grande, la misma traza y correspondencias que se han visto, y en 60 piés de cuadrado que tiene, hace cuatro pilares en medio, que imitan la forma de los de dentro, y así se hacen otras tres naves por cada parte, con sus puertas grandes y dos pequeñas á los lados: por manera que son doce en todas, aunque las seis solas se abren y tienen puertas de madera bien labradas; las tres salen al vestíbulo, otras dos á los patinejos, y la otra á la iglesia, que no hubo menester puertas porque está más adelante la reja de la iglesia. Aquí se pusieron dos altares donde dicen misa al pueblo los clérigos ordinarios que llegan y gran número de religiosos mendicantes: el uno es de San Cosme y San Damian, el otro de San Blas y San Sixto Papa III. Es de

considerar la bóveda de este templo, que tiene primor en arquitectura: con ser de piedra y tan larga la fuga y distancia de los pilares en la nave del medio, está tan llana como el mismo suelo, que pone admiracion ver cómo se sustenta, y consiste en el corte con que las piedras se traban, haciendo entre sí mismas arcos por sus hiladas, hasta que vienen á cerrarse en una clave: tiene tanta firmeza y seguridad como si fuera un terraplen. Las tres puertas que digo salen al vestíbulo, y son las principales por donde se entra á la iglesia y sotacoro; tiene los marcos y telares de acana y los tableros de encina, que en hermosura y fortaleza, ninguna de las maderas que nos traen de las Indias le iguala. En los cuatro pilares están cuatro piletas de agua bendita, y con estar tan cerca de tan grandes puertas, hasta el dia de hoy no se han visto heladas, aunque no han sido los años muy clementes de nieves y de frios.

DISCURSO XIII.

El coro principal y antecoros de este templo, sus adornos, sillas, órganos, pintura, libros de canto y facistol.

Como es la parte de este templo el coro, donde gastamos la mayor y mejor de nuestra vida, merece particular discurso y le miremos ó mostremos despacio, pues hay bien que mirar. Tiene de largo desde la silla del Prior hasta el antepecho de bronce que cae sobre la reja de la entrada á la iglesia, 96 piés, de ancho 56; el alto hasta la cornisa que vuela por toda la iglesia, 46, y de allí á lo alto de la bóveda otros 38, de suerte que todo el alto es de 84: pieza espaciosa, alegre, llena de luz por las muchas ventanas, encima de la cornisa está la del frontispicio de la fachada de la iglesia; tiene, como los demas coros nuestros, dos órdenes de sillas, altas y bajas, por cada coro. La materia es de la misma madera que dijimos en los cajones de la librería, aunque hay mucho más cedro y ébano que en aquellas, y en lugar del naranjo para basas y chapiteles, está el boj amarillo y de lindo lustre, aptísimo para hacer de él lo que se quiere, y en dureza quiere com-

petir con el hueso. Las demas son: acana, caoba, terevinto, nogal. El órden y la forma de la arquitectura es corintio, el más delicado y hermoso de todos; así se ve en esta sillería ejecutado con singular cuidado. En las sillas bajas no puede haber columnas ni pilastras, porque no quiten la vista á las de las altas; hiciéronse unos como pedestales de buena proporcion, levantado sobre lo de dentro de los brazos de las sillas, y el espacio que hay de uno á otro, que es el hueco de la silla, tiene unos tableros con guarniciones, molduras y embutidos de diversas maderas; estos tableros hacen con los pedestales un espaldar que no sube de las cabezs de los frailes, de mejor disposicion, y en la parte de atras están unos cajones, y encima de ellos corre un facistol á la larga, que lo uno y lo otro sirve de mil cosas. Entre estas sillas bajas y las altas, hay una distancia y tránsito de mucha majestad, que adorna mucho el coro: tiene de ancho 10 piés holgados, por donde van tres personas juntas, sin apretarse ni llegar á las sillas. El cuerpo y caña de la columna es de acana, tiene el color sanguíneo cuajado, estriadas todas y redondas con sus pilastras cuadradas, detras embutidas ó ensambladas de ébano, y los embutidos ó entrepaños de las columnas son unos tableros llanos de cedro, guarnecidos con molduras de acana y ébano. Los chapiteles de estas columnas, están tan lindamente labrados como si fueran de plata: los canes que vuelan encima del arquitrave, tan propios de este

orden, tienen por el sopapo unas hojas de cardo del mismo boj, con harto primor labradas: encima de ellos y de la corona de la cornisa, asienta otro pedestal ó pódio con sus términos á plomo sobre las columnas, y con los mismos tableros y ensamblaje que los de abajo, y así hace todo una como cubierta á las sillas de mucha autoridad: muchos de estos embutidos se hacen de la madera de terevinto ó cornicabra, por la excelente color, aguas y labores que tiene, y admite hasta lisura y pulimento; tenían en España poco uso y noticias de esta madera y de su hermosura; ya van estimándola en lo que merece, porque para estas piezas pequeñas es excelente.

El alto de estas sillas es 17 piés, y con no tener figuras, ni más entalladuras de lo que pide y permite el mismo orden, son hermosísimas, de gran autoridad y nobleza. En el frente, y en su medio, está la silla del Prior, acompañada con otras dos, una de cada lado; en ella se hace un excelente frontispicio, con doce columnas del mismo orden dórico, seis en el principio de los braceles de las tres sillas de dos en dos columnas, y seis que les corresponden dentro, obra muy detenida y de muy difícil arquitectura, todo con gran hermosura y arte. En el cuadro del frontispicio, como antídoto contra la vanidad del hombre, está un Jesucristo con la cruz á cuestas, tan vivo, y para quebrar el corazón, que no se puede mirar sin lágrimas; es esta pintura de mano de Sebastian del Piombo, gran compañero y

seguidor del Bonaroto, y por ser pieza de tanta estima, se puso en lugar tan insigne y tan á propósito. El número de las sillas es de 128; en medio de las bajas de un coro á otro se hacen cuatro entradas ó subidas de á tres gradas para las altas. Todas se llenan muchas veces de religiosos, y hartas he visto faltar sillas. En medio de la distancia que hay en las dos sillas postreras de cada coro, donde están los novicios, sobre un muy hermoso cuadro de jaspe, que sirve de peana ó zoco, con sus compartimentos de mármol blanco embutidos, se asienta el mayor y más rico facistol que se ha visto en iglesia de España, y áun me atreveria á extender más. Está levantado sobre cuatro pilastrones cuadrados, aunque por tener cortados los vivos de las esquinas, como los principales de la iglesia, se pueden llamar ochavados, porque aun hasta aquí se ve aquella uniformidad y correspondencia. En la materia se diferencian mucho, porque es de bronce, tan hermosamente dorado á fuego, que quiere competir con el oro. La materia del cuerpo del facistol donde asientan los libros es de acana y caoba, ceñido y compartido todo con unas bandas ó fajas del mismo metal; la falda ó el vuelo bajo donde se recibe el peso y juegan las ruedas de los libros, tambien cubierta de lo mismo, tiene de punta á punta, ó de esquina á esquina, 10 piés de vara, de suerte que tiene 40 piés de rueda, y el alto desde la peana á la cornisa otro tanto; encima de la corona ó cornisa del cuerpo

principal, se asientan cuatro bolas con sus piés, todas de bronce dorado, que sirven de remates y responden á las cuatro pilastras sobre que se revuelve con harta facilidad esta máquina. En medio de ellas, con la proporción que pide el arte, sobre un pedestal de las mismas maderas de las sillas, asienta un templete que sirve de remate; está compuesto de doce columnas que hacen cuatro portadas, con una imagen de bulto de Nuestra Señora, en medio del templo, y se remata con un cimborrio, y encima, últimamente, un Crucifijo de bronce dorado. Todo él es un hermoso joyel que agrada su traza y ornato á cuantos le miran; el alto es de 16 piés, y por lo más ancho tiene 10. El suelo del coro es como todos los demas que hemos dicho, de losas blancas y pardas de mármol con sus compartimentos y labores.

Encima de las sillas, por los lados y por el frente, se ven diversas historias; sobre las sillas altas fronteras, en los dos espacios que dejan las tres ventanas, están los dos patrones, San Lorenzo, de la casa, San Jerónimo, de la religion, pintura de Luqueto; figuras excelentes, mayores del natural, bien plantadas y de alto adorno y relieve. El San Jerónimo, que tiene la mano siniestra del Prior, vestido de Cardenal; San Lorenzo, que está á la diestra, vestido de Diácono, con sus parillas: por todo el resto de este coro, en la pared que está encima de las sillas de la mano derecha, están dos cuadros grandes, fingidos como abier-

tos, y por ellos se ven dos historias del mismo mártir, la una de su prision, cuando iba tras el santo Papa Sixto, rogándole que le llevase en su compañía, pues iba á morir por Cristo, y él habia ya hecho lo que le habian mandado, que era dar á los pobres los tesoros de la Iglesia; la otra, cuando presentó al tirano los pobres, diciéndole que aquellos eran los tesoros de la Iglesia. Entrambas son de Rómulo, pintor italiano; están al fresco y bien tratadas. De la otra banda y coro del Vicario, están otras dos de la misma traza: la una es cuando San Jerónimo estaba escribiendo los libros con que sirvió á la Iglesia, y un ángel que le tañe al oido una trompeta; en el otro cuadro, está el santo leyendo á sus religiosos, declarándoles la Santa Escritura. Aunque estas historias son muy grandes y las figuras mayores del natural, no bastaran á llenar estos dos coros, y así, entremedias de la una y de la otra, en cada coro, asienta encima de las mismas sillas una caja grande de órganos, como luego veremos; y en los ángulos de encima de ellas, al principio de cada banda, están dos ventanas, una de cada parte, con sus adornos de pintura, jaspes y mármoles fingidos, y balcones de bronce dorados: la una, de la mano derecha, sirve no más de correspondencia y de que por allí se oiga el reloj del coro, que está allí cerca; y la otra es donde las personas Reales, viniendo desde sus aposentos, sin entrar en el convento, ven y oyen las vísperas y oficios divinos. En otros cuadros que so-

bran, así encima de estas ventanas como encima de las dos puertas de arco grandes, están pintadas ocho virtudes, las tres teologales, Fe, Esperanza y Caridad, y con ellas la Iglesia, y las cuatro morales, de dos en dos, en unos nichos fingidos de oro, y todo guarnecido con follajes. Estas virtudes, que dije están en estos encasamentos, son del mismo Luqueto, y las cuatro historias son de Rómulo. De esta suerte está enriquecido este coro, desde el suelo á la cornisa alta de la iglesia, sin descubrirse un dedo de pared que no esté hermo­seado. De la cornisa arriba, en toda la bóveda (que es muy grande), está repartida una historia pocas veces vista por su grandeza, que es representar toda la gloria del cielo, cual nosotros en este destierro miserable podemos imaginarla. Está lo primero, y en la cabeza de la bóveda, pintada la Santísima Trinidad, en un trono de luz y resplandor inaccesible, compuesto de aquellos espíritus soberanos, tronos, querubines y serafines: el Padre en una forma anciana, para significar la eternidad sin principio; el Hijo en aquella edad perfecta á que quiso llegar viviendo entre los hombres; el Espíritu Santo en figura de paloma pura y sencilla, entre el Padre y el Hijo; luego se ve, muy junto del Hijo, la Madre Virgen Soberana; luego se ve el coro apostólico y otros nueve coros y órdenes fuera de éste, que parece se les dió asiento, no sólo de santos, sino de jueces; luego entran patriarcas, profetas y doctores; luego mártires, confesores, vírgenes,

casados, viudos, hasta los santos mártires, niños inocentes, y otros infinitos, que en bautizando volaron al cielo, y allí juegan con guirnaldas y flores, en sabrosa seguridad y sin miedo: todos se conocen por sus hábitos, insignias é instrumentos de martirio, dignidad ú oficio. Tienen todas las figuras extremado aire y movimiento, unos sentados y otros en pié; y si el colorido y ornato de los paños no fueran en las pinturas de Luque- to tan de corrida y de acelerada manera, sin du- da fuera esta Gloria una de las más ilustres obras que teníamos en esta fábrica. ¿Mas quién podrá creer que un hombre solo hiciese tanta multitud de figuras, mucho mayores que el natural, en tan breve espacio como de quince meses? Así se cree le costó la vida; como trabajó tanto en una pos- tura tan penosa y continúa, en una bóveda donde el cuerpo, cabeza y brazo habian de andar tan violentos, y el frio y la humedad del yeso, del agua y de la cal, siempre tan cerca, no fué mu- cho que le quitasen la vida. En el frontispicio de encima la cornisa, está la Anunciacion y Saluta- cion del Angel, que ocupan la ventana grande en medio. Retratóse él mismo á la entrada de la Gloria, un poco detras de fray Antonio el obre- ro, aunque se le adelantó tanto en la muerte. ¡Ple- gue á Dios se vea del todo dentro en ella! Algun miedo tengo, se dió mucha prisa á ganar dineros, y más en dejárselos acá. Este es el adorno de las sillas, facistol y pintura del coro.

Encima del banco y remate que dijimos corria

por encima de las columnas y cornisas del coro, en el medio de ellos y de las dos historias que están en las paredes de cada coro, asientan dos cajas de órgano, que por ser instrumentos de tanta estima y tan bien aderezados, es justo hacer memoria de todos los que hay en este templo, pues son de lo precios o y vistoso que hay en él. En la una nave principal que cruza con la del altar mayor y va de Mediodía á Norte, encima del tránsito de los 30 piés, se levanta un pedestal de 10 piés y más de alto, que toma todo aquel testero de la nave que, como vimos, es de 53 piés: tiene tres ventanas ó claros grandes y cuadrados, que responden sobre los claros de los arcos y puertas de abajo. Sobre este pedestal, que tiene su corona y cornisa todo de la misma piedra que lo demas de la iglesia, asienta de cada parte (lo que se dice de uno, quede dicho de entrambos) una caja de órgano de otros 50 piés de ancho; la alta se conforma con la simetría y buena proporcion que pide el órden, que es corintio. La materia es de escogida madera de pino de Cuenca, que no pide este instrumento otra más fuerte, aunque toda bien estofada y cubierta de oro bruñido. Sobre un podio que se divide en seis pedestales, asientan otras tantas columnas corintias de 17 piés, con la basa y chapitel, y así se hacen cinco claros ó portadas: sobre las dos de cada lado corre el arquitrave, friso y cornisa bien labrado y estofado; la del medio rompe el arquitrave y toda la cornisa, y desde allí hace un arco y

ocupa todo el tablero del frontispicio, que se levanta desde las segundas columnas de los lados, porque si moviera de las extremas, fuera forzoso levantarse, de suerte que tapara la luz de la ventana que tiene el frontispicio de la iglesia de cada lado, como ya vimos, defecto insoportable tapar la luz de ventanas importantes de la parte de dentro, y el arquitecto que esto hace ó permite, no merece tal nombre. Se remata toda la fábrica de estas cajas, con sus peanas y bolas doradas; tiene toda su fachada de alto desde el asiento que hace sobre el pedestal de piedra, hasta las bolas, 40 piés, y así quedan aquellos dos testers adornados y alegres, por tener tambien un antepecho de balaustres de bronce delante de la misma caja, que responde con sus pilastrones de lo mismo á los del pedestal sobre que asienta. En estas tan grandes cajas, están los dos órganos principales en medio del cuerpo de la iglesia: tiene cada uno de estos órganos 32 registros, con que se pueden hacer gran número de combinaciones y misturas, y que están hechos con mucho cuidado por el mejor maestro de los instrumentos que se ha conocido en nuestros tiempos. Este se llamaba Masegil, de nacion flamenco; le ayudaban cuatro hijos suyos, todos oficiales del arte, y algunos de ellos ya maestros. Murió aquí este hombre antes que perfeccionase la obra; no se sintió poco su falta. En el coro hay otras dos cajas encima de las sillas, volando para esto, en otros canes más la cornisa, para sacar un balcon

de bronce dorado, donde se puedan poner á cantar los músicos, que tambien hacen adorno á la pieza. Estas cajas son de 20 piés de ancho, de la misma arquitectura, salvo que aquí no son más que cuatro las columnas, y las puertas ó claros tres, los dos de cuadrado y la del medio del arco, rompiendo por el arquitrave y cornisa hasta ocupar la plaza del tablero del tímpano, que aunque parece se hizo por imitacion y correspondencia de los frontispicios grandes de la iglesia, que hacen esto mismo las ventanas, aquí fué como forzoso, porque los caños grandes y las contras del flautado han menester todo aquel largo, y así en todas cuatro cajas llegan estos caños arriba: son del mismo maestro y quedaron más acabados, aunque los afinaron despues sus hijos. Sin estos cuatro tan grandes y ricos instrumentos, quedan otros cuatro menores que suelen llamar realejos, tambien del mismo maestro, tres, aunque el mayor de estos es mediano, y pudiera servir de órgano grande en una iglesia principal. Los dos están puestos en los balcones ó nichos que responden encima de los altares, otro está en la iglesia pequeña, y el otro se guarda en la sacristía, por ser de plata y de precio, y porque desde allí, se lleva á las procesiones del Santo Sacramento. Harto hemos dicho de órganos, aunque poco para lo que son.

Los libros en que se canta en este tan santo y hermoso coro, responden sin perder punto con él. De esto me atreveré afirmar que no se ha visto

su semejante en otro templo, dentro ni fuera de España, á lo ménos no hay noticia de ella; el tiempo puede haber ocultado otra mejor, que así hemos de juzgar de lo más raro que vemos, pues nos lo dice aquel Rey que supo tanto. Son todos los libros iguales abiertos en el facistol, tienen ocho cuartas de buena proporcion; segun esto, el alto: el pergamino (lo que hasta ahora no se habia acertado á hacer) igualmente blanco por entrambas faces, la letra hermosa y tan uniforme, que ningun molde pudiera ser tan él mismo. En las fiestas principales y en otras que no son tanto, los principios y primeras planas y letras de los oficios están con iluminaciones, historias y viñetas, del excelente pincel y mano de nuestro fray Andrés de Leon, que fué otro Don Julio en el arte, otra de su discípulo fray Julian, que quiso competir con entrambos: hay un libro que llamamos Capitulario, para las fiestas principales, y tiene muchas historias de singular iluminacion y buen dibujo, de mano del mismo fray Andrés de Leon, y excelentes viñetas suyas y de fray Julian y de Salazar, otro maestro que tuvo singular gracia en ellas: es este Capitulario de mucha estima por la excelencia de esta iluminacion, que sin duda no se ha visto ni en España ni en Italia tanta ni tan buena junta. Hay otro libro en que están los Evangelios, de los mismos maestros y de otros que ayudaban á las viñetas y letras capitales. Hay tambien otros tres libros en que están las cuatro pasiones que se canta en la Semana Santa; son

invencion y labor de fray Julian, cosa por extremo acabada. De estos doce, se perdieron no sé si tres ó cuatro, por culpa del mismo fray Julian, y no están sin ella los que las tienen, porque creo no padecen ignorancia de que son del Rey, y entregadas á esta casa; y así caen debajo de la censura del Papa: ni sé que teología puede excusarlos, porque ni las pudieron comprar ni las pueden retener. Hay tambien algunas tablas que llaman para las palabras de consagracion, algunas con figuras é historias, y muchas con excelentes viñetas. Sin esto, en la librería manuscrita, hay muchas suertes de iluminacion antigua y moderna, que sería largo proceso referirlas. De Don Julio de Clabio hay algunas tablas y cuadros de iluminacion, creo que son cuatro ó cinco, presentadas al Rey, y que se guardan entre otras cosas preciosas. Tornando á los libros del coro, de donde nos divertimos por sus muchas iluminaciones, digo que el número de ellos es 214, de unas mismas pieles, letra, marca, encuadernacion y guarniciones y áun manezuelas; lo que llamo guarniciones, son cinco bullones que tiene de cada parte, de buenas labores y trabazon, de lazos todos de metal dorado á fuego, y lo mismo las manezuelas, que por ser tan grandes ocupan y hermosean el libro cuando está cerrado. Parte de esta librería está asentada en los dos antecoros; sus estantes y cajones labrados de las mismas maderas que las sillas del coro, con poyos y asientos de encina, porque no se gasten al entrar y salir, con

las ruedas sobre que cargan libros tan grandes. Como son tantos y han menester tan grandes cajas, no caben en estos dos tránsitos, y así está el mayor golpe de ellos en una hermosa pieza, que está del coro del Prior á las espaldas del patinejo, y es muy de ver porque los cajones están labrados con mucho cuidado, repartidos comunmente de cinco á cinco, con sus pilastras cuadradas, las basas y chapiteles de órden dórico, con friso y cornisa, que tienen los títulos de los libros, para que se hallen fácilmente. Se me habian olvidado otras dos joyas muy preciosas, que no se sufren callar por estar en estas mismas piezas y por lo que son. A las espaldas de la silla del Prior, y por todo aquel testero, se hace un tránsito en la misma pared para las tres ventanas que caen al patio del pórtico, y dan luz á las sillas bajas, en la del medio, está un altar en que se dice misa, y la oyen muchas veces desde el mismo pórtico, particularmente en verano, la gente seglar. En este altar, está un Crucifijo de mármol blanco, del tamaño del natural de Nuestro Salvador, segun se hecha de ver por el retrato de la sábana de Saboya que aquí tenemos en el relicario, muy medido y tocado con ella. El mármol se escogió aposta, porque tiene unas vetas que le sirvieron al maestro para declarar las venas, figura tan devota, tan bien entendida y acabada, que como pieza rara y de gran estima se la presentó á nuestro fundador el gran Duque de Toscana, y desde que desembarcó vino hasta aquí en hombros á lo mé-

nos en los pasos todos difíciles, y en otros muchos que no lo eran, porque no padeciese algun encuentro. La cruz en que está clavado es de mármol negro; el artífice es Benvenuto Zelino, natural de Florencia, singular escultor famoso en Italia. Y es digno de advertencia que el mismo año que se comenzó esta fábrica, se escogió y acordeló el sitio y casi en el mismo mes, comenzó Benvenuto Zelino á labrar esta pieza, que habia de ponerse en el primero y más público espectáculo y vista de este templo, como si del cielo viniera á tratarse el concierto. La otra, es una estatua de San Lorenzo, nuestro patron, tambien de mármol, aunque no tan bueno, ni tan blanco, vestido de Diácono, del tamaño del natural. Se halló esta figura en unas ruinas de Roma, y de allí la enviaron á S. M., no sé cual de sus Embajadores, si el Conde de Olivares ó el Duque de Sesa. Se asentó en un nicho que está encima de la pila del agua bendita, entre las dos puertas del antecoro del convento; muestra antigüedad, y aunque no es de lo muy acabado, porque ya despues de Valeriano las buenas artes iban desdiciendo, con todo eso, tiene buen sabor de aquellos siglos felices.

DISCURSO XIV.

La capilla mayor de este templo, retablo, custodia, sagrario, oratorios y entierros de los Reyes.

Muchas son las cosas de que yo pudiera ahorrar en estos discursos, si todos entendieran las plantas, montes y perfiles, y muchas me es fuerza á decir como puedo, que casi es imposible darias á entender con la pluma, porque se tenga alguna noticia de ellas, y los que las ven adviertan lo que quizá no atinaron sin tener alguna lumbre. Tiene toda esta capilla, desde que comienza á salir del cuadro grande hácia Oriente, hasta la ventana que está á las espaldas de la Custodia, 70 piés en largo; el ancho, no contando los oratorios, lo mismo que la nave principal, que son 53 piés. Divide esta que llamamos capilla mayor, de lo demas de la basílica grande, un arco que resalta, con sus pilastras, basas y chapiteles, y desde el pilastron que responde el principal de los cuatro grandes de en medio, se conoce la division por los resaltes de las tres pilastras, una tras otra juntas, y allí asienta la primera grada; despues se hace un arco de cada parte, que

llega hasta la pared del altar mayor, de la misma piedra berroqueña, y dentro de este arco, encajan los entierros y oratorios. Las gradas primeras que se levantan desde la iglesia á la primera mesa del altar mayor, son doce; atraviesan de pilar á pilar, salvo las tres primeras de abajo, que dejan libre la basa de las pilastras principales; la materia es jaspe colorado, de extremado pulimento y piezas muy grandes. En ellas se asienta el colegio, convento y seminario á oír los sermones; tan capaces son, que caben todos sin apretarse. Luego, encima, se hace una mesa ó plaza anchurosa, que camina por 15 piés hácia el altar y lo atraviesa todo, vestida de mármoles y jaspes de diversos colores. Desde esta mesa, se suben luego otras cinco gradas de la misma forma y materia, y porque no estorben las entradas á los oratorios de una parte y otra, no lo atraviesan todo, sino hacen una vuelta por los lados. Luego se hace la segunda mesa de otros 15 piés, por el frente de las gradas, hasta las puertas del sagrario, con la misma hermosura de jaspes; en ella se levantan otras dos gradas, que vuelven en derredor, y son con las que se entra en el altar mayor, donde hacen otra mesa en que está de piés el sacerdote con sus ministros. Por todas estas gradas y mesas se llega hasta el altar, que tambien es de jaspes y de mármoles, entallados ó ensamblados, salvo la mesa de él, que es una rica piedra de jaspe y toda ara consagrada; tiene de largo 12 piés y medio, y de ancho más de cinco

cuartas, contando una grada que tiene encima del mismo jaspe, donde se ponen cruz, candeleros, reliquias y otros hermosos adornos. Se tuvo cuidado no arrimarle á la pared, sino que quedase en isla, para que por las espaldas, y sin ofender al sacerdote ni á la vista, se pudiese llegar á quitar y poner lo que fuese menester en aquella tan Real mesa. A los lados tiene dos credencias ó aparadores, labrados con primor, de las mismas maderas de las sillas del coro. Hay tambien de cada parte dos asientos, donde á su tiempo se asienta el sacerdote que celebra con sus ministros, y el otro sirve para cuando vienen Prelados señalados: están juntos con estos asientos, unos balcones de bronce dorados, que suplen lo que no tomaron las gradas postreras, por amor de las puertas de los oratorios, y dan mucha gracia y majestad á todo esto. El altar queda tambien muy acompañado con las credencias, y más con las dos puertas del sagrario, que están entre las mismas credencias y el altar. El retablo es una valentísima y admirable fábrica, de mucho más valor y estima que apariencia; los jaspes desde lejos no lucen mucho, mas llegándose cerca, descubren bien lo que es la materia toda; ya digo es de bellísimos jaspes, metal y bronce dorado á fuego, cosa de mucha costa. La forma es todos los géneros de la buena arquitectura, excepto el órden toscano, que no venia aquí á propósito; y aunque en las estampas que se imprimieron hay un papel grande que muestra claro todo lo que

hay en este retablo, y allí se ve brevemente y con mucho gusto, porque no quede aquí este vacío, haré la relacion de él, como mejor supiere. Encima de la segunda mesa que dijimos se levanta un podio ó pedestal de jaspe colorado, con algunos compartimentos de jaspe verde, que distingue el claro de los intercolumnios que sobre él asientan; tiene poco ménos de 10 piés de alto con el friso y cornisa: sobre él asientan luego seis columnas de órden dórico, que hacen cinco claros; el del medio tiene 11 piés y medio por el escape bajo de la columna, y aquí asienta la Custodia y las demas historias principales, que van, en el mismo claro de las otras órdenes, subiendo hasta el remate. Los dos que están luego á los lados son de siete piés de ancho, los dos extremos de cuatro y medio, de suerte que guardan la proporcion sexquiáltera. Las basas y chapiteles de éstas y de todas las columnas de los demas órdenes, porque lo digamos de una vez, son de bronce dorado á fuego, y con todo aquel primor y labores que sufren y usaran los antiguos, sin que en cosa rompan el buen órden: las cañas de ellas son todas de jaspe, con lindo pulimento; no son todas enteras, aunque sí muchas de ellas; detras tienen sus pilastras cuadradas, con basas y chapiteles dorados de la misma manera; en esta primera órden, los triglifos son dorados, y las metopas de diversos jaspes; el grueso de las columnas, de dos piés y medio de diámetro; el alto, con basa y chapitel, 17 y medio. Los intercolumnios que están á los dos

extremos se parten en dos nichos, en el primero y segundo órden, y en ellos los cuatro Doctores de la Iglesia, figuras vaciadas de bronce y doradas á fuego, de admirable labor, del tamaño del natural, vestidos de Pontifical, con mitras y báculos: San Jerónimo, con su capelo y leon, y un Crucifijo de lo mismo en la mano, que es una devotísima pieza. Los dos tableros de pincel que están al lado de la Custodia en este órden, son: el Nacimiento de Nuestro Salvador y la Adoracion de los Reyes, de mano de Peregrin, como ya dije, de donde se quitaron los de Zucaro. De la Custodia hablaremos despues, si supiéramos decir lo que es. El segundo órden es jónico, y en los intercolumnios extremos, repartidos como los de abajo, están los cuatro Evangelistas, las figuras algo mayores que las otras y que el natural. La historia del cuadro principal de enmedio, que responde encima de la Custodia, es el martirio de San Lorenzo, de mano de Peregrin, de donde se quitó el de Federico Zucaro y antes se habia quitado otro de Lúcas Canguiaso; de suerte que, son tres los que allí se han puesto, y aunque éste que ahora está contentó mucho cuando se vió en el suelo, puesto allí no agrada tanto. Las dos historias de los lados son Nuestro Redentor á la columna y cuando llevaba la cruz acuestas, buenas historias del Zucaro y lo que más contenta de lo que aquí nos dejó. El tercero, que es el órden corintio, más delicado y más hermoso que los otros, tiene en medio la historia de la Asuncion de

Nuestra Señora, del mismo Federico, y no mala, aunque tuvo necesidad de algun adobo; las de los lados son: la una, la Resurreccion, y la otra, la Venida del Espíritu Santo, de mano del mismo. Aquí, en lugar de las columnas que habian de responder á las extremas de abajo, se pusieron encima de los pedestales dos pirámides de jaspe verde, que por la cornisa grande de la iglesia, estorbó no cupiese la columna; así no hay nichos, mas asientan entre la distancia de los pedestales dos grandes figuras de bronce, Santiago, nuestro patron de España, de la mano derecha, y en la otra San Andrés, de la misma forma de las de abajo, aunque mayores que los Evangelistas, pues tienen cerca de ocho piés. El órden postreiro es el que llaman compuesto, porque toma lo que le parece de los otros, aunque ya aquí no tiene más de dos columnas. Sobre ellas carga un hermoso frontispicio, sobre unos modillones ó canes de bronce dorado, muy hermoso, y en él se remata todo el retablo, sin peanas ni acroteras, porque la clave del tímpano llega al arco principal de la capilla: dentro está un Crucifijo de bronce dorado, con Nuestra Señora y San Juan á los lados, figuras excelentes, que pocas se deben ver con quien poderlas comparar. Sobre los pedestales que responden á las columnas extremas del órden bajo, están otras dos figuras de San Pedro y San Pablo, de suerte que hay en este órden, cinco estátuas de bronce dorado á fuego, de nueve piés y más de alto, joyas preciosísimas y figu-

ras de gran arte y valentía. Son todas estas estatuas de Leon Leoni y de su hijo Pompeyo Leoni, entrambos artífices de mucho nombre. Tiene todo el retablo, desde la grada del altar y desde el podio de primer orden dórico, 93 piés de alto por 49 de ancho.

Dije que la Custodia donde se guarda y adora el Santísimo Sacramento, asentaba entre las columnas de en medio de este primer orden dórico y encima del banco ó podio de jaspe. Se hace en aquel espacio una portada de arco, más dentro de las columnas; las pilastras de jaspe verde y colorado embutidos; de ancho tiene nueve piés y medio y 17 de alto, y aquí está puesto el más hermoso tabernáculo y Custodia que de aquella materia creo se debe haber visto. Al lado del altar mayor, en los dos compartimentos que responden al claro de los segundos intercolumnios, están dos puertas de tres piés y medio de ancho, que parecen puertas de la gloria: por ellas se entra á este sagrario; por la una y por la otra se hace su escalera hasta el mismo tabernáculo; el ancho de todo este sagrario, está en el cuerpo de la pared metido, y es de cinco piés escasos; se hace un arco grande porque no pierda la fortaleza; de la parte del retablo tiene una ventana cuadrada, por donde se ve y toca la Custodia de la parte de fuera, que cae sobre el patinejo y claustrillo de la casa del Rey; tiene otra que le responde y da luz y los rayos del sol desde que nace; allí tiene una vidriera, y luego una reja para la seguridad, aun-

que el lugar es inaccesible. Por la parte de dentro, antes de la vidriera, se corren unos velos de seda de diferentes colores, verde, azul, blanco y colorado, conforme á la fiesta de la Iglesia, y como pasa el sol por la vidriera, y de allí por el velo, toman sus rayos el mismo color, y queda toda la pieza y la Custodia bañada en aquella luz, que hace unas vistas de admirable efecto. En los cuatro lados, dos de cada parte de ventana, están cuatro historias á propósito del misterio que allí se encierra. En una se ven los hijos de Israel salir á coger aquel manjar del cielo, llamado *manhu*; de frente está el Cordero Pascual, que se comia con lechugas amargas; á la otra banda, está el gran padre Abraham pagando y ofreciendo las décimas de la victoria á Melquisedez; enfrente de esta historia está aquel pan subcinericio que dió el ángel al Profeta Elías, y en lo alto, y en la vuelta que hace la bóveda, está pintado el arco del cielo, que no parece pintura; esta fué la primera cosa que pintó Peregrin y dió con ella gran gusto al Rey.

La forma del tabernáculo es redonda y de órden corintio; asienta sobre una peana ó zoco de jaspes guarnecidos y perfilados, con vetas de metal dorado, y allí asientan ocho columnas de un jaspe singular; tiene un color sanguíneo, unas vetas blancas como leche, que le hermosean extremadamente, y es de tanta dureza y tan extraña la piedra, que ninguna herramienta ni acero bien templado se halló que pudiese domarla ni ven-

cerla, y así se hizo á costa de diamantes, y con ellos están labradas y torneadas. Tiene dos puertas abiertas, una mira al altar y al pueblo, por donde se ve la otra Custodia que está dentro de ésta y áun el vaso que tiene dentro; otra á la pieza de dentro, por donde se ponen y quitan los velos y se llega al Santo Sacramento cuando se renuevan las Formas ó se lleva á los enfermos. Las puertas de estas dos ventanas son de cristal de roca, tan claro, que no parece hay cosa delante. En los otros intercolumnios que están cerrados se hacen cuatro nichos, con una figura de Apóstol dentro de cada uno; en los otros dos, otras dos portadas, que por caer á los lados de las paredes no hubo necesidad de abrirlas; se remata con una hermosísima cornisa del mismo órden; sobre la cornisa se hace otro podio con otros ocho pedestales resaltados, que sirven como peanas y remates de las columnas de abajo; encima de cada uno una figura de Apóstol del mismo bronce dorado, que con las cuatro que están en los nichos son doce; sobre la cúpula se levanta otra linterna pequeña con su cupulilla, y encima la figura de Nuestro Salvador, como la de sus Apóstoles. Esta es la forma y fábrica dicha así, como he podido, groseramente. El alto de toda ella es 16 piés, el diámetro siete y medio, y así no hay hombre tan alto que no quepa dentro de ella descansadamente, y apenas tocará con la mano en lo alto de la cúpula, donde en un rico florón de oro, está asentado un precioso topacio del

tamaño de un puño de hombre. La invencion y arquitectura es de Juan de Herrera; la labor y manos, es de aquel excelentísimo escultor y lapidario Jacobo de Trezo. Se tardó en esta fábrica siete años, y si se hiciera con otro menor ingenio que el de este hombre, no se acabara en veinte, y no me alargo. Dentro de esta Custodia grande se encierra otra pequeña, y no ménos preciosa ni de ménos artificio y hermosura: la forma es cuadrada; asienta sobre una peana de lindas piedras y guarniciones de metal dorado; tiene por cada frente cuatro pilastras ó antas, que refuerzan las esquinas, y por la puerta principal, que responde á la ventana del altar, hace como un vestíbulo sobre cuatro columnas redondas, que tienen detras las mismas antas; la forma y órden de la arquitectura es dórica; tiene de alto esta pieza tan singular, poco ménos de una vara con la peana, y de cuadrado más de una tercia. Los chapiteles y las columnas son de oro y esmalte, tambien los triglifos y gotas, y las metopas de finísimas esmeraldas. Sobre la cornisa, que es de plata dorada, se hace otra cúpula como la de la Custodia grande, con linterna ó fanal encima. Los pedestales que asientan sobre la cornisa son de unas piedras como viva sangre; las molduras de su basa y cornisa de oro, y las pirámides que rematan las pilastras y columnas son de la misma piedra, guarnecidas con esmaltes de oro; las bolas que están en las puntas de las pirámides tambien de oro esmaltado; el remate de la cupulilla ó fa-

rol alto es un florón de oro, y en medio de él como fruta, nace una esmeralda redonda, y dentro como clave, un finísimo topacio, con un rico asiento de oro esmaltado, aunque no es tan grande como el de la Custodia mayor; las dos puertas que responden á las de la Custodia grande son de cristal de roca, las guarniciones de oro; por los otros dos lados está cerrado con sus mismos jaspes finos y los compartimentos y fajas de oro y esmaltes; por la parte de dentro es lo mismo, aunque están más lisos. Es obra de Jacobo de Trezo, tiene gravedad, propiedad y misterio. Sacadas las esmeraldas (y no sé si los topacios) de entrambas, todas las demás piedras de una y otra Custodia y del retablo son de España. Dentro de esta segunda Custodia, está un vaso precioso de ágata y del tamaño de un hostiario grande, con asas y pié de oro esmaltado, y el tapador ó sobrecopa de lo mismo, con un záfiro del tamaño de una bellota por remate. Dentro de este vaso, está otro de oro, y allí se guarda la Sagrada Hostia.

A los lados de esta capilla mayor, dentro de los dos arcos grandes de ella, y encima ó en el mismo piso de la primera mesa de las gradas, están los oratorios de los Reyes, y encima los bultos ó figuras de las personas Reales que aquí están sepultadas: esto falta por mostrar. De una y otra parte, con mucha correspondencia, se hacen tres puertas; jaspes verdes los dinteles, jambas y sobre dinteles ó capirotos; lo demás es de jaspe

colorado; sirven á tres apartamientos ó basílicas distintas. El primero, más junto de las gradas primeras de cada lado, sirve de puerta ó de paso á dos tránsitos, el uno á la sacristía, el otro á un relicario. Los otros dos, en uno tiene un altar donde se dicen misas particulares á los Reyes. El otro de en medio, de estrado y oratorio, de donde las oyen y rezan: todos tres son de finos jaspes; luego se ve en entrando en ellos, que son cosas muy de Reyes. Las puertas son de acana, jaspe, bronce; la clavazon por dentro, tornillos dorados; las vidrieras de los cuarterones, cristales, de suerte que, están los Reyes dentro y fuera de la capilla mayor; no se pudo trazar con mayor decencia y grandeza. Sobre estos oratorios, que tienen por de fuera en alto hasta encima de su cornisa poco ménos 12 piés, y sirven como pedestal, se levantan dos columnas grandes con dos pilastras cuadradas que le responden á los lados, y hacen una capilla ó tribuna, ó no sé cómo me la llame, de mucho ornato y decoro, donde asientan las figuras de los Reyes. Tienen las columnas 17 piés de alto, de órden dórico, jaspes como los del retablo: están repartidas en igual distancia, y así dos columnas y las dos pilastras ó antas, hacen tres claros; basas y chapitel del mismo metal dorado á fuego; las distancias ó hueco de la columna, 10 piés hasta la pared de adentro, que responde á las columnas ó pilastras de jaspe colorado ensambladas de verde, y sus intercolumnios de una piedra negra que muestra modestia, gran-

deza, luto (lo que decimos de una parte se entiende siempre de entrambas); en la distancia de en medio, que se hace entre las dos columnas de la parte derecha del altar, que es la del Evangelio, se ven cinco estatuas ó figuras de personas Reales, un poco mayores que el natural, de bronce dorado á fuego, rica y primorosamente obradas. La primera y principal es del nunca vencido Emperador Cárlos V, tan pío como fuerte, armado con espada ceñida, la cabeza descubierta, con manto imperial y el águila de dos cabezas labrada y asentada en él de una piedra ó jaspe, que con el color muestra el mismo de aquella ave real. Delante (porque están todas las figuras puestas de rodillas), tiene un sitial con un paño de brocado encima, todo tan al natural remedado, con sus dobleces y pliegues en aquella materia tan dura, que es mucho de estimar el arte, porque aún el manto se puede quitar y poco ménos plegar y poner en una arca. La Emperatriz Doña Isabel, su mujer, madre de nuestro fundador, está á su lado de la parte de adentro, y la Emperatriz Doña María, su hija, que hoy vive (guárdela Nuestro Señor mil años para bien del mundo), detras de su padre, y se le ve tambien el águila imperial sobre el manto, y luego las dos hermanas del mismo Emperador, Reina de Francia y Reina de Hungría, detras de su hermano. Todas de tal suerte juntas en este espacio de en medio, que sin impedirse ven el Sacramento y la cruz que está sobre la grada del altar mayor, y

quien se pone allí, ve muy claros los rostros de todos cinco. En la distancia de adentro, que responde á esta, se lee este epitafio, entallado en los mármoles negros, con letras de bronce dorado:

D. O. M.

CAROLO. V. ROMAN. IMPER. AVGVSTO. HOR. REGNO-
RUM. VTR. SICIL. ET HIERVSALEM REGIAR CHIDVCI.
AVSTR. OPTIMO PARENTI PHILIPVS. FILIVS. P. IACENT-
SIMVL. ELISABETHA. VSOR ET MARIA FILIA IMPERA-
TRICES, ELEONORA ET MARIA SORORES, ILLA HÆC
FRANC. VNGARIE REGINE.

Está tan claro, que no hay que ponerlo en nuestra lengua. En la distancia que está más al altar y vacía sin figuras, responde en el claro de intercolumnio de adentro otra inscripcion que traducida quiere decir: *Si alguno de los descendientes de Cárlos V, sobrepujare las glorias de sus hazañas, ocupe este lugar primero; los demas absténganse con reverencia.* Y luego en el testero que está allí junto, dice otra inscripcion: *Estos son los blasones y armas del linaje y descendencia de parte del padre de Cárlos V, Emperador Romano, no todas, sino las que cupieron en este lugar estrecho, distintas por sus grados y dignidades.* En la distancia y espacio vacío que está detras del Emperador, á la parte de la iglesia, en el intercolumnio de dentro, dice: *La providencia y cuidado de los descendientes, deja este lugar vacío á los hijos y nietos, despues que vividos muchos años, paguen la deuda natural de la muerte.*

En el testero de las espaldas dice lo mismo

que en el de frente de junto al retablo, porque se pretenden poner en el uno y en el otro las armas y blasones de sus padres y antepasados, hechos de los mismos jaspes y piedras, y guarnecidas de florones de bronce y ramos dorados, que harán aquello más ilustre, aunque ahora no están puestos: y en el de delante, como vimos, están los de parte del padre, y en el de las espaldas los de parte de la madre. Encima de este orden dórico, que tiene sus triglifos dorados y las metopas de jaspes de colores, se levanta un frontispicio con dos columnas jónicas, basas y chapiteles como las demas del retablo. En él se hace un cuadro de finos mármoles sanguíneos, del ancho del claro de abajo donde están las figuras: en medio de él se ven las armas Imperiales, una águila grande de dos cabezas de piedra, que imita el color aquilíneo, y en medio del pecho, agarrado con las uñas, el escudo de las armas de Castilla y de los otros estados de estos reinos, con gallardos y soberbios timbres y penachos. Los estribos del frontispicio van á rematar en las acroteras de las pilastras que arriman al arco grande de la capilla, que tienen unas medias bolas grandes del mismo bronce dorado. El alto de estos entierros es de 53 piés, y de ancho 28. En el de la otra parte, en el espacio é intercolumnio del medio, está nuestro fundador el Rey Don Felipe II con armadura, manto ó capa Real, en que están por toda ella el escudo de las armas Reales, azules, rojos, blancos y los demas colores que allí se ven, son todos nativos

de las mismas piedras: labor de mucha costa, riqueza y de singular labor, porque se puede poner y quitar toda por sus piezas, que siendo de bronce y de piedra tiene primor extraordinario: responde lo demas todo, sin faltar punto, con el otro sitial y cogines, donde se ponen de rodillas, la cabeza descubierta y las manos orando. Al lado derecho y junto al mismo sitial, está la Reina Doña Ana, la cuarta y última mujer, madre de nuestro Rey Don Felipe III, hija y nieta de Emperadores: luego detras del mismo Rey está la Reina Doña Isabel, su tercera mujer, madre de la señora Infanta Doña Isabel: al lado derecho está la Reina Doña María, Princesa de Portugal, su primera mujer, madre del Príncipe Don Carlos, y el mismo Príncipe detras de ella, puestos todos de rodillas; de suerte que tambien sin estorbarse, ven la cruz del medio del altar mayor y desde ella, se ven los cinco rostros enteros. Todo esto es obra del mismo Pompeyo Leoni, en que ha mostrado cuán bien entiende el arte de la escultura y vaciados. Encima de las cabezas del Rey y Reina, responden unas inscripciones y epitafios por el mismo estilo que en la otra parte.

En la sacristía' del convento, á la parte de las ventanas, se ve en cinco cuadros al óleo con sus guarniciones de bronce dorado, donde está claro el intento de lo que falta por poner. Tambien advierto que estos epitafios é inscripciones están hechos más al gusto del Rey, que tan amigo era de modestia, que no al sabor de la antigüedad.

Encima de este órden se hace otro frontispicio como el de la otra parte sin faltar punto, así se ve ya lo que es. El escudo de las armas es diferente, de mucha mayor estima y precio, porque están las armas Reales hechas todas de piedras con sus mismos colores nativos, buscadas para esto con cuidado, porque no entrase allí cosa que no fuese muy preciosa y de igual dura y perpetuidad, con los mármoles y bronces dorados; tiene tres timbres muy soberbios del mismo metal dorado; en el del medio se ve un leon con espada en la mano y corona en la cabeza, y de los lados en cada uno una sierpe ó dragon.

Porque acabemos con nuestra capilla mayor, acordaré lo que dije arriba, que debajo de la mesa del altar mayor, entre ella y una capilla redonda que está debajo de todo el suelo, se hace una pieza que sirve de poner los cuerpos y ataúdes Reales; está repartida en tres como callejones de bóveda, y encima de unos bancos de madera se atraviesan los ataúdes. Y porque no se quede nada, digo que el techo y la bóveda de esta capilla mayor está pintado de mano de Luqueto, y quisiera yo hubiera más que mirar en esta pintura: está muy andadera, y no la merecia ni la historia ni el lugar, porque habia de ser de lo más acabado de la casa. La historia es la coronacion de Nuestra Señora, y en los lados de las lunetas de las ventanas están los cuatro Profetas mayores, buenos, y bueno todo; mas habia de ser muy mejor.

DISCURSO XV.

La sacristía de este templo, sus piezas, pinturas, cajones, ornamentos y vasos sagrados.

Tan dificultoso será dar perfecta noticia de esta recámara Real, como de otras muchas cosas de esta casa del Señor, que si no es viéndose, no puede la pluma darles vida, aunque más delgadamente se corte; diremos lo que pudiéremos, para que no se esconda todo. Es forzoso detenernos en el zaguan alguna cosa. Esto es una cuadra harto hermosa, su tamaño es de 25 piés en cuadro, bien aderezada; las paredes hasta la cornisa donde vuelve la bóveda, están de estuque blanco, aunque en ellas excelentes cuadros de pinturas de que haremos memoria en otra parte. Lo más imperfecto y ordinario que hay en ella, son las tobajas en que despues de lavados se enjugan y limpian los ministros de la mesa divina, sacerdotes, diáconos y acólitos, cosa que no se puede excusar. En medio de las unas y de las otras (están repartidas por sus grados, que el acólito no ha de llegar donde se limpia el sacerdote) se asentó una hermosa fuente de mármol pardo, en la banda de Oriente; se sostiene sobre unos

modillones del mismo mármol, labrados con sus estrías y de buena gracia. La pila que asienta sobre ellos tiene de largo 22 cuartas y de ancho cinco y media; toda es de una pieza de mármol pardo, traído dos leguas poco más de aquí, labrada con mucho pulimento, arrimada á la pared: encima de la misma pila se hace una fachada de mármoles y jaspes; hace cinco nichos con sus pilastras de órden dórico, y allí se ponen ramilletes y flores: debajo de cada nicho responde un caño ó grifon, por donde sale el agua por cinco cabezas de angelillos de mármol blanco. Encima de la cornisa corre otro banco con su pedestal resaltado, y por remates unos globos de jaspe, de suerte que queda la pila ó baño adornado y hermoso y de gran autoridad. A los lados tiene dos puertas de siete piés y medio, tambien del mismo mármol pardo, jambas, dinteles, sobredinteles y capirotes. Por los otros tres lados de la cuadra tiene tres puertas grandes, una por donde se entra y sale á la iglesia, otra que le responde de frente para la sacristía, y otra que sale al claustro grande; tienen 16 piés de alto, jambas y dinteles de una pieza; lo demas de estos lados está adornado con asientos y respaldares de nogal bien labrados, y sirven tambien de cajones para las sobrepellices y roquetes de los acólitos; el suelo, como todo lo demas, de mármol con sus compartimentos: el techo y la bóveda, desde la cornisa arriba, está pintada de alegres grutescos. Entrando por la puerta de la sacristía, parece que

se ensancha el corazón; cada día entro en ella y me visto y digo misa, y cada día se me hace nueva y despierta mi tibieza y me abre los ojos para que piense lo que voy á hacer. Tiene de largo la pieza desde la puerta al altar de frente, 108 piés, de ancho 30; sus ventanas altas y bajas miran á Oriente; creo son todas 18, aunque las bajas, como veremos, no están todas abiertas; á la una y otra parte, desde la cornisa abajo, que es de piedra y corre por toda la pieza grande variedad de hermosísima pintura, cuadros al óleo de grandes maestros y de todo género antiguo y nuevo, aunque todas de singular piedad y devoción. En el altar que digo está de frente de la puerta, está aquel Crucifijo antiguo del tamaño del natural, que dije arriba, había copiado nuestro Mudo, singular pintura, y tan bien entendido, que merece el lugar que tiene: fingió el maestro un dosel de carmesí detras, que hace salga la figura mucho, y creo que está tomada del natural, según la gran propiedad que muestra; á los lados tiene á Nuestra Señora y San Juan, figuras de excelente planta y movimiento, y todo el cuadro bien guarnecido. Hago memoria de sola esta pintura en la sacristía, porque sirve de retablo y de altar firme. Y en los Capítulos no hice tampoco memoria de los que hay allí, mas de solos los retablos y del grutesco, porque las otras todas, las guardo para un discurso particular; son tantas, que no nos dejarían salir de las piezas si nos detuviésemos en cada una, y en especial en esta sacristía, donde hay

más que en otras piezas, y todas dignas de advertencia.

Lo alto de la cornisa arriba, está pintado como el zaguan, del mismo órden de grutescos. Las fajas que van haciendo los compartimentos y divisiones se fingen de piedra de diversos colores, rubíes, esmeraldas y diamantes, con tanto relieve imitadas, que engañan la vista. Lo demas, unos artesones y follajes, florones y pateras, todo tan bien fingido y relevado, que se engañan más de cuatro, pensando que tienen bulto y cuerpo. Lo que corre por dentro de las fajas son grutescos, varias figurillas de animales y hombres; todo hace una labor nueva, graciosa y alegre. En el frontispicio, y al lado del altar ó retablo, están acompañando otras dos puertas menores, que responden á otras dos que acompañan la puerta por donde entramos, y ninguna es ociosa, todas tienen oficio: en la una, están los incensarios, navetas y candeleros ó ciriales de plata que llevan los acólitos en los dias comunes; en la otra, los platos en que se sirven las ampollas en el altar; éstas son de vidrio, y ellos de plata; aquellas por la limpieza y estos por la majestad; y en cada uno tambien una bujía con palmatoria de plata, en que llevan lumbre cuando el sacerdote va al altar, por que no tenga que estar aguardando, y para que los cortos de vista, ó los que madrugan mucho, puedan acomodar la luz como quisieren. Las otras dos puertas de frente de estas, sirven para entrar á otras piezas de la sacristía,

como luego lo veremos. Esto toca así en comun á la disposicion de la fábrica de esta pieza; diremos de sus adornos y menesteres.

A la mano derecha, como entramos, están unos cajones, que ocupan toda aquella banda de cabo á cabo. Son de las mismas maderas de las sillas del coro, y no sé si mejor labrados: acana, caoba, ébano, cedro, terevinto, boj y nogal. Se hace lo primero una mesa muy ancha en ellos, donde se ponen los ornamentos que han de servir aquel dia, que como son tantos y se mudan conforme á la variedad de las festividades, casi cada dia está con nueva librea aderezada. Debajo de ella están siete divisiones de cajones partidos, con sus pilastras, y en cada uno cuatro navetas tan grandes, que cabe tendida toda una capa sin ningun dobléz, que muchas, y las más que aquí se ponen, no los sufren. El suelo de éstas es de cedro, por la incorruptibilidad y limpieza, y así no se ha visto que alguna de estas tablas crie polilla. Tiene cada una cuatro tiradores dorados, y son bien menester para sacar las navetas, por el peso y por la grandeza. Las frentes con muchas molduras y ensamblajes, que les dan mucho adorno. Sobre esta mesa, dejando en ella un espacio tan ancho quanto es menester para lo que hemos dicho, asienta otro orden de cajones con puertas, haciendo una fachada de columnas de orden corintio. En las navetas largas y cajones que están debajo de la mesa, están las casullas, dalmáticas, capas, paños de facistol, albas, y las

demas sacras vestimentas, no todas, sino las más preciosas y que no sufren menor guarda y aseo: en los cajones altos están los cordones de las dalmáticas, colgados con sus fundas, que son tantos y tan preciosos, que hubieron bien menester todo este aposento. Al otro lado frontero, están otros cuatro cajones, embebidos en otros cuatro huecos de las ventanas, de nueve que allí hay en el orden bajo, tambien de las mismas maderas, aunque de muy diferente hechura: de la mesa abajo son navetas; de allí arriba como puertas de ventanas, de buenos compartimentos. Sirven de tener allí los cálices, los corporales, con sus fundas y bolsas y paños de seda con que se cubren en los altares, y los pañizuelos de cada religioso, con que se enjuga las lágrimas de los ojos en el altar, con el nombre de cada uno en su cajoncillo. Descendiendo á los particulares de otros muchos cajones fuera de estos, y otros aposentos de esta santa oficina, será menester hacer un rato de maestro de ceremonias y de sacristan, y advertir que la Iglesia en sus divinos oficios no admite indiferentemente cualquier color, ni se viste acaso de mezclas de ellos, sino de los que tienen particular significacion con el misterio que trata: así tiene señalados cinco colores; blanco, colorado, verde, morado ó violado, y negro. El color amarillo, que se esmera y realza en el oro, como un adorno de riqueza, ó digámoslo así, símbolo de dignidad, se mezcla y entremete en todos. Conforme, pues, á estos colores están hechos todos

los ornamentos y composturas de este templo. Comenzando, pues, por el altar mayor y los dos de los relicarios, que ya he nombrado por veces, digo que para cada uno, hay cincuenta mudas de ornamentos, y es cada una muda, si la contamos entera, casulla, capa, dalmáticas, frontales y frontaleras, paños de facistol y manga de cruz: en la de las capas no son iguales las mudas, que unas tienen más, otras ménos, y en estos que llamo altares de las reliquias tampoco hay dalmáticas. Y porque á ninguno parezca que me alargo, las resumiré brevemente todas.

De blanco, con algun adorno amarillo, hay doce ternos, algunos matizados de oro, que dicen que esta manera de bordadura sobre los hilos de oro es invencion de España, nacida en Ciudad Rodrigo: ademas de estos, hay otros cuatro de terciopelo blanco con oro, de raso blanco con cenefas bordadas sobre terciopelo amarillo.

De blanco todo, sin que se le mezcle otro color, para las fiestas de la infancia de Nuestro Salvador, y consagracion y dedicacion de esta y otras iglesias, hay otros ocho ornamentos, hechos la mayor parte en los telares, para cada altar. Entra el segundo órden de colorado, que quiere la Iglesia nos signifique el encendido amor de Dios para con los hombres; así sirve para estas festividades, otros doce ornamentos, conformes á solemnidad. El color verde sirve en las dominicas y ferias, que nos dan particular razon de la esperanza cristiana y descanso de la vida eterna:

de este color no hay más que cinco ornamentos ó ternos, como los llaman nuestros sacristanes; el más principal, de brocado verde, con cenefas de oro matizado, harto hermoso y de excelente labor; los demas de terciopelo, de damasco y de estameña ó maraña. El color morado ó violado, de que usa la Iglesia en el Adviento, no nos muestra tan claro la razon de su uso; de éste no hay más que seis ornamentos, unos de tela de oro y altos de terciopelo morado, y otros de damasco con diversas cenefas. Del color negro usa la Iglesia por nuestros pecados, que es la primera y total razon del luto y tristeza: de estos ornamentos hay ocho ó nueve; el principal es de tela de oro rizada, con perfiles gruesos de terciopelo negro; las cenefas son de oro matizado, en que, si no las conté mal, hay más de setenta historias de la vida y paciencia del santo Job; sirve para los aniversarios del Emperador Don Cárlos y de nuestro fundador Don Felipe, su hijo; los demas, aunque muy hermosos, no son de tanto valor. Las casullas que hay para todos los altares de esta iglesia, sin particularizarse más en materia, colores y labor, pues se entenderá de lo dicho, pasan de mil doscientas, pues sólo para el altar mayor hay 56; en los altares de las reliquias, para cada uno, 50; en las mudas de todos los demas altares, 960. Sin éstas, para otros altares de la casa, como el de la enfermería, celda del Prior, Crucifijo del coro y capilla del Sitio, hay 139, que hacen el número dicho. Las capas de brocado y

otras sedas y telas llegan á 213, de todos colores; las mangas de la cruz son 27, porque algunas sirven á dos ornamentos.

Fuera de esto que hemos dicho de cosa de brocados y sedas que tocan á los ornamentos, queda en las cosas de lienzo otro número, ni de menor riqueza en su género, ni de menor policía. En una sola cosa pudiéramos decir que nuestro fundador no había igualado el peso de la grandeza que se ve en todo lo demás de esta casa, y es, en haber dejado pocas cosas de plata y ménos de oro, y es así: mas hízolo con la consideracion y acuerdo que en todo procedia, como quien conocia las vueltas que dan las cosas humanas; cuán codiciadas son estas riquezas, y qué fáciles de acabarse, hundirse, trasportarse ó perderse. Diré verdaderamente lo que hay, porque nadie sospeche disimulo en esta parte, ó encubro algun gran tesoro.

Hay de esto lo muy preciso y forzoso, y lo que no se pudo excusar, sopena de parecer pobreza ó miseria; todo tiene su dia y su oficio, sin haber cosa supérflua ni sobrada. De oro hay un solo cáliz, no grande, sino algo menor que los ordinarios que aquí tenemos de plata, de buena hechura y esmaltes, con que celebra el Prior los dias más solemnes. Una Custodia que lleva tambien el Prior en las manos el dia del Santo Sacramento y en otras procesiones que se hacen con él; es del tamaño del cáliz poco más ó ménos. Dos portapaces, aunque diferentes; la una

tiene esmeraldas, la otra no tiene sino una labor no muy prima. Un pectoral que lleva al cuello el Prior en estas mismas fiestas, que tiene algunas piedras y perlas muy finas y de cuento. No sé que haya otra pieza de oro en la sacristía; lo que hay en los relicarios es cosa por sí; trataremos luego de ellos. De plata hay buen servicio, mas no hay nada sobrado; los altares dije que tenían todos cruces y candeleros de plata, que se ven en ellos cada día, porque las fiestas principales se ponen de bronce dorado, que tienen más majestad. Para el altar mayor y los dos de las reliquias, hay fuera de esto ordinario, un servicio de tres cruces grandes, doradas y bien labradas, y seis candeleros grandes para el altar mayor y para los otros dos, cuatro en cada uno, también de plata dorada y bien labrada; sirven en los días más solemnes, y tienen para las credencias no sé si tres ó cuatro fuentes de plata, vinajeras ó ampollas grandes y acétres, algunas de estas piezas bien labradas y vaciadas del natural. Para los aniversarios del Emperador y de nuestro fundador, hay un servicio de ébano, candeleros de asiento para el altar y altares de las reliquias, grandes y bien labrados, con cartelas y bordes y otros primores de bronce dorado, que es una cosa de mucho primor y de muchas piezas; hasta las ampollas y facistoles de lo mismo. Otro tanto servicio del mismo ébano, guarnecido de plata, hay para las memorias y aniversarios de la Emperatriz Reina Doña Ana, que son piezas de

estima y vienen tan parecidos con los ornamentos, que no se pudo poner esto mejor ni más acertado, y de lo bueno que hay que ver en la sacristía.

Las lámparas de la iglesia, ya se ven no son más de seis; la que está delante del altar mayor es buena hechura y labor; otras piezas de plata debe haber de que yo no me acuerdo. Los cálices creo son treinta y nueve ó cuarenta, que como los ofrece S. M. el día de los Reyes, dando cada año el suyo, habrán llegado á este número, con los que nuestro patron señor y Rey que hoy vive, Felipe III, ha enviado, continuando la piedad y los favores del padre á las cosas del culto divino. No quiero detenerme en contar los aposentos, piezas y cumplimientos que tiene esta santa oficina por no cansar al lector, ni parezca que hago inventario de sus bienes, áun cuando se mira, confunde y cansa que hará leído atropellado y confuso.

DISCURSO XVI.

Los relicarios de este templo, el número y nombre de sus reliquias, y otros preciosos adornos.

O tenía de hacer un libro grande de lo que promete este discurso, ó proceder como en el pasado; excusado es lo primero y así como forzoso lo segundo, y de tal suerte, que ya que no se vea muy distinto, se comprenda la idea de lo que pudiera particularizarse. Algunas veces he hecho memoria de estos relicarios; dicho que están en los testeros ó frentes de las dos segundas naves colaterales á la primera; que se ve desde las rejas y puertas de los patinejos que están en el hueco de dos altares grandes, el uno de Nuestra Señora, el otro de nuestro patron San Jerónimo; que se cierran por la parte de la iglesia con las puertas que sirven de retablo, y por las espaldas con otras muy grandes de caoba y acana, y por allí se ponen, quitan, aderezan, limpian. Hasta aquí está dicho; falta veamos lo preciso á lo de dentro. En abriéndose las puertas, y corrido los velos de seda que tienen delante, se descubre el cielo: se ven por sus hileras y gradas, unas más adentro, otras más afuera, vasos muy hermosos de artifi-

cio y de precio, parte de oro, otros de plata, piedras singulares, cristales, vidrios cristalinos y otros metales dorados, que todo junto reverbera y deslumbra los ojos. No sé por dónde entre, ni por dónde salga en tanta copia de celestiales tesoros; decir en particular de cada reliquia ó relicario, aunque no haga sino como una letanía de ellas, negocio largo: si las emburujo y envuelvo en una universalidad, hago agravio á ellas y á los que desean saber lo que aquí se halla: el remedio será echar por medio: ni callarlas ni decir las; decir las por sus géneros y callarlas en particular, excepto algunas que no se podían disimular tanto, por su estima, reverencia, grandeza; y todo de paso, con la brevedad que siempre.

Entremos lo primero por el Santo de los santos, de quien todos recibieron la grandeza que adoramos, y como de una viva fuente, manaron todas las gracias; de un árbol de vida, todas las vidas, y por él renunciamos en todos, una verdad, una vida y una vía. Tenemos de este Señor Nuestro algunas incomparables prendas y reliquias, entre ellas un cabello de su santísima cabeza ó barba, dentro de una rica bujeta, que si Él dice se enamoró de uno nuestro, ¡qué mucho muramos por otro suyo! muchas partes de su santísima cruz, todos admirablemente guarnecidos en oro, plata, en piedras, vasos y cajas y cruces preciosas. También hay once espinas de su corona, tesoro que enriqueciera once mundos; cinco de ellas, están juntas en un joyel de cristal, alto, con su pié y guarni-

ciones de oro esmaltado, todo pobreza por lo que merece lo de dentro; mas no se puede negar sino que tienen un asiento tan bueno como ellas, que es un pedazo de la sogá con que tuvo atadas ó las manos ó la garganta aquel inocentísimo Cordero; hay tambien una parte de sus clavos que pasaron y traspasaron sus piés y manos; una parte tambien de la esponja que pusieron en su boca llena de vinagre cuando estaba en la Cruz, el postrer convite que le hicieron los hombres de la propia cosecha de su viña. Hay tambien parte de sus vestiduras, y algunos pedacillos de la columna donde le ataron para azotarle por muchos ladronicios que yo he cometido, y los pagó de antemano con tantas setenas y centenas: tambien hay otros del pesebre donde nació. Todo está en riquísimos vasos y guarniciones.

De su santísima Madre tenemos tambien algunas prendas empeñadas: de sus vestiduras hay dos ó tres pedazos que están juntos, y que yo puse en un hermoso relicario: tambien un poco de lienzo, que dice el testimonio que vino con él, es reliquia de aquel, con que enjugaba los ojos cuando estaba al pié de la Cruz: tambien hay un cabello suyo, y no tenemos aquí más de esta Señora: tienen dos ángeles, puestos de rodillas, el vaso de cristal en que están estas reliquias con su tapador ó sobrecopa, y algunas guarniciones de oro.

Hay tambien un cuerpecito entero de un santo niño inocente, natural de Belen, de la misma tri-

bu, descendencia de Judá; está en una caja guarnecida de muchas flores y torzales de oro. Otro niño hay casi entero de aquel valeroso capitán de la santa legión de los Tebeos, llamado Mauricio: está en una caja de metal dorado, plata y cristales, harto rica, y es de los primeros tesoros con que se ennoblecó y santificó esta casa, y así tiene altar y capilla propia en este templo. El tercer cuerpo es del santo mártir Teodorico, el cuarto San Constancio mártir, el quinto del glorioso mártir San Mercurio, el sexto es el cuerpo del santo Duque de Aquitania, que aún no está puesto en relicario propio.

Después de los cuerpos enteros, las más notables reliquias son las cabezas: de esto hay en estos santos archivos un tesoro incomparable. Hay una (que quiero ponerla la primera aunque no está entera) en una cabeza de plata, puesta con una diadema dorada, en que con letras doradas dice: *Caput santi Laurenti*. La antigüedad del engaste y el testimonio, hacen mucha prueba, aunque nuestro fundador, que con tanta ánsia buscaba las reliquias de su santo, siempre entendió que esto no era tan firme como parecía, sino que era de alguno de los de la compañía de los santos Tebeos, ó bautizada con este nombre. Tras esta, pongamos luego la que ninguna duda tiene, digna de que se le fundase una iglesia, la del valeroso Rey y mártir San Hermenegildo, martirizado por su padre: está en un riquísimo cofre, que ofreció la Infanta Doña Isabel Eugenia Clara á su padre el

Rey Don Felipe II, que no se pudo emplear mejor. Hay otra que tiene título de San Dionisio Areopagita, discípulo del apóstol San Pablo; tambien esta cabeza creia nuestro fundador era de las bautizadas, pues la verdadera y propia dicen que está en París. Tambien está aquí la cabeza del Santo Pontífice y mártir San Blas; otra de un niño inocente; otra de San Julian, llamado el leproso; tambien están las dos cabezas de los santos mártires Félix y Adavisto. Está tambien la cabeza de San Teodorico y la de Santa Dorothea, vírgen y mártir, y la de San Teófilo, mártir. No me quiero detener en especificar otras muchas; sólo diré una que habia de ser la primera, y la dejé para este lugar señalado. Es la del santísimo doctor San Jerónimo; sana, madura y grave cabeza. Esta tan preciosa joya merecia un sagrario ó un mausoleo famosísimo, y ahora se está por guarnecer, porque faltó el que con gran cuidado la hizo traer para enriquecer este convento, que estaba en el altar mayor del convento de las dueñas blancas de la Orden de San Agustin, en la ciudad de Colonia Agripina. Muchas de estas cabezas, están ya puestas en preciosos relicarios, que son de metal dorado, fingidas las mismas cabezas, y rostros hermosísimos, unos de varones y otros de hembras: las de los varones están en el altar de San Jerónimo, y las de las santas y vírgenes en el de Nuestra Señora.

De brazos enteros ó la mayor parte de ellos, y huesos y canillas principales, que se llaman reli-

quias insignes, hay un número grande; no parece creible si no estuvieran contados, y es cierto pasan de seiscientos. Porque hagamos memoria de algunos, sea el primero el del santo mártir y patron de la casa San Lorenzo. Este vino de Saboya, donde lo habia enviado San Gregorio, Papa: es el hueso principal del codo al hombro, que allí no hay más de uno, y del codo abajo hay dos; está en un relicario de plata en forma de brazo, hechura antigua, que da él mismo suficiente testimonio. Otro hay de San Bartolomé, apóstol; otro de la apostólica Magdalena; el bracico entero con la mano, que aún se está con su pellejo, de un niño inocente; el brazo fuerte, jamás torcido, de San Vicente, mártir español, natural de Huesca, y de la santa vírgen y mártir Águeda, de noble sangre, está todo entero, con su pellejo mano, en un rico brazo de plata. Tambien está el brazo de San Ambrosio, el de Santa Bárbara, el de San Sixto, Papa, compañero de nuestro Lorenzo, el de San Ibon y otros infinitos que no puedo detenerme á contar, todos dignos de eterna reverencia; muchos de estos, que no nombro, son de aquellos dos santos escuadrones que pelearon bajo la bandera de San Mauricio y de Santa Úrsula, mártires los unos, vírgenes y mártires las otras. Tambien hay una mano del Papa San Sixto; creo que es la misma con que entregó á San Lorenzo los tesoros de la Iglesia, que le habian dado los dos Filipos, Emperadores, padre é hijo. Entre las insignes reliquias de canillas

y piernas está aquella que toqué en otra parte, que es la mitad del hueso del anca de nuestro mártir San Lorenzo, aunque muchos pensaron que era la paleta del hombro y espalda, de que yo desengañé á nuestro fundador. Pasó el caso milagroso de esta suerte: queria el Pontífice Gregorio XIII enviar una parte de este hueso para que enriqueciese con joya tan grande y tan cierta este su Monasterio; mandó que partiese con una sierra aguda alguna parte de él; probaron á serrar dos veces, y no le hicieron más mella que si fuera un diamante; dijéronselo al Papa; mandó probasen tercera vez, estando encima del altar de la Magdalena; tampoco hicieron nada, y teniéndolo en las manos, como medio desconfiados de partirlo con aquel instrumento, que se habia hecho muy á propósito para el efecto, teniéndolo, digo, en las manos, sin ninguna violencia ni golpe se partió, no por lo delgado ni por donde pretendian, sino por medio y por lo más fuerte, que lo es mucho aquel hueso en aquella parte. Viendo los ministros el suceso milagroso, dijeron con admiracion: «Este santo á España se quiere volver.» El testimonio y letras de Su Santidad lo refieren así.

Otros huesos de esta misma parte (y aún enteros) pudiéramos referir; mas no apartemos éste de su compañero, que es del muslo del mismo glorioso mártir, que está aquí entero, con su pellejo tostado y asado, y se conoce en él las aberturas y agujeros que le hicieron con los hurgones

y garfios de hierro, para que se turrase bien sobre la parrilla. Está este muslo puesto en un muy hermoso relicario de piedras y plata dorada, y algunas piezas de oro esmaltadas, á manera de una torre, que se va levantando con dos órdenes de columnas de finos jaspes. En otro relicario, de la misma forma y precio, están otros dos huesos de los padres del mismo santo, Orencio y Pacencia, santos de quien celebra la Iglesia de Huesca, que de tal cepa, tal sarmiento. Otro hueso hay de la misma parte, que es del muslo del apóstol San Pablo; de San Martin, Obispo, hay otro hueso del muslo, y otros muchos que no nombro, por no ser los santos tan conocidos de todos; la suma de estos huesos grandes de la rodilla arriba es grande y casi increíble, porque pasa de quinientos.

De los huesos de la rodilla abajo, donde hay dos canillas, una menor que otra, son tambien en número excesivo, porque pasan de seiscientas piezas. No es posible hacer catálogo de ellas: entre las notables, tenemos las de los dos santos mártires de Alcalá, San Justo y Pastor: en ellas se echa de ver no eran tan niños como algunas historias los hacen. Las escogió el mismo Rey cuando trajeron gran parte de sus cuerpos á su propia patria. Otro hueso de esta misma parte tenemos de San Vicente Ferrer, natural de Valencia; tambien la de un santico inocente, toda entera con su pié y su pellejo muy linda, que convida á darle mil besos. De la santa vírgen y mártir Leoca-

dia, que padeció en las mazmorras de Toledo, y del santo confesor San Diego, que está en Alcalá, hay otros dos huesos de esta misma parte, tienen dos relicarios harto hermosos y parecidos: advertiré aquí una cosa del hueso de San Diego; que hoy en día, sale de él un licor como de aceite, que tiene húmedos y manchados los paños y cendales sobre que asienta. De San Felipe, apóstol, hay un pié entero y otro de San Lorenzo; están en sendos relicarios de una misma hechura, á modo de una custodia redonda con sus columnas, remates y piés bien labrados.

Sin estas que, como hemos visto, son reliquias tan insignes, hay más de otras mil doscientas, de tamaño de piñones, avellanas y nueces; de suerte que por decirlo de una vez, no tenemos noticia de santo ninguno de que no hay aquí reliquia, excepto tres, San José, San Juan Evangelista y Santiago el Mayor, que se guarda todo entero en la iglesia propia suya en Compostela, como patron de España.

Tiene cada uno de estos dos relicarios, á siete gradas principales, con distancia de una vara poco ménos de una á otra: en las más bajas están las piezas mayores, y así van disminuyendo, aunque entre estas piezas grandes se van entreponiendo algunos como brinquiños, llenos de divinos tesoros, y de ordinario son las piezas más ricas y más preciosas en su tamaño: las piezas que en ellos están guarnecidas en entrambos son 246, y como digo faltan muchas; muchas más por com-

poner y engastar; las diferencias de hechuras y la materia de los vasos, ya he dicho cuán varia y preciosa es: oro, plata, piedras, cristales y otros metales dorados. Encima de estos dos altares, en la capilla que se hace á los 30 piés, comenzó el fundador á levantar otros dos grandes relicarios en dos cajas de madera, al modo de las de los órganos, doradas y estofadas, para que todo aquel testero de una parte y otra estuviese en lo alto y en lo bajo, lleno de reliquias. Esta traza, aunque quedó lo más hecho, no ha contentado á muchos porque hace una notable fealdad en la iglesia, quitando la luz, que importaba mucho en aquellas dos naves, por ser las ventanas de Oriente y porque los mismos relicarios quedan sin ella, y la iglesia, que es lo peor, pierde su tamaño y buena correspondencia, y otros cien inconvenientes en buena arquitectura: no sé esto en qué parará ni si nuestro Rey pasará adelante con ello, y así se están por guarnecer una infinidad de reliquias que pudieran enriquecer al mundo.

DISCURSO XVII.

De la grandeza y variedad de la pintura que hay en esta casa, de que no se ha hecho memoria.

Porque no se embarazase el curso de la muestra de esta casa, deteniéndonos en las pinturas que se encuentran en cada parte, acordé guardarlas para un particular discurso y mostrarlas todas juntas. Quiero hacerlo ahora, porque aunque en todo se muestra esta fábrica cumplida y excelente, en esto creo se excede á sí misma y se aventaja á cuanto en ellas se alaba, maravilla y recrea. Sin la pintura que hemos visto al óleo y al fresco en tantas partes, he contado en lugares públicos y comunes de este convento más de doscientos cincuenta cuadros de pintura, que es cosa admirable. No pongo en este número los lienzos y cuadros que llaman de Flandes al temple, ni tampoco hago caso de los retratos de varones señalados por alguna dignidad ó virtud, de que dije habia mucho número en las librerías, celda del Prior y en otros lugares, que estos solos, pasan de doscientos veinte, todos de cuidado y excelentes. Lo que principalmente pretendo aquí, es que no queden puestas en olvido algunas ilus-

tres pinturas y cuadros que merecen, ó por su valentía y excelencia en el arte, ó por su invencion y la doctrina que enseñan, se tenga noticia de ellas. El órden sería dificultoso si no recurriésemos á los artífices; así las ataremos fácilmente, aunque estén muy derramadas. Comenzar teniamos por los maestros de la escultura, pues quieren muchos sea primero que la pintura, sino que ya lo hemos dicho todo. La más principal, que es de bronce dorado á fuego, que está en el altar mayor y en los entierros de los Reyes, ya vimos que son de Pompeyo Leoni y de su padre. Los Reyes de la fachada de la iglesia, el San Lorenzo del pórtico, los Evangelistas de la fuente, de Juan Bautista Monegro. El Crucifijo detras del coro, de Benvenuto Zelino. El San Lorenzo de la pila de la agua bendita no tiene autor: otras piezas menores, San Jerónimo, San Juan Bautista, Crucifijos de celdas y Nuestra Señora, piezas singulares, tampoco sabemos cuyas son y eran dignas de nombre: esto se queda así dicho. De Miguel Angel Bonarroto, que sin controversia es el primero de este coro y el Apeles de nuestros siglos, no tenemos cosa de su mano, aunque sí algunas copias de cosas suyas. En la celda del Prior hay un cuadro mediano de una Nuestra Señora, sentada con el Niño dormido en el regazo, con el braquito colgado con un singular descuido, y el santo José, figura valiente: otro cuadro que está en la sacristía, de la misma Virgen, con Cristo y San Juan, niños desnudos besándose, pieza extrema-

da que presentaron al Rey, creo de Florencia, y aunque no estoy cierto sea de su mano, todos afirman que el que la labró podia en esto competir con él; por tan valiente la juzgan, los que saben del arte, aunque algunos dicen que no es de Miguel, sino de Leonardo de Vins, que no debe nada á Miguel, aunque sea Angel en el arte; no sé que haya otra cosa, porque este hombre hizo poco al óleo. Algunos tienen por pintura del Masaccio, de quien aprendió mucho Miguel Angel, y á quien dicen se debe como á principio cuanto bueno hay de pintura desde su tiempo hasta hoy, una pintura que está en el Capítulo, de un Cristo muerto y una Virgen con Nicodemus, en quien arrima el Cristo, cosa excelente, son los cuerpos como del natural, y de la cinta arriba, el desnudo del cuerpo admirable, la propiedad y viveza de la carne junto, con que parece de bulto: de Rafael Sancio Urbino, de quien podemos decir aquella sentencia ó elogio que se dice de Demóstenes y Ciceron, que Miguel quitó á Rafael. De este último digo tambien que hay poco de sus manos; una imágen de Nuestra Señora que está en la alcoba de la celda del Prior, es labor é invencion suya, tambien del tamaño del natural, con los dos niños Juan y Jesus; hay empero algunas copias de cosas suyas: en el Capítulo del Vicario hay otro tablero con figuras del natural, Nuestra Señora y Santa Isabel y los niños; de Nuestra Señora, tambien con el Niño y San Juan, cuadro grande, está encima de la fuente del antecoro

que cae á la parte del colegio, que si no es de su mano, fué de algun gran maestro, y viene de cosas suyas, porque tiene excelente labor. De aquel famoso cuadro de la Transfiguracion, en el monte Tabor, hay aquí tres copias excelentes; una en el tránsito de la sacristía del colegio, otra, que es la mejor, en el Capítulo del Prior, y la tercera, que es mucho mejor que la anterior, está en el aposento de S. M., de Leonardo de Vins, que quiere competir con estos dos. Tambien tenemos otro cuadro de la Vírgen con el Niño dormido en pié, ahora está en la celda de la enfermería, que tienen señalada los Piores, y es la más hermosa pintura, más llena, más agradable, que creo hay en este convento, porque tiene un San Juan y unos angelicos con las más significativas acciones que jamás he visto. Del Ticiano he referido mil cosas, que creo es el que despues de estos tres, es príncipe en este arte, aunque otros le ponen más adelante y le llegan al sétimo lugar; no soy tan pintor ni se me entiende tanto del arte; digo mi gusto y áun el de muchos; porque no sólo atendió al colorido y á la buena labor y hermosura, como dicen de Antonio de Acorezo (que quieren aventajarle al Ticiano), sino tambien trabajó en entender profundamente el arte, é hizo camino y manera propia. Dicen algunos, y bien, que si el Bonarroto dibujara un Adan, y Rafael una Eva, y el Ticiano coloriera y pintara el Adan, y Antonio de Acorezo la Eva, que tuviéramos lo que se podia de-

sear en género de pintura. Digo, pues, que allende de lo que vimos en la iglesia pequeña y en los Capítulos, del Ticiano, hay otros muchos cuadros de gran consideracion. En el aula del convento, está aquella famosa pintura que llaman la gloria del Ticiano, cuadro grande, donde se muestra la Santísima Trinidad. En medio del cuadro de la iglesia, en figura de una doncella hermosa, que está como presentando á Dios los Príncipes del Nuevo y Viejo Testamento, y muchos Príncipes y personas de la casa de Austria. El Emperador Cárlos V con la Emperatriz y su hijo el Rey Don Felipe, y la princesa Doña Juana con otras personas de la misma casa, que aunque están muy altas, se conocen los retratos; historia de gran ingenio y artificio. En el zaguan de la sacristía hay otros dos cuadros grandes del mismo; el uno es la Oracion del Huerto, muy en lo oscuro de la noche, pues aunque era el lleno de la luna, no quiso aprovecharse de su luz, y así está cubierta de nubes. Frontero de él, está una Santa Margarita, que sale del dragon reventando por los hijares; valiente figura, aunque algo corrompida una singular parte de ella, por el celo indiscreto de la honestidad; echáronle una ropa falsa en un desnudo de una pierna, que fué grosera consideracion. Dentro de la sacristía está una Virgen con un Niño; es del tamaño natural, y tan al natural, que parece nos pone miedo mirarla. Está tambien en la misma pieza la pregunta que hicieron á Cristo, llena de malicia, sobre pagar

el censo y tributo á César (todas singulares figuras); la cabeza y rostro de Cristo es la mejor que creo se ha pintado. Está tambien aquella Magdalena que tantas estampas y copias andan de ella por el mundo, y con razon, y así le estiman mucho este original, tambien labrado de su mano. Hay otra figura de Nuestro Redentor, que solemos llamar Ecce-Homo, y la Santísima Madre, que le está mirando, en otro cuadro, de que tambien andan infinitas estampas y copias. Está tambien allí una Santa Catalina, algo mayor que del natural; todo esto está en la sacristía, en sus cuadros bien guarnecidos. En el tránsito que pasa de la escalera de la misma sacristía para el altar mayor, por delante de la puerta del aposento del Rey, hay otros dos cuadros: el uno es un Crucifijo, inclinado el rostro al revés de lo que suelen, y un San Juan Bautista en el desierto, figura del natural, aunque parece algo corta, mas de excelente movimiento, luz y relieve. En el Capítulo hay, fuera de las que allí vimos, otra de San Jorge con Nuestra Señora y Santa Catalina, y en la capilla de la enfermería otro Ecce-Homo con un Pilatos. Hay tambien una copia de aquel lienzo tan famoso que está de su mano en Venecia, y le muestran quitando primero muchos velos que tiene delante, y es el martirio de San Pedro mártir; y en cuanto toca á la pintura y al arte, tienen razon, porque verdaderamente es de mucho primor. De Sebastian del Piombo, compañero é imitador de la manera de Miguel, no sé que haya

más del Cristo con la cruz acuestas, que dije está en el cuadro del frontispicio de la silla del Prior, en el coro, y es de su misma mano; otras dos copias de la misma, ó imitacion de ella, se ven: la una encima del lavatorio de la sacristía, y la otra en el zaguan que está entre los dos Capítulos. De Andrés del Sarto no creo hay más de una de Nuestra Señora, sentada, poco ménos del natural, con San José y el Niño, harto linda pieza, hermoso colorido y lindo movimiento y perspectiva; está encima del San Lorenzo que está sobre la pila de la agua bendita. De Pablo Veronés, seguidor de la manera y camino del Ticiano, hay una Anunciada excelentísima, gallardamente entendida y obrada. En mi celda tengo un Dios Padre con el Espíritu Santo y algunos ángeles, denota que era remate de alguna pintura ó cuadro donde estaba pintado el Hijo; es una excelente figura. En una galería de Palacio hay dos cuadros suyos: el un cuadro salió Abraham de su tierra y de sus parientes por mandado de Dios; va la santa matrona Sarra en una yegua blanca, que no hay cosa más natural en el mundo. El otro es cuando Cristo echó del templo á los que compraban y vendian, y otro de la creacion del mundo; piezas por extremo bellísimas; las figuras son ménos la mitad que el natural. En el claustro de la enfermería, á los 30 piés, está una Santa Águeda, cortado el pecho; parece viene de cosa suya; dicen que es de su hijo; creo hay alguna otra que no me acuerdo bien. De Jacobo Robusto,

que por otro nombre llaman el Tintoreto, está un Nacimiento en la aula del convento, á la otra parte de la cátedra, de muy florida y hermosa labor y luces, como de hombre que se queria parecer á su maestro Rafael, aunque en el dibujar queria ir tras Miguel. Del Basan, que por otro nombre le llaman Jacobo Ponte, hay muchos cuadros excelentes; sería negocio largo hacer minuta de ellos; en particular aquellos cuatro cuadros del Diluvio, tan celebrados por la invencion y la multitud de animales que puso en ellos, y en que tuvo singular gracia; vivió mucho tiempo el Basan (segun me refirió Peregrin), en una de aquellas aldeas junto á Venecia, y gustó de pintar cuanto en las casas de aquellos labradores habia, con tanta propiedad y gracia, que hace reir y recrea mucho la vista.

Están aquí otros dos cuadros en un claustro pequeño de la iglesia antigua; el uno es la Oracion del Huerto, y el otro el Nacimiento, entrambos oscuros; algunos dicen que son de Francisco Basan, su hijo; á mí y á otros parecen dignos del ingenio y manera del padre. De Jerónimo Muciano hay un cuadro de la Resurreccion de la hija del Archisinagogo, aunque no parece la labor de su mano. Del Parmesano hay un cuadro pequeño de la Circuncision del Señor; está en la puerta del oratorio de la celda del Prior, que enriquece todo aquel oratorio. Del gran pintor Antonio de Acozeo no sé que haya otra cosa sino un cuadro con figuras del natural: es la huida á Egipto, la

Virgen sentada en el suelo y el Niño en el regazo, San José alcanzando dátiles de una palma, que le humillan los ángeles, aunque el Niño es ya tan grandecico, que parece más de la vuelta de Egipto que de la huida: tambien creo que la labor no es de su mano, sino que está copiado, y no muy bien; se ve este cuadro en el Capítulo del Prior entre las ventanas. De Federico Bawosi hay dos muy valientes cuadros, el uno es la vocacion de San Pedro y San Andrés al Apostolado; está Cristo en la ribera, y San Andrés hincado de rodillas ante él, con buen donaire; San Pedro se echa del barco que está algo más lejos, con un efecto vivísimo, y todo ello bien tratado y hermoso, aunque á algunos les parece la figura del Cristo algo corta: las demas figuras son del natural. El otro cuadro es una Anunciada, figuras pequeñas, no parece tan bueno ni con mucho, y si la manera de labrar y los movimientos no fueran tan conocidos, dijera yo que no era suyo este cuadro. El uno, que es el mayor, está encima de los cajones de los libros del coro en la pieza larga que dije: ésta postrera en el Capítulo del Prior, de Lucas Canguiaso ó Luqueto, gran imitador de la presteza de Polidoro Caldara y del Salviatto: fuera de lo que hemos dicho, dejó aquí al fresco y al óleo en el coro y en la iglesia. Hay una historia del martirio de San Lorenzo, que está en la sacristía alta, donde están las capas del coro, de lo muy bueno que él hizo; estuvo puesto en el cuadro principal del altar mayor; parecieron al-

go pequeñas las figuras, porque no le pintó aquí, sino le envió de Italia, y muchos quisieran con todo esto que no las hubieran quitado, porque el santo salía muy bien y las demás figuras tenían mucha viveza y movimiento. Hay también un Cristo á la columna, en el paso del colegio para la sacristía, figura muy devota, bien plantada y de mucho relieve. Dejó también aquí un San Francisco y un San Jerónimo, harto devotas cabezas, de un Miguel Cusin, flamenco, gran imitador de Andrea del Sarto y de otros que le parecían bien, como del Muciano: aquí hay muchos cuadros harto buenos, y que por ser imitador de los valientes de Italia, merece le pongamos entre ellos: los dos mejores cuadros son, la historia de David cuando cortó al gigante la cabeza; el otro es de Santa Cecilia, doncella hermosísima, que está tañendo en un manicordio, todo muy gracioso y de buen orden y luces: están en la sacristía, casi de frente una de otra, al cabo y al principio: también está una figura de San Pedro, que tiene una testa harto buena y buenas ropas, si lo demás de la figura respondiera. De Lavinea Fontana, hija de Próspero Fontana, pintor famoso en Boloña; tenemos de su misma mano, y está en el Capítulo que llaman del Vicario, aquella historia de Nuestra Señora con el Niño dormido echado á la larga encima de unas almohadas labradas, con el San Juanico y San José y la Virgen, que levanta un velo para que se vea el Niño, pintura tan alegre y hermosa, con tan buen colorido, que

nunca se hartan de verla. En estos Capítulos y en la sacristía quedan otros muchos cuadros excelentes, que ni les conozco los dueños, ni acabaré de contarlos en muchos pliegos, porque es grande la riqueza que está sembrada por toda la casa en este género. Solo he nombrado lo que se conoce de los famosos de Italia, de donde vino nuestro Juan Fernandez, mudo, que no tuvo quien le hiciese ventaja; sin las obras y cuadros suyos de que ya hicimos memoria en el claustro y en la iglesia y portería, quedó en el Capítulo un cuadro grande de su mano: es el primer aparecimiento que Nuestro Señor hizo despues de su santa Resurreccion; están las dos figuras solas, el Cristo en el aire, desplomada la planta, un cuerpo desnudo hermosísimo y de linda simetría y proporcion: no quedó este cuadro acabado, mas bien dice cuyo es. De un dominico greco que ahora vive y hace cosas excelentes en Toledo, quedó aquí un cuadro de San Mauricio y sus soldados, que le hizo para el propio altar de estos santos; no le contentó á S. M. (no es mucho) porque contenta á pocos, aunque dicen es de mucho arte, y que su autor sabe mucho y se ven cosas excelentes de su mano.

Hay en este convento, fuera de toda esta suerte de pintura que hemos dicho, cultivada en Italia, traída y aprendida de los griegos, otra muy ajena de todo lo que sabe á buen dibujo y arte, aunque se ven en ella cosas admirablemente labradas, detenidas, contrahechas é imitadas del

natural, y aún no con poca devoción, dignas de tener en estima y reverencia. De este género se hallan repartidas por toda esta casa muchas, que no será posible sin gran prolijidad hacer memoria de ellas; diré algunas de más excelencia: en la sacristía, en medio de los cajones, asentada sobre ellos, está una historia del Descendimiento de la Cruz, en un cuadro grande con sus puertas; las figuras como del natural; una pieza de mucho primor y devoción, en aquella manera alemana ó flamenca. A los lados y encima de los mismos cajones hay otras tablas y cuadros de este mismo género, aunque ninguno tan bueno. En el zaguan de la misma sacristía está un cuadro de San Jerónimo, excelente, parece milagroso, porque yo le oí decir á Jacobo de Trezo, que lo presentó á S. M., lo había pintado un herrero de Flandes, y fué de lo primero que sacó á luz. En el mismo zaguan está otro San Lucas, en correspondencia del San Jerónimo; muy singular cabeza, aunque se le ve que es retrato: en la pared de frente de ésta está aquella tan famosa historia de la Anunciada, que en Florencia la muestran con tantos velos, que igualan á los días de la semana; cierto que están la Virgen y el ángel hermosos, y de suma honestidad y compostura; ponen temor y reverencia. Alberto Durero, hombre de gran ingenio, fué el que dió mucha luz del dibujo y de la pintura; en lo que este hombre fué excelente es en las estampas, que cortó de su misma mano, en metal y en madera, con tanta destreza y maes-

tría, que ha puesto admiracion. Mostró valer tanto en esto, que con solas líneas negras y lo blanco que dejó entre ellas, significa cuanto pudieron hacer Apeles y Timantes, y nos representa las cosas tan vivas como si tuvieran sus naturales colores. No valia ménos con la pluma y con la tinta que con el buril: se ven aquí en esta librería, en unos libros franceses de mano, dos historias de las ficciones de Troya, dibujadas de su mano, que juraran son finas estampas (descenderé á esta menudencia); al cabo de una plana de estas, en que están las historias, dejó correr la pluma, y de un rasgo, burlando y sin levantar la mano, figuró un leon con sus guedejas y uñas, que es de ver tanta destreza y voltear de la pluma. Entre las pinturas de estos alemanes y flamencos, que como digo son muchas, hay repartidas algunas de un Jerónimo Bosco, hombre muy importante y de gran ingenio, que comunmente las llaman los disparates de Jerónimo Bosco gente que repara poco en lo que mira; si no fuera por extenderme mucho, mostraria ahora que sus pinturas no son disparates, sino unos libros de gran prudencia y artificio; la diferencia que á mi parecer hay de las pinturas de este hombre á las de los otros, es que los demas procuraron pintar al hombre cual parece por de fuera; éste sólo se atrevió á pintarle cual es dentro: pintó por veces las tentaciones de San Anton, por ser un sujeto donde podia descubrir extraños efectos. Varió este sujeto el pensamiento tantas

veces y con tan nuevas invenciones, que me pone admiracion cómo pudo hallar tanto, y me detiene á considerar mi propia miseria y flaqueza. Encuéntrase esta pintura en hartas partes; en el Capítulo hay una tabla, en la celda del Prior otra, en la galería de la Infanta dos; en mi celda otra, harto buena, en que algunas veces leo y me confundo; en el aposento de S. M., donde tiene un cajon con libros, como el de los religiosos, está una tabla y cuadro excelente; sin estos cuadros hay otros de grandísimo ingenio y no de menor provecho, aunque parecen más macarrónicos, que es el tercer género de sus invenciones. El pensamiento de ellos está fundado en aquel lugar de Esaías en que, por mandado de Dios, dice á voces: «Toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo.»

DISCURSO XVIII.

Piezas ordinarias de esta casa, cantinas, desvanes, algibes, fuentes, arcas de aguas y conductos.

Los que han escrito de la grandeza y cosas señaladas del mundo, han considerado prudentemente que no menor argumento hacen de ellas diciendo las partes menudas que pintando las principales. Cuando el Espíritu Santo quiso se escribiese la fábrica de su templo, hecho por Salomon, como dijo su grandeza y sus medidas, dijo tambien el número de los peones que llevaban la madera y otros materiales, y contó cuántos eran los sobrestantes, con otras cosas menores.

Para mostrar la grandeza de Roma, porque dejemos otras más antiguas, no sólo se cuentan las provincias y legiones, los tributos y censos, y edificios principales, sino la grandeza y majestad de los caminos, encañados de agua, y aún las cloacas y albañales de su limpieza, y por la grandeza de esto se percibe mejor el todo. Y el otro historiador antiguo, para declarar la grandeza de las pirámides de Egipto, dijo lo que habian gastado los peones en ajos y cebollas, que es una

suma increíble, como muchas de sus cosas. Esto quiero hacer ahora en lo que resta de este discurso; y pues he dicho lo precioso y más importante como he podido, daré noticia, aunque de paso, de lo que parece ménos, aunque no ménos necesario, que así son las cosas que parecen viles, como lo enseñó el Apóstol en las partes del cuerpo humano. Trataré, pues, ahora de lo que promete el título: desvanes, cantinas, algibes, cisternas, arcas de agua, fuentes, arcaduces, caños, jardines, huertas y calles de árboles, plazas y otras cosas de este género que se ven por el contorno de este edificio, accidentes ó adherentes de esta sustancia.

Lo más alto de los aposentos de esta casa, que son lo que está debajo de los tejados y que en castellano llamamos desvanes, tienen buen artificio, anchura, capacidad, alegría; la madera bien labrada y mucha; habitables, con muchas ventanas, que por de fuera y por de dentro adornan al edificio y le dan gracia; y así se hacen en ellos muchas celdas para los religiosos mancebos que en esta casa vivian por sí, donde no los tratan ni ve nadie, sino sólo el maestro que los cria y tiene á cargo, porque estas plantas son tan delicadas, que cualquier aire, si no es muy puro, las marchita ó las malea. Son tan altos, que desde el cornisamento ó corona de toda la casa hasta lo que llamamos el caballete, tienen 25 piés de alto; y así pueden doblarse las celdas con buen maderamiento, porque no estén inmediatas á la pi-

zarra, y de invierno más abrigadas, y en verano ménos calurosas, porque las pizarras de que son los tejados de esta casa, se encienden demasiado con el sol del verano. Sin esto hay tránsitos y piezas muy grandes y de ver, y aún de mucho servicio, porque son grandísimos los desvanes; pudiera vivir en ellos un gran pueblo; y así se hacen diversos aposentos y apartados para la gente de servicio de la casa Real y del convento. Las chimeneas que se ven salir por lo alto de estos tejados, como son todas á un nivel y tienen tan graciosa hechura, á manera de columnas de piedra blanca, hacen buena vista y acompañamiento sobre el azul de la pizarra; pasan de cincuenta, si no las he contado mal.

Las cantinas y bóvedas que están en el otro extremo, que es en lo más bajo del edificio, son tambien dignas de advertencia. Desde la esquina y torre de la botica, que es Poniente y Mediodía, hasta la torre del Prior, y desde allí hasta la torre, que es Oriente y Norte, en diámetro, están desde el suelo de la casa abajo aquellos dos lienzos fundados sobre clarísimas bóvedas de piedra, porque tienen ventanas cuadradas con sus rejas desde el taluz de las celdas bajas, donde dijimos que asentaba aquel órden de rejas grandes, hasta el suelo de los jardines. Aquí, en estas cantinas, hay muchas y muy excelentes piezas, de gran servicio y cumplimiento, para todos los oficios y oficinas de este gran cuerpo, como son: botica, sacristía, bodegas y otras piezas para el servicio

de la casa Real, tan claras, anchas, alegres y enjutas como las mismas celdas. En el lienzo de Poniente hay otras que hacen mucho servicio á las cocinas y procuracion, que son gran parte para la limpieza, anchura y policia de estos oficios. Sin estas, atraviesan otras cantinas desde el lienzo de Mediodía al del Norte, con otros tránsitos y callejones que se perderia un hombre en ellos, como en otro laberinto, si no llevase con qué salir de sus rodeos.

Antes que salgamos de él, hemos de ver otra cosa no menos importante ni de menor grandeza, que son los algibes ó cisternas de agua del cielo ó de las fuentes, y están repartidos por estas cantinas en los lugares más oportunos por el buen juicio del arquitecto. En el claustro ó patio de la iglesia pequeña, junto al refectorio, hay dos, y aunque tienen bocas á este mismo patio, no se sirven por allí, sino por las mismas cantinas, donde tienen sus grifones grandes; y así sale el agua el invierno templada y en el verano poco menos fria que con nieve, grande consuelo en uno y otro tiempo. En el claustro de la enfermería hay otras dos de la misma suerte, sirve á los enfermos y botica, porque tienen muy á mano el agua. En el claustro de la hospedería hay otros dos, y otros dos en el colegio, y en el patio Real se pusieron otros dos mayores que estos, para que hubiese frescura y cumplimiento de verano, que tanto regalo es el agua fresca. Pusieron de dos en dos, porque en tanto que se bebe el uno,

se repose el agua en el otro. En el servicio y cantinas de la sacristía hay uno tan capaz, que fuera bastante á sustentar la casa, cuando no hubiera otro; de suerte que son once en todos, suficientes á abastecer una ciudad. La primera intencion de estas cisternas fué para regar los jardines de que hablaremos luego, pensando que con las fuentes que estaban repartidas por la casa no hubiera necesidad de ellos; mas como el agua se coge tan limpia, quedó tan clara y tan sana, que acordaron beber de ella. Las menores de estas cisternas caben á más de diez mil cántaros de agua. Las fuentes que están repartidas por la casa en sus lugares necesarios, pasan de cincuenta, donde en diversas pilas y grifones cogen agua á todas las horas que quieren, y algunas de estas, están al andar de los 30 piés, que es en el suelo de la planta segunda, donde sube por sus pujos y conductos de metal, atravesando paredes muy gruesas; debajo de tierra y encima son más de setenta, que es una cosa grande para dentro de un cuadro de casa, que no pide pequeños reparos ni poco cuidado. Provéense estas fuentes todas de las que se han hallado naturales en esta sierra y de una garganta que desciende de ella, y viene corriendo cerca de la casa. Levantada en la ladera, se hizo un gran recibimiento donde como una arca grande y de hermosa bóveda de piedra, de mas de 50 piés de larga y 34 de ancha, y allí recogida el agua en una pila grande, se va colando por muchas arquetas, pasando de una en otra, para que

se purifique y limpie. Desde allí por sus arcaduces baja corriendo, descansando en sus arquetas, hasta que llega á otra arca grande, poco menor que la primera, donde, como en el cuerpo humano el hígado, reparte aquella masa que le envió el estómago, y la distribuye donde se ve que es menester para el aumento ó sustento de esta casa de nuestro cuerpo, de la misma suerte el agua por sus llaves y conductos se reparte á los lugares que la piden, claustros, iglesias y oficinas.

Ya hemos salido fuera del cuadro que tanto nos ha detenido dentro, sin dejarnos descansar, llevándonos de unas grandezas en otras, como corriendo: falta veamos ahora lo de fuera, que tambien hay que considerar en ello, y si no responde á lo de dentro, será gran falta. Está este cuadro rodeado por las cuatro fachadas que consideramos en el primer discurso, con harta grandeza y hermosura. El lienzo principal que vimos, donde está el pórtico, tiene delante una larga plaza ó patio, que desde la esquina y torre de la botica se extiende hasta la otra torre del colegio, y pasa más adelante hasta una muralla grande que sustenta el terraplen de la cuesta que allí hace la sierra. El largo es de 1.200 piés, y el ancho, desde la pared de la casa hasta otra muralla ó paredon que detiene la tierra del plantel, tiene 350. Esta plaza se divide á los 200 piés, de largo á largo, con un antepecho de piedra bien labrada, de cinco piés y medio de alto; tiene por dentro una grada, y hace cuatro puertas, con que se

divide para las entradas, que todo le da majestad y hermosura, guardando las correspondencias de las tres puertas que aquí hace la casa. Desde este antepecho, vuelta por el lienzo que mira al Norte, donde tambien se hace otra plaza que tiene de largo otros 1.000 piés, desde la torre de las Damas hasta el paredon del plantel, de ancho 170, desde el paredon de la casa, hasta las que están frontero de ella, que son de los oficios de la casa Real, como veremos, y queda dividida de largo á largo con el mismo antepecho, haciendo sus divisiones y entradas frontero de las puertas; y por el Oriente atraviesa y junta con la esquina de la torre, donde hace otras tres entradas, que están cerradas con sus cadenas, y tienen sus remates, que les dan hermosura y adorno. El suelo de estas dos plazas está repartido con sus losas que van trabando, de suerte que hacen sus compartimentos, responden con el orden de las fajas de las paredes con el claro de las ventanas y de las puertas. De esta suerte está adornada la mitad del cuadro de fuera; y no hablo aquí ahora de otros edificios. La otra media parte, que es del lienzo de Mediodía á Oriente, desde torre á torre diametral, tiene otro más hermoso adorno, y es un terraplen de 100 piés de ancho, desde la pared de estas dos fachadas á su antepecho. La muralla que le sustenta es muy ancha: por la parte de fuera, que mira á la huerta y campo, va haciendo un orden de arcos rústicos, que desde el zoco hasta lo alto, tiene 20 piés, grandeza de todo

este edificio, que á todo le da ser y lo levanta; mirado por estas dos bandas, parece que está toda la fábrica fundada sobre ellos. Tiene esta arquería y fachada rústica 1.950 piés, sin dos vueltas grandes que hace, sobre el estanque de la huerta la una, y en una plaza de frente de los aposentos de la Reina la otra; obra de las que por su grandeza solemos llamar romanas. La plaza que hace encima este terraplen, que como digo tiene 100 piés de ancho, está toda llena de jardines y fuentes, como dicen que en otro tiempo estuvieron sobre los muros de Babilonia aquellos que llamaron huertos pensiles. Véanse aquí infinita variedad de plantas, arbustos y yerbas, que dan gran copia de flores tanto en invierno, como en verano. Están repartidas en estas dos plazas doce fuentes; en el contorno de cada una hay cuatro cuadros de flores, haciendo artificiosos y galanos compartimentos, que mirados de lo alto de las ventanas, como dejan por una y otra banda paseaderos anchos, y ellos tienen sembrados por la verdura tan varios colores de flores, blancas, azules, amarillas, coloradas, encarnadas y de otras agradables mezclas, y están tan bien compartidos, parecen unas alfombras finas, traídas de Turquía, del Cairo ó Damasco. En medio de cada pila ó fuente, una piña de piedra berroqueña; de allí, con la fuerza del pujo, sale un chorro de agua que parece un penacho de cristal. Por las paredes, desde las rejjas de las cantinas abajo, están hechos unos enrejados ó celosías de

madera; por entre ellos, ingeridos, rosales, ligustros, mosquetas, jazmines, madreselvas, y aún lo que muchos no creen, naranjos y limones; que gozamos de sus flores y de sus frutos, á pesar de los frios fabonios y cierzos de la sierra. Entre estas fuentes y compartimentos de los jardines están doce escaleras de piedra, con sus antepechos bien labrados, por donde se baja á la huerta y á un bosquecillo que está frontero á los aposentos del Rey: se hace en medio de la escalera un descanso ó mesa, y en ella, de cada lado, un nicho con su asiento; van las escaleras pareadas de dos en dos, y cuando se juntan en lo bajo, se hacen unas grutas á manera de basílicas, con sus pilastras y nichos, y tan bien correspondido todo y bien labrado como si fuera para una iglesia: por una puerta comun á entrambas se sale á la huerta, y así hay tres puertas, que son tres nichos de este terraplen en el paño de Mediodía, y tres en el de Oriente, y á cada uno responden tambien, en la fachada donde está el enrejado, otras tres puertas que llaman hurtadas ó falsas. De suerte que ni aún en esto, hay cosa sin acuerdo y sin su razon. Son estos jardines y fuentes y cuanto en ellos hay, la cosa más alegre de toda esta fábrica para unos y para otros; porque, bien bajan á ellos los religiosos y otras personas de la casa Real, se paseen y cojan flores en el verano, ó gocen del sol en el invierno, bien se miren desde las celdas ó aposentos que caen encima de ellos, que es lo más y lo mejor que se habita en la casa.

Antes que me parta de ellos, es bien dar noticia de un hermoso pedazo de fábrica y arquitectura que hace dos frentes en estos jardines, la una, caminando por ellos de Oriente á Poniente, la otra, mirándola del antepecho de Mediodía. Este es un hermosísimo corredor casi continuo con la pared del Mediodía, hecha una division de dos piés escasos, porque se viese que sabía del órden y forma del cuadro como añadidura. Tiene 200 piés de largo y 20 de ancho; á los 100 da vuelta, de suerte que comienza de Oriente á Poniente, y revuelve hácia el Mediodía, y así hace las dos frentes que dije. Tiene dos órdenes, el bajo es dórico y el alto jónico, siguiendo una misma composicion, porque no son arcos iguales continuados, sino con ciertos intercolumnios que le dan mucha gracia. Es todo de muy fuerte piedra y galanamente labrada; el primer órden dórico, que está al suelo del jardin, hace una portada que mira á Oriente y responde con la calle que hace el jardin; tiene una puerta de arco y á los lados cuatro columnas redondas de cada parte, que con basa y chapitel tiene de alto 15 piés; detras sus pilastras; en el intercolumnio un nicho con su cuadrado encima. El vuelo que hace esta cornisa sobre las columnas, sirve de tránsito para pasar desde una puerta ventana que está junto á la botica, al corredor alto del órden jónico, con antepecho de hierro y bolas de lo mismo. El órden bajo tiene bolas que responden con sus lunetas, en los arcos y en la pared

de dentro corresponden las pilastras con el mismo orden de las columnas de fuera, haciendo en los intercolumnios nichos con asientos, desde donde se goza de las fuentes y de los jardines. En el orden alto no hay bóveda, sino maderamiento, y la pared está lisa, y así es más ancho que el de abajo. Aquí toman el sol los enfermos el invierno y gozan en el verano de los jardines, sin tener que subir ni bajar un dedo de escalon desde las celdas de la enfermería, que están peso del suelo de la casa. Las vistas que de allí se descubren, son largas, abiertas, espaciosas, varias, porque se ven los jardines, la huerta, las fuentes, los estanques y las dehesas de la Herrería de la Fregeneda: y de allí, llega por una parte hasta aquellos cerros que están más allá de Toledo, y por otra, á los que están junto á Guadalajara y más allá, vario y largo horizonte. Debajo de la ventana de este corredor que mira á Mediodía y del antepecho del jardin, se hace en una rinconada que causa allí la vuelta de los nichos, una alberca ó estanque de agua para el riego de la huerta, que parece se nació allí, segun vino á propósito, y se cayó, como dicen, de cuadrado: es todo de piedra, con cuidado labrada, suelo y paredes; tiene de hueco desde Norte á Mediodía 200 piés, y de Oriente á Poniente 150; por el contorno corre una calle de 12 piés de ancho, que por los tres lados tiene asientos, con su respaldar de piedra de cinco piés de alto: por la de Oriente, que mira á lo largo de la huerta, hace un antepecho con sus

balaustres, peanas y bolas por remate encima de los términos y pilastras que están á trechos, con que queda muy hermoso y de gran apariencia. En medio de este antepecho, se hizo una escalera que mira á la calle ancha que viene de Oriente á Poniente en la huerta, por donde se sube y baja á ella, y sirve de estribo en aquella parte, donde el estanque hace todo el golpe y peso del agua, que fué una cosa bien considerada por el arquitecto que le trazó, que es Francisco de Mora, que entró en lugar de Juan de Herrera. Hace la escalera cuatro entradas y vienen á juntarse en una mesa, dejando debajo una bóveda con su puerta. La pared de esta huerta es como una muralla bien labrada, tiene más de 8.000 piés en torno, contando lo que llamamos bosquecillos: hay en ella cuatro puertas grandes todas de buena arquitectura, de órden toscano, jambas, almohadas ó pilastras con sus frontispicios. En las dos de ellas con mucho relieve las pilastras, y de dos en dos, haciendo con la principal que mira al pueblo y villa del Escorial, sus intercolumnios, remates y peanas con bolas, que parecen de mucha grandeza y valentía. De esta manera está cercado todo el cuadro de la casa por todas cuatro fachadas, que sólo estos adornos bastaban á hacer famoso este edificio, porque es mucha la fábrica que se encierra en esto que he dicho. Por no confundir ó apretar tantas cosas juntas en un discurso, dejaré aquí otras que no se pueden callar, para tratar de ellas, más descansadamente en el discurso siguiente.

DISCURSO XIX.

*La fábrica de las casas de servicio que están al
derredor de este convento, oficios de casa Real,
Compañía y botica del convento.*

Prosiguiendo ó corriendo por todo lo de fuera que resta en esta fábrica, porque no se queje ninguna parte que la dejamos olvidada, ó por que no piense alguno que la callamos de propósito, referiré lo primero lo que está más junto con lo pasado, que llamamos casa de Compañía. Quiso el fundador que todo cuanto dentro del cuadro principal se encierra, fuese muy aseado y limpio, para habitacion de hombres; por esto fué menester hacer casas apartadas, donde estuviese aquello que es forzoso para el curso de nuestra peregrinacion y destierro. Desde el convento se hace un tránsito por aquel corredor que dije; y de allí, á las espaldas de la parte que mira á Oriente, se hace un claustrillo ó patinejo que sirve á la botica, repartido en siete ú ocho piezas, donde se ven extrañas maneras de destilatorios, nuevos modos de alambiques, unos de metal, otros de vidrio, con que se hacen mil pruebas de la naturaleza: desde este claustrillo de la botica, que

por de fuera hace una hermosa fachada de orden jónico, que viene corriendo por el corredor alto, va á un tránsito ó pasadizo que llega hasta la casa que llamamos Compañá. Tiene poco ménos de 100 piés de largo, atravesando el camino ordinario para estos pueblos de la comarca, dejando abierta calle con siete arcos para las bestias y para la gente; todo de graciosa arquitectura, bien labrada, fuerte, y que responde á la nobleza del vecino; así se atan y comunican el convento y la Compañá; diremos con brevedad lo que es este edificio.

Lo principal de él es un claustro grande, de cuadrado de 200 piés por lienzo, poco ménos que el mayor del convento, aunque en el ancho de los tránsitos y en el alto hace mucha diferencia, y más en la forma de la arquitectura; las columnas son cuadradas, un zoco por basa y otro por chapitel; de ellas á la pared de adentro 11 piés de ancho: hace quince arcos por cada lado, porque son más bajos que los del convento. Encima de este órden rústico, se hace otro de solas ventanas cuadradas, sin otro adorno; y luego, sobre una faja, cargan los tejados, que tambien son de pizarra. Como están tan bien guardadas las medidas y puesto todo en buena proporcion, aunque es llano, parece bien, tiene majestad, alegría y gracia; á cuantos entran en él les contenta por extremo. En cada lienzo tiene una escalera para facilitar el servicio: hay muchas piezas en esta caja para diversos menesteres. En el paño de Oriente, que

mira al convento, tiene celdas altas y bajas para todo género de huéspedes, y en particular para los religiosos que llegan aquí de todas las Órdenes mendigantes, que por ser tantos, y la hospedería del convento muy tasada, no es posible aposentarlos en ella á todos, y así se ordenó, porque no hubiese falta de hospedajes, se les señalasen estos aposentos. En el lienzo de Mediodía hay diversas cuadras para otros oficios, en el de Poniente otros, y en el del Norte están las trojes del trigo, y junto con ellas un molino de agua, que se encanala y recibe de la garganta que baja de la sierra, y muelen dos piedras, mucha cantidad de trigo en veinte y cuatro horas, y pegadas al mismo las hojes de la harina, y luego el horno donde se amasa y cuece, dentro todo de no mucho espacio, tan cumplido y acomodado, que es una de las cosas que se pueden estimar en este género; y parece no le faltaba otra á esta fábrica para tener cumplidos todos sus menesteres. Fuera de este claustro grande y de sus cumplimientos, hay otro gran pedazo de edificio, aunque en más baja forma, donde tambien hay patios, cobertizos y corrales, para bestias de labor y de servicio; carnicerías, herrerías, caballerizas y otras cien cosas forzosas en una casa grande y puesta en un desierto. Todo esto va caminando una línea derecha de Oriente á Poniente; de suerte que, desde la torre del Prior, corre por más de 2.000 piés de trecho el edificio por la fachada que mira al Mediodía; y todo con tan buena dis-

posicion y traza, que no se sube ni baja un pié de escalon.

A la parte y fachada del Norte hay mucho más edificio, porque, como digo, le responde enfrente otra poco ménos que ella. Estas son dos casas grandes, que distan del antepecho de la plaza como 20 piés, y con una calle que se hace entre las dos de 30 piés en ancho, responde esquina con esquina: las del cuadro del convento son las de estas dos casas, y así hay una infinidad de aposentos en ellas, donde se asientan (cuando vienen aquí las personas Reales) muchos officios de su casa, ministros y oficiales de ellos, y tambien caballeros principales de la Cámara. Está la fachada con sus puertas en buena correspondencia, labradas todas de cantería, como lo principal del convento. En la parte que mira al Poniente se hizo, dentro del mismo cuadro, una capilla bastante, con su campanil de piedra bien labrado, donde los oficiales de la fábrica y ministros de la razon y cuenta, y otros criados de S. M., oyen misa y sermon, y se les administran los Sacramentos. El altar principal, de tres que tiene la capilla, es del glorioso mártir San Lorenzo, aquel cuadro que dijimos de Federico Zucaro que le habia mandado quitar el Rey del altar mayor, y en su lugar se puso el de Peregrin. En el otro extremo, que mira al de Oriente, se hace una buena plaza, casi cuadrada, con la pared de estas mismas casas y con las de los nichos y otros antepechos de piedra, á mane-

ra de pretilos, que todo está bien dispuesto, adornado y lleno de nobleza.

Desde estas puertas que digo que cierran esta plaza á la parte de Levante, se entra en una calle larga de espesos olmos, tan nivelados y puestos á compás, que no se ve una mella; haciendo dos hileras por cada banda, y llega hasta el pueblo un cuarto de legua; y un poco antes se remata haciendo una plaza que está coronada de los mismos olmos, y allí una fuente de piedra que la refresca. Antes que pasemos del pueblo (ahora es villa lo que tantos siglos fué aldea, olvidada aún de los escribanos y alguaciles de Segovia), se nos ofrece ver en él una fábrica digna por lo que es, y por la piedad y nobleza del fundador, que no se olvide. Tenia aquella aldea, que era, segun dicen, anejo de la Fregeneda, una iglesia á su medida, y como con la presencia de los Reyes todo crece y todo medra, y con el concurso de la fábrica de tantos años, fué consecuente mudasen los pobres labradores que allí habia, el pelo, el lenguaje, el traje y toda la manera de vida. Tras esto, quisieron mudar tambien la iglesia, y no me maravillo, porque ella queria tambien mudar el techo al suelo, y la entretuvieron algunos años con unas vigas. Pidiéronle al Rey por veces les hiciese merced hacerles una de nuevo. Y como para las cosas de piedad tenia tan inclinada el alma, se lo concedió; y en aflojando la furia de la fábrica de su casa, deshizo aquella bárbara antigualla y les hizo un templo como de su mano

larga, dadivosa y pía: trazóle su arquitecto Francisco de Mora; salió acertado, alegre y hermoso; tiene una nave de 52 piés de ancho y 150 de largo, sin la capilla mayor, donde tambien les hizo un retablo, de la vocacion de su santo San Bernabé Apóstol, harto galano y de buena arquitectura, de suerte que, á dicho de cuantos la ven, es de las buenas fábricas que hay por los obispados del contorno.

Saliendo de este pueblo, tornamos de allí á poco trecho, á entrar en otra calle de olmos, que responde por sus niveles y miras con la primera, sin faltar un punto, y se va continuando por otros mil pasos, hasta llegar por su llanura á la puerta de la dehesa de la Fregeneda, que, como dije, era un pueblezuelo pequeño, donde tenian heredamientos y tierras algunos mayorazgos y monasterios de la ciudad de Segovia: aquí se hace un parque grande, y digámoslo en nuestro castellano, un cercado de paredes de piedras de ocho á nueve piés en alto; tendrá en contorno cuatro mil pasos ó más; dentro de las márgenes de este espacioso y deleitable parque, se ve una variedad alegre. Aquí la multitud de pintadas aves, con sus chirriadores picos, hacen la salva á la rosada aurora, que esparciendo sus cabellos de oro y deramando sus aljofarados granos de rocío en la copia grande de matizadas praderías, vestidas con azules, blancas, rojas y amarillas flores, despierdan en el alma unos, como asomos del Paraiso, ó visibles cielos de la gloria. Aquí las cristalinas

aguas corriendo, resuenan, y mansamente por sus torcidas canales, van á pagar el debido tributo que el Autor del estrellado empíreo les puso, de que secundasen la tierra; y aquí las artificiosas fuentes, por sus secretos y multiplicados conductos, despiden argentados hilos, que cayendo de lo alto, rocían y refrescan los ligustros, las encarnadas rosas, los amarillos alelís, las moradas violetas, los lirios cárdenos, blancas azucenas, revueltas madre-selvas, olorosas mosquetas y jazmines, etc..... De esta manera de hablar, vana, hueca, de quien dijo el otro: *Oh quantum est in rebus inane*, quisieran, como digo, algunos que fuera la relacion de muchas partes de estos discursos, y en particular de esta, como si fuera esto otra cosa, que mostrarse un hombre ignorante, ajeno del buen juicio y modo de decir, que pide la historia y la prudencia. Fuera de esta cerca, hay otras muchas más bajas, de más de legua en contorno, por donde se ven atravesar á cada paso liebres, conejos, venados, jabalíes á manadas y por piaras, propia recreacion de Reyes. De la dehesa de la Herrería, que está más junta de las paredes de la casa, no tengo que decir en particular más, que es una hermosísima selva, tan fresca y tan amena como la de la Fregeneda. Tampoco tengo que detenerme en el molino de aserrar jaspes y de harina y de papel, que aquí se hizo, porque aunque la fábrica es buena, ya casi se acabó de todo punto el uso, y lo mismo digo de otras menudencias de al derredor.

DISCURSO XX.

La viña y casa del Quejigal, San Saturnino, Nuestra Señora de Parraces, Santo Tomé del Puerto, casas de este convento.

No sufre la verdad de la historia encubrir ni callar cosa ninguna, y ya que me ofrecí á dar cuenta en ésta de todo cuanto nuestro gran fundador Felipe II hizo en esta fábrica, ó por su ocasion en otras partes, pues he dicho lo que está por este contorno, tengo de decir ahora, lo que está más apartado, pues tambien fué fábrica suya, ó merced que nos hizo para ella. En la dehesa del Quejigal, donde se cortó tanta madera de pino para esta obra, se echó de ver, desmontando alguna parte, daba el terreno muestras, que si se cultivara sería bueno para viña, porque en una pequeña prueba que allí se hizo, plantando alguna partecilla, respondió bien para este intento. Como el cuerpo de esta fábrica era grande, y estaba tan asentado con algunas migajas que de ella se despediesen, le pareció al Rey se podia hacer allí alguna cosa de mucho provecho para el sustento y gasto de este convento; y así determinó se plantase allí una buena viña. Desmontaron

como circuito de una legua, y fuese plantando de vides, repartiéndolo por sus cuarteles y calles, y por los lindes de ella pusieron olivos. Tras esto, pareció como necesario hacer bodega y lagares en que hacer el vino y se conservase, y así poco á poco, llamando unas cosas á otras, se vino á fabricar una grande casa, con muchos aposentos, lagares y bodegas bastantes, así para el vino como para el aceite y para todo lo que allí puede cogerse.

Cerróse toda la viña alrededor con una pared de piedra seca, que tiene seis ó siete piés de alto: el edificio de la casa es de cal y canto y ladrillo; tiene un patio grande, aunque no es cuadrado, ni con pilares, ni corredores más de á la parte que por dentro mira al Mediodía, y otro pedazo en la que mira al Oriente; mas es tan capaz y de tan buenos aposentos, que cuando van allí las personas Reales, tienen donde aposentarse y estar bien acomodados, y una capilla grande y espaciosa donde se les dice misa. Hay tambien una capilla fuera de la misma casa, que son las reliquias de una iglesia antigua que allí habia en una poblacion pequeña, que tomando el nombre de la dehesa, ó la dehesa de ella, se llamó Quejigal, y así se conserva la pila del bautismo, y aunque cae en el obispado de Avila, por la union que se hizo á esta casa, es tambien *nullius diocesis*. La heredad es de las mejores piezas que se sabe en España, aunque estas cosas de granjerías, cosechas y labranzas, no son para religiosos ni gente recogida, y adminis-

trándose todo por criados, se sale, como dicen, comido por servido, y traen poco más provecho que la costa; mas como á los que dan no escojen, y las granjerías, ya que no aventajan, traen á lo ménos consigo abundancia y no se siente escasez ni mendiguez. Abrazó esto el convento por merced de S. M., y no pierden nada en ello, ni se embaraza en esto más de un religioso, que muchas veces es un hermano lego. Tiene esta casa otra heredad cinco leguas de aquí, bajadas todas las faldas de la sierra, caminando hácia Toledo; llámase San Saturnino, por una ermita que está allí de mucha devocion del mismo santo y toda aquella gente comarcana, Aldea del Fresno, Méntrida, la Villa del Prado y otras. En la ribera del Jarama, junto á Aranjuez, á cuatro leguas de Madrid, tiene otra dehesa y heredad, que aunque no es mucho el suelo, debe ser el más fértil pedazo de tierra que hay en el reino de Toledo en pasto y caza; el ganado que allí se cria es fuerte, arisco, bravo, en especial lo vacuno, de donde han tomado nombre en España los toros jarameños.

Una de las mejores cosas que el pío y santo fundador dió á esta casa, sin que de su hacienda pusiese nada, fué la Abadía de Nuestra Señora Santa María de Parraces, y porque no sólo es lo más precioso y de más autoridad que tenemos, sino que tambien es una casa que puede entrar en número en la Órden: aunque no es desmembrada de ésta, sino vicaría suya, trataré aquí lo que

se sabe de ella, y lo que he podido coger de los archivos de esta casa, donde se guardan las bulas y privilegios de aquella. Los primeros fundadores, por comun tradicion, y por algunas señas que hoy viven, está recibido que fueron Blasco Galindo y Doña Catalina de Guzman, su mujer, aunque ni se sabe cómo ni cuándo; tanto descuido hubo en los primeros y sus sucesores á cuyo poder vino, que se sepultó en perpétuo olvido, sin hallarse un papel de autoridad. La mayor que tenemos es, que el año 1489, desenvolviendo un pilar que estaba junto á una capilla por donde se subia al púlpito, se halló en un hueco una caja pequeña con algunas reliquias de santos, y dentro un escrito que decia: *Necitas fecit hoc, anno millesimo sexto*. Y en otro pilar que tambien deshicieron para alargar la iglesia y hacer la capilla que ahora tiene, hallaron otra caja pequeña de piedra, cubierta con un lienzo, y en él un agujero por donde se lanzó un ratoncillo, que se comió todos los títulos que tenian las reliquias, y como el sustento fué poco y la salida del pilar de todo punto cerrada, se quedó allí seco, y se habia conservado más de 480 años. En la era de 1006 y algunos años antes, sabemos estuvo Castilla muy apretada con los moros de Córdoba, pues la corrian toda, hasta llegar á destruir la ciudad de Leon, en tiempo del Conde Garci-Fernandez: esto es lo más viejo que tenemos de Parraces.

Despues de algunos años, que tampoco se sabe cuántos ni cómo, vino todo aquello á poder de la

catedral de Segovia, cosa probable que se lo darían los Reyes cuando lo iban conquistando. El año 1148, que corria la era de 1186, un Canónigo de la misma iglesia, llamado Navarro, hombre recogido y de buenos propósitos, quiso retirarse y hacer vida más apretada, llevando consigo algunos compañeros de su intento; pidió al Cabildo le diesen aquella iglesia de Nuestra Señora de Parraces (de este nombre Parraces no hallo ningún principio), donde pudiesen vivir apartados del bullicio de la ciudad. El Obispo y Cabildo se lo concedieron, porque debía ser persona de consideración y respeto; hiciéronle la donación el año que he dicho, y luego el siguiente parece haberla confirmado el Papa Eugenio III y después otros tres Sumos Pontífices. Estos Canónigos tenían que hacer cierto reconocimiento de filiación ó sumisión que llamaron «Reverende,» pagando seis arrobas de aceite, cuatro carneros y otras menudencias, que también después se redujeron á quince marabotinos, y después á 800 maravedís y á una libra de aceite y otra de incienso. Todo esto (porque lo digamos aquí de paso) lo redimió el Rey, nuestro fundador, como parece en las escrituras y conciertos de estas anecciones. Como estos Canónigos crecieron en número y buen ejemplo de vida, les concedieron los Reyes muchos privilegios: el más antiguo es de la era de 1277, del Rey D. Alonso, y el más nuevo de la Reina Doña Juana, madre del Emperador Carlos V, en que se les concede no pa-

guen portazgo por todo el reino, y puedan traer tres mil ovejas y pastarlas libremente por do quisieren, y mil quinientas vacas, ochocientos puercos, cincuenta yeguas, y que tuviesen por excusados cincuenta yegüeros y otras muchas, exenciones confirmadas por 29 privilegios. Tampoco hay memoria qué forma de vida guardaron los Canónigos muchos años, ni qué título tenia el que entre ellos era cabeza, aunque despues tuvo nombre de Abad, como se ve por las memorias que quedaron de ellos, y debajo su obediencia hacian profesion perfecta con los tres votos esenciales, y la forma y estatutos eran la regla de San Agustín: no nos dejaron memoria de cuándo comenzaron esto, aunque sí la hay de cuándo comenzaron á degenerar de tan santos principios, porque el año 1454, despues de haber aumentado mucho las rentas, heredades, pueblos, iglesias, acordaron dividir los bienes (tras la division ya ven lo que se sigue), hicieron tres desiguales partes; la una y la mejor para el Abad, que ya hacía poco este oficio con sus hijos y se iba por sus piezas, porque comenzó á entrar esta dignidad en gente poderosa, criados en regalo y opulencia, á quien no sirven estos sudores de los pobres, para lo que se hicieron. La otra se repartió entre Canónigos y racioneros, y la otra, que fué la menor, para la fábrica: de allí pagaban y sacaban salarios para algunos cantores que oficiaban las misas y horas canónicas, desdeñándose de hacerlo ellos, como lo vemos en tantos ejemplos el

dia de hoy. No lo entiendo; ó aquellos primeros tiempos en que la iglesia estaba tan llena de Obispos y Canónigos santos, se engañaron, ó los que ahora de esta manera viven se engañan, ó Dios hizo unas leyes para su Iglesia en aquellos tiempos y otras en estos, que se me hace difícil de creer. Por fin el año 1565 el Rey Don Felipe suplicó al Papa Pío IV, de pedimento de los mismos Canónigos, que se anejase la Abadía á una iglesia de Madrid para hacerla colegial, pareciéndoles buen medio de su reformation y recogimiento ponerse en medio de la córte que vivían en aquel desierto estéril. Llegó á tanto que se despachó la bula, y áun comenzaron á pasar el mueble de la casa é iglesia, aunque el de las celdas era casi ninguno; ajuar de frontera. Despues por consejo y acuerdo del oidor Velasco, pareció más acertado, supuesto que no habia más que dos ó tres Canónigos profesos, sería mejor anejarla al convento de San Lorenzo y se acomodase para que hubiese un colegio de religiosos de la misma Orden, y un seminario de muchachos que estudiasen gramática, porque pasarla á Madrid era ir de mal en peor. Concediólo de muy buena voluntad el Papa Pío V el año de 1566. Diré dos cosas solas: una de lo espiritual y otra de lo temporal. Cuando la Orden y colegiales religiosos de ella, entraron en aquella casa, apenas habia quien en aquellos pueblos de la Abadía, que son nueve, supiese, no digo la doctrina cristiana, ni áun las oraciones comunes, Ave María, Pater

noster y Credo, porque no se puede creer cuán grande era la brutez de la gente, y el descuido de los Canónigos y Abades, pues decian cosas tan ridículas, que áun de burla, no se sufren en historia. En pocos años que allí estuvo el colegio (soy testigo de vista y uno de ellos), se hicieron tan ladinos y avisados en todo, que pueden enseñar esto y otras muchas cosas, á otros lugares del contorno, sólo con el cuidado que se tuvo de hacerlos cristianos, y que supiesen á qué estaban obligados. Despues que el colegio se pasó de allí á este convento, se hizo una Vicaría, donde están otros doce religiosos, sin la cabeza, y muchas veces catorce, y todos debajo de la obediencia del Prior de San Lorenzo, como si fuese una sola casa; de suerte que ninguna otra cosa nos divide más de sola la distancia, y estas sierras que están en el medio. El sitio de esta casa, porque lo digamos todo, es inclemente, frio en el invierno, de extremado calor en el verano, propiedad de malos aposentos, naturalmente melancólicos, sin una fuente, los pozos muy hondos; Agosto y Setiembre notablemente enfermos.

Ménos claridad que esta de Nuestra Señora de Parraces, hay en el Monasterio y Abadía ó Priorato de Santo Tomé de Pié del Puerto, que tambien pertenece á esta casa, porque ni se halla fundador ni principio. Por algunos papeles viejos que tenemos, se ve que era Abadía y tenia Canónigos, más há de 400 años, que es mucho. La fama y tradicion que ha venido corriendo de

padres á hijos, dice: por haberse dado allí la última batalla contra los moros que habian quedado en Castilla cerca del dia y festividad de este Santo Apóstol, se labró una ermita en su nombre. Vino despues á poder de Canónigos reglares, ensancháronla y edificaron allí un pequeño convento, y con el buen ejemplo que dieron, los Reyes se les fueron aficionando; era mucha parte el continuar por allí las idas y vueltas y los pasos desde Castilla la Vieja á la Nueva, residiendo los Reyes en Sepúlveda, Aranda y en los lugares de aquella comarca. Estuvo en poder de los Canónigos reglares más de 214 años; despues, resfriándose poco á poco la religion y el fervor, ó la desampararon los Canónigos, ó su ejemplo no fué tal, y así el Papa Benedicto XIII deshizo la Abadía y la convirtió en Priorato el año 1442. El Prior, que era un clérigo secular, se llevaba toda la renta, vivia donde queria, y lo mismo los Canónigos, que ya casi no tenian sino sólo el nombre. Hacian profesion todos en el Monasterio de Parraces, y toda la observancia se reducía, en que se juntaban cada año el dia de San Agustin en el convento de Santo Tomé, y celebraban allí un Capítulo no sé de qué manera, y llevaban licencia para vivir donde querian todo el año, y creo que todo era una fria ceremonia, ó por mejor decir, granjería, para sacar de allí el Prior algun dinero por aquellas licencias, cosa perdida, sin piés ni cabeza. Despues, caminando de mal en peor, se vino á dar el Priorato á hombres de

capa y espada, y así lo hallamos cuando se anejó á esta casa; y lo que pone más admiracion, que vino á ser aquella casa un refugio de frailes perdidos, fugitivos de todas las religiones; traian unas licencias ó boletos del Papa, para que haciendo profesion allí en hábito de clérigos, con la licencia de este Prior de capa y espada, vivian donde se les antojaba; estado por cierto ocasionado y peligroso, y á tal vienen los que de veras no emprendieron la religion, ó emprendida, la desgarraron del alma. El Papa Gregorio XIII, el año 1573, á peticion del Rey Don Felipe, anejó el Priorato á este Monasterio, y al punto que se hizo la anexion, que habia una docena de Canónigos, religiosos fugitivos que con sus breves, tenian por coro, cabildo y convento á toda España, viviendo, como digo, donde hallaban mejor comodidad, y así acudian aquí á pedir licencia cada tres años al Prior de San Lorenzo, para vivir, segun ellos decian, sin escrúpulo. Cuando se unió á este convento, eran los vecinos 150; la peste de estos años se llevó las dos partes, y si no le socorriéramos con medicinas y limosnas, no quedara ninguno; la iglesia principal y una ermita de San Andrés, antigua, de más de 500 años, estaban tales cual se podia esperar de estos religiosos: ha sido necesario hacerlo todo de nuevo; cuando se sacaba la tierra haciéndose estos reparos, se desenvolvieron algunas sepulturas donde se sacaron huesos muy grandes, como los que dicen de los Roldanes y Oliveros, de Ronces-Va-

lles, fábulas de los Doce Pares de Francia. Vale la renta de este Priorato mil ducados escasos, y es más el ruido. El sitio, porque no se quede esto, frío, estéril, solo; la gente poco menos bárbara que otro tiempo los de la Abadía de Parraces: los edificios, comunes y pobres, como de gente serrana y de poca policía. Al fin vivirá la memoria de estas dos Abadías en la sombra de este convento muchos años, que de otra suerte ya no hubiera memoria de ellas.

DISCURSO XXI.

El dinero que se ha gastado en esta fábrica desde los primeros maravedíes que para ella se libraron, y las tasaciones de las más principales cosas de ella.

Este discurso y relacion, creo es el más deseado de cuantos hemos escrito. La primera cosa que en llegando preguntan los hombres de cortos marcos, es cuánto habrá costado esta casa y lo que hay en ella. Para satisfaccion á estos y dar algun gusto á los prudentes, que á la postre nunca hacen esta pregunta, y más principalmente para desenconar los ánimos de nuestros españoles, que tienen siempre atravesado en el alma está aquí toda la causa de sus daños, pobreza, pechos, tributos, determino dar aquí clara y breve cuenta de esto. Prometo lo primero, y si es menester juro, por la fe de historiador, de religioso, y lo que es más, de sacerdote, de tratar verdad y la más precisa averiguacion que, considerada la diligencia humana, se puede desear ó permite. Sería manifiesto atrevimiento, ó por mejor decir, desvergüenza, estándose los hombres mismos que lo han manejado vivos, dos mil testigos de vista

enteros y sanos, tantos libros, tantas cuentas de recibos y gastos, entradas y salidas en pié, y pasadas por tantos tribunales, querer decir una cosa por otra, disminuyendo ó aumentando con ánimo de engañar, que es en lo que consiste la fealdad de la mentira, tan hija del demonio, y por consiguiente tan digna de ser aborrecida, no sólo de religioso, mas aún de muy comun cristiano. Supuesto tan firme fundamento, digo y afirmo, por lo que parece en las cuentas y libros de los oficiales de esta fábrica, que se han mirado con mucha atencion y consideracion, que el primer dinero y maravedíes que entraron en ella, á 4 de Abril de 1562 años, que lo recibió Pedro Ramos, haciendo oficio de pagador y por cédula del Rey, fueron un cuento ⁽¹⁾ y ciento y veinte y cinco mil maravedíes, tres mil ducados justos, con que se dió principio á esta gran fábrica. Desde este dia y año sucesivamente, contando por todas sus partidas, recibos y entradas, hasta el dia último del año de 1598, en que pasó de esta vida el Rey Don Felipe II, montó todo el dinero de los treinta y ocho años, cinco millones y doscientos y sesenta mil y quinientos y setenta ducados, como se ha sacado por las cédulas y recibos de los pagadores y contadores que han ido sucediendo, que el primero fué Juan de Paz, y el segundo Tomás de Paz, su hijo, por muerte del padre, y el tercero, que hoy lo es, Domingo de

(1) Cien mil, multiplicado por diez.

Mendiola; y los contadores, el primero Almaguer, el segundo Gonzalo Ramirez, el tercero Diego Ruiz Osorio, y el cuarto, que ahora tiene el oficio, Pedro de Quesada, que me ha ayudado mucho para la cierta y cabal averiguacion de esto y de otras cuentas. Con este dinero, no sólo se ha hecho toda cuanta fábrica aquí vemos, sino tambien toda la pintura y todo lo que toca á las manos de los bordadores, y el gasto todo de la Fregeneda, cercas y estanques, la viña y casa del Quejigal, bodegas y lagares, y labor de muchos años, y todas las paredes y cercas de Las Radas, Campillo y Monasterio, y sus casas y edificios, y las plantas todas de cuanto hay en estos jardines y huertas. Y oso afirmar, debajo del mismo protesto, que cuando juntemos á esta suma, todas las sedas, brocados, telas, plata, oro, holandas, lienzos, y los libros de todas las librerías de estudio (dejo aparte la del coro y libros de canto, que entra en la fábrica), que se pagó por órden del guarda-joyas de S. M., Antonio Voto, que hoy vive, y pasó todo por su mano, que no llega á seis millones con más de doscientos mil ducados. He aquí toda la pérdida de España y de Castilla. Pues repartamos estos seis millones (sean seis, y abundemos en la imaginacion de muchos) en treinta y ocho años que duró esta tan insigne fábrica, honra de los Reyes de España, y con que salió toda nuestra nacion de infinitas rustiqueces, viene á caberle á cada año ciento y setenta mil ducados. Pues yo sé, y lo tengo

bien averiguado por los más principales contadores de S. M., que desde los años de 88 hasta los de 96, uno con otro, montaron y tenían de entrada las rentas del Rey, doce millones y doscientos y cuarenta y cinco mil ducados, de á diez reales; y que considerados todos sus gastos y salidas, sin faltar ninguna, sobran para guerras, edificios, ó lo que quisieren, cinco millones y ciento y veinte y nueve mil ducados; y pues me atrevo á decirlo así, crean tengo noticia y certeza de ello. Y querria considerasen que donde sobran cinco millones cada año, y con todo eso hay tantas necesidades y aprietos como vemos, sin que se les vea salida, cuán poca razon y aparien-
cia lleva decir que sacar cada año ciento y sesenta mil ducados tiene pobre á España y empeñado el reino; y tras esto, antes que pase de aquí, quiero que se advierta que muchas partidas de este dinero, no son de las rentas Reales, sino que las aplicó aquí S. M. de cosas accidentales y aventureras; pudiera especificarlas si hiciera oficio de contador. Junto con esto, se pagaron de este mismo dinero que hemos dicho, para otras partes, como para Aranjuez, Madrid, Segovia, muchos millares de ducados, que se libraron en esta fábrica.

Mas yo quiero preguntar ahora á mis españoles: si es tan rica esta provincia de Castilla y Andalucía, que solas ellas osan ofrecer á S. M. en seis años, diez y ocho millones, solo con echar una azumbre de sisa en cada cántara de vino, y

una libra de aceite en cada arroba, ¿cómo es posible que tan pequeña cantidad, como ciento y sesenta mil ducados cada año, en treinta y ocho años, los hayan sentido tanto y puesto en tan estrecha necesidad como dicen? Si el Rey piísimo Felipe II, desde que comenzó esta obra, no estrechara su casa, sus galas, fiestas, juegos y mercedes extraordinarias excesivas, en que suele gastar más cada año que esto, no les parecieran mal y dijeran que era cosa propia de Reyes, aunque se hubieran atravesado muchas ofensas de Dios, y graves daños en la república y en las costumbres; y si este pío Monarca, desde que comenzó esta fábrica hasta que le dió fin, llamara á la puerta de su palacio cada dia cuatro mil pobres, gente honrada, y les diera dos reales de limosna para que se sustentaran, siquiera honestamente, aunque se pasearan por Madrid, ¿no dijeran era esta una obra heróica y nunca oida? ¿No le besaran la ropa por santo? Pues esto mismo ha hecho con mejor órden, con más prudencia y mayores provechos; porque con aquella primer limosna no hiciera más que sustentar gente ociosa, holgazana, criar carnes y vicios, y con esta, se ha hecho un efecto tan admirable, tan hermoso y de tan buenos usos, frutos y fines; se han criado en España tantos y tan buenos artífices, trazadores, canteros, carpinteros, ensambladores, albañiles, pintores, bordadores y otros cien artes y oficios é ingenios, que se saben y ejercitan con tanto primor en ella, como en todo el mundo, por el uso

y maestría que aquí ha habido de ellas, y todo con la limosna que el Rey hizo estos treinta y ocho años. Y lo que es de mayor consideracion, que no sólo se quedan aquí las obras, los ingenios y los modelos vivos, mas aún, se queda la misma limosna viva: aquella primera que se hizo á la gente ociosa, en acabando se muriera, esta comenzó cuando se hizo, dura ahora y vivirá mil siglos, que ciento y cuarenta religiosos, que aquí se mantendrán en tan santa vida, perpétuos capellanes de los Reyes y del mundo, cuarenta niños que se crían en tanta santidad, hijos son de españoles, que aquí ó en otra parte habian de vivir y comer, y esto para todos es: tantos oficiales y mozos de servicio bien ocupados, españoles son, y en ellos vive la limosna y la renta: pues en ellos ó en otros como ellos se habian de gastar aquí ó en otra parte. Mas no tratemos sino de aquel dinero de la fábrica que ya pasó, y de aquellos cinco millones y medio (sean seis en buena hora, de verdad que no lo son); pregunto: ¿qué se hicieron? ¿Están metidos en estas paredes? ¿Resolviéronse en humo, ó lleváronse fuera de España? No: que el oficial de Toledo llevó su parte, y allí mantiene su casa y sus hijos con ello: el de Madrid, el de Segovia y el de Avila lo mismo: el labrador de Galapagar, el de Robledo y el de Valdemorillo, porque picaba una piedra, traía unos cantos, hacía unos ladrillos, cavaba un terreno, se lo llevaron: y de esta suerte, quedó esparcido y aprovechado, lo que estando junto y en

poder del Rey, ó no servia de nada, ó saliera fuera de España y nos dejara pobres, y nos hiciera guerra, como la otra inmensidad de oro y plata que ha salido. Si en España se considerase la cosa como ella es, habian de desear que los Reyes emprendiesen mayores fábricas que éstas, que así lo hacen en Italia con nuestro mismo dinero; era fuerza que lo que en ellas aquí se gastara quedara repartido entre muchos, y estando dentro de nuestras puertas, hoy estuviera en estas manos y mañana en aquellas.

Ahora descenderé á lo segundo que prometí en este discurso, que es decir, debajo del mismo presupuesto de verdad y puntual averiguacion, lo que costaron algunas de las más principales piezas de esta casa y fábrica, sacado de los mismos originales y tasaciones, para que no se encubra nada, y para que se vea cómo responden las partes con el todo. Y si á algunos se les hiciese difícil lo uno y lo otro, y dijeren cómo siendo tan grande y tan excelente y tan acabado todo, ha costado tan poco, prometo responderles en otra parte. Entre tanto, creo que no es poco cinco millones y doscientos y sesenta mil ducados, y por su contemplacion arrojó cuatrocientos mil ducados más de lo que está por cuenta, aparte de la sacristía, que le prometo, como religioso, que no llega á ellos; y porque abundemos, sin para qué, echemos perdidos ciento y cincuenta mil ducados más, y sean seis millones, por que sea cuenta cabal, y no les pase por la imagi-

nacion que esta fábrica es de más costa. Y cuando haya visto la razon y lo que se tasaron las principales partes y lo mejor de la fábrica, y lo grueso y fuerte de ella, verá que no costaron poco, antes se tasaron noblemente y como obra de Rey, y que se tuvo intento á que los estajeros de ellas no perdiesen, sino ganasen; que cuando los maestros y estajeros pierden, ni la obra ni el dueño de ella gana. Comencemos por la iglesia y por alguna de sus partes, que es lo más excelente y lo mejor de esta fábrica, que entendido esto, se puede hacer fácilmente tanteo de lo demas.

Costaron las manos y la piedra de toda la iglesia principal, cimientos, paredes, pilares, torres, cimborrio, frontispicios, tránsitos, sotacoro, capilla, altares de piedra, y al fin, todo quanto hay en ella por dentro y por fuera, de piedra berroqueña y manos de canteros que la labraron y asentaron, sin llegar á otra cosa fuera de esto, *ciento y ochenta siete cuentos, cuatrocientos y trece mil y doscientos y cincuenta y cinco maravedíes*, que son quinientos y un mil y ciento y cuatro ducados, y trescientos y cuatro maravedíes.

El retablo y la Custodia principal, con todas las figuras de bronce dorado que hay en lo uno y en lo otro; las gradas todas de jaspe y las mesas que hay en ellas; los oratorios de los Reyes y los entierros que están encima, con sus figuras, todas de bronce doradas, y las armas Reales que están encima, y tambien las puertas del Sagrario, y finalmente, todo quanto hay dentro de la

capilla mayor, de mármol, jaspes, bronce, oro y otras piedras, sumado todo por sus partidas, hasta el sacar de las piedras en la cantera, y todas las manos de oficiales, monta *trescientos y cuarenta y cinco mil ochocientos y dos ducados, y ciento y catorce maravedíes*.

La pintura de toda la iglesia, altar mayor y todos los retablos menores, y los mayores de los altares capitales, que son siete, y la pintura de la bóveda del coro, y las historias de los lados; al fin, cuanto está encima y debajo de la cornisa pintado, sin que entren en esto las guarniciones y marcos, ni los colores, sino solas las manos de los maestros Lúcas Canguiaso y Rómulo, montan *doscientos y noventa y un mil y doscientos y sesenta reales*, como parece, por sus partidas distintas, que son en ducados, veinte y seis mil cuatrocientos y sesenta y nueve ducados, y un real.

Todos los órganos de esta iglesia, en la manera que los especificamos en su lugar, y los realejos, las manos de los maestros, dando el Rey todos los materiales, estaño, plomo, madera, colores, oro, valdeses y herraje; al fin, cuanto allí fué menester, montan *veinte y seis mil y ochocientos y noventa y nueve ducados, y trescientos maravedíes*.

Las sillas del coro principal, de solas las manos, dando el Rey todas las maderas que allí dijimos, unas traídas de las Indias, y otras de España, costaron *doscientos y sesenta y seis mil y doscientos reales*, que son veinte y cuatro mil y doscientos ducados. Los cajones de los libros del

coro y el facistol del mismo, sin las fajas y chapada de bronce dorado, de solas las manos, *dos cuentos quinientos y sesenta mil y cuatrocientos y setenta y dos maravedíes*, que son seis mil y ochocientos y cuarenta y seis ducados, y tantos maravedíes.

Toda la librería del coro, que son 216 cuerpos, contando cuanto en ello hay: pergamino, tablas, guarniciones y manezuelas, escribir, iluminar, dorar y encuadernar, monta *cuarenta y cuatro mil ochocientos y cuarenta y cuatro ducados*, por sus partidas recogido.

Las cinco rejas de bronce que están en las tres puertas de la entrada por el sotacoro y las dos de las capillas de los Doctores y Vírgenes, como dijimos en su lugar, y todos los antepechos del mismo metal, que corren por el andito y tránsito de los 30 piés, y otros pasamanos del coro junto á las sillas y balconcillos de los órganos y de las ventanas, y todo cuanto hay de este metal en la iglesia, excepto el dorar de algunas piezas, costaron *quinientos y cincuenta y seis mil y ochocientos y veinte y ocho reales*, que son cuarenta mil seiscientos y veinte ducados y ocho reales. En esto se encierra todo cuanto hay en la iglesia; advirtiendo que en lo que se dijo del retablo y capilla mayor, no pusimos lo que costaron las armas Reales ni las figuras de bronce de los entierros, ni del mismo retablo, ni las mercedes que el Rey hizo á Jacobo de Trezo, ni á Pompeyo Leoni, y que sin esto, lo que aquí hemos especificado por

sus piezas, es el mayor gasto y coste, y en qué consiste el mayor golpe de esta fábrica, que sumado por sus partidas, monta *ochocientos y sesenta y dos mil y ciento y cuatro ducados*, y lo que resta que aquí dijimos, falta de las armas y figuras de bronce doradas, monta más de *ciento y cuarenta mil ducados*, porque de esto no hubo tasacion, sino que se quedó casi colgando, sólo con la razon que aquí hay del dinero que iba librando por el pagador y contador de esta fábrica Pedro de Quesada y Domingo de Mendiola, con quien escribiendo esto, lo estoy comunicando y confirriendo. De suerte que todo el cuerpo de esta iglesia, con cuanto en ella se vé de fábrica y adorno, ha costado de solas manos *más de un millon y cuarenta mil ducados*. Y si añadimos aquí lo que valen los materiales, que son cuentas muy menudas, aunque grandes en suma, no para la historia, se colijen cerca de *doscientos mil ducados más*, y esto arrojándolo á lo más largo en lo que tiene alguna duda.

Salido de este primer encuentro y más dificultoso paso de la iglesia, quiero tambien dar noticia de otras tasaciones importantes, por el gusto que algunos recibirán de esto, que no les parecerán pequeñas, como no lo han sido las pasadas. La pintura del claustro principal es una de ellas: juntando todo lo que montan sus partidas, porque como advertí, fueron cuatro los maestros, y así hubo diferentes tasaciones, aventajando siempre con notable exceso, lo que hizo Peregrin, di-

go que monta toda la pintura que hay en él al óleo y al fresco, *cuatrocientos y diez y nueve mil y ochocientos y ochenta y tres reales*, que son treinta y ocho mil ciento y setenta y un ducados y dos reales.

Y pues hemos comenzado á decir de pintura, diré tambien la tasa de la que hay en la librería, por ser de las más insignes cosas de este convento, y advertí tambien que es toda de Peregrin, no porque la labrase toda, que no pudiera en tres, tanto tiempo, aunque pintara como Lúcas Canguiaso, sino dibujos, traza é invencion suya, y con sus oficiales retocando de su mano lo que le parecia, y haciendo algunas de propósito. Montó, pues, aquella pintura toda, contando tambien el oro de la cornisa y de las fajas (que es mucho) *ciento y noventa y nueve mil y ochocientos y veinte y dos reales*, que en ducados son diez y ocho mil y ciento y sesenta y cinco ducados y siete reales. Y antes que salga de la librería, diré tambien lo que costaron los estantes y cajones en que están los libros, que ya vimos su forma y manera, y las maderas de que están hechos y las puso el Rey todas, y así se tasaron las manos solas, en *ciento y cuarenta mil reales*, que son doce mil y setecientos y veinte y siete ducados y tres reales. De suerte que pintura y cajones de la librería, montan *treinta mil ochocientos y noventa y dos ducados y diez reales*.

Lo demas que hay en esta pieza son los libros, y juntando los de todas tres, vimos que era poco

ménos de catorce mil cuerpos, y en esta mercadería puedo yo decir mi parecer, porque no hay hecha suma de lo que ha costado: digo que será mucho, si uno con otro los echamos á ducado, porque son casi doblados los chicos que los grandes, y así es harto que vayan todos en catorce mil ducados. Queda solamente lo que es el soldo, que son losas de mármol, y esto es cosa tasada y sabida; cada piedra allí asentada, está en trece reales; he aquí todo el coste de una de las hermosas piezas que hay en Europa, y en esta casa ninguna tan buena, excepto la iglesia.

Los seis Reyes de la fachada y frontispicio de la iglesia, que son dignos de consideracion por ser piezas de tanta grandeza y tan bien obradas, costaron, puestos como están allí, con sus coronas ó insignias ó instrumentos, *ciento y noventa y seis mil ciento y ochenta reales*, y porque no se olvide, el San Lorenzo, que está encima de la portada principal, que es tambien figura notable y del mismo maestro, costó *diez y siete mil y setenta reales*; y aún menudearé más y diré, lo que costaron los andamios é ingenios con que se subieron los Reyes, que como eran tan descomunales colosos, fué menester se asegurase mucho. Costaron puestos los andamios de solas manos, *siete mil ciento y cincuenta reales*. De suerte, juntando estas tres partidas, los seis Reyes y el San Lorenzo y los andamios, montaron *diez mil y novecientos y cuarentá y cinco ducados*.

De esta manera pudiera ir dando noticia por

todas sus partes principales, hasta las muy menudas de esta fábrica, porque ha habido tanto orden y tanta fidelidad, que se halla razon y claridad de todo, hasta una sogá, una espuerta, un clavo. Han dicho en España tantas cosas de esta fábrica, y alargándose tanto, que me ha forzado á descender á estos particulares. Dijeron que por sólo quitar los andamios de la iglesia, daban treinta mil ducados y la madera, y aún se alargaban á más, y certifico verdad que no costaron ochocientos, y que no se perdió un madero de importancia. Lo de la sacristía espanta á muchos, y piensan que por lo ménos está gastado allí un millon, y les parece poco; yo he dicho así á monton y arrojándome á lo largo, cuatrocientos mil ducados, y porque se vea cuán arrojada suma es esta, quiero poner aquí una sola cosa, que es la más importante y principal, por donde se hará juicio á lo demas. Cuatro ternos dije que habia principalísimos en ella, y cinco con el de San Juan, los dos de la vida de Nuestro Salvador toda, y los otros dos de los aniversarios del Emperador y Rey su hijo y de la Emperatriz y Reina Doña Ana. Dije tambien que las manos de esta labor, todo entra en la fábrica y por allí se paga; quedan las telas de los brocados, que esto fué por cuenta del guarda-joyas Antonio Voto. Pues contadas todas las varas de brocado que entran en estos cuatro ornamentos, y los dos paños que se ponen sobre las tumbas de los Reyes en sus exequias, montan cuatrocientas treinta y

dos varas. Estas, unas con otras, contadas á cincuenta ducados la vara (que las más no costaron sino á cuarenta), montan *veinte y un mil y seiscientos ducados*.

Diré otra partida; las cuatro mudas más ricas con que se componen todos los altares en las fiestas más principales de todo el año, en cada una entran, trescientas cincuenta y tres varas, y así son las varas de todas cuatro mudas, mil cuatrocientas y doce; éstas valen, y así se pagaron, á diez y seis ducados cada vara, que montan *veinte y dos mil quinientos noventa y dos ducados*; de suerte que, en estas dos partidas son cuarenta y cuatro mil ciento noventa y dos ducados. Pues yo certifico que todo el resto de terciopelo, raso, tafetan, maraña y holandas, no montan otro tantito, y que si todo con las manos llega á cien mil ducados, que es todo cuanto se puede alargar. Las cosas de plata y oro ya las hemos especificado casi todas; otras joyas de relicarios y pinturas preciosas, las más de estas cosas son presentadas, que no le costaron nada á S. M., y como las había de tener en el guarda-joyas de Palacio, las tiene aquí este Guarda-joyas de su capilla y la de sus padres, mujeres é hijos.

De dos cosas quiero en el fin de este discurso hacer memoria y decir su costa y tasaciones: una es, el monumento que se hace en esta iglesia para celebrar la memoria de nuestra redencion el Jueves y Viernes Santo, y encerrar el Santo Sacramento, que por ser cosa que se quita y pone, no

la encontramos cuando mostrábamos la casa; la materia es madera dorada, con algunas piedras y jaspes fingidos; la forma es como una tribuna ó cimborrio, que se levanta haciendo un cadalso (digámoslo así) en lo bajo, entre doce columnas dóricas; á la mesa más alta se sube por cuatro escaleras, á quien responden cuatro frontispicios, que se hacen sobre las ocho columnas de fuera, que representan cuatro portadas de mucha autoridad. Adórnase con muchas lumbres, gran número de candeleros preciosos y de ramilletes naturales y fingidos, que hace una galana y devota vista; se hizo con gradísima brevedad y presteza; costó todo, como allí se ve, dorado y estofado, *un cuento, ochocientos y dos mil, cuatrocientos y sesenta y ocho maravedíes*, que montan cuatro mil ochocientos y nueve ducados. La otra pieza es la iglesia que el Rey hizo en la villa del Escorial. Puesta como está allí ahora, que parece de plata y se hizo con poco ménos presteza que el monumento, porque creo no se tardaron diez y seis meses cabales, montó todo su gasto, sumado por sus atajos y partidas, *sesenta mil ducados*, que si en otra parte se hubiera de hacer, pasara de ochenta mil; tanto importa estar asentadas todas las cosas en una fábrica grande, que unas cosas se ayudan á otras; esto hizo de limosna el pío Rey á aquel pueblo, digna obra suya; dióles tambien todos los ornamentos que fueron menester, conforme á la calidad que pide la iglesia.

Aquí pensé añadir la grandeza de muchos par-

ticulares que han concurrido en esta fábrica, y en particular de los materiales y de los instrumentos; cuando he querido pintar las sumas para decirlo en comun, hallo gran dificultad, trabajo grande, poco fruto para quien tiene otras ocupaciones donde le llama su estado; parecerá curiosidad sobrada, porque decir los carros de madera á millares que aquí han venido, la multitud de cal y yeso que se ha gastado, el infinito número de pizarra y mármol, sería trabajo de muchos dias; diré así, en comun, que si cada cosa de estas se viera por sí sola amontonada en este campo, juraran todos, de cada una se podia hacer un pueblo; el hierro y la clavazon y las muchas suertes y diferencias que de esto hay, entendí reducir á una suma, por no enfadar á los lectores con muchas cuentas, y son tantas las suertes y las maneras de contar que hay en ello, que desmayé, saqué lo que pude, y sin contar las rejas grandes y otros antepechos de hierro, que es una grande suma de arrobas. Las arrobas de hierro y clavos son *ciento nueve mil y ochenta y tres* arrobas; y de otros metales, como son plomo, estaño, acero, cobre, otra cantidad grandísima, porque de sólo el plomo se hallan más de *noventa y nueve mil y trescientas* arrobas. De hilo de hierro para hacer redcillas á las vidrieras, fuera una suma grandísima, porque es una de las grandezas de esta casa; el cáñamo para las maromas, guindalletas y otras jarcias, es tambien increíble suma, y el esparto para las espuestas y serones lo mis-

mo. Es verdad que con una misma compra se hacian muchos servicios, y lo que de esto no aprovechaba para uno, era bueno para otro; en el cáñamo y la madera se vió esto muy claro: lo que no podia ser maroma porque se rozaba, se hacía guindaleta ú otra cosa; la viga que ya no podia servir de madre ni para cosas grandes, servia para andamios, para tablas ó para marcos; tanto importa ser el que gobierna esto persona desinteresada, que no pretendia sino el bien de la cosa, y hacer lo que deben á la fidelidad, á la obediencia, á la conciencia. Esto se ha visto aquí en todos los ministros que S. M. ha tenido en esta fábrica, y por excelencia en el obrero principal, como veremos más adelante.

DISCURSO XXII.

Las vidas de algunos religiosos de este convento, y en particular la de fray Antonio de Villacastin, el obrero de toda esta fábrica.

En todo el discurso de esta historia, de que será este el postrero, he procurado, despues de haber dicho la fundacion de cada uno de los conventos y descripcion de su fábrica, que es como lo material, las piedras muertas, decir lo que he hallado de los primeros religiosos fundadores, su virtud, su ejemplo. Entre todos los Prelados, que en cuarenta años no han sido más de ocho, y el padre fray Miguel de Santa María, que hoy gobierna, nueve, en el que podemos fijar los ojos (hablo ahora de los difuntos, de quien se puede hacer historia) es el padre fray Miguel de Alaejos, profeso de San Jerónimo de Yuste; era el primero que se levantaba á *maitines*, era el postero que salia del coro, y áun le cogia allí muchas veces la mañana; de aquí le venia ser muy sufrido, callado, discreto, amar entrañablemente á los buenos y llevar con paciencia los de aviesas condiciones. Han muerto aquí de los religiosos de la Órden que vinieron á en-

jugar la humedad de estas paredes recientes, algunos de ellos con notables señas de santidad y de favores del cielo. Recibió aquí un hermano lego el hábito, creo era natural de Valdepeñas, llamóse fray Alonso de la Cruz, hombre al parecer basto, mas bastante de un limpio y sosegado entendimiento; vivió doce años en la religion, dando siempre ejemplo de humildad, mortificacion y caridad. Lo mismo puedo decir de fray Gregorio de Guadalajara; recibió aquí el hábito y aprendió los principios, por donde alcanzó en breve su santo fin en la religion; partió de Parraces, donde era procurador de aquella hacienda, con alguna indisposicion; preguntándole que dónde iba, dijo que á San Lorenzo, á morir con sus hermanos; llegando aquí tan determinado y resuelto de partir de esta vida, que burlaba de las medicinas y del médico; me estuve yo con él muchos ratos, queria que le dijese siempre cosas del cielo y rogóme que no le desamparase; así lo hice y me holgué y consolé mucho en hallarme á tan buen servicio. Ahora, estos dias pasados, se nos murió aquí otro hermano lego, que se llamaba fray Juan, de Zamora, tenia como catorce ó quince años de hábito; si hubiera de escribir, ó si supiera decirlo, como él contaba su vida desde que era niño, hasta que tomó el hábito, fuera la cosa más apacible y graciosa que se hubiera escrito en la lengua castellana, porque no se la oia hombre que no muriese de risa; tan graciosas eran sus travesuras y con tanta simplicidad las

contaba. Quédense otros muchos en silencio, aunque sus ejemplos dan voces.

Para fin y remate de toda esta historia quiero decir la vida de fray Antonio de Villacastin, y sirva de clave en este edificio espiritual, pues dió principio y puso la postrera piedra de esta fábrica tan insigne. Vive ahora, y al punto que esto escribo, le dejo ayudando á misa, y aunque de noventa años de edad, tiene tan claro y entero juicio, que pudiera comenzar otra tan grave fábrica como esta. No se sufre alabar á nadie viviendo, por el peligro de la inconstancia humana; parece aquí no hay que temerlo, porque cuando la hubiese, más culpa sería de la edad que suya, pues le tiene ya muy acabado (aunque era un sujeto fuerte) y consumida la vista, que es otra razon que da ánimo para escribir estos, pues no podrá leerlo.

Es este siervo de Dios natural de Villacastin, de donde, conforme al estilo de la Órden, tomó el nombre; de padres honrados, ni ricos ni pobres; faltáronle presto; quedaron él y una hermana menor, y otro hermano bastardo. Llevólos á su casa un tío que quedó como tutor: el muchacho deprendió leer y escribir medianamente; como tenia tan claro entendimiento, echó de ver á tres ó cuatro años como estuvo con su tío, que se hacía hombre y no deprendia nada, echando los ojos delante para ver qué habia de ser de sí, pues ni sabía oficio, ni letras, ni con qué pasar la vida. Pensando el mozuelo un dia y otro aten-

tamente en esto, se determinó á dejar al tío é irse por ese mundo á ser hombre. Envióle un dia con un real y un jarro por vino, comprólo, y cuando volvía, encontróse con su hermanilla, y díjole: «Toma este jarro y estos menudos, y llévalos á casa, porque voy á otro mandado.» Así, en cuerpo, sin una blanca y sin un bocado de pan, se partió de Villacastin; tan fiel y tan desinteresado fué desde que nació, que ni áun en esto osó faltar ni llevarse aquellos pocos ochavos, que fuera el primer y postrer dinero que hubiera tenido en su vida, porque hasta el dia de hoy, no ha tenido un real suyo, el que ha gastado tantos millones: pasando por el campo de Azalvaro, que está allí cerca, encontró con un arriero que habia descargado unas bestias que llevaba para que paciesen un rato; llamóle que le ayudase á cargarlas, dióle en pago un pedazo de pan y de beber, que llevaba ya harta necesidad, y tiró su camino; llegó aquella noche (creo me dijo á Navalperal, sacándole yo á pedazos este discurso, sin que entendiese el fin, algunos años há); encontróse en el meson con un lacayo de un caballero que iba á Toledo con unas cartas; dióle de cenar aquella noche, y en la mañana se partieron juntos, y caminaron de manera que aquella noche, aunque tarde, llegaron á Toledo, y durmieron debajo de unas mesas de aquellas vendedoras de Zocodover; á la mañana, en amaneciendo, ya le tenia Dios buscado un amo: pasó por allí un hombre honrado, y como vió al mo-

zuelo allí echado, le llamó, y preguntado qué hacía allí y si tenía amo, sabido que no y que venía á buscar su vida, como van otros muchos de aquella manera, se lo llevó, concertados que le enseñaría un oficio de asentar ladrillos y azulejos, que era maestro de aquello. Estuvo en casa de este hombre algunos años, que le fué padre y maestro, le dió de comer y de vestir; era á esta sazón de 16 á 17 años, y bien se ve, pues llegó de Navalperal á Toledo en un día y á pié. Los días de fiesta se estaba recogido en casa; procuraba haber á las manos los papeles de las trazas de su maestro, de suerte que ni nunca supo qué cosa era jugar, ni otras travesuras, liviandades y aún suciedades de mozos; ni tuvo un real en su poder, ni le buscó, ni se le dió nada. Estaba ya nuestro Anton (así quiere él que se le llame) buen oficial en todo, y su maestro se holgaba en verle tan aprovechado; y aunque veía que le tomaba las trazas, callaba, no le decía nada, aunque una vez me dijo que se las había escondido. Su maestro tenía unos hijos que casaron y apartaron casa; el uno de ellos, que le amaba más tiernamente, le rogó que se fuese con él, porque aunque su padre recibiese algún enojo, luego se aplacaría.

Estuvo con este su compañero, que ya no le tenían por mozo, sino como á hermano, algunos años, sin hacer iguala ni pedir una blanca, ni tener más que la comida y vestido que le daban, aunque era muy largo oficial. Como se vió ya tan

hombre, que tenia de 27 á 28 años, parecióle era tiempo de tomar estado; como fué siempre puro y honestísimo, no se aficionó á casarse, parecióle sería bien retirarse en una religion y servir allí á Dios en lo que le mandasen. Habia trabajado con su amo en diversos monasterios de aquella ciudad, y particularmente en San Francisco y en la Sisle; fué á San Francisco á pedir el hábito y no se lo dieron, diciendo que tenian muchos frailes; fué luego á nuestra casa de la Sisle, habló con un fraile que le conocia, descubrióle su intento, y respondióle que le recibirian de buena gana; tornóse con esta respuesta á su compañero, y por no dejarle así, sin decirle nada, fingió que le habian escrito de su tierra que habia necesidad fuese allá; pidióle que le diese algun dinero para el camino. Habíasele muerto aquellos dias la mujer á su amigo, y respondióle: «Anton, yo os prometo que no tengo dineros, porque en el entierro y otros embarazos lo he gastado, mas veis aquí las joyas que dejó la malograda, empeñadlas vos por lo que quisiéreis, y llevad lo que os pareciese.» Respondió nuestro Anton: «nunca Dios quiera haga yo eso; tantos años há que estamos en compañía y nunca os he sido molesto, y ahora ¿habia de empeñar las joyas que tanto quereis? dadme lo que tuviereis en la bolsa, que eso bastará para mi jornada.» Sacó la bolsa y vacióla en una mesa, partió el mismo Anton el dinero, tomando un real para sí, y otro para su compañero y de esta manera los demas, y dijo:

«esto me basta, queda con Dios, que no puedo excusar este camino.» Fuese al monasterio y diéronle luego el hábito. Preguntéle para qué quería aquel dinero, pues se iba á meter fraile; respondiíme que por no ir así tan desnudo y de vergüenza porque no dijesen no llevaba blanca. Con este caudal de una vida tan inculpable, sencilla y santa, entró nuestro fray Anton en la Órden de San Jerónimo el año 1539, cerca de la fiesta de Nuestra Señora de Marzo, siendo General el padre fray Pedro de la Vega. Aquella misma rectitud y limpieza debida, ha guardado hasta el año de 1602; de suerte que, el mes de Marzo pasado cumplió 63 de hábito, y 27 que tenia cuando entró, son 90. Diéronle el hábito no para hermano lego, sino para corista, que ya he dicho qué estado era. Y díjome que habia escogido esto por si acaso algun Prior no le ocupase en oficios, pudiese servir de algo estando cantando en el coro, porque aborreció siempre la ociosidad. Ha caminado con tino este siervo de Dios por una senda muy segura; nunca ha tenido extremos ni altibajos; lo mismo que le enseñaron el primer dia, eso ha guardado siempre; en lo esencial ninguno he visto en mi vida que le aventaje; pobre como el más pequeño novicio en la honestidad y castidad, estoy por decir que ha tenido demasiado rigor, si rigor ó demasía puede haber en conservar tan celestial pureza. Creo por el discurso de su vida, que es vírgen en el alma y cuerpo (no se lo he osado preguntar ni áun por

rodeos, que no es pregunta que se sufre en hombres recatados y santos); obediente como un cordero, y todo esto sin melindre ni ostentacion. No le ha visto hombre hasta hoy, teniendo salud, comer ni beber fuera de las horas de la comunidad, aunque ha andado tanto al sol, al frio, al aire, al agua y con tantas incomodidades y desatenciones de tiempo, como aquí ha padecido en cuarenta años. Ha sido tambien una cosa rara y digna que se advierta, que en todo el tiempo que trajo entre sus manos, y como si dijésemos sobre sus hombros, tan grande máquina, y que como veremos, se ordenaba todo por su cabeza y colgaba de él la ejecucion de tantas cosas, jamas (alguna vez por milagro) faltó á la mesa primera á comer y á cenar; y cuando alguna vez iba tarde porque la multitud de cosas que concurrían, no le dejaban hacer otra cosa, ó porque el Rey le detenía, iba á cenar á la enfermería, y con tanta vergüenza pedia unos huevos, como si fuera novicio; si veía que el enfermero estaba ocupado ó que le habia de embarazar en algo, se iba á su celda y se acostaba sin cenar, y en verdad que la traía bien merecida. Toda su vida se ha levantado á la misa de alba, que aquí se dice todo el año con estrellas, y aún despues de dicha se ven hartas; va á la sacristía y se pone sobrepelliz como un novicio, y está allí aguardando á quien ayudar á misa; de suerte que todo el tiempo que duró la obra, cuando venían á tañer la campanilla para los oficiales, ya habia ayudado por lo

ménos una misa, y muchas veces dos ó tres, y de allí se iba al coro, y ahora nonagenario hace lo mismo. Tampoco ha ido á las recreaciones y granjas que se acostumbran en esta religion, para aliviar algo de peso, dos veces en el año, en cuarenta años aquí, no ha ido ninguna de asiento, si los Piores no le han llevado; acaso alguna vez para ver algo y no sé si ha dormido en ella; pocos de estos encapotados y ceremoniáticos he visto que hayan dado en esta ceremonia.

Dicho hemos su vida en cuanto hombre, y que merece este nombre, y en cuanto religioso de San Jerónimo, aunque con la brevedad que hemos podido. Diré ahora su vida en cuanto obrero, y á vueltas las circunstancias que se han seguido tras el oficio. Tambien ha sido obrero desde que tomó el hábito, y nunca se desdeñó del oficio; en su casa primera de la Sisle, hizo muchas obras que le mandaron y eran forzosas. En el Monasterio de nuestras religiosas de San Pablo, hizo tambien muchas obras y de gran importancia, y cuando acabó, aunque duraron años, no dejó allí ninguna de estas que llaman devotas, ni devociones, ni quien le escribiese billetes, que tambien son pocos los que se escapan de este lazo cuando es mucho el curso. Despues de esto se le llevaron á hacer aquel aposento del gran Emperador Carlos V, en el Monasterio de Yuste, de que ya hicimos memoria: vuelto á su casa, tan humilde y tan pobre como se fué, allí le cargaban de mil oficios; díjome que habia sido quince años

hornero y que sabia bien heñir, y junto con esto, hacía la portería y otras haciendas, sin rehusar punto de la carga que le ponía la obediencia. De allí le llevaron á un Monasterio nuestro, que se llama la Luz, é hizo otras cien obras de sus manos. Finalmente, le trajeron aquí, para donde parece le habia Dios guardado y traído para todos estos pasos. Con tantísima gente como ha habido en esta fábrica, de tantas naciones y tantos cargos, todos colgaban de un solo obrero, fray Antonio; todos acudian á él, á todos los entendia, componia, acertaba y despachaba, y lo que pone espanto, contentaba y satisfacía, y hasta el dia de hoy se atravesó ni tuvo palabras con nadie, ni nadie con él, ni se le descomedia hombre; y las diferencias y pleitos que entre ellos nacia, que eran muchas, por encontrarse en mil cosas, que no podia ser ménos, al punto las atajaba, deshacia, concertaba con grandísima brevedad y facilidad, y áun con equidad y justicia, y cosas no de pequeño interes y diferencia. Muchas veces me iba á su celdilla, que era el tribunal de su audiencia, y veia despachar una infinidad de negocios y pleitos bien graves; admiraba la obediencia y el respeto que tantos hombres, tan libres, tan ariscados y enojados unos con otros, tenían á un fraile, que al fin ni era letrado, ni sacerdote, y cuán rematado y en paz quedaba todo, y qué contentos volvian unos y otros. Tambien era muy de ver, las respuestas que daba á las dudas y preguntas de todos cuantos allí venian; co-

mo si estuviese presente, como si él fuera el trazador ó el que lo iba ejecutando, respondia con suma resolucion: haced esto, dejareis eso, quitareis aquello ó añadireis lo otro; yo me quedaba mil veces admirado con qué seguridad y con qué preseteza estaba en ello y al cabo de ello. Y lo propio sucedia con las cosas menudas; al dorador le daba el oro, al pintor los colores, y conocia sus finezas y diferencias, al que pintaba al óleo, unas; al del fresco, otras; al iluminador, otras: los pinceles, el algodón, las salseras, todo lo tenia tan prevenido y tan á punto, que ninguna cosa se estorbaba con la otra, ni por falta de ésta, paraba aquella. Estuvo muchos dias en esta obra despues de venido; que nunca habló con el Rey; si le veia por una parte, echaba él por otra. El Rey tenia gana de hablarle por las buenas nuevas que le daban de su juicio, y cuanto más veia que el fraile huia las ocasiones, tanto le estimaba en más y le crecia la gana, porque en aquello se le echaba de ver el buen seso: al fin, un dia le vió el Rey encima de un paredón comenzado que no tenia salida, donde no se le podia ir, y allí le habló la primera vez; preguntóle algunas cosas de la fábrica, respondióle con prudencia, y en la plática le dió algunos avisos de cosas que tenia advertidas, para que S. M. las mandase remediar; contentáronle al Rey, vió que tenia razon y mandó que se hiciese como fray Antonio decia. Desde esta vez, le mandó llamar á menudo y oia sus pareceres, y vino á estimarle en tan-

to, que ninguna cosa quiso hiciese el arquitecto Juan de Herrera, que no la comunicase con fray Antonio primero, y si no le contentaba, tampoco le asentaba al Rey. Estaban una vez el Rey y su obrero fray Antonio tratando del discurso de la fábrica y de cosas muy adelante; dijo S. M. con algun sentimiento: «cómo hablamos, fray Antonio, de esto, como si lo hubiésemos de ver.» Respondióle con un ánimo grande y con un espíritu como profético, diciendo: «¿cómo no, señor? Por el hábito que tengo, si no estuviese muy cierto que V. M. lo ha de ver acabado y lograrlo muchos años, que no pusiese un ladrillo más;» y es sin duda que le animaron al prudente Monarca estas pabras; ello, á lo ménos, sucedió así, y no dijo cosa este fraile, que no le saliese verdadera. Como veian los caballeros que el Rey hacía tanto caso de fray Anton, y hallaban en él tanto valor y tanto mareo, quisieron regalarle y servirle en algo: enviábanle algunas cosas del Estado ó de la mesa del Rey; jamás recibió ninguna; decia que se las llevasen al Prior, que él no recibia nada. Estando en la celdilla donde despachaba los negocios, le envió uno de los mayordomos un gran regalo (como ellos llaman), de cosas de comer, en unas fuentes de plata: dijo al que las traia que se las volviese, porque él no las habia de recibir; el paje porfió que no las osaria volver, que las dejaria allí. «Haced, señor (dijo fray Antonio), lo que quisiéreis.» Dejólo todo allí y fuése. Volvió de allí á no sé cuánto por las fuentes,

y preguntando por ellas, le dijo: «Mirad do las pusisteis, que ahí están.» Hallólas de la manera que las habia dejado, y lo que tenian dentro ya pasado y corrompido; llevóselo harto maravillado de la entereza del fraile, que aún no habia mirado lo que tenian dentro: con estos despegamientos ó sacudimientos, los despidió á todos y los escarmentó para que no enviasen estos recados ó regalos, que si se reciben, no hacen todas las veces buen provecho. Ha sido maravilla y como milagro haberse sustentado este siervo de Dios tanto tiempo entero, y que no haya peligrado en medio de tantas desgracias y muertes como en esta fábrica han sucedido, accidente ordinario en las obras grandes, y en respecto de las que en otras menores suceden, han sido pocas; aunque ha habido hartas, parece que nuestro Señor le ha guardado, porque él jamás tuvo miedo ni recatos demasiados, más de aquellos que una ordinaria prudencia pone, confiado en Nuestro Señor y en que sólo trabajaba por la obediencia, porque es imposible prevenirlo todo. Dió una caida de un andamio abajo, que fué como milagro no morir; hirióse bien, y Dios le sanó presto; otra vez le dió un ladrillo en la cabeza y le hizo una mala herida; tambien sanó luego: en estos desastres y en otros estaba con tanta entereza é igualdad de ánimo, como si no pasara por él. Estando deshaciendo los andamios y cimbras de la iglesia, y tanta cosa de gruas y agujas, que eran poco ménos de ver tan extrañas y fuertes traba-

zones como ahora la misma iglesia; estando, pues, deshaciendo esto, pasaba una mañana á la celdilla de la obra, donde despachaba y daba recado á la gente; atravesaba por la iglesia; vino en un paso estrecho á encontrarse con una mujer vieja; dicen era una santa; iba á la iglesia pequeña á oír misa, que no salía de casa para otra cosa; detúvose fray Antonio con intento de dejarla pasar, porque no cabían entrambos; como la buena mujer iba tan despacio, parecióle que si la aguardaba que pasase tardaría mucho, y la gente le aguardaba; acordó pasar primero, alargó el paso y adelantóse; atravesó antes que ella, luego pasó la mujer, y en llegando al medio de aquel estrecho, cayó una viga de lo alto y matóla; la mujercita, que iba en buenos pasos, y tales habian sido los de su vida, se fué al cielo á oír la misa y ver la cara de Dios. Vínole á nuestro fray Anton un corrimiento á la mano, y poco á poco en ella y en el brazo, se le hizo una gangrena ó apostema malísima; algunos decían que era *estiomeno*, que si el vocablo es italiano, es lo mismo que decir: esto tengo ménos, porque en la parte que da, el mejor remedio es cortarla y haberla ménos. Iba el negocio tan malo, que casi todos dimos por acabado nuestro fray Anton, y el menor daño que se esperaba era cortarle el brazo. Estaban aquí dos cirujanos enviados de S. M. para que le curasen, y ponían poco remedio en el mal, porque se iba apoderando de todo el brazo, aunque le habian abierto y corta-

do mucha carne de él: cuando estábamos más desesperados de su salud, y que le llorábamos todos, religiosos y seglares, me llegué á él y le dije el peligro en que estaba, y respondiome que bien lo veia; proseguí: «Pues lo ve, avíseme si tiene alguna cosa que le dé cuidado, así en sus cosas, como en las de la fábrica, pues sabe el amor que le he tenido y que me lo puede fiar.» Esto hice, no sólo por lo mucho que le queria, sino tambien porque me lo mandaron que lo hiciese; respondiome con aquella entereza y seguridad que siempre tuvo, que me agradecia mucho el aviso y cuidado; mas que, por merced del Señor, ni en sí misma, ni en las cosas de la fábrica, tenia cosa particular que advertir ni que decir, ni que le diese pena; que en lo que tocaba á la fábrica, todo estaba muy claro; ni habia hoyos, ni embarazos, ni tenia cosa de duda, y él estaba tan limpio de ella, como el primer dia que la comenzó. Tenia tan buen tanteo y juicio en todo, que no daba blanca que no supiese cómo y en qué estado traia el maestro, ó estajero, ú oficial, la obra, para no darle mucho dinero adelantado, y si muriese ó faltase, quedase el Rey y la fábrica con pérdida; quien viera sus libros se reiria mucho de ellos; ¡así fueran todos los de la hacienda del Rey, de tal claridad y limpieza! aunque no tuvieran mejor aliño y letra, que por lo ménos fueran de buena tinta. Estando una noche solo y bien dispuesto, harto afligido con los dolores de su mano y brazo, acuchillado y cancerado, y tan sin

remedio como hemos dicho, sintió que llegó á él no sabe quién, y con dos manos le comenzó desde el hombro á palpar el brazo y apretársele, yendo bajando hasta un poco más abajo del codo, donde estaba lo más peligroso. Como aunque le apretaba no sentia dolor, callaba y no dijo nada, y en llegando que llegaron allí con las manos le dejaron y se fueron; que ni él, ni quien hacía aquello hablaron palabra. Desde aquel punto, cesó de crecer la gangrena que iba cundiendo, mitigósele la calentura y sintióse más aliviado y con evidente mejoría; lo que estaba ya podrido sanó con mucha facilidad echándole un poco de aceite ó quinta esencia de la caparrosa ó vitriolo, y quedó muy sano del brazo y de la mano, que sin duda fué la cura milagrosa; los cirujanos se alababan de ella, como quien habia triunfado de un enemigo tan fuerte y por ser el sugeto que era. El siervo de Dios callaba, y como es tan prudente y modesto, no lo dijo á nadie; de allí á ocho días, cuando ya casi estaba bueno, me llamó en secreto, y con lágrimas de sus ojos me contó el caso como lo he referido, y otras veces, despues acá que se lo he tornado yo á preguntar, me lo ha dicho de la misma manera y con no ménos lágrimas, haciendo á Nuestro Señor muchas gracias por tanta merced; y teniendo en sí, por cierto, que el glorioso mártir San Lorenzo le habia tocado y palpado el brazo, porque desde aquel instante se le asentó en el corazon era él, el que le habia curado. Quien conociera la entereza y verdad de

este siervo de Dios, tendrá esto por cosa de ninguna duda, afirmándome muchas veces que estaba tan despierto como al punto que lo contaba, porque los dolores intensos no le dejaban dormir, y desde entonces reposó y durmió con buen sosiego. Rogóme que lo guardase en secreto, así lo he hecho hasta ahora. Acabada toda esta fábrica quiso Nuestro Señor visitarle con otro toque de merecimiento, y para que con la paciencia purgue alguna escoria, que siempre viviendo se pega de este mal que con nosotros traemos, fuerónsele haciendo unas cataratas que casi de todo punto le dejaron ciego. Abatiéronle la del ojo derecho, que parecia la más cuajada, erráronle la cura y padeció mucho trabajo en ella con harta paciencia, y al fin, corrompido el ojo, se le va secando y consumiendo. Despues le abatieron la otra y se acertó algo más, aunque es poco lo que ve. Tal cual está, hace todo lo que debe á buen fraile, y tiene tanto cuidado en acudir al coro todos los dias, como si ahora comenzase á ser fraile, aunque la vejez es tanta, que por más que se esfuerza le derriba; va á la sacristía, pónese su sobrepelliz á tientas y como puede, y ayuda á misa como un novicio; el mayor dolor que siente en la falta de sus ojos es no poder hacer esto tambien como quisiera, y estarse allí todo el dia haciendo este santo misterio. En este estado le tenemos hoy, dia de San Mateo, el año de 1602, que es gran consuelo tener tal ejemplo á los ojos.

*Queda hecho el depósito que marca la ley.
El propietario de esta obra, se reserva todos
los derechos que la ley le concede sobre propiedad
intelectual.*

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

	Páginas.
AL LECTOR.	7
APROBACION.	9
TASA.	10
DISCURSO I.—El principio, los motivos y fines que el Rey Don Felipe tuvo para edificar el Monasterio de San Lorenzo y entregarlo á la Orden de San Jerónimo.	11
DISCURSO II.—Vuelve el Rey Don Felipe, de Flandes á España: escoge sitio para el Monasterio: dicense sus cualidades: propónese á la Orden la aceptación del Monasterio.	23
DISCURSO III.—Comiézase á fundar la casa de San Lorenzo el Real: vienen los primeros religiosos fundadores y otros ministros y oficiales: asiéntanse las dos primeras piedras de la casa y de la iglesia.	36
DISCURSO IV.—Prosíguese la fábrica de San Lorenzo el Real en lo espiritual y temporal: los primeros claustros que en ella se levantaron, y los religiosos que fueron viniendo á su fundacion, y otros particulares dignos de advertirse.	48
DISCURSO V.—Anéjase la Abadía de Parraces y otros beneficios: pide el Rey al Capítulo general algunas cosas: recíbense las primeras reliquias: profesan algunos religiosos de la Orden: bendícese la capilla del Escorial, y otros sucesos.	60
DISCURSO VI.—Renuncia el Priorato el Padre fray Juan del Colmenar: sucede el tercer Prior fray Hernando, de Ciudad-Real. Pásanse á vivir al propio convento de San Lorenzo: bendícese la iglesia de prestado, con otros particulares de esta fundacion.	71
DISCURSO VII.—La traslacion que se hizo de los cuerpos del Emperador Cárlos V y de la Emperatriz y Reina Doña Juana y Princesa Doña María, y de las Reinas de Francia y Hungría y otras personas Reales.	82

DISCURSO VIII.—Renuncia y muerte del tercer Prior de San Lorenzo y eleccion del cuarto. Comenzóse á levantar la iglesia principal: la fiesta que hicieron los estajeros y laborantes. Pásase el colegio de Parraces aquí, y el asiento que allí quedó, y otras cosas.	89
DISCURSO IX.—Comiézase la fábrica de la iglesia: declárase el modo que se tuvo en edificarla, que fué extraordinario, con otros varios sucesos de este año.	101
DISCURSO X.—Crece la fábrica de San Lorenzo el Real: amotinanse los oficiales, y lo que el Rey y la Reina y personas Reales hicieron aquí en el año 1577, con otros particulares.	110
DISCURSO XI.—Descripcion del modo con que se iba prosiguiendo la fábrica de la iglesia y otras piezas y partes de la casa, con las cosas que aquí sucedieron al Rey en el año de 1578.	124
DISCURSO XII.—Prosíguese la fundacion y fábrica de esta casa hasta el remate de la iglesia.—La eleccion y venida del quinto Prior y lo que las personas Reales hicieron en este convento.	133
DISCURSO XIII.—La prosecucion de la fábrica en algunos particulares adornos de ella, hasta la última piedra que se asentó en todo el cuadro ó edificio principal, con los sucesos de las personas Reales en esta casa.	139
DISCURSO XIV.—El remate de la fábrica de la casa, templo y adornos de él y de la sacristía, retablo y Custodia. Pásase el Santísimo Sacramento á ella, con los sucesos de las personas Reales en este convento.	147
DISCURSO XV.—Las partes de la fábrica se van perfeccionando y poniéndose adornos en lo que estaba hecho, hasta que de todo punto se acaban de asentar convento y colegio, y lo que á las personas Reales aquí sucedió el año de 1587.	161
DISCURSO XVI.—Algunos particulares sucesos en la fundacion de este convento y en cosas de la fábrica y de las personas Reales. La muerte del quinto Prior y eleccion del sexto.	167
DISCURSO XVII.—Consagracion de la iglesia y altares de esta de San Lorenzo el Real por el Nuncio de Su Santidad, en presencia del Rey Don Felipe, su fundador.	177
DISCURSO XVIII.—Prosigue el acto de la consagracion de la iglesia y altares. Hace el Príncipe Don Felipe las partes de su padre, en la dotacion de ella.	188
DISCURSO XIX.—Las cuatro cajas de reliquias que vinieron	

á San Lorenzo, la solemne procesion con que se recibie- ron, y la postrera venida que S. M. hizo á esta casa.	195
DISCURSO XX.—La última enfermedad y feliz muerte del Rey Don Felipe II, fundador de este convento, con otros par- ticulares que tocan á su fundacion.	208
DISCURSO XXI.—Prosigue el tránsito y muerte del Rey Don Felipe II, las preparaciones de su muerte, su entierro, el codicilo último para las cosas de esta casa.	217
DISCURSO XXII.—El entierro y exequias del Rey Don Feli- pe II en esta su casa y sepulcro. Lo que le dejó mandado para su sustento en su último codicilo.	236

LIBRO SEGUNDO.

DISCURSO I.—Las cuatro fachadas principales de fuera de este edificio.	251
DISCURSO II.—Lo que se ve en entrando por la puerta princi- pal del pórtico, el patio ó átrio que está delante de la igle- sia, la fachada de ella y torres de los lados, con el vesti- bulo.	264
DISCURSO III.—Los cuatro patios ó claustros pequeños del convento, con las piezas más notables que hay en ellos.	280
DISCURSO IV.—Descripcion del claustro principal, en lo bajo y alto de la escalera grande que sube del uno al otro.	294
DISCURSO V.—Prosigue la relacion de las pinturas del claus- tro principal en lo alto, la fuente de su jardín, y otras pie- zas notables.	315
DISCURSO VI.—Los capítulos, la celda alta y baja del Prior y otras piezas del claustro grande dignas de advertencia.	328
DISCURSO VII.—La fábrica y partes del colegio y seminario, con lo que hay allí de consideracion.	343
DISCURSO VIII.—La casa y patio del Rey con los patinejos de dentro, cuadras y galerías, y el aposento privado de S. M.	359
DISCURSO IX.—La librería de este convento con sus reparti- mientos y adornos.	370
DISCURSO X.—Prosiguiese la traza y adornos de la librería principal, con todas sus partes y piezas.	386
DISCURSO XI.—Las otras dos piezas de la librería de este con- vento, sus adornos, y el orden de los libros, con otros par- ticulares.	395

DISCURSO XII.—La fábrica y ornato de la iglesia principal de este Monasterio.	409
DISCURSO XIII.—El coro principal y antecoros de este templo, sus adornos, sillas, órganos, pintura, libros de canto y facistol.	424
DISCURSO XIV.—La capilla mayor de este templo, retablo, Custodia y sagrario, oratorios y entierros de los Reyes.. .	439
DISCURSO XV.—La sacristía de este templo, sus piezas, pinturas, cajones, ornamentos y vasos santos.	456
DISCURSO XVI.—Los relicarios de este templo, el número y nombre de sus reliquias, y otros preciosos adornos.	467
DISCURSO XVII.—De la grandeza y variedad de la pintura que hay en esta casa, de que no se ha hecho memoria.	477
DISCURSO XVIII.—Piezas ordinarias de esta casa, cantinas, desvanes, algibes, fuentes, arcas de aguas y conductos.	491
DISCURSO XIX.—La fábrica de las casas de servicio que están al derredor de este convento, oficios de la Casa Real, Compañía y botica del convento.	503
DISCURSO XX.—La viña y casa del Quejigal, San Saturnino, Nuestra Señora de Parraces, Santo Tomé del Puerto, casas de este convento.	510
DISCURSO XXI.—El dinero que se ha gastado en esta fábrica desde los primeros maravedís que para ello se libraron, y las tasaciones de las más principales casas de ella.	521
DISCURSO XXII.—Las vidas de algunos religiosos de este convento, y en particular la de fray Antonio de Villacastin, el obrero de toda esta fábrica.	539

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105581376





CIENCIA
BIBLIOTECA
DE HISTORIA
NATURAL

**AHM
665957**